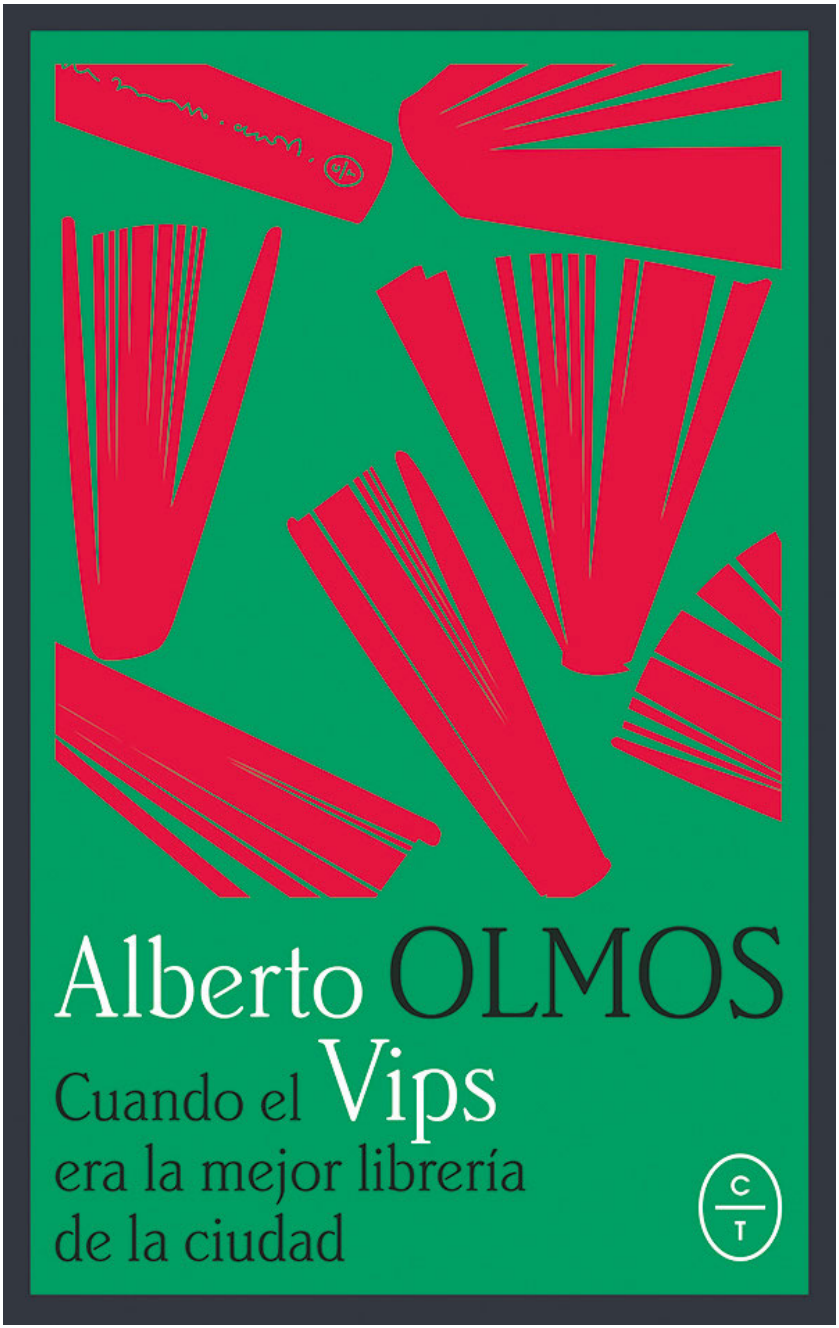
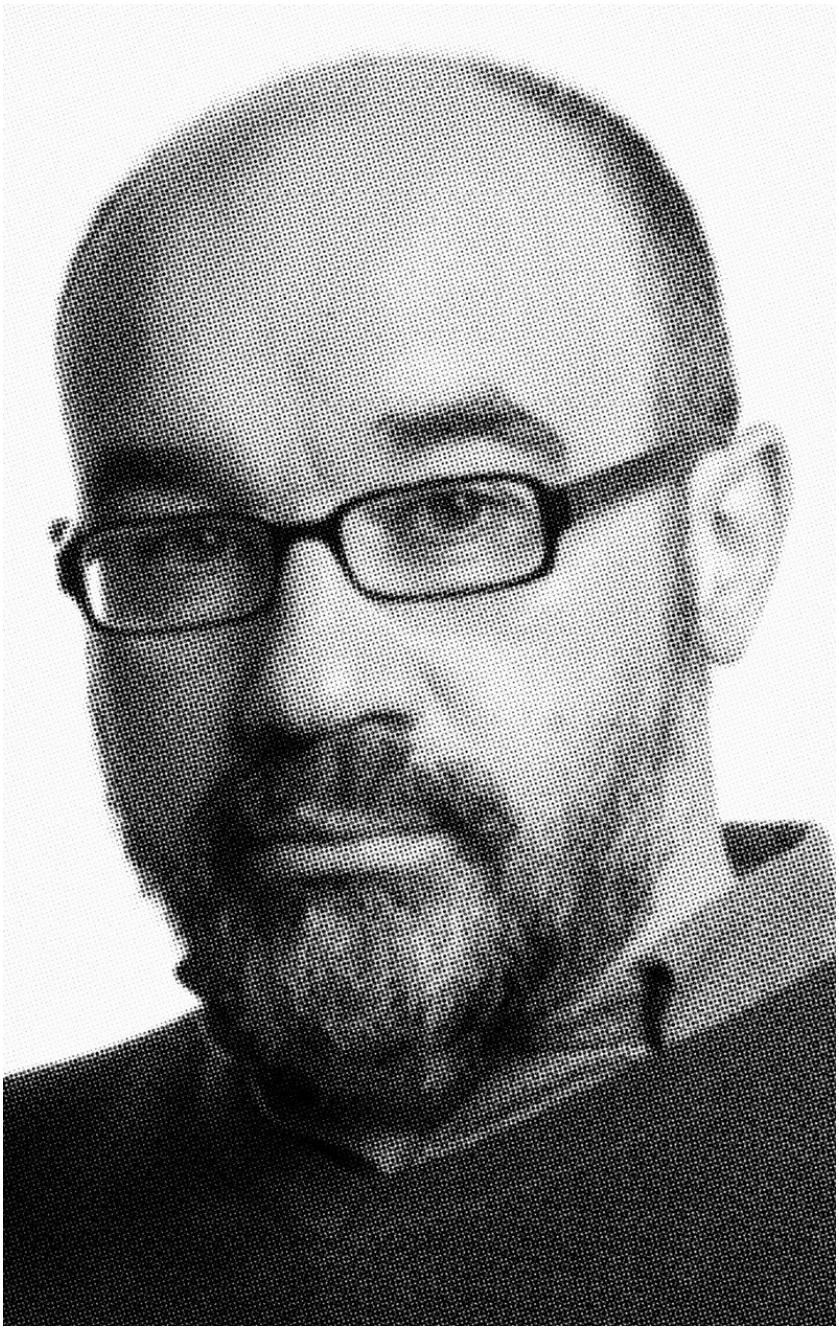
Alberto OLMOS

Cuando el Vips era la mejor librería de la ciudad

conver005


Alberto OLMOS
Cuando el Vips
era la mejor librería
de la ciudad
C
T



© Círculo de Tiza

© Del texto: Alberto Olmos

© De la fotografía Sergio LOES

© De la ilustración Belén García Mendoza

Primera edición: junio 2020

Diseño de cubierta: Miguel Sánchez Lindo

Maquetación: María Torre Sarmiento

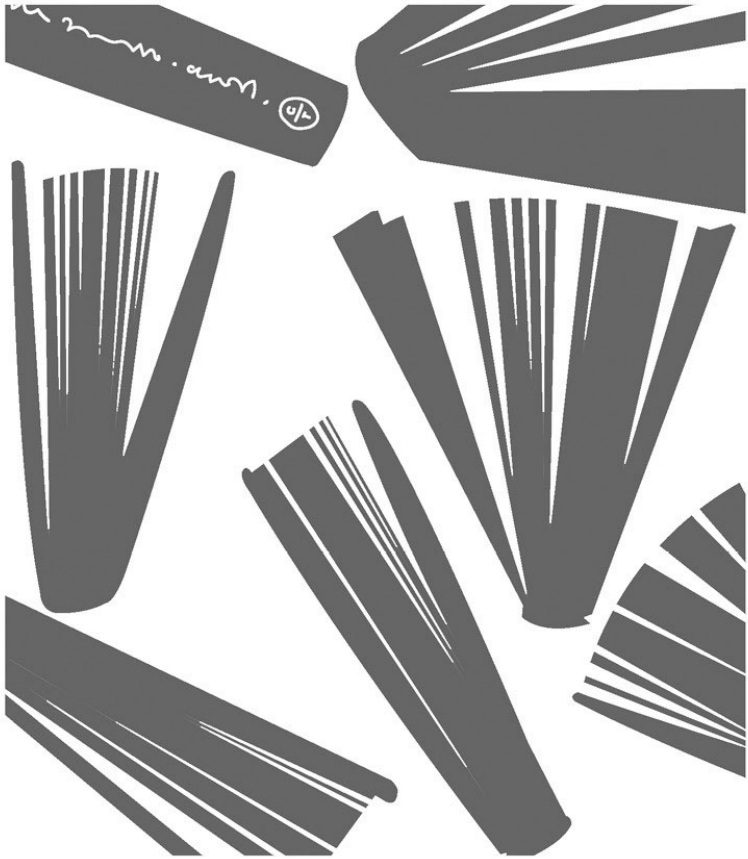
Impreso en España por Kadmos, S.C.L.

ISBN: 978-84-120532-2-7

e-ISBN: 978-84-121034-6-5

Depósito legal: M-30531-2019

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra ni su almacenamiento, tratamiento o transmisión de ninguna manera ni por ningún modo, ya sea electrónico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa por escrito de la sociedad.



Alberto OLMOS

Cuando el Vips era la mejor librería de la ciudad

A la memoria de mi hermano Héctor

Sus amigos le habían dicho que si quería hacer carrera como escritor tenía que dejar de destrozar el trabajo de otros, pero eso era como pedirle a un pájaro que no volara o a un gato que no cazara. Y además, ¿qué valor tendría su poesía si vivía encerrado en el mismo zoo que los demás animales desnaturalizados, a salvo pero sin libertad? Y eso sin mencionar siquiera que el crítico tenía el valor moral de corregir la tendencia de la cultura a desviarse tanto hacia la seguridad como hacia la mediocridad, una responsabilidad que era imposible medir por el número de invitaciones a cenas.

Rachel Cusk

1. La cuestión de escribir

Todos los escritores quieren trabajar para el banco

Ya va para varios años que los escritores dejaron de interesarse por conseguir que los lean y se centraron en un objetivo mucho más noble: conseguir que les paguen. Cobrar por un libro las horas exactas que has empleado en escribirlo es algo que casi nunca se da. Por eso la literatura era un arte, porque ponía a la gente a trabajar contra todo sentido práctico.

El logro de un escritor medio en nuestros días, sin embargo, es hacerse con muchas becas y residencias; esto es, con patrocinios y manutenciones. Ya hasta se lucen estos subsidios en la biografía del autor, muy orgulloso de que su escritura haya estado subvencionada y florezca, por tanto, en invernadero.

Hay algo de sospechoso en que muchas de estas becas concedidas para escribir un libro no exijan la entrega de ese libro al final del periodo estipulado para su escritura. Se tira de madurez o profesionalidad ajenas para no preocuparse de qué ha hecho un señor con tu dinero (que suele ser dinero público) en Roma o Sebastopol. También debe señalarse que algunos escritores piden becas para escribir libros que ya tienen escritos y la beca se la toman como unas vacaciones muy merecidas en Roma o Sebastopol.

Quiere decirse que las becas a la creación literaria arrojan como resultado en numerosas ocasiones que nadie escriba nada; o nada nuevo, o nada de valor. Cuando hablo de valor, miren si no estoy hablando de coraje.

Hace tres o cuatro años un banco español lanzó unas becas fastuosas que incluían la categoría de creación literaria, y ahora mismo no hay otra cosa que preocupe más a los escritores de mediana edad de nuestro país que la nueva convocatoria de esas becas. Lo compruebo cada vez que salgo de casa y hablo con algún autor de entre treinta y cincuenta años: todos han pedido la beca, todos han perdido la beca y todos van a volver a solicitar la beca.

Está lloviendo dinero sobre la literatura, amigos.

La buena fe de este banco le ha hecho pensar que la literatura irá mejor si deja caer varios miles de euros en los libros que los escritores desean escribir. Esto ha provocado que los escritores deseen escribir más libros que nunca, pues las cifras que maneja el banco son escandalosas: hasta 50.000 euros le pueden dar un tipo por escribir un libro que normalmente le reportaría entre 1.000 y 10.000. Ríete tú del PSG haciendo saltar por los aires el mercado del fútbol. El banco, con menos dinero, ha hecho saltar por los aires dos siglos de Romanticismo.

Mi conocimiento de la existencia de esta beca coincidió con mi paternidad venidera, así que tuve que elegir entre los pañales de mi hija y la pureza de mi arte. Elegí los pañales de mi hija. Cuando no me la dieron me encabroné bastante, pero luego di gracias a Dios por poder seguir escribiendo en la cuerda floja. De buena me había librado.

Porque, según yo lo veo, si ya has hecho dinero por un libro que todavía no has escrito, tener luego que escribirlo pasa a ser un engorro. Lo normal es que uno no sepa si acabará el libro que está escribiendo, ni siquiera si lo verá publicado; por eso es bonito escribirlos. Sin embargo, si un libro en blanco te ha reportado ya 24.000 euros, ¿qué te ofrece el libro si lo escribes? Tú mismo has accedido a que te midan el talento en miles de euros y a partir de esa medición no puedes contemplar tu libro en marcha desde la posibilidad de que fracase. Por lo tanto, ya no quieres escribir, quieres cumplir. Necesitas que el libro salga; necesitas algo, pues, si no, el banco te pedirá que le devuelvas el dinero.

Ese algo —opino— ya no puede ser arte, pues desactivando lo artístico nos encontramos la perentoriedad de un plazo: el año que te da el banco para que le entregues el libro. Ningún libro para el banco va a tener 700 páginas, lógicamente. Tampoco puedes permitirte un bloqueo de ocho meses ni probar con una novela que parezca un manual de instrucciones. A lo mejor el banco cree que es un manual de instrucciones.

La entidad ha pitado un penalti a tu favor, de modo que tu libro no será el gol del siglo, pues no tienes que regatear a nadie, buscar la

escuadra; no tienes que regatear el riesgo. Tira fuerte y al centro y cobrarás.

No les sorprendo si les digo que los libros que salen de las becas suelen ser bastante malos; para qué nos vamos a engañar. Yo he leído tres o cuatro fruto de esta beca bancaria y se cuentan entre lo peor de sus autores. Y es que solo veo una forma de hacer que el dinero anticipado para escribir una novela y la obligación de entregarla en un plazo concreto den buenos resultados: convertirlos en el tema de tu libro.

Eso hizo Mario Levrero con su beca Guggenheim, que se convirtió en «Diario de la beca» (La novela luminosa) o Ben Lerner con 10:04, novela que trata sobre un escritor que ha cobrado medio millón de dólares por un libro inexistente y que solo puede escribir sobre dicho disparate. Levrero y Lerner vieron enseguida que tanto dinero no les permitía hacer literatura y que la única solución pasaba por reconocer en su escritura ese conflicto.

Una beca nos descubre que, al contrario de lo que se piensa, los escritores no necesitan tiempo y dinero para escribir, sino la certeza de que siempre podrían no escribir. Si me das tiempo y dinero para escribir, ya no es extraordinario.

Pero escribir es extraordinario.

La poesía no se lee, pero está bien pagada

Si uno pasa un rato largo en una librería, es difícil que no llegue a una sección que guarda muchas similitudes con el interior de una tienda de placas y trofeos en el centro de Albacete. Es la sección de poesía.

«1er Premio de Natación, Accésit de Ajedrez, Mención Especial en Balonmano Alevín»… Leemos en las plaquitas de la tienda de trofeos. 1er Premio de Poesía, Accésit de Juegos Florales, Mención Especial de Sonetos Amorosos… leemos en la sección de poesía.

La evolución del verso en España, desde el romancero a nuestros días, pasando por Lope y Espronceda y el 27, es la historia de una institucionalización. Casi nada que hoy tenga que ver con la poesía carece de subvención, sea esta pública o privada, de modo que los poetas, que habitaron en tiempos las buhardillas más miserables de París, se han convertido en una nueva clase de funcionario, el interino lírico.

Hace nada se ha entregado el premio mayor de este género en España, auspiciado por la marca de ropa de lujo Loewe, con gran afluencia de poetas antaño inopes y hoy aseadísimos, muy cómodos en el salón espléndido de un hotel de cinco estrellas donde solo de casualidad alguien diría que la vida merece un verso.

No pasa nada porque Loewe lleve varias décadas creyendo que la poesía vale algo. Es más grave que decenas de ayuntamientos en toda España crean que entregar miles de euros a poetas sea mejor que —incluso— robarlos.

Burgos, Melilla o Barbastro retiran de sus fondos públicos unos 30.000 euros por ejercicio para dárselos a un libro de poemas, libro que casi siempre viene firmado por el mismo poeta que ganó otro premio en la ciudad vecina y avalado por un comité de expertos que, casualmente, se pasa el año entero dando premios a un puñado de liróforos escandalosamente reiterativos.

Entiendo que alguien le cuela en algún momento al concejal de cultura de una ciudad mediana o pequeña que la poesía hay que fomentarla, y que nada mejor para ello que fundar un premio y soltar amarras en el presupuesto de cultura. El concejal, ingenuo como una oveja, cree que promociona la escritura y la lectura del noble arte de Quevedo, y así pasan los años regados de millones y nadie acaba de comprobar si tanto empuje por parte del erario público ha servido para que una sola persona en todo el país despierte a las delicias del poema.

De hecho, puede afirmarse sin margen de error que todo el dineral que han dedicado decenas de ayuntamientos, diputaciones, conserjerías —amén del Ministerio de Cultura— a promover la poesía en España ha dado un resultado igual a cero. No solo no leemos poesía, sino que ningún poemario premiado es tenido en cuenta por la propia poesía española pasadas veinticuatro horas desde su publicación. ¿Están los poetas inquietos por la falta de lectores para libros que han escrito con todo el amor del mundo y que les han reportado 15 o 20.000 euros? No, no están inquietos. Les importa un huevo.

Cuanto menos talento tiene un autor, más pequeño es el lugar donde se cobija. El género de la poesía cobija tantos autores mediocres y tantos vendedores de humo que es normal que lo último que quieran es que abras sus libros. Sobre la catadura estética del falso poeta ha publicado una novela muy simpática David Pérez Vega: Los insignes.

Con todo, el poeta que no es de postal me cae casi peor. Al igual que Cristiano Ronaldo o Neymar, el poeta serio gusta de hablar de sí mismo en tercera persona, otorgándose toda esa importancia que procura el distanciamiento. «El poeta mira la vida», «el poeta trabaja con el silencio», «el poeta…», dicen los poetas sin parar, mientras se ajustan el pañuelo del cuello.

Antonio Gamoneda es uno de los autores de poesía más valorados en nuestro tiempo. Practica esa poesía a la que, como hacía Andrés Trapiello con los poemas de Octavio Paz, puedes cambiarle los versos de sitio y ni se nota. Últimamente ha salido en los papeles al hilo de sus problemas con el fisco. (¡Quién le iba a decir al poeta famélico del XIX que al poeta del XXI le reclamaría dinero

Hacienda, igual que a Messi!).

Pues bien, va Gamoneda y afirma que, como no le cambien la ley, deja de escribir. Lo tiene claro: entre el dinero y la poesía, se queda con el dinero.

Y así todos.

El Vips es la mejor librería de la ciudad

Hace tiempo que quería gritar a los cuatro vientos que el Vips es la mejor librería de la ciudad, pero me faltaba valor. Luego he leído de un tirón Mac y su contratiempo, de Enrique Vila-Matas, y Cómo ser Bill Murray, de Gavin Edwards, y me he dicho: yo he nacido para gritar a los cuatro vientos que «El Vips es la mejor librería de la ciudad», ¿para qué engañarnos?

Vila-Matas y Bill Murray hacen con su vida una cosa que, la verdad, todos deberíamos practicar un poco más: el tonto. Hacer el tonto —lo que los franceses llaman «situacionismo»— genera entornos de anormalidad, lo cual, necesariamente, acaba dando al día huella narrativa. Quiere decirse que llegas a casa y tienes algo que contar, a diferencia de todos ustedes, que solo tienen algo que reportar.

Esta disciplina de la estupidez, que ya confesaba Salvador Dalí en sus diarios («no estoy loco, hago como que lo estoy para provocar a la vida»), solo tiene un problema: no es apta para tímidos. Como todos somos tímidos, no podemos ir por la calle y taparle los ojos a un desconocido y preguntarle: «¿Quién soy?», como hace Bill Murray; o meterle dinero en el bolsillo a la gente, cosa que también ha hecho. Tampoco podemos ir a la Grand Central Station en Nueva York con En Grand Central Station me senté y lloré, de Elisabeth Smart, en el bolsillo y sentarnos y llorar, como hizo Enrique Vila-Matas.

Por mi parte, lo único que puedo hacer es titular un artículo «El Vips es la mejor librería de la ciudad» y ver qué cara me ponen.

Y adónde nos lleva todo esto.

Porque lo normal es que la mejor librería de la ciudad esté en una coqueta calle del barrio bohemio y ande siempre llena de hipsters con un libro de Blackie Books en cada mano, al punto de que no saben por dónde anda su patinete. La mejor librería de la ciudad sale en los tops de mejores librerías de la ciudad y es visitada por

los propios escritores, que la eligen para presentar sus libros. La mejor librería no vende Cincuenta sombras de Grey ni el último premio Planeta. Sus dueños son amorosos y saben de libros y, si eres autor, debes adorarlos. Cuando la mejor librería de la ciudad cierra, el cosmos se contrae, casi parece imposible que a la mañana siguiente salga el sol.

Esta es la tesis normal, loable. Algunas veces hasta estoy de acuerdo con ella.

Así, en Madrid molan Tipos Infames, Cervantes y Cía, La buena vida o La Central. Si leen Librerías, de Jorge Carrión, podrán ver las librerías que molan en casi todas las ciudades del mundo.

Muy bien. Pues a mí la librería que me mola es el Vips. En concreto, el Vips de la calle Ribera de Curtidores de Madrid.

¿Por qué le hago publicidad al Vips? Bueno, porque me da la gana. Siguiente pregunta.

¿Cómo coño va a ser el Vips la mejor librería de la ciudad? Esa es buena.

Pues yo voy al Vips y me pongo a mirar entre toda la increíble porquería de libros que tienen allí y me lo paso en grande. El hecho de que el 90% de los libros esté rebajado, con una etiqueta rojo fracaso pegada en la cubierta, me dice mucho sobre el mundo editorial.

Además, siempre que voy al Vips me apetece comprar uno o dos libros. Cuando entro en una librería independiente, con tantos libros preciosos, escogidos con mimo, de sellos respetables y cuyos autores sé que se han dejado la vida escribiéndolos, me dan ganas de comprarlos todos. ¿No hay más veneno capitalista en una tienda pequeña que busca que te arruines —encima: en libros— que en una cadena comercial que te deja dinero para comer mañana? Cuidado con esos prejuicios.

Además, cuando quieres comprarlo todo, no sabes qué comprar y no compras nada. Pero si vas al Vips, como todo es una mierda, ves un libro medio literario y piensas: lo han puesto aquí para mí, me lo

tengo que llevar. ¡Tengo que salvarlo!

Por eso yo me gasto dinero en la librería del Vips siempre, amigos. Siempre. El Vips es mi ONG.

Me ayuda el hecho de que en el Vips el que más sabe de libros es el que entra a comprarlos. ¿Quién necesita a un listillo diciéndole que lea a Pascal Quignard? El cliente siempre tiene la razón, pero ¿cómo va a creer que tiene razón si no sabe quién es Pascal Quignard y tú vas y se lo restriegas por la cara?

El éxito del Vips con gente como yo es que su librería no tiene ningún criterio, salvo que cualquier cosa que publique Anagrama, gane un premio o sea basura estará disponible. Lo demás es un gran misterio maravilloso.

Por ejemplo, el otro día. Voy al Vips. Basura por doquier. De pronto, La uruguaya, de Pedro Mairal. ¿Cómo ha llegado aquí este libro? Me lo pregunto hasta enloquecer. ¿Cuántos errores de mozos de almacén y de transportistas han hecho que la novela de este escritor argentino completamente desconocido en España esté en un Vips? ¿No tiene más mérito que esa novela esté en el Vips que el hecho mismo de que Mairal la haya escrito?

Un poco más allá: Sonatas, de Ramón María del Valle-Inclán. En serio: ¡60 personas comiendo sándwiches tan tranquilos sin saber que a lo mejor se les suben a la cabeza y acaban comprando todas las Sonatas de Valle-Inclán, no una ni dos!

Y lo más increíble: Tratado del socorro de los pobres, de Juan Luis Vives, edición facsimilar, 9 euros.

¿Cómo no te vas a comprar el Tratado del socorro de los pobres, obra escrita en latín en el siglo XVI, traducción al castellano del siglo XVIII, en un Vips?

Si puedes pagar por algo más divertido que esto, tiene que ser ilegal*.

*Nota del autor: lamentablemente, el Grupo Vips cerró todas sus

librerías en las primeras semanas de 2018.

¿Quieres que te firme mi libro con sangre?

Solo hace dos años me enteré de verdad de qué iba eso de firmar en la Feria del Libro de Madrid.

Yo acababa de publicar mi novela Alabanza en Random House y me pasaron un estadillo con los números de las casetas y los horarios correspondientes. Los autores firman de doce a dos y de siete a nueve, los sábados y los domingos. Cuando uno solo tiene que firmar en una caseta —normalmente la del pequeño sello que le publicó su novela— puede solventar el compromiso tirando de cuatro amigos y cuatro familiares, de un despistado que le confunde con otro autor y de una exnovia que ha oído su nombre por megafonía.

Sin embargo, cuando uno tiene que firmar en ocho, diez o doce casetas —es decir, velar las armas de sus libros durante dieciséis horas o más— los amigos nunca son suficientes, los familiares se gastan a la primera ocasión y tampoco es cierto que acabáramos tan bien con tantas novias. Hay escritores que se libraron de la mili y ha tenido que ser la Feria del Libro la que les enseñe el frío que hace en una garita.

A pesar de que la prensa vende este trapicheo de firmas como un «encuentro con los lectores», lo cierto es que en la feria la mayoría de los escritores solo se encuentra consigo mismo. Casi nadie cuenta con sesenta personas que no solo lean con gusto sus libros, sino que además practiquen la pasión por el autógrafo y le llenen esa guardia de dos horas en la caseta. Sesenta personas por la mañana, sesenta por la tarde, y lo mismo al día siguiente y el fin de semana que viene. Sería lo necesario para que el escritor se librara de encarar la sutil tortura de verse solo con sus libros a unos cuarenta grados de temperatura durante horas interminables y con el piadoso librero dándole conversación. Y alguna excusa: es que ya no se vende como antes, ay.

Una vez coincidí con Julia Navarro en una sala de espera de la Cadena SER. Acababa de venir de firmar en la feria y, según dijo, le dolía la muñeca, pues había firmado, en una sola tarde, 435 ejemplares. 435 ejemplares es lo que venderán de su libro muchos autores desde el día que lo publicaron hasta que llegue el fin del universo conocido.

Arturo Pérez-Reverte o Lorenzo Silva también venden bien, firman de lo lindo. El año del que hablo el que estampó garabatos hasta desangrarse fue El Rubius. Cocineros, gentes de la tele y autoras de novela gráfica completan el catálogo de estrellas que consiguen escocer a todos los demás con sus largas colas de fetichistas de la firma.

Cuando te toca justo al lado de una estrella, te atiborras de paciencia y buenos sentimientos, pues todo lo que firma el vecino es, a fin de cuentas, por el bien de la industria. Además, la cola del vecino popular suele ser tan larga y desordenada que tapa tu propia firma, por lo que nadie puede ver que estás ahí solo haciendo el canelo. Sin embargo, esta loable majestad en la derrota se ve desbaratada cuando —y sucede a menudo y reiteradamente— los lectores del otro escritor se acercan a ti… (te vienes arriba durante un segundo) y te preguntan si el libro de tu vecino lo tienen que pagar antes de que lo firme. Te han confundido con un dependiente.

Es entonces cuando ni el más duro de carácter puede evitar salir de la caseta por la parte de atrás con la excusa de ir a fumar y hacer una llamada a su madre.

¿A quién se le ocurre ir de firmas a la feria y pensar que los lectores vendrán solos? A mí, de hecho.

Pero no a Juan Carlos Monedero. El memorable año de aprendizaje que aquí gloso también me tocó firmar al lado de Juan Carlos Monedero. Su libro no era de ripios, por mucho que se titulara Curso urgente de política para gente decente. El fundador de Podemos llegó media hora tarde y enseguida se puso a vender libros como quien acaba de recibir marisco fresco. Gritos, voces, risotadas y aspavientos hacían imperdonable que alguien que pasara frente a nosotros no se fijara en ese hombre en chaleco que quería hacer un poco más rico al Grupo Planeta. «Acérquense, que no muerdo»,

decía el buen hombre.

Ese mismo día, por la tarde, firmé —es un decir— con otro autor/emprendedor. Era un elegante anciano que estuvo las dos horas de pie, que daba consejos para llegar a su limítrofe edad (agua y andar, en resumen) y que hablaba de su propia novela más o menos como un panadero hablaría del pan que sale de su horno: que es, hombre por Dios, el mejor del mundo.

«Engancha desde el principio», les decía a los visitantes de la feria a nada que conseguía, con pasmosa habilidad, que se le acercaran. Casi todos se iban con un ejemplar de su novela bajo el brazo. Qué hombre tan encantador, debían de pensar.

He visto a los mejores cerebros de mi generación pudrirse de aburrimiento en una caseta. He visto a autores consagrados tan solos con sus libros que no me acerqué a saludarlos únicamente porque no supieran que yo sabía que estaban tan solos, mirando su pequeña faja de segunda edición. He visto a escritores irse de la feria tras dos horas en una caseta donde firmaron cero (0) libros. ¿Tanto les cuesta ponerse el traje de tendero y vender sus libros como si fueran melones en un cruce de semáforos?

Son los monjes, los dignos, escritores que no engañan a nadie, que escribieron su libro con toda la pasión que tenían y ahora se sienten incapaces de contemplar su obra a tanto el kilo.

Estos autores firmarían con sangre su propio libro. Si en la feria se firmara con sangre del autor, a lo mejor eran los que más vendían.

A favor de las faltas de ortografía (si está ardiendo mi casa)

Fue en la época dorada de las redes de blogs cuando me di cuenta de que saber escribir no tenía ningún valor en nuestra sociedad. ¿Qué es saber escribir? Bueno, poner un punto y coma de vez en cuando, usar el subjuntivo y, básicamente, utilizar las palabras según el sentido y la grafía que vienen fijados por el diccionario. Una chorrada, vamos.

En la época de la que les hablo muchos pensaban que podían hundir al grupo PRISA inventándose ocho blogs temáticos (cultura, decoración, tecnología, cocina…) y consiguiendo que sus contenidos tuvieran un posicionamiento óptimo en Google. El modelo era Weblogs SL. La clave del asunto estaba en que los contenidos eran despreciables. La gente pinchaba en el link y eso era todo. Si leían o no un post entero daba igual, porque ya contaban para enseñarle a los anunciantes cuánta gente visitaba la página.

Por ello, había redes de blogs que ofrecían a sus redactores un euro (1 euro) por cada post. Los más generosos daban nueve. Licenciados en Periodismo y en otras carreras demenciales acababan escribiendo textos por cantidades que podían conseguir, mucho más fácilmente, agitando una lata vacía en la puerta del Zara.

Ser analfabeto no impide triunfar en este mundo nuestro. Eso es lo que tenemos que enseñarles a nuestros hijos. No hay ningún tuitstar o youtuber de éxito que sea capaz de escribir una sola frase sin faltas de ortografía. Son ricos. Los futbolistas, los cantantes y los presentadores de televisión, que también son ricos, necesitan dos videotutoriales para las tildes: uno, para ponerlas; y otro, para no ponerlas. No pocos columnistas de renombre serían incapaces de reconocer sus propios artículos si se los dieran a leer sin firma, de tanto que se los corrige el redactor raso de turno. «Se vestía mientras tomaba un café con leche y dejaba una nota para su marido», leemos en la novela de éxito El guardián invisible, de

Dolores Redondo. ¿Cómo puede uno vestirse al mismo tiempo que toma café y escribe sobre un papel? Olé. «Normalmente ya como algo mejor», nos dicen en un anuncio de yogures. Yo normalmente ya no me meto crack.

Toda la prensa nacional habla continuamente de «crisis humanitarias». Como dicen miles de psicópatas en Twitter, la prensa miente: no existen crisis humanitarias. Nunca en la historia de la humanidad ha habido una crisis humanitaria. Tampoco una emergencia humanitaria o un desastre humanitario. Dense cuenta de que a las crisis humanitarias enviamos ayuda humanitaria, y quizá debido a esta redundancia no acabamos de ayudar a nadie. Y es que hay mucha confusión sobre qué resulta más humanitario, matar a la gente o salvarla.

Humanitario tiene tres acepciones en el diccionario: una, sinónimo de benigno; otra, referido al bien del género humano; la tercera, alivio de los estragos de la guerra. Así, la «crisis humanitaria» esa que dicen debe de ser o una «crisis benigna» (¿cómo va a ser benigna una crisis?) o una crisis de bondad (la gente es cada vez más mala, entendemos) o una crisis en nuestra empatía hacia los damnificados durante un conflicto bélico, a los que, de pronto (crisis) no ayudamos.

Así está el patio. Pero no tiene ninguna importancia: es tan poco lo que tenemos que decir que nos entendemos incluso expresándolo mal.

Por ello, me ha sorprendido ver en pocos meses dos noticias acerca de las pruebas ortográficas a las que deben enfrentarse aquellos que aspiran a ocupar determinados empleos públicos en nuestro país. En concreto, los bomberos de Burgos y los policías de Madrid.

En Burgos, el 60% de los aspirantes a bombero fue eliminado de la oposición tras no superar un dictado. O sea, por poner uve en lugar de be o comerse una hache aquí y una tilde allá. ¿Se imaginan que empieza a arder su casa y viene a socorrerles un bombero con una manguera en la mano? Cualquiera, en semejante trance, daría por perdida su vivienda y todos sus objetos personales. ¡Un bombero que no trae diccionario qué fuego va a apagar, por Dios santo!

En Madrid, los opositores a Policía Nacional tuvieron la suerte de que un test léxico quedara invalidado después de que las autoridades competentes se dieran cuenta de que iba a tener que patrullar la ciudad un gilipollas premio Nobel de Literatura si se empeñaban en mantenerlo.

Yo he hecho este último test dos veces. Primero obtuve un 62 y luego un 68. No solo el test no tiene nada que ver con ser policía; apenas tiene que ver con saber escribir. ¿Quién está al corriente de si la Real Academia Española de la Lengua admite o no «almóndiga»?

Es fascinante que a una sociedad tan desinteresada por la ortografía y la gramática como la nuestra se le ocurra pedir a un hombre o a una mujer que solo quiere apagar fuegos o atrapar yihadistas saber que se escribe «bienfortunado» y no «bienafortunado». En mi infinita suspicacia y mal pensar he llegado a temerme que todo esto no sea otra cosa que una estratagema para amañar las oposiciones y que solo las pasen el sobrino de un teniente y la hija de un concejal.

Con todo, en Burgos deben de estar encantados con el espectáculo de ver arder cosas mientras sus bomberos se ponen hojas de laurel unos a otros en el casco.

¿En tu casa no había libros?

El otro día oí una frase tan llamativa como inquietante: «Los libros son una especie de basura». Lo de llamativa no me lo negarán. Lo de inquietante tiene una explicación: la frase la formulé yo mismo.

Andaba oyéndome pensar y, por esas cosas que tiene perderse en las barriadas menos recomendables del cerebro, me topé con esas siete palabras. A veces uno se lanza ideas de un hemisferio al otro, ideas que no piensa exactamente, sino que afloran por su cuenta, como herrumbre neuronal.

El caso es que me seguí el juego y me repliqué alegremente: «Entonces acumular libros en casa es una suerte de síndrome de Diógenes…».

Me hice tanta gracia que he escrito este artículo.

Estarán hartos de oír, de boca de escritores llorones, esta otra afirmación: «En mi casa no había libros». Bueno, pues en mi casa no había libros. No digo 2.000 libros; digo dos, digo uno.

Hay un gilipollas en Twitter que, cada vez que me nombra, me llama «el señorito Olmos». Seguro que cree que me crie en lo alto de una biblioteca familiar inabarcable, dado que puedo llamarle gilipollas. No fue así y, ahora que veo libros por mi casa, lo cierto es que no ameritan el calificativo de biblioteca, pues apenas llegarán a los 200. Además, la mayoría está dentro de un armario, sin ordenar siquiera.

Odio tener libros y, sin embargo, cuando veo a otros escritores fotografiarse junto a sus bibliotecas privadas y declarar ufanos la cifra milenaria de ejemplares que las componen, me dan mucha envidia. ¡Qué casa tan grande debes de tener si te caben 20.000 volúmenes!

La gente, así en general, gusta de tener libros. Quizá para demostrar que les sobra casa. O quizá en virtud de esta fórmula social que

acabo de inventarme: la superficie en metros cuadrados de todos tus libros juntos —vistos de canto— debe ser superior a la superficie de la pantalla de tu televisor. Entonces eres un ciudadano con criterio propio y conciencia social.

Pero ¿qué hacen los libros en la casa?, ¿quién los lee?, ¿cuánto lleva ese premio Planeta sin salir de su apretura?, ¿y el Quijote ilustrado?

Cuando uno compra yogures o pomadas y los consume, los envases y botes que contenían esos mejunjes acaban en el cubo de la basura. Sin embargo, cuando uno compra un libro y lo lee, luego lo pone en un mueble, como un fumador que fuera dejando cajetillas de Marlboro vacías en unas baldas clavadas en el pasillo y les dijera a las visitas: «Mirad todo lo que he fumado».

Casi nadie lee un libro dos veces, pues ya es admirable que se lean una sola vez, de modo que darles cobijo en casa es exactamente igual que dar cobijo a un libro en blanco o a esos libros falsos que hay en el Ikea. O, en fin, a la basura.

Supongo que algo así quería decirme yo con la frase que origina estas letras.

Yo creo que vamos camino de que tener libros en casa sea considerado una tontería. Cuando uno escribe viene bien tener a mano un Faulkner o un Umbral —o libros de autores que nos inspiren— para abrirlos a voleo en busca de auxilio, un tono que imitar, un ritmo, cierta confianza que da leer a un maestro y tratar luego de acompasar la propia voz a la suya… Aquellos que leen, pero no escriben, sin embargo, ¿para qué tienen los libros?

Algo hay de herencia en vida para los hijos. Se puede decir que los niños, viendo libros por todos lados, acabarán leyendo. Se puede decir también que, cuando les sea necesario leer tal o cual clásico, ahí lo tendrán, inmediatamente a mano.

Pero lo cierto es que los niños no acaban leyendo porque estén rodeados de libros —seguramente solo leen si ven a sus padres leer — y que casi ninguna biblioteca familiar está compuesta ni exclusivamente de clásicos ni forzosamente de libros que las nuevas generaciones necesiten conocer. He visto muchos Vizcaíno Casas en

esta vida de husmear bibliotecas ajenas, amigos.

El único motivo de la existencia de las bibliotecas privadas es que son, justamente, propiedad privada, algo que costó dinero y que obviamente uno se resiste a tirar. O, por usar las palabras de Thorstein Veblen, sirven para la «comparación odiosa», esto es, «la prepotencia de quien posee esos bienes y está por encima de otros individuos dentro de la comunidad», amén de que el ciudadano «debe encontrar algún medio de demostrar su entrega a la ociosidad durante el tiempo en que no está a la vista de sus espectadores», pues «para que el gasto sea prestigioso ha de ser derrochador. No se deriva mérito alguno del consumo de las cosas necesarias para vivir» (Teoría de la clase ociosa, 1899).

Y esa es toda la razón, a mi juicio, de que entendamos como prueba de bienestar y bonanza social el que haya libros en una casa, rémora del honor personal que arrastramos desde el siglo XIX y que las nuevas tecnologías, la no lectura y, sobre todo, este artículo mío acabarán por eliminar del sistema de valores de Occidente.

Así, para el año 2078, «en mi casa no había libros» será una frase misteriosa, como «en mi casa no había cartón».

De defender la cultura libre a venerar la televisión de pago

Niños, si queréis conocer el grado de progreso de la sociedad en la que vivís, no busquéis sus logros, no contéis infraestructuras ni derechos, no os perdáis en números per cápita ni en rentas de trabajo. Fijaos solamente en qué discusiones monopolizan el debate público, en los periódicos, en las redes sociales, en la televisión. Hubo un tiempo en que aquí se discutía sobre cultura libre. Íbamos sobrados.

¿Que qué era eso de cultura libre? Bueno, es fácil de explicar en la pizarra, aunque fuera de clase no haya manera de entenderse. Imaginad que todas las películas, todos los libros y todas las canciones —por no extenderme— estuvieran a disposición de todo el mundo de forma inmediata y gratuita. Puedes leer cualquier novela sin pedirle dinero a tu padre para comprarla, puedes ver cualquier película, aunque su producción haya superado los cien millones de euros y esa canción que alguien ha grabado en cualquier lugar del mundo tú tienes derecho a escucharla, porque te forma y te enriquece culturalmente.

Calma, calma, no os revolucionéis, que ahora hay que salir de la pizarra. Había una gente ahí fuera muy antigua que se oponía a esta arcadia del saber: los autores. Los muy idiotas confundían cultura libre con cultura gratis. Tuvimos que decirles: «No, hombre, no. No es lo mismo libre que gratis, aunque la única diferencia sea que tú nos haces el favor —poniendo un sellito en tus obras que lo explicite— de renunciar al usufructo de tus creaciones, pues te basta con el aplauso del pueblo».

Era el año 2010 y no teníamos otra cosa mejor de la que hablar ni por la que pelearnos.

¿Que cómo se le ocurrió a tanta gente defender de pronto la cultura libre? Bien, esto es lo que podemos llamar «política de hechos consumados»: la cultura ya era libre, porque la pirateábamos. ¡La de

música que me bajé yo gratis e ilegalmente en esos años! (No se lo digáis al director, por favor; ni a vuestros padres). ¡La de películas de estreno que me vi sin pagar entrada, majos! Era tan maravilloso apretar tres botones y conseguir la canción de moda que, la verdad, no entendíamos por qué no era el mundo así todo el tiempo, dado que ya era, de facto, así. Fue la tecnología —básicamente la digitalización de contenidos y su distribución incontrolada en la red — la que nos puso la miel en los labios. Solo faltaba que los autores se avinieran a poner el sellito (Creative Commons, se llamaba), porque, en rigor, lo único que queríamos era dejar de ser delincuentes, que se legalizara nuestro expolio, similar a cuando un huracán pone patas arriba una ciudad y todo el mundo se lleva lo que quiere de las tiendas. Nosotros estábamos a favor del huracán permanente, el huracán del bien común.

¿Por qué se defendía con ardor que los autores de canciones regalaran su trabajo al mundo y a nadie se le ocurrió pedir que el iPod fuera gratis?, pregunta con voz muy bajita vuestro compañero repetidor del fondo. Hombre, internet desmaterializó la cultura, mientras que el iPod llevaba un montón de titanio o de no sé qué (preguntad al de Ciencias). Además, ¿tú sabes el placer que daba pagar por un iPod o un iPhone, sabiendo que no todos podían tenerlo? Queríamos que fuera gratis lo que todo el mundo podía pagar y muy caro lo que solo nosotros podíamos comprar.

La cosa iba a mayores, niños, estábamos al borde de la debacle. La gran pancarta de los defensores más radicales de la cultura libre decía: «¡Que den conciertos!». Es decir, si no puedes vivir de tu canción pegadiza porque todo el mundo se la descarga gratis, siempre puedes dar un concierto, muchos conciertos, arrastrar ese estribillo hasta el final de tus días por todos los antros de España. Era una manera elegante de decir: «¡Que se jodan!». ¿No habían desaparecido los aguadores, los fabricantes de abanicos o el mismo Messenger? Así es la vida (y la solidaridad en Occidente). Pensad en esa vieja profesión hoy residual llamada taxista; a ellos también se les dedicó un claro «¡que se jodan!».

¿Y las bibliotecas?, pregunta otra vez con voz muy bajita vuestro impenitente compañero de ahí atrás. Ah, las bibliotecas, miles de libros gratis, miles de cedés… Hombre, ¿no ves que ese material no

estaba de moda? ¿No ves que la cultura libre solo demandaba poder acceder a la película, la novela y el disco del que todo el mundo estaba hablando? Un ejemplo: cuando Pa negre ganó el Goya a la mejor película de ese mismo año 2010 era imposible verla online porque nadie se había molestado en piratearla. Solo se pirateaba lo popular, es decir, aquello en lo que alguien había gastado millones de euros en publicidad para que fuera popular. La cultura libre era, en definitiva (primera ironía de esta clase), una validación del mercado.

Niños, íbamos sobrados, pero en 2008 empezó una crisis económica que llevó la tasa de paro de nuestro amado país al 25%. Era el año 2012 y todos los pijos que defendían la cultura libre dejaron de hacerlo porque, claro, resultaba de muy mal gusto. Imaginaos a cuarenta niñatos gritando: «¡El pueblo quiere Harry Potter gratis!» mientras seis millones de personas no tienen trabajo. Un poco de decoro social acabó con la polémica.

Mientras, Apple seguía vendiendo a espuertas sus teléfonos y tabletas, auténticos juguetes sexuales de nuestro siglo. Los mismos que en 2010 defendían el Kindle de Amazon, estos cacharros de Apple o cualquier otro gadget molón (lo defendían comprándolo mientras pedían que los contenidos de estos aparatos fueran gratis, digo), acabaron venerando, promocionando e imponiendo ¡la cultura de pago!

Calma, calma, desenclavad los lápices de las mesas, por favor.

Sí, exactamente los mismos nombres que en 2010 pedían cultura libre firmaban en 2017, y exactamente en los mismos diarios digitales de entonces, artículos como «La serie que tienes que ver», «La serie que no te puedes perder», «Qué series debes ver este verano» y «Qué maravillosa es esta serie». Un ejemplo sintomático fue Juego de Tronos.

Todo el mundo hablaba de Juego de Tronos, hasta Pablo Iglesias, líder del partido más a la izquierda en el arco parlamentario. ¿Qué era Juego de Tronos? ¿La ponían en la 1, en La Sexta? ¿La daba gratis un enano en la Puerta del Sol? No, majos, la daba de pago una cosa llamada HBO. ¿Por qué no decían nunca estos artículos que la serie no era como el Un, dos, tres o la Vuelta a España, que sí

podía ver todo el mundo? ¿Por qué parecía que el país entero estaba en disposición de ver esta serie cuando solo podían verla legalmente aquellos que pagaran a HBO o a otra cosa llamada Movistar Plus? ¿Por qué debíamos, teníamos y no nos podíamos perder esta serie?

8 euros al mes costaba HBO. 8 euros al mes costaba Netflix, que también emitía sin parar series que tenías que ver. 16 euros al mes (192 euros al año) te conminaban a pagar los antiguos defensores de la cultura libre para no ser un paria intelectual de tu tiempo.

Daos cuenta, queridos niños, de que, según el ministerio competente, en 2015 cada español se gastó 260 euros en cultura; en toda la cultura.

Titulad esta lección «Cómo los adalides de la cultura libre pasaron de defender "un derecho del pueblo" a defender a HBO».

Podéis ir saliendo, niños. Y recordad siempre que el pasado es todo lo que no tenéis.

Cuando ser escritor era una juerga

2,95 euros cuesta contemplar el enternecedor y, a veces, lamentable ocaso de los sueños literarios.

Luis Mancha entrevista en Generación Kronen a los escritores José Ángel Mañas, Ray Loriga o Luis Magrinyà, y a los editores Chavi Azpeitia, Pote Huerta y Constantino Bértolo. El documental incluye una incomprensible sección dedicada al cine de los noventa (por suerte, muy breve), pero deja algunos momentos simpáticos, como cuando Juan Manuel de Prada pregunta al realizador si Mañas sigue escribiendo o cuando el propio Mañas afirma no ser «nada» en la literatura de hoy. También da a conocer algunos datos impresionantes: Juana Salavert reconoce que era normal en aquellos años recibir unos 25.000 euros por novela y Pedro Maestre asegura haber vendido 80.000 ejemplares de Matando dinosaurios con tirachinas, cifras completamente quiméricas a día de hoy para casi cualquier escritor.

La pieza es bastante irregular y parece haberse montado con prisas y sin exprimir del todo el testimonio que los propios entrevistados deseaban dar. Con todo, capta muy bien la esencia de aquellos años y la resaca en la que viven ahora varios de los escritores que conocieron —y es mucho conocer— el sabor auténtico de la gloria.

Todo empezó en 1992, cuando Constantino Bértolo publicó Lo peor de todo, de Ray Loriga. Ya el nombre del autor dejaba claro que no nos iba a hablar ni de la Guerra Civil ni de entrañables veranos en Cadaqués. Loriga traía la modernidad a la literatura española, influido por autores norteamericanos y, sobre todo, por la música y el cine. Prácticamente hizo veinte años antes todo lo que luego creyó estar haciendo la Generación Nocilla.

Héroes se publicó en 1994, con la foto del propio autor en la portada: llevaba el pelo largo y anillos con forma de calavera, tatuajes en los brazos y una cerveza en la mano. Ningún escritor de la historia de la literatura española ha sido tan atractivo para los medios como él.

Ese mismo año, José Ángel Mañas quedó finalista del premio Nadal con Historias del Kronen, la turbia crónica de la vida loca que los niños pijos de Madrid llevaron en el verano de las olimpiadas de Barcelona. El libro supuso una conmoción social y hasta Jesús Hermida dedicó uno de sus debates televisivos a sopesar seriamente si «nuestros hijos» se drogaban tanto.

En 1996, es decir, hace justo dos décadas, Montxo Armendáriz llevó el Kronen al cine (Mañas ganó el Goya a mejor guion adaptado) y nuevamente el premio Nadal marcó tendencia: el desconocido Pedro Maestre se hacía con el premio con su primera novela, Matando dinosaurios con tirachinas, «escrita en quince días».

La industria editorial se volvió loca. Juventud era todo el talento que necesitaba alguien que mandara su libro a una editorial. «Traficantes de juvenalia», llamó Jorge Herralde a algunos editores.

La lista de autores menores de treinta años que surgieron en los noventa es inagotable. Lucía Etxebarria, Juan Bonilla o Juan Manuel de Prada vieron publicados sus primeros libros y, enseguida, consiguieron algún premio importante o, en todo caso, continuaron su carrera en sellos de primera fila.

Se rizó el rizo: Violeta Hernando publicó Muertos o algo peor con diecisiete años; Espido Freire ganó el Planeta con veinticinco. La editorial Lengua de Trapo hizo una lista de agraciados en 1998, a la que tituló Páginas amarillas.

Yo estaba allí en aquellos años, leyendo cantidades industriales de libros inútiles. No hay escritor de los noventa del cual yo no haya leído hasta su libro menos importante. José Machado, Berta Vías Mahou, Tino Pertierra. Díganme uno.

A pesar de que críticos como Ignacio Echevarría desprecian alegremente la literatura de aquellos años, lo cierto es que la demencia editorial de los noventa hizo un favor fundamental a la industria: acercar los libros a los jóvenes.

Cuando uno veía a Mañas en la tele o a Maestre en los periódicos se sentía concernido: la literatura también hablaba de nosotros, de los que entonces teníamos veinte años. Es más: las editoriales estaban

dispuestas a publicarte un libro. Si yo no hubiera asistido a todo este espectáculo de permeabilidad editorial, nunca se me hubiera ocurrido mandar mi primera novela a Anagrama, novela que efectivamente me publicó.

¿Qué tenemos hoy, sin embargo? Una literatura vieja, aburrida; un premio Nadal echado a perder y cuyos ganadores no importan a nadie. Decenas de escritores jóvenes (pueden conocer a veinte de ellos en la antología que preparé para Lengua de Trapo: Última temporada) cuyos libros son prácticamente inencontrables, pues las grandes editoriales ya no están interesadas en publicar a menores de treinta años. Y, finalmente, miles de lectores potenciales —los más jóvenes— para los cuales la literatura es ese lugar donde no se habla de ellos. Es decir: un futuro muy negro para los libros.

Es verdad que muchas de aquellas novelas eran una auténtica mierda y que varios de los autores que lloriquean en el documental Generación Kronen no se merecen otra cosa que el olvido en el que penan, pero la propia Historias del Kronen sigue siendo un digno testimonio —¿y qué otra cosa es la literatura sino testimonio?— de la vida en Madrid en los años noventa, Ray Loriga tiene grandes libros en su haber, como Trífero o El hombre que inventó Manhattan (cuando digo grandes, digo que podrán ser leídos con placer dentro de cincuenta años) y Juan Manuel de Prada escribe novelas de una solidez y pujanza que nada tienen que envidiar a, pongamos, Gonzalo Torrente Ballester. Juan Bonilla, Belén Gopegui o Antonio Orejudo son fruto de aquellas alegrías.

No es poca cosa, la verdad. Es, de hecho, todo lo que tenemos.

La novela negra nos enterrará a todos

La novela negra no tiene nada que envidiar a la peste negra, ni siquiera los muertos. Se expande por las librerías, que colocan ya este tipo de libros en un espacio particular y privilegiado; invade las bibliotecas, que absurdamente entienden también necesario pastorear a los lectores hacia los libros más comerciales; clava su estandarte en el catálogo de sellos hasta ahora estrictamente literarios con colecciones o minicolecciones llamadas a llevar el peso anual de una cuenta de resultados. Novela negra es lo que gana últimamente el premio Nadal, para sonrojo de los que aún se acuerdan de El Jarama o de Las ninfas; novela negra es lo que gana el premio Planeta, el premio Primavera… (¡hasta los premios de novela negra los ganan novelas negras!; no es que haya habido un intercambio de propósitos entre certámenes literarios, no). Y más: una escritora de novela negra dirige Babelia, el suplemento de libros más (o menos) prestigioso de España. Este fin de semana dedicaron el número entero a vendernos novela negra.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Sin duda, matando a alguien.

Dice Ricardo Piglia que Edipo fue la primera historia detectivesca de todos los tiempos, pues en ella hay un crimen y un hombre que trata de resolverlo (para concluir que él mismo es el asesino). Menos osada es la genealogía que localiza el origen de la novela negra en algunos textos de Friedrich Schiller, Anne Radcliffe o Adolf Müllner. Sin embargo, existe consenso en señalar finalmente Los crímenes de la calle Morgue, de Edgar Allan Poe, como el primer peldaño del género.

Permítanme decir que es una de las narraciones más inverosímiles que he leído en mi vida.

Con todo, su inverosimilitud fue, al parecer, original. Se trataba de llevar la papiroflexia al argumento, de retar al lector, fabricando un crucigrama de vidas en el que dos preguntas hacían la ola desde la primera página: ¿quién lo hizo? y ¿cómo lo hizo?

La novela enigma (como la llama Andreu Martín en su iluminador ensayo Cómo escribo novela policíaca) alcanzó velocidad de crucero gracias a una lupa, un macferlán y un pico de heroína: Sherlock Holmes. Agatha Christie tomó el relevo (siempre británico) de Arthur Conan Doyle, acometiendo sucesivas virguerías aún hoy estimulantes: que el narrador fuera el asesino (El asesinato de Roger Ackroyd) o que todos fueran el asesino (Diez negritos).

En las historias del género siempre se presenta la novela negra americana (o hard boiled) como una evolución o salto a la madurez de la novela enigma. Dashiell Hammet, Raymond Chandler y James M. Cain son considerados los fundadores y maestros de este nuevo arte de matar, más embarrado.

Dijo Chandler: «Hammett alejó el asesinato del jarrón veneciano y lo llevó al callejón».

En realidad, la novela negra o policial al estilo de Raymond Chandler (ya saben: detective problemático, sociedad corrompida, bajos fondos, crítica del sistema y final sorprendente) le debe —a mi juicio— mucho más a la novela naturalista de Zola que al macramé narrativo de Agatha Christie, del que eventualmente podría incluso prescindir. Basta con leer La bestia humana para saber por dónde voy.

La novela negra (años cincuenta del siglo XX) evolucionó mediante la traslación de una serie de patrones de probada eficacia a nuevos ambientes (el entorno «sureño» de Jim Thompson; el Harlem de Chester Himes, etcétera), tuvo un momento de flaqueza con la irrupción de la novela de ciencia ficción en los años sesenta (Raymond Chandler, con su habitual bonhomía, afirmó tras leer algunas páginas de una novela intergaláctica: «¿Pagan por escribir esta mierda?») y se recuperó para llegar sana y pletórica hasta nuestros días a caballo de cientos de autores y de miles de novelas que, parece, nadie se ha molestado en catalogar.

Yo diría que hoy el género se halla instalado en una etapa muy clara: el folclore policial. Ya no importa quién lo hizo, ya no importa cómo lo hizo, pues hemos leído —o visto en el cine— todos los posibles asesinos y todas las posibles formas de asesinar. Importa dónde lo hizo. Es decir, los usos y costumbres de un

pueblo.

La exitosa trilogía de Dolores Redondo, por ejemplo, no aporta otra cosa al género que un minucioso repaso de la repostería navarra con la selva de Irati de fondo; del mismo modo, Domingo Villar (salvando las enormes distancias) hace lo propio con la costa gallega. Se pone de moda la novela negra sueca, mayormente, por lo de sueca; la frontera mexicana es lo único novedoso en la obra de Don Winslow, que mata igual que se mataba hace casi cien años o un poco peor.

Si usted quiere ser un autor de éxito de novela negra, no piense ya en inventar un detective estrambótico ni en recrear crímenes aún más bizarros: piense en que alguien investigue crímenes en lugares hasta ahora no visitados por los lectores. El Vaticano ya se le ocurrió a Dan Brown, por cierto.

Lo de nuestro país lo deja claro Andreu Martín en el citado Cómo escribo novela policíaca: «En España surgió el boom de la novela negra como reacción contra unas formas literarias que no interesaban a nadie». Habla de los años setenta, y las formas literarias que no interesaban a nadie son, básicamente, las que cualquier persona cabal entiende como Literatura.

Martín-Santos, Benet, el Cela de Oficio de Tinieblas 5 o Juan Goytisolo.

«Estábamos hartos de esa literatura ensimismada que necesitaba veinte páginas para subir una escalera», subraya enseguida en el mismo ensayo Juan Madrid.

Desde los años setenta hasta ahora se han sucedido los autores, las modas y los festivales de novela negra. Hay librerías y revistas especializadas en novela negra y premios propios y una cosa llamada «Semana Negra de Gijón», que muchos piensan que podría llamarse «Semana de la Cerveza Negra de Gijón» y nadie notaría la diferencia. Eduardo Mendoza creó el subgénero de novela negra paródica y aún hoy tiene imitadores. Javier Marías o Antonio Muñoz Molina han recurrido a este tipo de relato en novelas como El invierno en Lisboa o Los enamoramientos. Actualmente disfrutan de un considerable éxito, aparte de Dolores Redondo y del propio

Mendoza, Víctor del Árbol, Lorenzo Silva o Carlos Zanón.

Si nadie te conoce, además, siempre funciona decir que tus novelas negras son un éxito en Francia.

La novela negra supone prácticamente el fin de la literatura. En la mayoría de los autores del género no hay ni un gramo de esa sustancia blanca que define este arte: el estilo. Todos los narradores policiales escriben igual, e igual a como escriben los narradores policiales de cualquier otro país. Traducir una novela negra se diferencia muy poco de escribirla.

La novela negra degrada la literatura a una suerte de cine de bajo presupuesto, dado que convierte la ficción escrita en el campo de pruebas de una historia. Si esa historia funciona comercialmente, se pasará a mayores: se hará una película.

Desde la aparición del hard boiled, además, se ha difundido el mantra de que la novela negra es en verdad narrativa comprometida, un vehículo para la denuncia social. Lo cierto es que todos los grandes escritores de novela negra eran, al mismo tiempo, grandes reaccionarios. De hecho, el más destacado escritor de novela negra de nuestros días, James Ellroy, admira a Ronald Reagan y, para escribir Seis de los grandes, fue, según desvela en A la caza de la mujer, «en todo momento el racista provocador adherido a las almas de mis asesinos derechistas».

Esto es así porque la novela negra auténtica está escrita a partir de experiencias vividas en primera persona. O, dicho con mayor malicia, la novela negra es la novela de ese obrero que vota a la derecha.

El viaje por los bajos fondos que ofrecen estos libros es un viaje por todo lo que sobra para que nuestro sistema capitalista sea perfecto. De ahí que sobren los delincuentes y los mafiosos, pero, a menudo, también los homosexuales, los negros, las mujeres con iniciativa y los comunistas.

Por supuesto, hay novela negra intencionadamente izquierdista, pero siempre será de segunda división: el escritor ha tenido que documentarse y copiar a los grandes.

«Siempre que hay poder hay discurso oficial y, mientras haya discurso oficial, habrá una novela negra para desmentirlo», dice de nuevo —ebrio de heroicidad— Juan Madrid.

Volvamos al principio: ¿es posible que la novela negra vaya contra el discurso oficial o contra el poder cuando ocupa sitios destacados en librerías y bibliotecas públicas, recibe los principales premios comerciales del país y hay escritores de novela negra dirigiendo importantes suplementos literarios, antiguamente tan exquisitos?

Al conservadurismo ideológico del género hay que sumar una poética rutinaria que no admite riesgo y una vocación de complacencia masiva que —ay— solo tiene un objetivo: el mercado. No hay ningún escritor de novela negra de prestigio que no venda libros; de hecho, ser un buen escritor de novela negra es vender libros. Hacer dinero.

Me imagino en el futuro perdido dentro de una librería buscando un libro humilde, un poemario o una novela minoritaria; me imagino recurriendo al librero para localizarlo y que me diga, después de cubrir con un ademán medio establecimiento: «Todo esto es novela negra, el resto es literatura».

De cómo la autoficción se convirtió en autopromoción

Partamos del supuesto de que la historia de la novela es una historia de la diferencia. El arte de narrar no es otra cosa que un catálogo de formas. La novela que encuentra sitio en el canon, en las universidades o en los manuales de literatura siempre es una novela que dio inicio a una corriente estética o que la llevó hasta sus límites, incluso agotándola.

Supongamos también que en el siglo XIX la novela alcanzó la perfección. Era así como debía hacerse una novela. Capítulos y partes, descripciones y atención a los detalles, casi siempre un narrador en tercera persona que se deja llevar por el estilo indirecto libre; planteamiento-nudo-desenlace, diálogos y un final climático. Tolstói, en suma; Flaubert. ¿Se podían escribir más novelas después de Guerra y paz? ¿Se podían narrar de forma diferente a Madame Bovary?

La historia de la novela del siglo XX es la historia de cientos de novelistas que intentaron dinamitar la morfología narrativa de ese realismo depurado. Lo que queda del siglo XX (porque es leído, comentado, imitado o estudiado) es el modernismo, la generación perdida, el nouveau roman, Oulipo o la posmodernidad. Es decir, un legado eminentemente formal.

Si el modernismo fue un juego (una exploración) de los elementos básicos del relato, la posmodernidad es el juego (la exploración) de la recepción. Ya poco nos quedaba por explorar aparte de la figura del lector.

Y es ahí donde entra en escena la autoficción.

«Why so serious?», que diría el Joker. Bueno, aquí vamos de la gravedad a la patochada: denme tiempo. Y sigamos.

La autoficción es el legado literario de comienzos del siglo XXI.

Autores como Emmanuel Carrère o Javier Cercas, entre otros muchos, quedarán como representantes de la novela que se hacía en el primer cuarto del presente siglo. También se han escrito otro tipo de novelas, evidentemente, pero lo que atesoramos como «canon», va dicho, ha de ser siempre otra cosa, una anomalía.

La autoficción de Carrère o Cercas es algo tan sencillo como novelas en las que el protagonista tiene el mismo nombre que el autor (o exactamente la misma profesión, edad, situación familiar…, en fin, identidad). De este gesto temerario se derivan consecuencias inmediatas para el lector: ¿es verdad lo que leo?; incluso: ¿qué es la verdad?

Si alguien escribe su autobiografía, el lector entiende que todo lo que se cuenta en ella son los hechos ciertos de una vida; si escribe una novela, el lector asume el carácter imaginario de lo narrado. Por ello no hay autobiografías donde una persona se convierta en un escarabajo o vuele. Es lo que se conoce, respectivamente, como «pacto autobiográfico» y «pacto de la ficción».

La autoficción no respeta estas convenciones, mezcla datos reales con otros inventados, lo que lleva al lector a una situación infrecuente: duda sobre qué está leyendo exactamente. Hay incluso lectores que se enfadan (el enfrentamiento de Arcadi Espada con Javier Cercas a raíz de Soldados de Salamina va por ahí), pues entienden que no están ante malabarismos del arte literario, sino frente a una desvergonzada estafa (imaginen que yo escribo una novela sobre un Alberto Olmos que fue violado de niño. ¿Se atreverían a decirme que es mala?, y ¿cuántos premios me darían?).

No es fácil huir de las modas, escribir sin atender a lo que tiene éxito o cosecha elogios. Por ello, numerosos escritores se han puesto a escribir autoficción, después de años haciendo novela más o menos tradicional.

La novela de Álvaro Colomer, Aunque caminen por el valle de la muerte, es —amén de un buen libro— un ejemplo de resistencia. Lo que se nos cuenta en ella es una batalla real y el relato se sustenta en una documentación exhaustiva. Sin embargo, el autor no aparece por ningún lado.

Lo que tendría que haber hecho Colomer para estar a la moda —quizá incluso para tener un enorme éxito— sería narrar no la batalla, sino cómo se documentó sobre la dichosa batalla: tomé un avión, llegué a El Salvador, pisé Irak, me dijo Fulano que no escribiera esta historia, que iba a tener problemas, mi novia me echaba mucho de menos en estos viajes… Todo ello entreverado con el relato de la propia batalla.

Es lo que hacen —un libro sobre cómo escribo el propio libro— muchos otros autores.

Sin embargo, lo cierto es que la autoficción se encuentra ahora mismo en un momento crítico. Personalmente no puedo ya más con tanta gente hablando de sí misma. Entre novedades, manuscritos a los que tengo acceso e incluso artículos de prensa, el grado de narcisismo de los autores hace tiempo que superó la categoría de ridículo y se dirige a toda velocidad hacia el diagnóstico de demencia.

El otro día tuve una iluminación, después de leer un texto particularmente vomitivo. La obra literaria se ha visto contaminada por las redes sociales: he ahí mi iluminación. Si los autores jóvenes y no tan jóvenes dedican diariamente varias horas a autopromocionarse en Facebook o Twitter (cualquier cosa buena que se diga de ellos es enlazada y aireada, amén de exagerada), a la hora de escribir novelas también creen que deben vendernos su éxito literario. Esto ha llevado a que abunden las novelas donde la auténtica trama es la ficción de un éxito, es decir, novelas que tratan de un autor que se nos propone como tal —justamente porque nadie lo conoce o valora, pocos lo leen, nadie lo traduce o nadie lo cita—.

El pringoso consejo según el cual para ser un escritor de éxito primero tienes que parecer (por el modo de vestir y de comportarte) un escritor de éxito alcanza en estos minutos de la basura de la autoficción su corolario definitivo: la propia obra. Escribo para que te creas que soy escritor, para creérmelo yo mismo.

Los rasgos de esta autoficción degradada son muchos: decir siempre que uno «solo sirve para escribir», hacer que los demás personajes te apelen como escritor, incluir algún viaje transoceánico para dar

una charla en un festival donde también asistan escritores consagrados (dar sus nombres), ¡sacar a tu novia por su nombre de pila! (esto es muy importante), abusar del posesivo de primera persona («mi editor», «mi agente»…), así como transformar cualquier verbo de acción en un verbo que sugiera a los lectores que el universo gira en torno a ti (nunca «fui»: «me llamaron»; nunca «llegué»: «me recibieron»…) y, sobre todo, disponer de una potente excusa narrativa para levantar todo este tinglado egomaníaco (algo grave, por ejemplo, la muerte del padre).

La autoficción como autopromoción, como vehículo de vanidades, no puede sino ahuyentar a los lectores. ¿Quién quiere leer un libro sobre lo mucho que el autor se gusta a sí mismo? Sin embargo, llevo dos semanas leyendo libros, manuscritos y artículos de autores que se gustan mucho a sí mismos. Sin ironía (como aquel «Yo. Yo. Yo. Yo.» con el que empezaban los Diarios de Gombrowicz); sin empatía (como la que sentimos por el Javier Cercas de Soldados de Salamina, solo, sin trabajo y deprimido); sin modestia (no conozco buena literatura cuyo único presupuesto sea la soberbia).

Así las cosas, ¿cómo distinguir el yo mercadotécnico del auténtico yo literario? En realidad es muy fácil: con el segundo sientes que el autor habla de ti. Decenas de autores hoy en día parten de la premisa: «Lo yo cuento interesa porque trata de mí», cuando la literatura autobiográfica interesa porque, bien hecha, trata de todos nosotros. Es la diferencia entre lo doméstico y lo íntimo (que es lo universal).

El yo del nosotros: ese es el yo que estamos perdiendo.

Bolaño y yo: la historia jamás contada

Dicen los ganadores que nunca ganan, pero casi, que del subcampeón no se acuerda nadie. Y yo fui subcampeón del premio Herralde que se llevó Roberto Bolaño con Los detectives salvajes. Mi obra se titulaba A bordo del naufragio. Tenía yo veintitrés años.

Roberto Bolaño y un servidor iniciamos entonces trayectorias paralelas y, mientras él se ha convertido en un mito literario, yo tengo esta columna.

Poder mostrar fotos con Roberto Bolaño y haber cruzado con él algunas palabras se fue volviendo con el paso de los años algo excepcionalmente referible, sobre todo a partir de su muerte, momento en el que su figura agigantada hasta el delirio se afilió a la hermandad de inmortales donde Borges, García Márquez o Vargas Llosa llevaban décadas de monótono oligopolio.

Lo que nunca he olvidado de Roberto Bolaño es su jersey con bolitas. Yo he visto, en definitiva, a un jersey con bolitas volverse mítico. Quiero decir que Bolaño, en la Barcelona de 1998, recibiendo el premio Herralde, era un señor que lo tenía todo para fracasar, eminentemente esas bolitas fruto de un jersey resobado, amén del resto de su indumentaria, vieja y ajada, el rostro magullado por las carencias dentales y la desazón, las gafas desequilibradas y el andar raquítico.

Todo eso, hoy en día, no hay foto que lo delate. Ves una foto de Roberto Bolaño y siempre ves a un galán de las letras; bohemia y no miseria, intención y no dejadez, estilo y no cutrerío. La fama debida a esto de la literatura vuelve apolínea toda vulgaridad.

¿Cómo era Roberto Bolaño antes de que Los detectives salvajes saliera a la venta, vendiera, se tradujera y resultara premiada por segunda vez (Rómulo Gallegos)? Pues era un señor que no conocía nadie. Yo había leído a bastantes autores de la editorial Anagrama, pero admití ante Jorge Herralde que no sabía junto a quién me

estaba premiando. Es un autor de gran calidad, pero poco conocido, me vino a decir el editor.

Bolaño andaba por aquellos días viendo películas de David Lynch y le daba muchas vueltas al sentido último de la trama de Carretera perdida. También —en aquellas horas primeras de conocerlo— vine a notar que practicaba con soltura el elogio desmedido y la afirmación irreversible y, así, todo era lo mejor, lo más, lo sumo o, por el contrario, lo peor, lo más bajo, lo ínfimo dentro de su especie. Recuerdo oírle decir que Jaime Bayly era el escritor en español con mejor oído para los diálogos. Luego escribió o dijo que Javier Marías era «de largo» el mejor prosista en español de nuestro tiempo o que Georges Perec era «sin duda» el mejor escritor de la segunda mitad del siglo XX. Este criterio tenía Bolaño, sin matices, sin mesura; sin mucha responsabilidad.

Lamento informar a sus biógrafos y devotos que no recuerdo si en la cena que sigue a la entrega del premio Herralde —entonces celebrada en La Balsa— Bolaño tomó carne o pescado.

Y de La Balsa en Barcelona, en puente aéreo costeado por la editorial Anagrama, llegamos a un día de diciembre de 1998 en Madrid, en el Bar Hispano, lugar habitual —hasta que la crisis disuadió al sello fundado por Jorge Herralde de perseverar en semejante dispendio— de la presentación de las novelas reconocidas con el premio de marras.

«Anochece sobre Pozuelo», así empezaba el texto con el que Soledad Puértolas presentó Los detectives salvajes. Seguramente muchos de ustedes no se podrán creer que Soledad Puértolas fuera la presentadora de Roberto Bolaño. Pues fue. ¿No había nadie mejor, más ilustre, menos comercialote? Sin duda, no lo había, pues Roberto Bolaño, en 1998, reunió en la presentación de Los detectives salvajes en Madrid a no más de diez o quince personas, lo que sumado a las doce que llevé yo daba una bonita cifra de fracaso.

Al año siguiente, con Luis Magrinyà y Pablo d’Ors como ganadores del premio, el Bar Hispano disfrutó de aforo completo: estaba, como se decía antes, «el todo Madrid».

¿Dónde estaban entonces, en 1998 y en Madrid, todos esos autores, críticos, lectores y editores que, apenas un año después —y no digamos siete años después— declararían que Bolaño era el mejor escritor del mundo? Supongo que esperando a que se hiciera famoso para poder confesar que lo llevaban apoyando desde el principio.

Llevo casi veinte años tratando de que me guste Roberto Bolaño. Que Los detectives salvajes quedara por delante de mi novela debut no ha afectado a mi juicio sobre su obra completa pues, a fin de cuentas, y como dice el rapero, en 1998 Bolaño jugaba «al mismo deporte en otra liga».

Así las cosas, lo más interesante de la figura de Roberto Bolaño es que supuso el primer caso de canonización literaria vivida en directo por todos los autores y lectores de mi generación. Nunca antes un escritor había recorrido para nosotros de forma completa el camino hacia la gloria literaria. Hay que señalar que el Quijote y Cien años de soledad, para un bachiller, son clásicos por igual, aunque a uno lo acrediten cuatro siglos y al otro nos lo hicieran estudiar solo treinta años después de haberse publicado.

Vista la «canonización en directo» de Bolaño uno puede ya por fin enunciar la clave de la inmortalidad literaria. Basta una palabra: potra.

Había —y hay— decenas de escritores latinoamericanos mucho mejores que Roberto Bolaño, o igual de medianos y sugestivos. Sin embargo, Bolaño ha aniquilado toda posibilidad de que Piglia, Aira, Vallejo, Bellatin o Fuguet consigan una recepción ni remotamente parecida a la que él goza hoy en día.

Los fans locos de Bolaño creen que su santo autor lo hacía todo bien. Sus poemas son muy buenos, sus cuentos son excelentes y sus novelas son extraordinarias. Hasta sus apreciaciones críticas son subrayadas en los libros que las compilan como si Bolaño las hubiera sopesado por más de dos minutos.

A mi juicio, los poemas de Bolaño son infames; sus cuentos, mediocres; y sus novelas, un amontonamiento de sus cuentos menos mediocres. Creo que Los detectives salvajes es una buena novela. Creo que 2666 es un disparate. Las cinco novelas que la componen

parecen necesitadas de comparecer juntas para intimidar al lector pues, leídas sueltas, no satisfarían al menos demandante de ellos. Por otro lado, su decálogo para escribir cuentos es de las estupideces más bochornosas que yo he leído nunca dentro del género teórico.

Bolaño dijo en los días que lo conocí que escribió Los detectives salvajes en un año. Yo le creo, porque entiendo que toda su obra está elaborada deprisa, sin mucha dubitación, a caballo de una prosa funcional y atiborrada de clichés («duerme como un ángel», «pobre como una rata») y de un gusto por narrarlo todo, particularmente qué comen los personajes y qué llevan puesto. Es difícil tomar una página al azar de Bolaño y otra a voleo de García Márquez y defender que, a su vez, juegan en la misma liga.

También entiendo que la obra de Bolaño tiene algo de boom recalentado, sirviendo al mismo tiempo de epílogo a Borges, a Cortázar y a Vargas Llosa. Nada de lo que hay en la obra de Bolaño es propio de la literatura del siglo XXI, caracterizada por la autoficción y los juegos con la recepción, amén de por todos esos autores (Franzen) que no soportan ni la autoficción ni los juegos con la recepción y tratan de volver a Tolstói.

Mi interpretación de la «potra» de Bolaño tiene que ver con los días marginales que vive la literatura. Desde hace años ya se habla de «novela literaria» para designar una obra que no ha sido concebida con intención de convertirse en un bestseller. La perversión en esta dualidad creada para las obras de ficción («novela literaria» frente a «novela comercial») ha llegado pronto y consiste en colar novelas claramente escritas para una fácil lectura en un catálogo editorial que se supone exigente. Creo que Bolaño, en la mayoría de sus páginas, propicia una lectura enormemente facilona (no en vano, lo que se escribe a toda prisa se lee casi siempre a toda prisa). A la gente le gusta Bolaño del mismo modo que le gusta Dan Brown, lo que pasa es que pueden mirar por encima del hombro a todos aquellos a los que solo les gusta Dan Brown.

¿Cómo distinguir a un genio de un payaso?

Puede que convertirse en un genio de la literatura, y no en un escritor, fuera exactamente lo que queríamos todos en la universidad. También es posible que los que se empeñaron en ser genios de la literatura no llegaran ni siquiera a ser escritores, porque escribir un libro supone muchas concesiones a la normalidad, algo tan poco estridente como sentarse en una silla.

En todo caso, ¿qué es un genio? La pregunta no es fácil de responder, pues la realidad del genio está llena de paradojas. Un genio, para serlo, necesita sobre todo de reconocimiento. Nadie es un genio si los demás no se dan cuenta de ello. Sin embargo, ¿cómo puede una inteligencia suprema quedar en manos de inteligencias inferiores, que son las que tienen que ensalzarlo? Decirle a alguien que es un genio significa reconocerle que eres más tonto que él, lo cual lleva implícito el descrédito de tu propio juicio. Esto lo saben los genios y por eso no hay nada que desprecien más que la gente que los llama genios.

Con todo, la paradoja principal es la que se deriva de considerar que, en rigor, solo el genio se comprende a sí mismo. Por ello, únicamente él puede saberse genio y determinarse genio y darse el título de genio. Pero decir «soy un genio» es la cosa más estúpida del mundo.

Viene todo esto al hilo de dos volúmenes de ensayos y anotaciones que le han publicado en España al escritor argentino César Aira (Coronel Pringles, 1949). Uno de ellos lleva un título como de recopilatorio de Los Planetas: Continuación de ideas diversas; el otro suena más a radiofórmula: Evasión y otros ensayos. Los he leído con sumo interés porque César Aira es considerado un genio por buena parte de los autores de mi generación.

Yo empecé a leer a Aira por curiosidad, cuando desembarcó en nuestro país con Varamo; seguí leyéndolo porque decían que era un

genio y, como no han dejado de decirlo, he seguido leyéndolo hasta verme atrapado en mi propia paradoja de lector: que ya necesito que sea un genio para que pasar tanto rato con sus libros no haya sido una equivocación.

Por ello, he leído sus ensayos buscando la palabra genio y sus manifestaciones míticas. Enseguida, en Continuación de ideas diversas, vi legitimado este filtro de lectura: «Yo quería ser un gran escritor, un genio…» Y poco después: «… porque siendo un genio como quería ser…». La figura de Julio Cortázar (aportación argentina al álbum de cromos de los genios del siglo XX) aparece en varias ocasiones, además, y siempre impugnada. Rayuela es «patéticamente pueril»; El perseguidor es «malo al punto de lo impublicable». Aira es tan consciente de sus aspiraciones de genialidad que hasta le torturan: «¿Qué razón hay para escribir estos vanguardismos que escribo yo?».

Fue precisamente Julio Cortázar en Rayuela el que sentenció: «El genio es elegirse genial y acertar». A mí esta afirmación me parece de lo más inteligente que se ha dicho nunca sobre ser un genio.

Cortázar subraya (poniéndola en cursiva) la palabra acertar. Con ello quiere decir que un genio solo es una vanidad electoral, una candidatura. Necesita el refrendo en la recepción. Por eso, cuando leemos la afirmación de Truman Capote: «Soy homosexual. Soy alcohólico. Soy un genio» o la de Vladimir Nabokov: «Pienso como un genio, escribo como un autor distinguido», nos acongojamos, porque las leemos desde la conformidad de la Historia de la Literatura, que ha convenido su brillantez como escritores. Sin embargo, un tal Joaquín Grau afirmó a principios de siglo: «Estamos Shakespeare, Esquilo y yo. No hay más», declaración que nos parece una payasada justamente porque no sabemos ni qué escribió Joaquín Grau. Sería muy distinto que Tolstói hubiera dicho: «Estamos Shakespeare, Esquilo y yo. No hay más». Cuando te toca la lotería puedes decir que eres rico, pero resulta ridículo decirlo nada más comprar el boleto.

No me ha extrañado por ello que el ensayo más brillante de Aira sea el que dedica a Salvador Dalí (en Evasión y otros ensayos). De hecho, la pregunta germinal de esta pieza no deja lugar a dudas: «¿Cómo es posible decir: soy un genio?».

Aira describe perfectamente la operación de Dalí: «Apropiarse del consenso». Dado que hay que esperar mucho —incluso morirse— para ser considerado un genio, ¿por qué no anticipar el veredicto y ser además uno mismo su propio juez? A fin de cuentas, ¿qué sabe nadie lo que es un genio de la pintura?

Dalí triunfó como genio por los mismos motivos por los que Albert Einstein triunfó como genio: no por pintar (esto es, no por su $e = mc^2$), sino por engrasarse el bigote (la gente cree que Einstein es un genio por esa foto donde sale sacando la lengua, no nos engañemos). Que Einstein fuera un genio de verdad y Dalí, un payaso, carece de importancia. El farsante se cree la ficción que el genio vive, pero ambas son ficciones.

César Aira, por tanto, merodeaba la genialidad desde el principio de su vocación y perseveró en su conquista en sus innumerables novelas breves (llenas de desvíos sobre el esquema argumental canónico) y en estos ensayos estimulantes y juguetones. Por suerte, su obsesión con el genio no le ha llevado a falsificarse la vida y en todas sus fotografías aparece como una persona normal, sin proponer esa excentricidad que el lector de paso podría asumir como genial.

Quizá sea el cuento corto «El carrito» una forma inmejorable de acercarse a su obra; quizá podría seguirse con otro cuento, «El perro». Después, la novela El congreso de literatura pondrá a prueba definitivamente los nervios del lector.

Con este último título estuve a punto de aceptar que César Aira era un genio. Pero preferí dudar, seguir leyendo.

2. La cuestión de leer

Carta abierta a Andrea Levy

Leída Andrea:

No me sigues en Twitter. Desde hace más de dos meses yo sí te sigo y entro todos los días a ver si has reparado en mi seguidismo; y no. Esto al margen, te digo.

Pues que andaba el otro día por Twitter y, después de comprobar que sigues sin seguirme, vi tu nombre entre las diez cosas que hacen que merezca la pena vivir criticándolas sin fundamento (en inglés se llega antes: Trending Topics). Al principio me alegré; me dije: que se joda, ni siquiera me sigue. Luego pude comprobar que no te linchaban por no corresponder a un escritor como hay tantos, sino por leer libros.

Te habían entrevistado en Zenda, la revista literaria digital que capitanea Pérez-Reverte, y bastó el titular que te pusieron para desenterrar todos los móviles olvidados en las playas y, de paso, agitar la bilis de agosto, normalmente adormecida. Decía el titular, decías tú: «La casa de Bernarda Alba es el libro que me ha hecho reivindicativa y revolucionaria». Estás muy loca, Andrea.

Twitter vio enseguida lo loca que estás y consideró masivamente que tú no podías leer a Lorca, primero, y, segundo, que no podías considerarte a ti misma revolucionaria. Había mil tuits por minuto diciéndote lo primero y otros mil por minuto avisándote de lo segundo. Curiosamente, no leí ningún tuit que resumiera ambas reconvenciones, y eso que era un tuit muy sencillo: «Andrea Levy, tú no puedes ser del PP».

Me permito un desvío para decirte que tú no eres del PP, Andrea. Olvídalo, no nos engañas. Aunque seas del PP, no eres de verdad del PP. Solo trabajas allí. Todos tenemos que comer y mírame a mí en El Confidencial. Cada uno es víctima de sus propias inercias acomodaticias. Yo debería estar en el New York Times Review of Books, pero me quedaba lejos de casa.

Volviendo al tema, yo sí creo que eres una revolucionaria. Si tú no has revolucionado el PP, es que yo no sé nada de revoluciones, es que no se ha hecho una sola revolución en el mundo. Uno repasa la lista de mujeres que han abanderado al PP en las últimas décadas (Esperanza Aguirre, Rita Barberá, Celia Villalobos) y, al toparse contigo, con tu nombre, es como si se rayara el disco de pasodobles, te lo juro. Eres un scratch en un disco de pasodobles, Andrea. Si el scratch revolucionó la música, y si cada veinte minutos Apple o McDonald's o el PSG revolucionan su sector, tú también puedes echar mano de semejante familia léxica levantisca. No veo a nadie criticando a Apple por revolucionar (sic) nuestra vida todo el tiempo, a nada que le ponen un botón nuevo a su teléfono.

Otro tema es que puedas leer a Lorca y que Lorca pueda servirte de inspiración. Tú mataste a Lorca, Andrea, queda mal que digas ahora que lo lees. Lo mataste a finales del siglo XX, justo un segundo después de hacerte del PP.

Ya sé que es una gilipollez consideraros a todos los del PP asesinos de Lorca, pero es que a la gente auténticamente de izquierdas nos va la revancha con ochenta años de retraso y sin jugarnos nada en ella. Cuando mis amigos de izquierdas y yo quedamos, hasta ganamos la Guerra Civil de lo valientes que somos. No dejamos un solo facha vivo, tía. La cosa además es así: para ser auténticamente de izquierdas no vale con defender unas ideas, tienes que defenderlas además con mucha más intolerancia y brutalidad que los otros que se dicen de izquierdas. Si yo tuiteo que a lo mejor resulta un poco provocador que justamente Lorca te enseñara a ser revolucionaria, quedo como un blando, casi un socialdemócrata, sobre todo comparado con alguien que tuitee: «Esa zorra facha asesina de Lorca que cierre la boca». Este tuit solo puede firmarlo alguien verdaderamente de izquierdas.

Date cuenta también de que, por ser del PP, no eres mujer. En Twitter, los insultos, menosprecios y bromas que te dedicaron, si no fueras del PP, habrían servido como censo de machistas al observatorio de turno. Como eres del PP, qué alegría, qué machismo tan estupendo pudimos disfrutar. Que si no sabes leer, que si careces de comprensión lectora, que si no tienes cerebro. Qué bien poder meterse con una mujer sabiendo que todos creen que me

estoy metiendo con un sujeto político asexuado del PP.

Esta es la lista de libros y autores que citas en tu entrevista en Zenda: El principito, de Antoine de Saint-Exupéry; La casa de Bernarda Alba, de Federico García Lorca; La divina comedia, de Dante; Rojo y negro, de Stendhal; Pulp y La senda del perdedor, de Charles Bukowski; John Fante; Ensayo sobre la ceguera, de José Saramago; Anaïs Nin; El diablo a todas horas, de Donald Ray Pollock; Hilbilly, una elegía rural, de J. D. Vance; Cuentos prohibidos de Corea del Norte; Don Quijote, de Miguel de Cervantes; Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez; y los Diarios, de Jaime Gil de Biedma. En fin, lecturas básicas que todo el mundo —sobre todo si te insultó en Twitter— domina. ¿Hay alguien que no haya leído los Diarios de Jaime Gil de Biedma? Por desgracia, te faltan Patria y dos o tres Harry Potter para estar al nivel medio del lector en esa red social.

En definitiva, creo que ha quedado claro que solo tienes dos opciones: o dejas de leer tanto libro o dejas de ser del PP. Las dos cosas a la vez no pueden ser, Andrea; no te lo consentimos. Mientras te vas decidiendo, eso sí, disimula y evita lecturas de autores de izquierdas. ¿No ves que la cultura es eso, leer solo lo que me da la razón y desdeñar lo que puede hacerme dudar?

Por el bien de la cultura, no leas.

Un saludo iletrado.

P. D.: Dale al follow.

Cómo dejé de odiar a los argentinos

No es necesariamente incontestable que los argentinos sean la gente más insufrible del planeta. El estereotipo que pinta a los argentinos como engreídos, sofisticados, parlanchines y socialmente rampantes tiene un origen confuso y una perdurabilidad más que asegurada. Pero no sé de dónde viene. He preguntado por ahí y todos citan los flujos migratorios de ida y vuelta como posible causa de su sobrecargada imagen. También me han señalado la justa diferencia que ha de establecerse entre el argentino de Buenos Aires y el argentino del interior. Alguien más me ha comentado que el prejuicio que pesa sobre los argentinos viene simplemente de la observación: son, en efecto, así de agotadores.

Me puse a pensar qué responsabilidad podía tener la literatura en esa visión de los argentinos como gente afectada y muy pagada de sí misma. Lo cierto es que solo me venían a la cabeza nombres de autores que a uno le cuesta mucho imaginarse que pudieran estar callados durante más de cinco minutos. Cortázar como papagayo, Borges como vocinglero, amén de todos esos autores actuales que sin duda ustedes ya tienen en mente.

Además, la obra de cualquier argentino que me venía a la cabeza era siempre una obra primorosa, marginal, selecta, única, desviada, minoritaria, caviaresca. Perdonen la frase argentina en sí misma. Aira, por ejemplo, don César. Piglia, sin duda, don Ricardo. Cuando un autor argentino debuta en España, lo hace siempre con todas las luces puestas, como si por fin pudiéramos los lectores dejarlo estar, esto de la literatura. La literatura era él.

El único vado que se permite a esta literatura tan abusivamente argentina lo representan las autoras, gente como Samanta Schweblin o Selva Almada, que proponen su obra sin ruido alguno, sin esas ristras de latas atadas que parecen arrastrar los libros de sus compatriotas varones.

Mi propio desmantelamiento del estereotipo argentino se inició

cuando viajé hace algunos años a Buenos Aires y ha terminado este mismo verano, tras la lectura de Una noche con Sabrina Love, de Pedro Mairal. Estos dos hitos, mediados por algunas otras experiencias y lecturas, han propiciado en mí un gran afecto por los argentinos, entendidos como todo eso que no sabemos de ellos.

Llevo tiempo convenciéndome de que hay una realidad menos imbécil que la nuestra y que está en medio del campo. Traté de explicarlo aquí en un artículo sobre Lo Pagán que nadie en Lo Pagán entendió, lo cual me confirma en mi defensa de Lo Pagán, un sitio impermeable a la ironía. Semanas después de conseguir ser nombrado persona non grata en Lo Pagán me fui a Cedeira, en las Rías Altas de Galicia. Mi novia me ha pedido por favor que no escriba sobre Cedeira, en las Rías Altas de Galicia.

El caso es que me gustan los pueblos porque allí nadie tiene problemas imaginarios, identidades dignas de defensa ni libros de charlatanes como Yuval Noah Harari.

Y estando de pueblos y provincias (Ferrol, Villafranca del Bierzo, La Seca…) por media España, me leí la historia de un tipo que cruza media Argentina para perder la virginidad con una estrella del porno.

Una noche con Sabrina Love fue el debut de Pedro Mairal hace veinte años y aquí la propuso sin mucho éxito Anagrama poco después. Ahora Libros del Asteroide ha vuelto a publicar la novela tras el éxito de La uruguaya.

El libro lo protagoniza un muchacho que hace autoestop desde el pueblo donde ya trabaja y se pudre hasta Buenos Aires, donde le espera una noche de sexo gracias a un estrambótico sorteo. En su periplo, el joven socializa con decenas de personas, entre ellas camioneros, soldados, vendedores ambulantes y taxistas; ha dejado atrás a un hermano en paro y muchos amigos sin más ambición que beber hasta morir. Todos ellos son la gente. Yo creo que nunca había leído una novela argentina donde apareciera la gente.

Y la gente es igual en todas partes: creo que a eso voy con este artículo.

La implacable sencillez, redondeada de puntuales accesos líricos, que emplea Mairal en este debut deslumbrante traza un retrato conmovedor de las personas sin historia, sin ego, sin libros a su nombre. Desde el pueblo y toda la región entrerriana que vemos en la primera mitad del libro hasta ese Buenos Aires asfixiante y superviviente que impacta al muchacho cuando llega a su destino, Una noche con Sabrina Love es casi un himno a la Argentina que no merece la pena exportar ni por supuesto contar, porque es demasiado cutre. Gente que no tiene para tomar un autobús, gente que come bocadillos, gente que se mancha las manos cuando trabaja. Y un chico que quiere perder la virginidad con una estrella del porno, diva intocable y perfumada que, a la postre, no es más que una señora sórdida.

Contra el cordón del islote de cemento el viento acumulaba una arenisca sucia con pequeños vidrios de parabrisas y faros rotos, bolsas de polietileno, pedazos de plástico de tazas de neumáticos y de paragolpes, latas aplanadas, cartones. Todo formando una misma resaca dejada por la marea del tráfico, una arena hecha, no de piedra, sino de autos; el sedimento depositado por los accidentes.

La Argentina de Una noche con Sabrina Love es, de hecho, muy española; es decir, bastante coreana; es decir, universal.

De censor y delator a provocador

Anoten por favor que soy el único crítico de España que visita o habla siquiera de las bibliotecas públicas. En una andaba recorriendo la signatura FER. la larguísima signatura FER, porque yo soy un usuario de biblioteca pública como Dios manda: hay que mirar los libros directamente en las estanterías, y así te llevas el que no habías ido a buscar, y eso es la Cultura.

FER. Anda que no hay escritores y muertos apellidados Fernández. Iba leyendo títulos vanos y fracasos sin cuenta, todos a cargo de Fernández y más Fernández, cuando di con uno que me interesó: Lola, espejo oscuro, de Darío Fernández Flórez. Había encontrado lectura; había encontrado, de hecho, hasta escritura.

Yo no sé qué tiene el verano que siempre me lleva a leer a fachillas. El fachilla es un escritor olvidado que además era de Franco. Darío Fernández Flórez fue censor, ganadero y escritor. No dejó un palo sin tocar.

Cuenta en un artículo Ernesto Escapa que Darío Fernández Flórez fue quién denunció a Julián Marías, como revivía su propio hijo Javier en Tu rostro mañana, pero sin dar el nombre. DFF, por tanto, lo tiene todo para que nadie lo lea, para que su obra sea sepultada, para que su nombre reducido a las siglas ocupe una peana muy pequeña en el museo provincial del polvo. Que es un museo que yo visito con frecuencia.

Me gusta leer a los antiguos y olvidados porque todos escriben mejor que yo, que tú, que cualquiera. Ha caído el tiempo sobre su prosa y es un gusto pasearse por ella, ver que tal mote o insulto o vocativo se decía ya hace sesenta o setenta años, comprobar qué expresiones se han perdido, qué semántica se ofrecía a miles de lectores ahora muertos.

«Morirse a chorros», dice dos veces Darío Fernández Flórez en este libro.

Mi ejemplar de biblioteca es de 1973 y de Círculo de Lectores. La editorial avisaba entonces de que se trataba de una edición «no abreviada». ¿Qué era lo que había que abreviar?

Lola, espejo oscuro son las memorias de una prostituta de lujo. «Ante todo, debo advertir que soy una chica muy mona. Muy mona y muy cara». Durante 300 páginas Lola nos cuenta su dedicación al oficio, desde su Andalucía natal hasta el promisorio Madrid, pero sin entrar nunca en carnalidades. Lo único erótico del libro es ver a Lola sacarle todo el dinero que puede a los hombres ricos.

Adscrita a la nueva picaresca que se puso de moda en la posguerra, Lola, espejo oscuro es una lectura magnífica. A la verosimilitud de todos esos lances que hoy nos parecen increíbles se une una prosa vivaz, risueña y hasta poética. «Seguía teniendo, claro está, mis catorce años y me vi negra para no perderlos y llegar a Cádiz tan entera como salí de Ronda, aunque bien es verdad que algo más sobada porque pasé malos ratos por los puertos y la bahía, y hube de apagar un tanto los fuegos de mi fiereza». Si uno se lee las 300 páginas de una novela de la que no va a poder hablar con nadie, indudablemente es que esa novela está muy bien.

Luego están las lecturas transversales, esnobs, concienzudas. Vean la ironía, incluso la acrobacia, de ser censor y delator y escribir luego una novela que es capaz —siendo su asunto exclusivamente el intercambio de sexo por dinero— de burlar la censura. Aquí Freud y Elia Kazan tendrían mucho que comentar.

Además está Lola, obligada por la solemne pobreza en la que nace a malvivir y penar, pero que utiliza su cuerpo para enriquecerse y, mayormente, hacer sufrir a todos los hombres que se cruzan en su camino. Esta «mala mujer» encontraría en nuestro tiempo comprensión y hasta aplauso, pues su caso puede razonarse desde el feminismo al punto de acabar convertido en heroico.

¿#MeToo? Vean el cine español de los años cuarenta: «Hube de someterme a sus deseos para seguir caminando los rumbos del cine, porque, como dice Juan, muchas de nuestras películas se hacen en la cama, y así salen ellas». Y más: «Seguí, pues, pagando portazgos con un director, un jefe de producción, un guionista, un galán nada galante […] y hasta con un gerente de la casa Balbin Films; tan

solo, entre las altas jerarquías de aquel tinglado, escapé del operador, porque era extranjero y no le interesaban las mujeres».

Cabe preguntarse también cómo se leería esta frase en la España de 1950: «Por eso los hombres dicen que soy muy mala y en el fondo me odian como se odia al amo que nos tiraniza».

Por si fuera poco, el libro desemboca en un epílogo donde un escritor llamado Darío manifiesta su desaliento ante el género de la novela y, como ya registraba Manuel Alberca en La máscara o la vida, considera que los españoles «somos anticonfesionales y todas nuestras confidencias resultan absolutamente falsas».

Autoficción franquista, lo que nos faltaba.

La literatura de verdad va en autobús hacia Usera

En el momento en que Ida Vitale fue galardonada con el premio Cervantes de las Letras yo andaba leyendo extasiado a Rachel Cusk, una autora canadiense que se crio en Estados Unidos y que ahora vive en Inglaterra, meneo geográfico que a lo mejor hace difícil que algún día le caiga algún premio. Los canadienses no la considerarán canadiense, los estadounidenses no la considerarán compatriota y los ingleses la mirarán aún como a una intrusa. Para esto de los premios hay que estarse muy quieto y sujetar el palo de una única bandera.

Ida Vitale la tengo leída y mis notas sobre sus poemas dicen cosas horribles. Abrí esas notas cuando ganó el premio y me asusté. Parece que no me gustó nada, en su día. Tanto da. El caso es que Ida Vitale había ganado seis premios gordos en los últimos diez años y darle el Cervantes era fácil, la simple obesidad del éxito. Rachel Cusk, por su parte, luce en su entrada en la Wikipedia un encantador rosario de fracasos: en los últimos veinte años ha quedado finalista (shorlist o longlist, por sus humillaciones en inglés) de diez premios, de modo que, según la oficialidad, siempre ha habido alguien mejor que ella.

Por otro lado, me resulta simpático pensar en el jurado del premio Cervantes de este año. Se supone que es gente que se junta para dar un reconocimiento a aquel autor o autora que, entre todos, entiendan que ha completado una obra singularmente digna de publicidad, fama y dinero. Sin embargo, hay una ley tácita (dicen), como de ruleta amañada en el casino, según la cual un año da la casualidad de que el autor o autora es español y otro da la casualidad de que el premiado es latinoamericano. Además, este año feminista está claro que alguien (misterio, ministerio) ha decretado que se premien mujeres. Sumando ambas taciturnidades era lógico que el premio Cervantes recayera en una autora española. ¿No es curioso que este jurado haya sido incapaz de encontrar o

ponerse de acuerdo en una autora española digna del premio Cervantes? ¿Qué nos dice eso? ¿Que no hay autoras españolas de calidad o que Belén Gopegui, Marta Sanz, Cristina Fernández Cubas o Anna Caballé son más difíciles de premiar —esto es, habría más rifirrafes por premiar a tu amiga antes que a mi amiga— que una señora uruguaya de noventa y cuatro años que ya tiene seis premios gordos?

Desde el Nobel hacia abajo, todos los premios literarios son perfectamente ridículos, eso es algo que me gustaría que tuvieran claro. Ningún verdadero amante de la literatura sabe quién ganó el premio Nobel hace dos años, hace tres o en 1984. Del mismo modo, la gente a la que le gusta de verdad el cine no hace aprecio alguno del Óscar, ni aquellos que llevan toda la vida escuchando y estudiando la música pop dan ninguna importancia a los Grammys. Estas cosas —Nobel, Óscar, Grammy— se hacen para la plebe, como el papel higiénico o las campanadas de fin de año.

Lo único que da prestigio en esta vida es ser leído, inmejorablemente por mí. Leía yo precisamente Prestigio, de Rachel Cusk, y lo hacía en un autobús en dirección a Usera. El placer puntual que recibí en ese viaje, pasando veinte páginas, fue en un momento dado tan insoportable que levanté la vista hacia el resto del pasaje. El autobús iba hasta los topes y miré a la gente, a ese 60% de gente que, según la encuesta falsa anual que hace no sé quién, lee libros en España (en el autobús no leía nadie, naturalmente), y quise decírselo: oigan, esto es realmente excepcional, como si hubiera recibido una buena noticia a través de mi móvil y, no teniendo con quien compartirla, optara por comunicársela a un extraño. Pero a la gente de camino a Usera no le interesaba Rachel Cusk; a lo mejor le interesaba un poco el premio Cervantes que se acababa de dar.

Entonces cabe preguntarse si ser leída (Rachel Cusk) con absoluta admiración en un autobús que va a Usera es mejor o peor que ganar el premio Cervantes, del que todos los que no leen en un autobús van a enterarse ese día, aunque luego no te lean y tu nombre lo olviden, y también tu cara y tu nacionalidad.

Prestigio es el cierre de una trilogía que empezó con A contraluz y siguió con Tránsito, trilogía que estoy leyendo al revés. Es difícil explicar la

genialidad de esta trilogía si usted no ha leído absolutamente nada, pero lo intentaré.

En principio, Prestigio o Tránsito parecen un cruce de Joy Williams con W. G. Sebald: a lo mejor hay mil personas en España a las que esta frase les dice algo. De Joy Williams retiene la cotidianidad más grotesca, esas vidas ordinarias que de pronto caen en lo estrambótico. De Sebald toma el estilo indirecto, pues Rachel Cusk es una narradora testigo que recoge con aparente neutralidad las historias de los otros.

Enmarcada en el género de la autoficción, Rachel Cusk, sin embargo, deja hablar a todos menos a sí misma: ha inventado la autoficción modesta, que es como inventar el egoísmo generoso o la masturbación poliamorosa. Hay un momento muy apreciable en este sentido en Tránsito. Cusk asiste a un festival literario, da una charla junto a otros dos autores autobiográficos. Uno de ellos parece ser Karl Ove Knausgård. Los lectores asistimos a la intervención de ambos escritores durante una decena larga de páginas. A Cusk le ha tocado hablar la última y, después de mostrarnos lo que los otros han dicho, su propia intervención es elidida: «Leí en voz alta lo que había escrito. Cuando hube terminado, doblé los papeles y volví a meterlos en el bolso». Este hacer autoficción sin darse el menor protagonismo es lo que nos atrevemos a calificar aquí de genialidad.

Se habla mucho de literatura en Prestigio, aunque no sea un libro sobre el mundillo, sino un libro sobre la frustración y el victimismo: todos hablan para buscar al culpable de su infelicidad. Pero cerremos con esta curiosa reflexión:

Mientras tanto, el gigante imparable de la literatura comercial seguía triunfando, aunque tenía la sensación de que el matrimonio entre ambos principios —negocio y literatura— no pasaba por su mejor momento. Bastaría con un mínimo cambio en los gustos del público, con la decisión irreflexiva de gastarse el dinero en otra cosa, para que todo —la industria global de la edición de ficción y sus empresas auxiliares— se derrumbara en un instante, mientras que la pequeña roca de la auténtica literatura seguiría en pie, donde

siempre había estado.

¿Eres lo suficientemente hijo de puta para triunfar?

Me gustaba esa frase de Henry Miller leída en alguno de sus trópicos, o en Primavera negra, que dice más o menos así: «Si un hombre dijera alguna vez su verdad, su auténtica verdad, creo que el mundo estallaría en pedazos». Ahora sé que un hombre o una mujer pueden decir su verdad y que no pase absolutamente nada.

Imaginemos, por tanto, un momento previo al escándalo, por ejemplo, al de Clinton con Mónica Lewinsky en 1998. Esa verdad, anticipada, nos habría hecho pensar que Clinton no duraría en la Casa Blanca más de veinticuatro horas. Lo cierto fue que completó su mandato, que su mujer ni siquiera se divorció de él y que, a día de hoy, aquello apenas resuena como un chisme palatino más a pie de página de la Historia. Grandes filtraciones como Wikileaks o Football Leaks, o los papeles de Panamá, parecían mover el suelo de lo real: ahora sabíamos cómo funcionaba el mundo. Pero al día siguiente íbamos a trabajar, hacíamos algunas compras y, en fin, nos olvidábamos.

Así, el libro de David Jiménez, donde todos los poderes de España quedan en entredicho, muy afeados y averiados, y donde se confirman los tópicos populares oídos desde siempre (los políticos roban, los periodistas mienten, los policías delinquen, los bancos estafan) nos hubiera parecido una bomba de haber sabido que se estaba escribiendo, pero, como ya está escrito y publicado, su detonación admite el adjetivo de controlada, como la de esos explosivos que los artificieros desactivan con mucho espectáculo, pero sin daños.

Quizá es la intuición que Baudrillard destiló en su concepto «exceso de realidad» la que explica que saber no suponga cambiar. O quizá es que esas llamadas de los hombres (y las mujeres) con poder para despedir a uno, poner a otro, detener una noticia o filtrarla interesadamente son las llamadas que nosotros haríamos si fuéramos hombres o mujeres con poder. También usted ha llamado

alguna vez para que algo no se cuente, alguien no sea invitado, algo se sepa en perjuicio de otro. Quizá todo es cuestión de escala.

Hace tiempo que inicié un archivo con las miserias del mundo (ojito conmigo). De vez en cuando insto a gentes que trabajan en sectores que no conozco a que me las cuenten. No se salva nada, está todo mal. ¿Sabían que los camioneros (o algunos camioneros) tienen un aparatito que pegan al tacógrafo y que les permite conducir más de las cuatro horas seguidas a las que están obligados como máximo? ¿O que en los colegios públicos (o en algunos colegios públicos) el director informa de que ya no quedan plazas, aunque queden, para que no le manden alumnos conflictivos ni extranjeros? Lo de que en España todo el mundo paga en B una parte del precio de adquisición de su vivienda ustedes ya lo saben. Lo han hecho.

Y, sin embargo —he aquí mi pasmo—, la cosa funciona. España funciona, nos gusta, es (lo mires como lo mires) uno de los mejores países del mundo. En Breve historia de la corrupción, el italiano Carlo Alberto Brioschi lo explica muy sencillamente: sin corrupción no se hubiera construido el metro en Milán. La contradictoria consigna sería: para que haya progreso común, unos pocos tienen que recibir muchísimo más que los demás.

¿Quiénes son esos pocos? Pues los triunfadores. Y aquí tengo que meterme un poco con el feminismo, espero que me perdonen.

Pues resulta que hoy el feminismo, entre sus muchos mensajes, incluye uno que siempre me ha sorprendido: que hay que triunfar. Como hay pocas mujeres en el IBEX, tiene que haber más, y tiene también que haber más mujeres dirigiendo periódicos, y de ministras y de presidentas, y más millonarias. Que es como decir, según funcionan las cosas, que tiene que haber más mujeres hijas de puta.

«¿Era ya lo suficiente hijo de puta para ser director de un periódico?», se pregunta David Jiménez en su libro, mientras narra cómo un banquero contrata a un turbio policía para espiar a otro, cómo un constructor quita directores de periódico y tertulianos o cómo un ministro crea una policía paralela para arruinar la vida de los enemigos del Gobierno. No sé si yo querría ver a mi hija de ministra y maniobrando para joder la vida de los demás, la verdad.

Porque esto, en fin, va de los hijos. ¿Qué le dice uno a sus hijos? ¿Que solo vale triunfar? ¿Que se está muy bien allá arriba y hay bonitas vistas? ¿Que todo es esfuerzo y mérito y los concursos de la tele los ganan los que se saben más preguntas, no los que dice el guion? Me alivia, con todo, algo que apunta Arnold Bennett en Cómo vivir con 24 horas al día, porque creo que es verdad: «La mayoría de la gente no desea triunfar, por tanto, el número de fracasados es sorprendentemente bajo». Triunfar sale carísimo, amigos, al menos en escrúpulos.

Así que a los hijos habrá que decirles que sean honrados y felices; honrados porque es lo que les debemos a los demás, y felices porque es lo que nos debemos a nosotros mismos. Es decir —por usar el sistema de pesas y medidas morales de nuestro tiempo—, habrá que decirles que fracasen.

La vida privada de Franz Kafka es como la tuya: un coñazo

De las 2.200 páginas que tiene la biografía de Kafka escrita por Reiner Stach me he saltado 1.000. Supongo que un lector más honrado, diligente y escrupuloso se hubiera saltado 1.500. A mí me ha llevado como tres semanas saber qué 1.000 páginas de este libro debía saltarme.

Decía Roland Barthes que uno se salta páginas hasta de En busca del tiempo perdido, pero que no son siempre las mismas, y por eso hay que leerlo más de una vez. Otro francés, Daniel Pennac, se atrevió a establecer una lista de derechos para los lectores, entre los cuales incluía, lógicamente, el de saltarse páginas.

En realidad, no hacen falta franceses para leer en diagonal, ignorar las descripciones o desatender las notas a pie de página. Basta con mirar un calendario, con mirar luego por la ventana y ver qué bonita está la tarde. Pocas me parecen 1.000 páginas saltadas de Kafka habiéndolo leído en plena primavera.

Y es que, como intuía otro francés más, Pierre Bayard, en Cómo hablar de los libros que no se han leído, hay mucha dificultad en distinguir la lectura completa de un libro de su no lectura, conforme pasan los años y del libro que leímos no recordamos ni el título. La memoria y el tiempo se alían, destructivamente, para que lo leído, lo leído a medias, lo leído en diagonal y lo no leído confluyan en la más pura nada. Leer es olvidar luego.

Reiner Stach comparte con tantos otros biógrafos anabólicos la creencia de que cuanto más gorda es una biografía más definitiva resulta. En España todos los críticos han dicho que esta biografía es muy definitiva, no sea que venga alguien nuevo y haga otra todavía más gorda.

Para llenar 2.200 páginas Stach ha tenido que contarlo todo, incluido aquello que no tiene ningún interés. Dado que Kafka era de

Praga, el biógrafo nos cuenta la historia de Praga, y un poco la de Checoslovaquia, y otro poco la de Europa, cuando llega 1914 y asesinan a un archiduque en Sarajevo. ¿Y la historia del cosmos, eh? ¿No es menos cierto que para la existencia de Franz Kafka antes fue necesaria la existencia del planeta Tierra y de los dinosaurios? Ahí ha dejado escapar Reiner Stach otras 400 páginas innecesarias que yo podría haberme saltado con sumo gusto.

¿Qué hay de autobiográfico en tu vida?, se preguntaba Unai Elorriaga en una conferencia. Es decir: ¿qué entendemos por biografía?

Lo único que hace interesante una biografía sobre Franz Kafka es que Franz Kafka escribió libros muy buenos, eso es lo que le diferencia de todos nosotros. Por ello, su biografía tiene que atender a los alrededores de esos libros, y es mucho más jugoso saber si los escribió con tinta verde, si vendieron treinta y cuatro ejemplares o si fueron rechazados por este o aquel editor, que conocer cómo era la casa donde se mudó a vivir él solo. ¡Me trae sin cuidado cuántas habitaciones tenía su casa de soltero, amigo Reiner!

La prueba de esto que digo es que uno no puede ir por la vida comentando el número de habitaciones que tenía la casa de Kafka. Quiero decir, si quedo con amigos escritores, con gentes más o menos cultas, no puedo lucirme diciendo: «¿Sabíais que Kafka se mudó y que estaba muy contento porque le entraba mucha luz por la ventana?». Sin embargo, ante lectores avezados, el dato de que Kafka había empezado una novela epistolar, que finalmente se perdió, sí me granjearía alguna atención. Todos los viajes de verano de nuestro autor, sus visitas al campo, sus horas muertas en la oficina son exactamente igual de coñazo que las tuyas. No hay biografía —es decir, material que despierte la curiosidad ajena— en la mayor parte de una vida.

No quiero seguir adelante sobre Kafka sin atribuirme algún mérito como lector en diagonal. Fíjense si me ha costado trabajo saltarme páginas de este libro que hasta he encontrado dos erratas.

La primera es una falta de ortografía que figura en la página 1.897. Yo creo que los editores ponen las erratas hacia el final para descubrir quién deja sus libros a la mitad. Es bagage (por bagaje).

La segunda: que durante cientos de páginas a La metamorfosis se la llama aquí La transformación, pero en la famosa carta de Kafka pidiéndole a Max Brod que queme buena parte de su obra (página 2.107), al listar lo poco que merece salvarse leemos «La metamorfosis». Qué mejor argumento en favor de mantener el título como siempre lo conocimos, amigos.

Reiner Stach me irrita en cientos de páginas porque habla de los sentimientos de Kafka como si los conociera de primera mano. Atiendan a estas frases: «Hacía diez años que Kafka no veía el mar, y le pareció como si se hubiera vuelto más bello durante ese largo tiempo. Le hacía feliz verlo, aunque ya no pudiera sumergirse en él con tanta inocencia como antes». Todo esto se lo inventa Reiner Stach así porque sí, como si dijera: pruébenme que Kafka no era feliz mirando el mar. No aporta citas directas, cartas, telegramas, testimonios de lo que sentía Kafka mirando ese mar después de diez años sin verlo. ¿Cómo no te vas a saltar estas chorradas?

Sí empotra en su biografía Reiner Stach decenas de páginas de los Diarios y de las cartas de Kafka, incluida la Carta al padre. Esto también me ha molestado, pues no dejaba de pensar: ¿por qué estoy leyendo 2.200 páginas sobre Kafka llenas de citas de su obra cuando las Obras completas de Kafka publicadas por DeBolsillo en nueve volúmenes ocupan casi lo mismo, 1.918 páginas?

O dicho con un símil marino: ¿por qué no voy a ver el mar en lugar de dejar que me lo cuenten?

Alain Badiou echa de menos la mili

La ancianidad se ve amenazada por numerosos peligros: tropezar y romperse la cadera; tropezar y ponerse a darle consejos a los jóvenes; morir. En el segundo tropiezo ha incurrido Alain Badiou, prestigioso filósofo francés.

En realidad, «prestigioso filósofo francés» es una redundancia. ¿Se puede ser francés y no tener prestigio? Un cocinero francés, un futbolista francés, una actriz francesa… Nadie se pregunta: ¿tienen prestigio? En España se lo damos; a fin de cuentas, nosotros el prestigio no lo queremos para nada.

La vida verdadera es el nuevo libro de Badiou, un libro corto, casi un cuaderno para hacer la comunión, destinado en principio a orientar a la juventud por el camino de la filosofía y no dejarla en manos de la realidad, que de la realidad no se sale.

Badiou no está solo aleccionando a los jóvenes: Sócrates lo hizo antes. Dicho esto, Badiou se suma a su visión de la filosofía como forma de corromper a la juventud, en el sentido de que los aleja del camino trillado (encontrar trabajo, casarse, tener hijos) y los lleva a un mundo maravilloso (donde también encuentran trabajo, se casan y tienen hijos, pero todo mejor, más enrollado). La verdadera vida es esta: acabar como todo el mundo, pero habiendo leído antes a Badiou.

Los jóvenes, según el maestro, solo pueden hacer dos cosas mientras son jóvenes: destruir o construir. Esto es: «o quemar la vida o construirla»; ser rebeldes o aplicados, dejar la carrera o sacar matrícula de honor. ¿No hay término medio? No, no lo hay. Badiou le habla a una juventud muy concreta (aunque él crea que le habla a toda la juventud): a la que sale en las portadas de las revistas. Solo así se explica que un joven hoy en día no tenga más opciones que ser terrorista o broker, para el filósofo.

«Entonces, ¿es una ventaja ser joven en la actualidad?», se pregunta

en un momento dado nuestro autor, y muy seriamente. Hombre, está el abono joven. Fuera de eso, quizá es mejor tener setenta y nueve años.

Badiou parcela su panfleto en tres partes y dedica una a los chicos y otra a las chicas. Esto ya muestra lo avanzado de su pensamiento.

A los chicos les dice que qué suerte haberse librado del servicio militar, pero no del todo. Según él, la mili marcaba a los hombres, les decía: he ahí la vida adulta.

Como ya no hay mili, los chicos nunca acaban por ser hombres, pues nadie les ha avisado de que su adolescencia y posadolescencia se acaban. Como yo mismo, al exponer esta inefable estupidez, no me acabo de creer que salga en el libro, voy a citarlo: «Mi tesis sobre los hijos es esta: la ruina de los procedimientos de iniciación, de entre los cuales el principal era el servicio militar, conlleva que los hijos no tengan ningún punto de apoyo simbólico para convertirse en algo distinto de lo que son».

De donde deducimos que, si hiciste la objeción o fuiste insumiso, no has madurado. ¿Cómo vas a madurar viendo tu nombre en la lista de busca y captura del Ejército? Eso te vuelve un niño para siempre.

¿Y las chicas? Como yo, Badiou es tímido con las chicas, por eso escribe esto: «Una mujer es un ir-más-allá del Uno disfrazado de un pasar-entre-Dos». Bueno, Badiou, ¡hay chicas de muchas maneras! No te pongas en lo peor.

No contento con esta exhibición de músculo oscurantista (que diría Steiner), Badiou se regodea con su hallazgo, con esa definición de «chica», y añade: «Nuestro problema inicial, el de las hijas en el mundo contemporáneo, queda ahora más claro». Un ir-más-allá del Uno disfrazado de un pasar-entre-Dos: yo lo veo cristalino.

Lo que quiere decir Badiou (o no: ¿alguien puede saber lo que quiere decir Badiou?) es que, al contrario que los chicos, las chicas se ven empujadas a comportarse como mujeres (maquillaje, ropa, modales) prematuramente, por lo que no llegan a ser la mujer que realmente son debido a que han detenido su desarrollo en una especie de borrador inamovible. Que haya chicas que no se pasan la

vida pintándose las uñas, sino, por ejemplo, leyendo, no se le ha ocurrido a Badiou.

En conclusión: ni los jóvenes ni las jóvenas de hoy pueden llegar a desarrollarse como personas, los unos por culpa de la mili y las otras por culpa del gloss. Firmado: Alain Badiou, París, 2017; y olé.

Tras leer este librito me he puesto a pensar en si es realmente posible escribir consejos para los jóvenes, algo sólido, claro, honesto. No he sido capaz de recordar ningún manual de esta especie que merezca la pena, pero algunas citas de novelas han tenido a bien aflorar en la parte navegable de mi memoria. Son ideas hacia las que yo dirigiría la atención de una persona de dieciocho años.

El comienzo de El gran Gatsby, por ejemplo, con aquello de que uno debe tomar siempre en cuenta que no todos han tenido sus oportunidades; esta noción de Cervantes: «Ser orgulloso con los orgullosos y humilde con los humildes»; o la conversación entre Martin Amis y su hijo que el autor inglés relata en Experiencia. Dice el hijo: «Papá, ¿nosotros de qué clase social somos?». Dice Amis: «De ninguna. Nosotros no creemos en eso».

El fascista, el rojo y el bueno

¿Quién no tiene un fascista favorito? Andaba yo entre fascistas españoles, viendo a quién podía salvar, cuando entré en este coqueto periódico que me acoge la prosa y vi una entrevista de Víctor Lenore a David Becerra Mayor, que acababa de publicar casi subrepticiamente El realismo social en España. Historia de un olvido. Entreveré su lectura con la del libro que me ocupaba la compasión y concluí que no había tiempo material para reparar tanto olvido ni necesidad alguna de olvidar a nadie, pues en literatura es casi connatural quedar en nada, achicarse con el tiempo.

El mismo libro que leía llevaba treinta años publicado, y ni ocasión había tenido de olvidarlo. Se trata de Literatura fascista española, reeditado en 2005 como Historia de la literatura fascista española, dos volúmenes: uno con 800 páginas de fascistas y otro con 1.200 páginas de textos fascistas. Era viernes noche y yo también sé divertirme.

Julio Rodríguez Puértolas (Madrid, 1936) fue el arrojado artífice de esta monumental disección de las cloacas de nuestra cultura, que levantó alguna polémica en el momento de publicarse. El hecho de que yo no haya sabido de su existencia hasta este 2017 a lo mejor es solo un volatín más de la ironía.

«El olvido que seremos» debería figurar enmarcado en el testero de cualquier habitación donde alguien se siente a escribir libros. Las palabras de Borges (reiteradas por la novela de Héctor Abad Faciolince) muestran el infausto destino de toda obra literaria. Es tal la masacre, tal el exterminio, que los autores vivos muchas veces promovemos la revisión de la obra de algún escritor muerto, no canónico, con la esperanza de que alguien en el futuro haga lo mismo con nosotros. Por no abundar en lo obvio: hay novelas maravillosas completamente olvidadas.

David Becerra Mayor y su El realismo social en España vienen a

desarrollar una reclamación de este tipo que ya figuraba en Manual de literatura para caníbales, de Rafael Reig, y en declaraciones y artículos de unos cuantos autores de hoy: ¿por qué no se da más importancia en los manuales de literatura a las obras de Armando López Salinas o Antonio Ferres?, ¿por qué no se reeditan convenientemente?

La tesis de Becerra Mayor es, sin embargo, demencial: resulta que toda la crítica española, todos los editores y, seguramente, casi todos los escritores han decidido ningunear La mina, La zanja o La piqueta porque su lectura nos llevaría a repensar críticamente el presente y acabaríamos haciendo la revolución (soy consciente de la caricatura). Parece más lógico maliciar que los lectores de hoy no se sienten muy llamados a leer una novela titulada La mina y luego otra titulada La zanja, y luego otra más titulada La piqueta, qué quieren que les diga.

También se me antoja más que probable que estas novelas apegadas a un tiempo y a un conflicto hayan quedado hoy desfasadas, momificadas en un gesto de denuncia, y que su lectura postrera solo pueda ser académica o, si acaso, penitencial. Y quizá es mucho pedir a los lectores actuales que lean una novela no por placer, sino por disciplina política.

Un dilema que podría planteársele a Becerra Mayor sería este: si se recuperara con enorme éxito una novela de Antonio Ferres, pero no fuera una novela social, sino una de esas obras experimentales que escribió bajo el influjo del LSD, ¿sería esta una reparación justa o tampoco?

Otro dilema: si la crítica (así en general y con sede social en tal calle de Madrid) conspira contra la novela social de los años cincuenta, ¿por qué no ha hecho lo mismo con la poesía social, de cuyo autor más representativo, Blas de Otero, se publicó hace nada Obra completa, título que esa misma crítica confabulada incluyó entre lo más destacado del año?

Última pregunta: ¿no están escribiendo Marta Sanz o Javier Pérez Andújar o Elvira Navarro (incluso Antonio Orejudo con Los cinco y yo) «realismo social» en nuestros días con notable acogida mediática y comercial?

La Literatura fascista española de Rodríguez Puértolas, como supondrán, no busca revertir la preterición de aquellos autores que se adhirieron al régimen franquista. Si Becerra Mayor pide en su ensayo no olvidar, Rodríguez Puértolas solicita no olvidar olvidar. Su libro, sí, se propone como un censo de canallas, una lista negra, las Páginas amarillas de la miseria intelectual de un país.

Literatura fascista española tiene un interés colosal y es difícil no leerlo como una historia de terror o una distopía constituyente. Educación, prensa, literatura y hasta gastronomía fueron patológicamente intervenidas desde 1939: se depuró a 50.000 maestros, se cerraron periódicos, se instauró la censura previa para los libros y —un toque de verdadera estupidez— la ensaladilla rusa pasó a llamarse «ensaladilla española».

Rodríguez Puértolas retrata el fascismo español y pasa luego a listar por orden alfabético los nombres y obras y declaraciones más escabrosas de todos aquellos escritores que pusieron su firma al servicio del ideario franquista hasta bien entrados los años ochenta, desde Sánchez Mazas (creador del «Arriba España») a Sánchez Dragó (de ahí, supongo, las polémicas que hubo en su día).

Este censo de avilantez tiene un no sé qué de acusica que acaba resultando excesivo: seguramente el 90% de los nombres que figuran en este libro no figurará nunca en otra parte. Digamos que el autor busca que al olvido se le sume la deshonra, aunque sea de todo punto incongruente que un autor vaya a ser olvidado porque su nombre se airee constantemente para que se le olvide.

El dilema con el libro de Rodríguez Puértolas es claro: ¿debe proscribirse o silenciarse la reedición de libros abiertamente fascistas? Yo, aquí, estoy con Trapiello: no. Cualquier lector adulto es capaz de disfrutar en Madrid de corte a checa de la calidad de su escritura y esquivar sin el menor daño su visión sesgada del Madrid asediado por la tropa franquista. Es más: no creo que superen el millar los lectores de 2017 que puedan estar interesados en este Madrid de corte a checa, de Agustín de Foxá; en Javier Mariño, de Gonzalo Torrente Ballester; o en los Diarios, de César González-Ruano, por nombrar tres libros en los que yo encontré virtud literaria.

Y a lo mejor son esos mil lectores cada diez años, y no la crítica conchabada o los editores malévolos, los que hacen que un libro siga vivo pasado medio siglo desde que se publicó. Días de llamas, de Juan Iturralde; El diario de Hamlet García, de Paulino Massip; y no digamos Helena o el mar del verano, de Julián Ayesta, cuentan con ese mismo aval —si me admiten la impertinencia— apolítico: que hay gente que los lee por gusto.

En fin, yo estas palabras de Santiago Bernabéu de 1970 (citadas por Rodríguez Puértolas) también las colgaría de la pared de un escritor: «Hemos ganado sesenta copas para que se me acuse de adormecer al país. Estas acusaciones las hacen los intelectuales que no venden un libro ni a tiros, porque no interesan nada al país, y tienen envidia de la popularidad del fútbol».

Olvido y demolición de César González-Ruano

A César González-Ruano lo nombraba mucho Francisco Umbral, al que yo también nombro lo mío. Umbral lo llamaba «César», con esa misma confianza un poco ridícula con la que otros —y el propio Umbral— llaman «Ramón» a Gómez de la Serna. Las letras españolas fueron siempre un patio de colegio.

Lo de Ruano era el columnismo, desmigajarse en artículos, pasar a los fondos intocados de las bibliotecas con una compilación en tapa dura que, acaso, hojearían los tesinandos y los articulistas primerizos, en busca de estrategias para seguir diciendo lo mismo. El olvido, en suma.

Pero el olvido es bonito, se me antoja hasta consagratorio, pues, cuando decimos que un autor está olvidado, queremos decir que alguien lo lee, justamente aquel que, cada tanto, recuerda y condena el olvido de su obra. Hay escritores que ni siquiera nos molestamos en olvidar.

César González-Ruano nació en 1903 y se murió casi por escrito un 15 de diciembre de hace cincuenta años: escribió hasta en su lecho de muerte. Dejó 30.000 artículos, un insatisfactorio libro de memorias, varios relatos excelentes y un diario excepcional, que es donde se anotó hasta morir.

Aparte, nos legó una leyenda negra y la galería de imágenes más espeluznantemente franquistas de Google. Cuánto daño le iba a hacer ese bigotito.

Fue hace un año que el bonito olvido en que vivía la obra de Ruano se nos hizo insuficiente. Coincidiendo con la publicación de El marqués y la esvástica, de Rosa Sala Rose y Plàcid Garcia-Planas, la Fundación Mapfre rebautizó su premio González-Ruano de periodismo como Premio de Relato Corto Fundación Mapfre. Se ponía fin así a cuarenta años de honrar al mítico columnista, a cuyo

galardón quedaron unidos nombres como los de Antonio Gala (primer premiado), José Luis Garci, Fernando Savater o Leila Guerriero (última premiada). ¿Qué contaban Rosa y Plàcid en su abrasiva biografía?

Principalmente, que César González-Ruano estafó a judíos necesitados de pasar a España; se trataba de perseguidos por el nazismo a los que Ruano —que vivía en aquellos años en París— proveía de papeles y contactos. Lejos de salvarles la vida, la mayoría de ellos podía acabar desvalijado e incluso muerto en la frontera andorrana.

Los autores dan por probado «el tráfico con vidas humanas» de César González-Ruano, aunque admiten no tener pruebas irrebatibles sobre el destino final de esas personas a las que el periodista encaminaba hacia los Pirineos.

Sin embargo, la leyenda negra que pesa sobre él —y que todo indica que el propio damnificado promovió, quizá empachado de biografías de Baudelaire— no podía salirle gratis, y la cancelación del premio que llevaba su nombre ha trasladado su obra entera del pabellón del olvido al cenotafio de la proscripción.

Podemos imaginarnos lo que viene a continuación: cualquiera que alabe o reivindique a César González-Ruano será considerado inmediatamente de derechas, sobre todo porque con casi total seguridad será de derechas. Yo soy una de esas excepciones insoportables.

Tengo que decir que no acabé nunca de interesarme por sus artículos y que sus memorias, Mi medio siglo se confiesa a medias, siendo curiosas, no me entusiasmaron como sí lo hicieron, sin ir más lejos, las memorias de Eduardo Zamacois (otro olvidado), de título tan bello Un hombre que se va…

Llegué luego a su narrativa breve, reunida o antologada por Ediciones 98 en La vida de prisa. Incluía piezas tan notables como Carta, y frases que seguramente subrayara el joven Francisco Umbral: «Las calles se apretaban unas contra otras y las sortijas de las plazas estaban oxidadas de silencio».

Finalmente, en una biblioteca conseguí su Diario, de 1.200 páginas; seguramente tiene más páginas que ejemplares se imprimieron.

Hay pocos diarios españoles del siglo XX que puedan competir con este, sobre todo porque González-Ruano hace algo fundamental para la diarística: morirse. Un diario como Dios manda es un libro hacia la muerte, una espera del punto final. Cuando uno lee un libro donde su autor enferma y sigue escribiendo, y escribe cada vez peor, y cada vez menos, hasta que deja de escribir porque se ha muerto, entiende algo quizá único relacionado con la literatura: que, para muchos, la literatura es su vida.

«No creo haber hecho mal grave a nadie», escribe en una de sus entradas.

El grueso volumen está atiborrado de momentos jugosísimos, desde el «usted tiene fama de fascista» que le espetó Manuel Machado como razón para no abrazarle, al reconocimiento de que, de columnista, no se vivía mal: «¿Está tan mal una profesión donde con un rato al levantarse ha ganado uno ya todos los gastos del día, y que a las once y media no exige ninguna ocupación?».

La estampa de un trabajador del diario Pueblo que acude en bicicleta al Café Gijón a recoger el artículo escrito a mano sobre una de sus mesas por González-Ruano no puede sino enternecernos. Un poquito.

«Cualquier sitio es bueno para no trabajar», afirmaba.

Allí recibió a aspirantes a la gloria como Juan Van-Halen, José Luis Coll, Miguel Delibes (que le enviaba sus libros) o Antonio Mingote, al que aconseja que «escriba en serio y nada de humor». También Rafael Sánchez Ferlosio («joven barbudo»), Ana María Matute o Camilo José Cela se dejan ver por el Gijón y por este diario. Obviamente, Ruano sabía con mucha antelación quién iba a ganar cualquier premio literario de España.

«Hoy vienen en el periódico las distinciones que acaba de hacer la reina y los cuatro primeros nombres son los de Los Beatles, esos imbéciles de los pelos largos», declara en las páginas finales —y muy amargas— de su Diario.

Pocas distinciones le quedan por recibir a César González-Ruano, sin embargo; quizá, ninguna. Algo que sin duda lamentaría el que cifró así sus aspiraciones: «Claro que me gustaría ir a la Academia. Es el colofón o uno de los colofones de una vida. Me gustaría ir a la Academia, publicar mis obras completas, tener una capilla de piedra con enterramiento y terminar la vida no saludando a la gente que es como yo».

¿Tienen algún sentido las reseñas literarias?

Hace muchos años el director de cine Fernando León de Aranoa me amargó la vida. Contestaba él a las preguntas de un chat en un periódico y alguien le requirió su opinión sobre las películas de Kin Ki-Duk. León de Aranoa contestó que no había visto ninguna, pero que esa misma noche «sacaría alguna del videoclub». Durante el resto del día estuve pensando si merecía la pena ver películas de alguien que sabe de cine menos que tú.

Es un sinsabor ya superado, pero aún ingrato, este de encontrar artistas que desprecian su propio arte en la medida en la que no lo firman ellos. Así, escritores que no tienen ni puñetera idea de libros hay muchos. No leen nada. No pisan una librería. Sin embargo, nada más verte, dan por hecho que tú sí has leído su última novela. ¿Qué te pareció?, ¿la leíste de rodillas? Luego te recomiendan una serie de Netflix y se van sin pagar su cerveza. Obviamente, suele irles muy bien.

Hay que asumir que uno puede ser un excelente escritor habiendo dejado hace tiempo de leer, cobijado en las lecturas liminares y en cuatro clichés resolutivos. Pero que seas un buen escritor no quiere decir que estés aportando algo. Aquel que no lee, si me apuran, no aporta ya nada hoy a la literatura, aunque lo que escriba sea un nuevo Crimen y castigo.

Por eso da tanto gusto toparse de vez en cuando con un libro donde un escritor dice que ha leído, señala a otros autores, nos regala sabidurías y anécdotas y, en fin, convierte lo leído en una incitación a leer.

El último caso es Herido leve, de Eloy Tizón.

Si, según la trillada imagen, los periódicos en papel solo servían para envolver pescado, es evidente que este uso continental se debería iniciar casi siempre por las páginas de las reseñas literarias.

Yo he visto muchas veces comprar un periódico y tirar su suplemento literario en la papelera del propio quiosco. Pero, no crean, envolver pescado o acabar en la basura es casi el mejor destino de una pieza de crítica literaria. El peor consiste en que esa pieza de crítica literaria sea leída muchos años después.

Si tienen un abuelo o un padre que pasara hambre en la posguerra o la dictadura, seguramente podrán aún ir a su casa y encontrar en un cajón, coleccionados, un montón de suplementos literarios. No sé por qué, los que fueron pobres hace décadas y no tenían ni para comer gustan de guardar uno a uno todos los ejemplares de un suplemento literario o de una revista de libros, como si fuera dinero que venía encartado en el periódico del sábado. De hecho, esta cultura por fascículos es algo que pretenden dejar en herencia a sus nietos.

El caso es que estos rimeros de hermenéutica son dignos de verse. Quiero decir que hay que abrir una revista o un suplemento de hace veinte años y leer una reseña a voleo. Ahí encontrarán ustedes mucha tristeza. El autor ya no existe, el crítico ya no existe, y por tanto sus elogios y vaticinios («es indudable que este autor ganará pronto el premio Planeta») resuenan como bromas completamente macabras. Todo suplemento literario, cuando sale, habla de éxito; veinte años después, el mismo suplemento solo certifica fracasos, para empezar el de sí mismo como guía de lecturas.

Y el libro de Tizón, ¿qué? El libro de Tizón es fantástico y me ha enseñado dos o tres cosas sobre el arte de la reseña literaria.

La primera es que sale más a cuenta reseñar a un clásico. Sus textos sobre Felisberto Hernández, Nabokov o Clarice Lispector son, a su vez, clásicos; o sea, pueden proponerse hoy mismo desde cualquier suplemento. Por el mismo motivo, sus reseñas de los noventa sobre libros que entonces alguien creía que merecían una reseña se leen completamente desconectado. ¿A quién le importa ya Stig Dagerman, Alexander Lernet-Holenia («uno de los mejores escritores austríacos contemporáneos») o Christoph Ransmayr («un fenómeno editorial en toda Europa»)? En el mismo sentido, nada envejece peor en una reseña literaria que todo lo que, de hecho, esperamos de ella; es decir, frases como «la novela tiene tres partes» y de ahí para arriba.

Toda la vida de Babelia diciendo que una novela tiene tres partes o que «un narrador omnisciente se alterna con una primera persona lírica», y ¡no íbamos a ningún lado por ahí! El reseñista de libros lo que tiene que hacer es leerse el libro y luego escribir sobre cualquier cosa; incluso sobre el libro mismo. Pasados treinta años, lo que queda de la reseña —con suerte— es el lector y nunca el escritor.

Como prueba, vean el comienzo del artículo «Sed de Onetti», que viene de Tizón leyendo en 1991:

He pasado el invierno releyendo incansablemente a Onetti. ¿Qué encuentro en estas páginas? Una geografía arruinada, alguien que brinda con los vasos vacíos, la forma de un revólver envuelto en trapos de colores, una mujer con guantes verdes hasta el codo que ríe o llora sin motivo en la turbiedad de un cabaret del mismo tono.

O lo que es lo mismo: si quieres a Onetti, ve al libro de Onetti; la reseña sobre Onetti solo será buena si habla de mí.

Shakespeare, Shagspere, Shaxpere, Shakespear, Shaksper… o como sea

Hasta en las biografías publicadas este año de celebración está corriendo mejor suerte William Shakespeare que Miguel de Cervantes. Penar cinco años de cárcel en Argel y perder una mano no ha sido suficiente para que alguien nos ofrezca un libro apasionado y visceral sobre la vida del autor del Quijote. Sin embargo, un puñado de sonetos homosexuales y un testamento misógino le han bastado a Stephen Greenblatt para hacernos creer que la vida de Shakespeare mereció la pena. Después de leer El espejo de un hombre uno quiere leerse todo Shakespeare de rodillas, ver sus obras representadas, visitar Stratford-upon-Avon y sujetar calaveras con la mano durante toda la tarde.

¿Cómo lo ha hecho Stephen? No ha sido tan difícil. La biografía del autor fallecido hace siglos no exige al biógrafo mancharse las manos, salir de casa, preguntar a los conocidos del biografiado. Todo lo que tiene que hacer es leer su obra y enfrentarla con los datos ciertos que conocemos de su vida, avalados por las decenas de biografías anteriores. Con este método tan simple (que Emmanuel Carrère utilizó a su vez para la biografía de Philip K. Dick en Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos), mister Greenblatt nos regala un libro realmente maravilloso.

Shakesshafte, Shagspere, Shaxpere, Shakespear y hasta Shaksper fue llamado William Shakespeare por la Administración inglesa. En los documentos de fianzas y licencias que se conservan, el autor de Hamlet sufrió la desidia de numerosos funcionarios atolondrados. Es curioso que un hombre llamado a representar lo mejor de la cultura de su país, y cuyo nombre hoy en día se escribe con la facilidad con la que escribimos «agua», viera desfigurada su identidad en tantos registros chapuceros. Es toda una cura de humildad imaginar a (nada menos) que William Shakespeare acudiendo al juzgado para depositar una fianza matrimonial y que el funcionario a cargo, al oír su nombre, registrara Shaxpere, y

hasta pensara: «¡O como sea!», y cuatro siglos después ese Shakespeare o como sea deviniera el mayor genio de la literatura de todos los tiempos.

Casi todo lo que sabemos de Shakespeare, nos dice Greenblatt, se lo debemos a esa mezcla de incuria y diligencia de la Administración Pública de su país. Hay rastros de su alianza matrimonial como hay rastros de su compra de inmuebles o de sus litigios, amén de algunas cartas en las que se habla de él. El testamento mismo, que en cualquier otra persona resultaría anodino, se vuelve en Shakespeare un expresivo poema de sus sentimientos hacia las personas de su entorno.

Así, después de repartir su nada despreciable patrimonio entre amigos e hijas, William Shakespeare se acuerda de pronto de su esposa en la última página y decide dejarle en herencia (ojo) «mi segunda mejor cama». Ni siquiera solamente la mejor cama: la segunda mejor.

Todo el feminismo de nuestro tiempo podría pivotar sobre este dato alucinante.

Y es que William Shakespeare, como todos los futbolistas de élite, triunfó desde el principio. El viaje a Londres del joven William para sumarse a la revolución del teatro en la época isabelina —época en la que el puente de Londres solía estar decorado con cabezas cortadas, en la que las guerras de religión imponían la obligación de ir a misa y en la que, ya con Jacobo como rey, un loco llamado Guy Fawkes casi voló por los aires el Parlamento: qué tiempos— se saldó con la conversión de las artes escénicas en un negocio y con el autor de provincias convertido en la estrella de la compañía de The Globe, la más importante del país.

Greenblatt explora la obra completa de Shakespeare buscando en ella epifanías autobiográficas y llega a dar crédito a esa línea de investigación —un tanto Sálvame— que intuye que nuestro autor y el noble mecenas Henry Wriothesley fueron amantes (decenas de sonetos de Shakespeare se presentan como prueba). También busca en las tramas, y en los parlamentos de sus personajes, respuestas de Shakespeare a las pullas que otros autores le lanzaban, así como una radiografía del grupo de amigos con el que se relacionó, cuyos

miembros, curiosamente, fallecieron todos antes de cumplir los treinta años.

Hamlet y Macbeth son las obras que Greenblatt analiza con mayor brío. De Hamlet podemos decir que fue como si alguien ahora mismo hiciera una nueva versión de La guerra de las galaxias (Star Wars, para los jóvenes) y, siglos después, nadie recordara el original de George Lucas. Había decenas de Hamlets anteriores al de Shakespeare, pero él los borró de la historia con su renovado personaje, que no en vano balbucía: «palabras, palabras, palabras». (De hecho, hay 600 palabras nunca antes usadas por Shakespeare —y muchas por nadie en literatura inglesa— en esta obra).

Cardenio es no solo una de las obras perdidas de Shakespeare, sino el único punto de contacto espectral entre el dramaturgo y Miguel de Cervantes, pues la obra era una versión del Quijote.

Stephen Greenblatt es tan hábil que encuentra en una de las últimas obras de William Shakespeare, La tempestad, el epitafio perfecto para el autor —incluso la divisa desencantada de cualquiera que haya dedicado la vida entera a la literatura—: «Pero aquí y ahora abjuro de esta magia tosca».

El traductor: muerte de un oficio en tres actos

Lleva razón Javier Calvo cuando afirma que muy pocos aficionados a los libros podrían dar el nombre de tres traductores de hoy. Esta inopia obedece al hecho de que, para el común de los lectores, los libros no están en realidad «escritos», sino simplemente «inventados»: la historia imaginada se pone en palabras de la misma manera que el vino o el agua se embotellan, automáticamente, como la fase final de un proceso.

Si ya es difícil que los lectores valoren la escritura, el mimo que ponen ciertos escritores en la elección de unas palabras, resulta impensable que atiendan a ese mismo cuidado por parte de una persona cuyo nombre aparece en letra muy pequeña en sabe Dios qué página de la novela que leen.

Sin embargo, que nos guste o no Joseph Conrad, por ejemplo, depende por completo de la traducción. Veamos esta frase de La línea de sombra en una primera versión: «Más allá de todos sus méritos y de su afabilidad, entreví la realidad de las cosas». Enrevesada y plúmbea, la frase ni siquiera es seguro que signifique algo en castellano. Es más: ¿alguien la subrayaría?

Leamos la misma frase traducida ahora por Javier Alfaya: «Y vi bajo el valor y el encanto del hombre la humilde realidad de las cosas».

Ahí tenemos un estupendo epígrafe para abrir una novela. Joseph Conrad traducido solo es Joseph Conrad (un gran escritor) si le toca en suerte un gran traductor.

El fantasma en el libro parece un recuento algo tristón de un oficio que su autor lleva ejerciendo unas dos décadas. La cosa está tan mal que Javier Calvo afirma: «No viviré hasta mi muerte de traducir». Hablamos de alguien que traduce cada año más de una decena de obras.

Tres son los obstáculos que han hecho tropezar la profesión. El

primero es, sencillamente, que no se lee. Aunque muchos no quieran verlo, la literatura como expresión artística a través de la exploración plástica de un idioma —otra cosa son los bestsellers, especie de cine comercial por escrito— cuenta a día de hoy con menos consumidores que hace años. Las series de televisión, las redes sociales y hasta los videojuegos ocupan el tiempo de ocio de la mayoría de la gente, y la obligación de pasar páginas en soledad va redefiniéndose como una curiosa forma de masoquismo. Si no se venden novelas «literarias», no tiene mucho sentido traducirlas y, sobre todo, acabará siendo imposible afrontar los costes de esa labor de traducción.

El segundo rejonazo que ha sufrido el oficio —nos dice Calvo— se encuentra en la disponibilidad de cientos de internautas para realizar de forma gratuita un trabajo que, en rigor, no dominan técnicamente. Del mismo modo que se subtitulan capítulos de series de televisión emitidas hace solo dos horas en Estados Unidos, el volcado al español de algunos bestsellers —como Harry Potter— por parte de fans desquiciadamente ansiosos va mucho más rápido que la traducción legal a cargo del sello que tenga sus derechos en español.

Finalmente, las empresas tecnológicas no se han olvidado del negocio que puede suponer lanzar una aplicación que traduzca automáticamente cualquier texto. Aunque el algoritmo esté en mantillas, no queda lejos el día en el que una traducción instantánea de una novela inglesa —por muy chapucera que resulte — convenga más a los lectores que una traducción esmerada a la que solo pueden acceder previo desembolso.

El fantasma en el libro contiene páginas desalentadoras, pero también da cuenta de numerosas anécdotas y locuras de un oficio que, sin duda, no es tan gris como nos lo imaginamos.

La idea de que alguien pueda traducir un libro inventándoselo, por ejemplo, pues ni siquiera conoce el idioma original, o de que no exista ese autor que decimos haber traducido, resultan gamberradas intelectuales que casi echamos de menos hoy en día. Sucedió con Jean-François Ducis, que adaptó para la escena francesa medio Shakespeare sin saber inglés (con gran éxito), y con James MacPherson, que tradujo del gaélico Las obras de Ossián, después

de crear él mismo dicho autor ficticio.

La traducción de Las palmeras salvajes, de William Faulkner, por (nada menos) que Jorge Luis Borges, «hoy en día no pasaría una prueba editorial». Y es que la creatividad aparejada a la traducción quizá sea el punto de coincidencia entre el oficio de escritor y el de traductor. «Para mí es evidente que el traductor literario es un escritor», dice Calvo.

Así lo vimos con la imaginativa versión que hizo Achy Obejas de La vida breve y maravillosa de Óscar Wao, de Junot Díaz, o con ese castellano retorcido que inventó Miguel Sáenz para traducir la obra de Thomas Bernhard, y que seguramente sea uno de los estilos literarios en español más influyentes de los últimos cincuenta años.

El propio Javier Calvo dio con un español memorablemente fresco y descarado en su versión de Pigmeo, de Chuck Palahniuk.

Y mucho nos gustaría que César Aira continuara con la traducción de Moby Dick que inició con la genial ocurrencia de cambiar el célebre comienzo «Llamadme Ismael» («Call me Ishmael») por este otro: «Podéis tutearme».

Pero Roma no paga a traidores.

¿De qué hablamos cuando hablamos de querer a Haruki Murakami?

Durante tres años viví en Japón, concretamente en Tochigi. Allí conocí a otro español (uno de los ocho que, según datos de la Embajada, había registrados en aquella prefectura) que me dio este consejo: «No te molestes en aprender japonés. En los doce años que llevo aquí ningún japonés me ha dicho nunca nada interesante».

Mi compatriota no buscaba hacerse el gracioso, pero sus palabras tenían esa gracia que asiste al que dice lo que piensa a sabiendas de que resulta poco diplomático. Algo muy español, como demuestra Twitter.

En Tochigi no abundaban las almas gemelas de Sion Sono o Takeshi Kitano, ningún Ryu Murakami o Banana Yoshimoto, artistas japoneses que, a lo mejor, tampoco tienen nada interesante que decir; nada interesante para un español.

Los japoneses que traté en aquellos años eran, sobre todo, amables, cristalinos; diría uno que inocentes. La ironía, el sarcasmo, la crueldad, la provocación o la extrema inteligencia no punteaban sus conversaciones.

Un día dieron por televisión la noticia de que dos policías habían salido corriendo cuando un ladrón levantó una barra de hierro contra ellos. Lo probaban unas imágenes de vídeo. El primer ministro en persona apareció ante los medios para decirle a su policía que eso no podía ser, que, si ellos no se enfrentaban a los tipos con barras de hierro, ¿quién lo iba a hacer?

Este es el país del que viene Haruki Murakami, un país lleno de gente amable, incluidos los policías; un país en cuya capital, Tokio, los porteros salen en medio de la lluvia para darte un paraguas si ha empezado a llover y no llevas uno; un país con un día nacional para mirar las flores; y, sin embargo, la tasa de suicidios de Japón es de las más altas del mundo. En España se matan 3.000 personas al año;

allí, 30.000.

Empecé a leer a Haruki Murakami en inglés, en las ediciones de Vintage que compraba en la cadena de librerías Kinokuniya. Me gustó mucho, pero siempre hay un placer añadido en el hecho de verte leyendo con fluidez en un idioma que no es el tuyo.

Ya de vuelta a Madrid, seguí leyéndolo con gusto en Tusquets, cuyas cubiertas me hacían echar de menos las de Vintage. Después de leer en español casi todo lo de Murakami, aún tengo la sensación de que escribe en inglés, de que lo leía en su idioma original cuando lo leía traducido al inglés.

Por eso ha sido una suerte de epifanía leer De qué hablo cuando hablo de escribir y encontrar este dato: Haruki Murakami empezó a escribir en inglés y luego se tradujo a sí mismo a su idioma materno.

En este ensayo sobre la propia artesanía, Murakami confiesa que le paralizaba la obligación de alta escritura que emanaba de utilizar un idioma que conocía perfectamente. Al escribir en inglés, lengua que apenas dominaba, se vio abocado a escribir frases simples y a emplear palabras muy básicas para contar una historia. Murakami se gustó así de simple y así de básico, y luego se tradujo al japonés, poniendo la primera piedra del millón de páginas de sintaxis escolar que le conocemos.

Y es que la bestia negra de nuestro querido autor ha sido siempre, como diría Mercedes Milá, el sanedrín. Los literatos e intelectuales de su país nunca le tuvieron mucho aprecio, y si ya renunciar al estilo, a las pompas del idioma, le granjeó adversarios, su éxito mundial como autor de bestsellers le condenó al más explícito desprecio.

Este desprecio, según nos cuenta Haruki-kun, le llevó a vivir varias temporadas en el extranjero, e incluyó un libro entero en su contra: Por qué Haruki Murakami no ganó el premio Akutagawa (especie de Por qué Javier Marías no debe ganar el premio Nobel que firmaran en España los detractores del autor de Los enamoramientos).

Precisamente en España se ha utilizado mucho como arma de desprestigio decir que un autor «parece traducido del inglés», y el hecho de que Murakami confiese abiertamente que su prosa es un inglés desmigado en kanjis deja muy claro lo poco que le importa la opinión del milieu literario.

Así, no encontrarán en su sincerísimo ensayo expresiones como «recepción» para decir «lector» o «producción de sentido» para decir «escribir». De hecho, su discurso —¿y qué esperaban?— es de una simpleza enternecedora y abunda en símiles toscos y un poco infantiles («El mundo está plagado de piedras preciosas […] los escritores están dotados de vista suficiente para dar con esas piedras»).

Haruki Murakami ni siquiera se considera un artista. Leemos: «¿Por qué un escritor tiene que comportarse como un artista?». Cuando está escribiendo una novela larga, se pone como obligación redactar diez páginas cada día. «Diez páginas al día suman 300 al mes», nos aclara. «La primera versión de Kafka en la orilla tenía 1.800 páginas. Empecé a principios de abril y terminé en el mes de octubre». Ole tú. ¡Que se torture otro!

Es lógico, por tanto, que las novelas de Murakami se lean a toda velocidad, pues siempre he creído que lo que se escribe a toda prisa se lee también a toda prisa, mientras que un texto muy trabajado resulta por lo general arduo para los lectores.

De qué hablo cuando hablo de escribir es, curiosamente, menos interesante que De qué hablo cuando hablo de correr, pero Murakami, como tantos japoneses, sigue siendo incapaz de salirse de madre, de sacar el cuchillo o de darse la menor importancia, a pesar de vender millones de libros en todo el mundo y de estar traducido a cualquier idioma que conozcas.

«Escribo mis diez páginas a diario como cualquier persona que ficha a la entrada y a la salida del trabajo».

¿Cómo no quererle?

¿Es Karl Ove Knausgård el autor más sobrevalorado del siglo XXI?

He llegado a pensar que uno alaba ciertos libros para ahorrarse leerlos. Ya saben cómo me pone pensar tonterías. Es fácil recibir un nuevo tomo de Knausgård, por ejemplo, abrirlo, leer veinte páginas, cerrarlo para siempre y decir que Knausgård es un gran escritor. Nadie te lo va a discutir. De hecho, desde la gaceta de Mérida al New York Times, tienes a todos los expertos dándote la razón. Es un gran escritor, pero que lo lea otro.

Sin embargo, miren mi drama: cada vez que Anagrama publica un nuevo Knausgård, me veo abocado, por un sentimiento de culpa o de inferioridad (o de inferioridad en la culpa), a tratar de que me guste. No soporto estar en minoría, ¡quiero estar con vosotros, feliz en el engaño! Entonces leo, qué sé yo, veinte, cien páginas, y me parece tan mediocre que toda una vida leyendo y escribiendo se viene abajo. ¿Acaso no sé nada de literatura? ¿Soy tonto yo o es tonto todo el mundo? Huelga decir que, tras ecuánimes disquisiciones, concluyo que es tonto todo el mundo.

Lo último de Knausgård es ese precioso volumen titulado, también con gusto, Tiene que llover, seiscientas y pico páginas. Como Anagrama pretende que completemos el álbum de cromos de lo bueno que está Karl Ove, el libro incluye dos fotos suyas, una en la portada y otra en la solapa. ¡Qué apuesto es! No digo yo que, por guapo, le estemos haciendo un mito literario, pero no se me ocurren más motivos.

Consigna Wikipedia, versión inglesa, que nuestro autor escribió Tiene que llover en «ocho semanas»: o sea, 600 páginas en mes y medio, a razón de diez páginas y bastante de la undécima cada día. ¿Hace falta crítica literaria de algún tipo para zanjar la cuestión? Quiero decir, después de conocer el dato (escribió 600 páginas en ocho semanas), ¿cómo puede nadie tomar en serio a este tío?

Miren que ya cuesta escribir diez páginas buenas, y hasta

encontrarlas brillantes en la obra de cualquier gran escritor, pero Knausgård, según todos los zoilos del planeta, fue capaz de escribirlas buenas y brillantes cada día durante ocho semanas. Según parece, no había nada mejor que hacer ese invierno en Noruega.

Sin embargo, Knausgård no sale de la nada, tiene gloriosos precedentes. Si han dado o asistido a un taller literario, sabrán de qué les hablo. Hay una señora, siempre hay una señora, que se pone a escribir a media tarde y, para el día del taller, una semana después, ha redactado 50 páginas sobre su vida, de las que piadosamente se le deja leer solo dos. Su vida no le interesa a nadie; su prosa es simple escritura corresponsal; su plan narrativo no tiene otro objeto que llegar al siguiente «yo». Como no tiene lectores, va a un taller a torturarlos.

En Noruega esta señora se llama Karl Ove Knausgård.

¿Alguien está leyendo todo Mi lucha? Es una pregunta que me hago estos días. De las 10.000 páginas de los diarios de Trapiello, yo me he leído como 7.000. Creo que ya he escrito cinco veces sobre lo buenos que son sus diarios, de modo que solo sigo leyéndolos por un motivo: que me gustan mucho.

Todos esos críticos, en todo el mundo, que expresaron su éxtasis por algún volumen de Mi lucha ¿completaron de verdad la lectura de sus 3.500 páginas, dado que el placer que recibieron los elevó por los aires? Solo podríamos averiguarlo de una manera: píllenlos en un bar, ya verán lo que les dicen.

¡Que no, pardillo! ¿Te crees que somos idiotas?

Por otro lado, si uno ha sido capaz de escribir una obra maestra de 3.500 páginas, deberían abundar hasta la asfixia las citas y extractos de dicha obra que sirvieran a sus no lectores de muestra de un gran talento. ¿Ustedes han encontrado por ahí a alguien que cite a Knausgård? ¿Algo como «mi individualidad consiste en el sufrimiento que siento» (Fritz Zorn) o «el reloj, que no funcionaba, marcaba las doce en punto para engañar lo menos posible» (Emmanuel Bove)? ¿Cuál es la gran frase que ha escrito Knausgård entre el medio millón de frases que ha escrito? ¿Cuál su gran

página, de esas 3.500? Yo quiero leerla y necesito que los corifeos del noruego me ayuden, porque soy tan tonto que solo leo «un flash en una cabeza por aquí, un flash en otra cabeza por allá» o «abrí la nevera y saqué todo lo que encontré de fiambres y quesos». Llámenme imbécil, pero no soy capaz de memorizar semejante complejidad expresiva ni de darle un sitio en mi corazón.

Tiene que llover trata de un joven que quiere ser escritor, más o menos como mil manuscritos rechazados al año en España. Mientras lo leo no pienso en un tipo que quiere ser escritor, sino en cómo la fama de su autor hace que este libro parezca importante, el origen, la semilla de la leyenda: ahí lo tienes.

Es como si Messi se hubiera convertido en un gran futbolista antes de pisar siquiera un campo de fútbol y luego tuviéramos que aplaudirlo por saber sacar de banda.

Es como si nos hubieran robado el criterio.

¿Es Javier Marías un tapón?

Una vez estaba en un bar viendo el fútbol con varios amigos y amigos de amigos y dejé caer la afirmación de que el Real Madrid era un equipo de señoritos. Lo dije como quien dice que llueve, cuando llueve, o que hace sol, cuando luce. Eso es una tontería, me contestó alguien. De pronto me poseyó la confusión meteorológica y no supe por dónde seguir.

Lo de que el Real Madrid es un equipo de señoritos es algo que ya no propago. A estas alturas de la película es difícil sostener que el Atlético de Madrid, a cuyos jugadores les roban relojes de 40.000 euros, sea un equipo manifiestamente para obreros. El señoritismo merengue era una noción recibida, una baratija de sabiduría que te da la vida para que la luzcas y manosees, normalmente ante el aplauso de determinados fondos norte. Hasta que llega alguien y te dice que eso es una tontería y te das cuenta de que tu pensamiento está en playback, sale del karaoke del lugar común.

Algo similar me ha pasado al leerle a Javier Marías que ese cliché según el cual su generación es un tapón para las generaciones siguientes no tiene base legal. Durante día y medio hasta me ha convencido. También es verdad que hace tanto calor que a mí ya me convencen de cualquier cosa.

Lo del tapón es un mantra postransición que se ha encrespado al compás de la crisis, el 15M, Podemos y que todos estamos fracasando. La idea es más o menos que los escritores nacidos en los años sesenta no han obtenido el reconocimiento que merecen porque Marías, Millás, Muñoz Molina o Mendoza han detenido el alfabeto de la fama en esa eme mayúscula que los cobija. Esto tiene que ver con premios nacionales, portadas de suplementos, columnas en periódicos principales y ventas efectivas. Recuerdo a Marcos Giralt Torrente afirmando en algún sitio que la generación de Marías ha sido menos generosa con los autores jóvenes que la generación que les precedió a ellos. Quiere decirse que apadrinan poco, no reparten juego y parecen pensar que la literatura española

se acaba con sus libros. Juan Manuel de Prada (también Trapiello en algún diario) han señalado, además, que muchas veces el mínimo halago hacia un autor más joven solo busca orillar a otro más talentoso, que sí podría hacerles sombra.

Todo esto es más complicado de lo que parece y hasta hubo un libro que trataba de agotar sus infinitas aristas. Se tituló CT o la Cultura de la Transición y venía a decir que el tapón era una ideología mayoritaria que establecía, desde los años ochenta, qué se podía pensar, cómo, quién y cuándo, todo ello si se quería llegar a algo en esta vida. Conceptos como «aborregamiento por consenso», «desmemoria histórica» o «autocomplacencia institucional» resultaban fundamentales para la CT.

Javier Marías niega la mayor en su artículo, titulado Los vejestorios cabrones, afirmando en resumen que no se puede taponar, que cada cual escribe lo que puede y luego la vida hace sus fiestas. Él mismo empezó a publicar, según señala, con las aplastantes nombradías de un Ferlosio o un Marsé o una Martín Gaite completamente activas, lo que no impidió que su generación llegara al público. Todo es «una mezcla de talento y suerte», concluye.

Es cierto que, de hecho, nada ha impedido que regularmente desde los años noventa un autor nuevo alcance el éxito, y ahí tenemos a Javier Cercas y su Soldados de Salamina, o Intemperie de Jesús Carrasco. Además, hay que reconocer que, si Marías o Muñoz Molina fueran en alguna medida un tapón, lo serían por algo tan criminal como seguir trabajando. Es un tanto insostenible escribir una novela radical en 1992, frustrarse, darse luego a la bebida hasta 2017 y no dejar de repetir durante todo ese tiempo que te taponaron y te jodieron la vida, cuando a fin de cuentas no has vuelto a escribir una sola palabra.

Sin embargo, Marías obvia a mi juicio instancias más complejas que determinan el éxito. Básicamente dos: el momento histórico y el capital social. No se puede minimizar el hecho de que la Transición fue la juerga de los avispados y que mucha gente que hoy en día no podría ni aspirar a determinados cargos menores se vio de pronto en primera línea social por los caprichos de la ocasión. Lo que detenta la generación de Marías no es el éxito, pues, como hemos visto, éxito han tenido no pocos escritores; lo que detenta es la

oficialidad de la literatura, ese halo de escritor público autorizado que hace que lo conozcan incluso quienes no leen, privilegio un tanto despótico derivado de la Transición.

El capital social tiene que ver con ese entramado, tantas veces opaco, de familias y amigos que copan cargos y premios y que exuda encima un subentramado de arribistas que los jalean a fin de que les dejen entrar en la fiesta; jaleamientos que, al cabo, funcionan como legitimación.

Antonio Orejudo (Madrid, 1963) asume en su última novela, Los Cinco y yo, que su generación ha sido víctima de esa falla tectónica en la historia de España que fue la Transición. Eran demasiado jóvenes para liderarla o participar siquiera, y ahora son demasiado viejos para armarla en la tornaboda.

Y escribe:

Para mi madre la desgracia siempre ha sido más probable que el golpe de suerte. A la gente humilde se le inculca esta idea quizás para que renuncie a tener aspiraciones o para que, si las tiene, no pida explicaciones cuando se frustran. Porque podría descubrir que su mala suerte no es fatalidad, sino que está provocada por otros hombres que se benefician de su desgracia.

Cómo convertirse en fan número 1 de Mario Levrero

Fui a Montevideo para convertirme en el fan número 1 de Mario Levrero. En realidad fui a otra cosa, pero, ya que estaba, me dejé llevar.

Montevideo es una de las ciudades más horribles del mundo. Allí nacieron Juan Carlos Onetti, que describió naturalmente ciudades horribles, Felisberto Hernández, que escribió con idéntica naturalidad acerca de horribles habitaciones, y Mario Levrero, que puede decirse que hizo toda su literatura sin hacer nunca la cama, símbolo máximo del horror en el mundo civilizado.

Había que verme en Montevideo intentando ser el fan número 1 de Mario Levrero.

Primero fui a una librería. En la mesa principal ya había obras incontables de Levrero y Felisberto y Onetti. Compré Espacios libres, de Levrero, inédito en España, y, nada más salir con el libro a la calle, me vi poseído por la oportunidad, por la deriva mitómana, voraz de biografía, grupi total; tenía tan a tiro convertirme en fanático insuperable de un autor que mis cuatro días en la ciudad consistieron en saber más sobre Levrero.

Se llamaba Jorge Mario Varlota Levrero y eligió su segundo nombre y su segundo apellido para firmar su obra, que obviamente siempre estuvo en un segundo plano, como condenada por esa gran postergación inaugural. Marginado en vida, pero viviendo para escribir en ese margen, su leyenda germinó después de su muerte, cuando el éxito ya no podía pagarle una mucama que le hiciera las tareas. Hablamos del año 2004 (había nacido en 1940, como Bolaño) y, casi como Bolaño, morirse desenterró su literatura.

A España lo trajo Constantino Bértolo con el sello Caballo de Troya (Dejen todo en mis manos y El discurso vacío); su obra capital, La novela luminosa, apareció en Random House, y la Trilogía

involuntaria en DeBolsillo. Durante un par de años todo el mundo leía a Levrero, es decir, los escritores; es decir, casi nadie.

Pero se leía, se citaba, se elogiaba. César Aira, Ignacio Echevarría, Sara Mesa, Jorge Carrión, Mercedes Cebrián. «La gente ve Levreros por todas partes», me dijo una vez Constantino Bértolo, asustado. No era para tanto. Estuve en la presentación en Madrid de La novela luminosa y su viuda pensaba que estaba conquistando el mercado español cuando en realidad éramos 38 personas en la sala.

Sin embargo, mientras que la obra de Bolaño ha seguido publicándose hasta la náusea, la obra —si cabe aún más extensa y, desde luego, mejor— de Levrero dejó de verse por las librerías españolas, como si su destino fuera esa reivindicación cíclica que aqueja desde hace décadas a las novelas de Juan José Saer, autor que, por lo que sea, no nos acaban de colar nunca.

Yo me hice fan (fan número 1) de Levrero cuando la moda murió, cuando pude ponerme a la cabeza de una reparación. Empecé comiendo una milanesa en su honor en un restaurante (horrible) de Montevideo y acabé fotografiando el portal de su apartamento en la calle Bartolomé Mitre. En serio: había que verme fotografiando el número de un portal en Montevideo solo porque Levrero lo cruzó durante los últimos años de su vida.

Un itinerario de lectura para entrar con buen pie en Levrero bien podría ser este: hacer clic y leer en cinco minutos el extraordinario cuento La calle de los mendigos, para reconocer la clave de cotidianidad que sustenta su literatura; leer después otro cuento, Feria de pueblo, a fin de entrever la sordidez a veces insoportable del mundo que recorre y retrata; la novelita Dejen todo en mis manos nos pondrá sobre aviso de toda esa ala de su bibliografía dedicada al pastiche existencial de la novela negra; y La novela luminosa culminará un tour no exhaustivo, pero sí muy relevante en el que esta larga novela representa la cristalización de una búsqueda de sentido.

Después podemos sumarnos a la reincidencia editorial de su literatura en España. Random House acaba de publicar cinco novelas cortas de Levrero, distribuidas en tres libros: La banda del Ciempiés, Fauna/Desplazamientos y Diario de un canalla/Burdeos

1972. La banda y Fauna nos devuelven al Levrero juguetón que parodia a Dashiell Hammet mientras le preparan una milanesa. Desplazamientos es, sin duda, uno de los textos más sórdidos y aterradores del autor uruguayo, una especie de relectura de El inquilino, de Bernad Malamud, hecha por Carlos Vermuth. Y tanto Diario de un canalla como Burdeos 1972 se ubican sin discusión entre los textos más inimitables y deliciosamente intrascendentes de su autor, a la altura de esa épica de la nada que conocerán los lectores de La novela luminosa.

¿Por qué es bueno Borges?, se preguntaba Ricardo Piglia en un programa de televisión. ¿Por qué es bueno Levrero? Porque achica la materia narrativa hasta reducirla al átomo mismo de su ser en el mundo, que es el ser en el mundo de todos nosotros: la vida que vemos mirando por la ventana una tarde de domingo, esa nada en trascendencia, ese sueño de algo más entre las cucharas y los vasos sin lavar, la epopeya de lo cotidiano.

La fenomenal vida sin política de Enrique Vila-Matas

Aprovechando que todo el mundo está hablando de política, vamos a hablar de Enrique Vila-Matas, el autor apolítico por excelencia. Seguramente habrá quien crea que nadie puede ser apolítico, y menos si su trabajo consiste en lanzar palabras y relatos al espacio público, pero lo cierto es que uno lee la obra completa de Enrique Vila-Matas, y cientos de sus artículos, y no encuentra ni una sola referencia a la realidad cotidiana, al precio del pan.

Vila-Matas encontró esta neutralidad relativamente pronto: con su libro Historia abreviada de la literatura portátil, un catálogo de epifanías literarias que encauzó su obra hacia la metaliteratura, la metaficción, el ensayo sobre arte conceptual y la «alta poesía». Entre el ¿Qué hacer? (1902) de Lenin y el «No hay nada que hacer» de Esperando a Godot (1952) se extiende el periodo histórico que dio carta de naturaleza al «compromiso» de los escritores, con Sartre como santo patrón del remordimiento de conciencia. Todo ese tramo de politización de las letras es sobreseído en la obra de Enrique Vila-Matas, que con Bartleby y compañía y El mal de Montano se asentó en su propio mundo paralelo, un mundo —en muchos casos— mejor que el nuestro.

Detallaba Dalí en su autobiografía cómo se convirtió en un payaso. Decía que él nunca fue normal, pero que no eran tan anormal como llegó a vérsele. El caso era que la anormalidad suya natural le llevaba a vivir experiencias enriquecedoras y a ver el mundo desde otro punto de vista, de modo que decidió forzar esos comportamientos estrafalarios, hacer el tonto para que la vida le devolviera alguna verdad nueva.

Algo así encontramos en los inicios de Enrique Vila-Matas, devoto por cierto de la obra literaria de Dalí. En Extraña forma de vida, el documental que RTVE emitió recientemente sobre Vila-Matas dentro de su espacio Imprescindibles, se explora con generosidad esta etapa inaugural de locura autocontrolada.

El propio autor, grabado en París, relata algunas de sus aventuras ilógicas, como una ocasión en la que decidió colar en su agenda el nombre de una mujer y un número de teléfono, y dejar la libreta sobre una mesa con la intención de que su esposa la encontrara y se mosqueara. Finalmente llamaron al número inventado para la broma y preguntaron por el nombre falso que Vila-Matas había escrito en una página cualquiera de su agenda. Al otro lado de la línea alguien les dijo que esa persona inexistente se ponía enseguida.

También da cuenta este estupendo documental de las numerosas entrevistas a actores y directores extranjeros que Vila-Matas realizó, o bien inventándoselas en su integridad, o bien traduciendo entrevistas del inglés —idioma que no conocía— a la buena de Dios. Siempre era felicitado al día siguiente por las declaraciones tan explosivas que sacaba a los actores.

Ignacio Martínez de Pisón, Cristina Fernández Cubas y Masóliver Ródenas aportan a Extraña forma de vida numerosos datos sobre estos inicios tan subversivos (en la propia película, Vila-Matas habla con una soltura juvenil encantadora), repaso que completa una —en verdad— apabullantemente atractiva colección de fotografías de la época, donde Enrique Vila-Matas posa siempre como el hombre más moderno de Occidente.

En el documental, Vila-Matas visita a Miquel Barceló, que le hace un retrato urgente y poco vistoso. El arte contemporáneo —principalmente el arte conceptual— ha acabado protagonizando los últimos libros de nuestro autor (Kassel no invita a la lógica, Marienbad eléctrico), después de una decena de novelas dedicadas a las curiosidades y misterios de la literatura. Se diría que esas obras han funcionado como calentamiento para el salto final, que es un salto al vacío del arte, a la propia vida como la obra artística que uno no desea terminar nunca.

Enrique Vila-Matas, que no sé si vota ni a quién, que no escribe sobre esta actualidad de encuestas absurdas y tertulianos multitarea, es uno de los dos o tres escritores vivos en español más importantes de nuestro tiempo, traducido a decenas de idiomas y galardonado en varios países. Sin embargo, nunca ha recibido un premio oficial en España, y eso que hay unos cuantos: premio

Nacional, premio Cervantes, premios Príncipe de Asturias…

Esta dejación institucional, que muchos pueden pasar por alto, quizá sea —volviendo a la política— una señal bastante más significativa de compromiso personal que, justamente, exhibir sensibilidades sociales a condición de canjearlas de inmediato por premios imponentes, como vemos en general en el listado de ganadores de los galardones mencionados.

«Tengo mi propia política porque no creo en el Gobierno», cantaba un rapero ya olvidado. Quizá lo apolítico —a la manera Vila-Matas — acabe convirtiéndose en la auténtica nueva política.

Ricardo Piglia, el hombre que siempre iba a triunfar dentro de diez años

Dentro de la minoría que lee hay una minoría que algo puede haber leído de Ricardo Piglia. Y dentro de esa minoría que ha leído Formas breves o Blanco nocturno hay un grupúsculo para el cual estos diarios completos del escritor argentino constituyen la bendita prórroga de un espectáculo que parecía haberse terminado. Me cuento dentro de esta facción que no quiere que se acabe la música.

Los diarios de Emilio Renzi son una trilogía que Anagrama terminará de publicar en 2017 y de la que ya han aparecido dos volúmenes: Años de formación (2015) y Los años felices (2016). El nombre completo de nuestro autor es Ricardo Emilio Piglia Renzi y, a la manera de Mario Levrero, ha querido adjudicar este título de su obra al envés civil de su identidad, como si los diarios los escribiera desde la madre y no desde el padre; como si a los diarios los quisiera un poquito más.

Hay que decir que Ricardo Piglia es el mejor pensador literario que han dado las letras en lengua española en (para qué contenernos) toda su historia. Sus logros como narrador, sin embargo, yo creo que han sido mucho menores.

En el primer tomo de este diario, que cubre el tramo 1957-1967, Piglia confesaba haberle dicho a Rodolfo Walsh lo siguiente: «En diez años seré el mejor escritor argentino». Cuando termina el segundo tomo, en 1975, Piglia no solo no está ni remotamente cerca de ser el mejor escritor argentino, sino que cumple ocho años sin publicar nada. Seguramente había otros 200 escritores argentinos —como los hay hoy— con el mismo afán napoleónico. Es llamativo que un joven escritor argentino quiera ser el mejor-escritor-argentino cuando, en el resto del mundo, la ambición de los jóvenes que escriben se cifra en ser Dostoievski.

El mejor escritor argentino era, por aquellos años (1968-1975), Julio Cortázar, y varias entradas de este diario registran su insoportable éxito que a Piglia, siendo justos, no le acaba de

molestar. Otros autores de la época desfilan por la vida y las libretas de Emilio Renzi, particularmente Manuel Puig, por el que siente adoración, amén de David Viñas, Rodolfo Walsh o Haroldo Conti. Juntos forman eso que se llama literatura argentina, que es como una carrera de caballos en un hipódromo con la palabra Borges escrita sobre la meta.

La vida de Ricardo Piglia/Emilio Renzi le importa lo mismo a él que a nosotros; o sea, nada en absoluto. Piglia expande el cielo de la capacidad analítica del idioma hablando sobre novela negra, Memorias del subsuelo o «la ausencia de narrador», pero solventa con una anotación aduanera sus amores, su vida familiar y hasta las detenciones de sus amigos, que casi resultan más aterradoras consignadas con tan poca empatía.

Los «años felices» que anuncia el subtítulo de este segundo volumen de los diarios fueron años de rupturas amorosas, represión política (detenciones, cierre de revistas, aumento de los exiliados…) y de una larga incapacidad para acabar un par de novelas (Piglia ya estaba aquí pensando en Plata quemada, que solo se publicaría en 1997). No sé si Piglia ha querido ser irónico con ese «años felices» o quizá es que uno no tiene más remedio que verse feliz cuando se recuerda joven, por muchos militares que pisotearan tu democracia.

«¿Cómo seré a los sesenta años? ¿Toda mi sorda ambición tendrá respuesta?», se pregunta Piglia en 1969. Al escritor que pena en estos diarios siempre le queda solo una década para triunfar.

Lo cierto es que el siglo XXI ha tratado bien a Ricardo Piglia: premio Rómulo Gallegos, premio Formentor, premio de la Crítica en España… Aunque quizá triunfar y conseguir premios no sea exactamente lo mismo.

El primer volumen de estos diarios, por ejemplo, recibió numerosos halagos. Hay quien dijo que eran «el punto culminante de una obra literaria». Es curioso que el punto culminante de una obra literaria lo constituya el diario que escribiste con diecisiete años, que es lo mismo que decirte que toda tu vida de aprendizaje y de escritura no ha valido para nada. Otro crítico, también muy sagaz, afirmó (repito: sobre el primer volumen de estos diarios, textos escritos por Piglia entre los diecisiete y los veinticinco años): «Su obra más

luminosa y representativa». La crítica laudatoria la carga el diablo: lo más representativo de tu obra resulta ser lo que anotaste antes de tener una obra.

En la actualidad, como vemos, el único debate sobre Piglia es ver quién le dedica el elogio más descomunal, de modo que es previsible que este segundo volumen de sus interesantísimos —pero muy desiguales— diarios sea considerado algo así como el Quiero dar testimonio hasta el final (Klemperer) de nuestro tiempo. Hombre, no.

Piglia deslumbra en Formas breves o El último lector; incluso en Antología personal encontramos algunas de sus mejores páginas —lean ese final dedicado al Che—. Es decir, Ricardo Piglia es una máquina de guerra teórica, el carbono 14 de la página escrita; y por ello merece todos los premios y un buen asiento en la posteridad. Libro afuera, exento de literatura, enfrentado a la vida —como en numerosas páginas de estos diarios—, los hay mejores.

De cómo la ultraviolencia salvó al escritor católico más pecador del siglo XX

Dios y la ultraviolencia salvaron a Anthony Burgess. Dios en 1960 y la ultraviolencia en 1971. Primero vino Dios a verlo y luego lo llamó Stanley Kubrick. Los cinéfilos quizá confundan ambas apariciones.

Anthony Burgess forma parte del triste batallón de buenos escritores que están condenados al olvido. Ahora mismo es como si se sostuviera del acantilado de la inmortalidad con una sola mano. Es la mano de Alex, el vándalo con bombín de La naranja mecánica, película cuya estética forma parte de la cultura popular al punto de que se siguen viendo camisetas serigrafiadas con bombines, pósteres y tazas, memes y, cómo no, reediciones recaudatorias de la novela.

Los buenos escritores que ya nadie lee cometieron un error: no inventaron nada. Son autores que siempre fueron un paso por detrás de la vanguardia de su tiempo. Un caso muy claro en España es el de Gonzalo Torrente Ballester. En la obra de estos escritores pueden localizarse las tendencias formales de una época, tendencias de las que nunca fueron pioneros.

Sin embargo, los manuales de literatura son catálogos de pioneros, no les interesa el asentamiento en terra incognita, pues siempre hay otra tierra que descubrir. Por eso, los colonos literarios, como Anthony Burgess, Alan Sillitoe o Robert Stone, no tienen ninguna oportunidad.

Anthony Burgess tenía cuarenta y dos años cuando la cosa se puso fea. Le diagnosticaron un tumor cerebral y le dieron un año de vida. Él se sentó a escribir para que su mujer tuviera un sustento en el futuro. Planeó escribir diez novelas en un año, pero solo escribió cinco y media. Era un flojo.

Pero no murió. La que murió fue su mujer, de cáncer de hígado, después de varios intentos de suicidio y un Támesis entero con

gusto a ginebra bebido con su marido. Tomaban en cantidades navegables, como dice Fernando del Paso en algún sitio.

Era 1960 y Dios lo quiso entre los vivos. Burgess, como buen hijo de puta, era muy católico. Vivía de escribir reseñas y de vender las novedades editoriales que recibía. Iba regularmente a una librería a hacer negocio, «un dinerillo estupendo» para gastar en «puros, coñac y Gentleman's Relish» (pasta de anchoas). Cuando uno de sus pocos lectores le enviaba un libro suyo para que lo firmara, e incluía los sellos para el envío de vuelta, Burgess se quedaba con los sellos y además vendía el libro a su librero de confianza. Llegó a escribir una reseña sobre una novela suya que acababa de publicar bajo pseudónimo. Lo pillaron y lo despidieron. Y eso que ponía a parir el libro.

Todo esto y mucho más lo cuenta Burgess en sus memorias Ya viviste lo tuyo, un libro animado por el espíritu del Rousseau de las Confesiones; esto es, un libro escrito contra uno mismo.

Así sabemos que Burgess y su mujer no perdonaban una infidelidad. Quiero decir: eran infieles todo lo que podían. Nuestro autor llegó a tener un hijo con una traductora italiana y no se lo reveló a su esposa, que murió cuando el niño contaba ya cuatro años de edad. Burgess le concedió seis meses de duelo y luego se casó con la traductora.

Se empieza robando sellos y se acaba en el poliamor.

Cuando Stanley Kubrick se fijó en La naranja mecánica Burgess ya tenía algún dinero. Colaboraba en televisión, había escrito varias decenas de novelas con la intención de que fueran bestsellers (sin conseguirlo, pero algo le daban) y sus conocimientos musicales eran valorados y requeridos. No parece mucho, pero a su muerte en 1993 su patrimonio era de tres millones de dólares.

En todo caso, la película de Kubrick, brutalmente escandalosa para la época, afianzó su supervivencia de burgués insolidario: se había ido de Inglaterra para no pagar impuestos y se había establecido en Mónaco.

El cine siguió dándole alegría a su cuenta bancaria durante toda su

vida (creó la lengua cavernaria de En busca del fuego, por ejemplo) y empezó a asomar en su obra el lado más académico y menos comercial de su talento; esto es, su pasión por Shakespeare y Joyce.

Biografías suyas de ambos genios salieron en los años setenta, década en la que publicó libros tan curiosos como 1985 (homenaje a 1984, de Orwell, el hombre que inventó la novela de anticipación política antes que él) o Abba Abba, sobre los últimos meses de vida de John Keats. «Abba Abba» es también el epitafio de nuestro autor, enterrado en Mónaco.

En 1980 apareció su gran obra —a mi juicio—, Poderes terrenales, con un personaje protagonista basado en la figura de William Somerset Maugham.

Y en 1990 se publicó Ya viviste lo tuyo, segundo tomo de sus memorias, y, también, uno de sus tres o cuatro libros excepcionales. A España llegó en 1993, en traducción brillante, aunque algo intrusiva, de Ramón Buenaventura. Como obra maestra que es, el libro lleva muchos años descatalogado.

Pero no se preocupen, lo pueden tomar prestado de una biblioteca.

O comprarlo en Amazon, de segunda mano, por 300 euros.

Es difícil saber quién eres cuando no eres nadie

Hay un DJ que se llama como yo y no saben cómo le deseo el fracaso. Que alguien con mi mismo nombre construya en paralelo una carrera exitosa, en cualquier disciplina artística o creativa, y me saque de las búsquedas de Google y de mi propia entrada en la Wikipedia es una de mis pesadillas menos soportables. No es que yo sea muy famoso, tengo una fama de hecho fácil de finiquitar, pero, después de más de cuarenta años en ello, qué quieren, le he cogido cariño a ser yo.

Estas procelas de la identidad llevan años reavivadas por el multiverso de las redes sociales, donde cualquier nombre tiene más de dos y más de diez perfiles, y hasta se estila el fake y la parodia, y tener tres cuentas, motivos todos ellos que han llevado a Twitter a inventar un visé azul, inscrito en una escarapela, para distinguir quién merece ser él mismo de quién merece ser, básicamente, la chusma. Así, por poner un ejemplo, Rafael Nadal es tenista y, si usted se llama Rafael Nadal y no es tenista, no es nadie. Seguramente el visé de Twitter es mucho más fascista que todo lo que, también alegremente, calificamos como fascista a diario en el propio Twitter. Hace nada Montero Glez ha sentenciado que a Javier Marías solo le apoyan los fascistas. Ole ahí.

Javier Marías es un gran escritor y yo, por tanto, por pura concordancia, soy un gran fascista. Le apoyo. No le apoyo en todo lo que diga y haga, que lo mismo me da, sino en casi todo lo que escriba y publique en forma de novela, que les recomiendo.

Su último libro, Berta Isla, ataca un tema que por eso que me han leído ahí arriba resulta encontrarse incluso de actualidad: ¿quién puede estar seguro de que tú eres tú? Después de leer la novela, quinientas y pico páginas de disyuntivas y matices, me puse a preguntarle a mis amigos si serían capaces de reconocerme si acaso yo desapareciera durante veinte años y luego volviera y les dijera «eh, soy yo». Todos estaban seguros de que sí, pobres.

Javier Marías ha tomado como modelo o venero inspirador la historia real de Martin Guerre, que Janet Lewis noveló en La mujer de Martin Guerre después de encontrarla en antiguos archivos judiciales —del siglo XVI, nada menos—. La mujer de Martin Guerre es una de esas novelitas maravillosas a la manera de El coronel Chabert, de Balzac, o de Michael Kohlhaas, de Kleist. Es decir, el relato puntual de un conflicto fascinante.

A saber: Martin Guerre le dice a su mujer que sale un rato a airearse y, según pasan los días, no vuelve; y se cumplen semanas y se cumplen meses, y se redondean los años y, finalmente, once después, regresa. Sin embargo, la mujer de Martin Guerre no está segura de que sea él —ojo— porque es demasiado amable. Sin embargo, todo el mundo en la casa familiar y en la hacienda está encantado con la vuelta del amo, de modo que será solo la mujer, con un único aliado, la que lidere un contencioso judicial para que el encantador Martin Guerre que duerme con ella sea desenmascarado y se pueda seguir esperando al auténtico Martin Guerre, que es un machirulo. Una lectura feminista no es totalmente desaconsejable en este caso, amigas.

Marías, que de tramas precisas y relojerías de la fábula pasa bastante, ha optado, como podrán adivinar sus lectores habituales, por dedicar la mayor parte de su novela al hueco de la historia, a ese momento en el que no pasa nada: la espera. Vemos a Berta Isla esperar y vemos a Javier Marías hacerle páginas a su vida, casi todas ellas estupendas.

Es particularmente caudaloso y feliz el acervo de novelas y películas que han tratado este asunto doble del impostor, doble porque unas (como Los asesinos, de Hemingway, o Una historia de violencia, de David Cronenberg) nos muestran la impostura distante (el hombre que se va y empieza una nueva vida con otro nombre) y otras (La mujer de Martin Guerre o El impostor, de Bart Layton), se interesan en la impostura epigonal y próxima: el hombre que vuelve después de muchos años y dice ser alguien que quizá no es.

Nuevamente, ¿quién puede estar seguro de que tú eres tú? En ese extraordinario documental que es El impostor una familia acepta como hijo a quien dice serlo, aunque ni siquiera se le parezca físicamente. ¿Les puede el deseo de recuperar a quien creían muerto

o quizá ocultan algo?

Gracias a Dios, hoy tenemos Twitter. Twitter sabe que tú eres tú con total seguridad, a condición de que hayas ganado Roland Garros o presidido un país. El resto, incluidos aquellos que tienen la decencia democrática de no solicitar el visé con escarapela, todos fascistas. O sea, nadie.

Saramago y la dinamita

A principios de enero del año 1998 el Sunday Times publicó una elogiosa reseña de Ensayo sobre la ceguera, de José Saramago. Y poco más, amigos. No hay fábula o enseñanza derivadas de esta efeméride periodística, verdaderamente residual. Si acaso, la de ver a un hombre de sesenta y seis años tildar de «estimulante» para sus «bríos de autor» el «feliz suceso», por mucho que el aplauso venga de un «dominical londinense» y seguramente compartiera página, dicha reseña, con un anuncio de frigoríficos. A Saramago esta reseña se la tuvo que mandar por fax un amigo brasileño que, a su vez, tenía un amigo con conexión o conocimiento de internet (año 1998, recuerden), que fue quien encontró el elogio y lo puso a circular por los siete mares hasta que llegó a Lanzarote, donde Saramago fue feliz.

Todo ello figura en El cuaderno del año del Nobel, las anotaciones esenciales y muy modestas que nuestro autor fue haciendo durante 1998, año que terminaría con la concesión del premio Nobel de Literatura. Así, el 4 de febrero Saramago ve necesario decir que el Círculo de Bellas Artes de Madrid estaba «lleno» para la presentación de Todos los nombres; y al día siguiente transcribe íntegro (dos páginas) el panegírico de presentación de Vázquez Montalbán en Barcelona; el 16 de febrero lo dedica a consignar su cabreo debido a que diversos poderes portugueses se niegan a que la Escuela Secundaria de Mafra pase a llamarse Escuela Secundaria José Saramago de Mafra; el 2 de marzo avisa: «Llueven desde Los Ángeles preguntas de productores de cine (son ya ocho o nueve, me dice) que quieren saber si están libres los derechos de Ensayo sobre la ceguera»; en mayo vuelve el tema de su nombre en lo alto de una escuela en Mafra: no hay manera; el 2 de junio sucede algo importante: dos personas pararon por la calle a Saramago en Madrid, cuando iba camino de su hotel después de fallar el premio Reina Sofía; más adelante le hacen una entrevista, que incluye íntegra en su cuaderno, y ahí nos enteramos de que abandonó Portugal porque el Gobierno no quiso apoyar la candidatura de su novela El evangelio según Jesucristo al premio Literario Europeo;

nuestro autor también anota cada entrevista, reseña o mención que le hacen por el mundo, así como el nombre de todas las personas eminentes con las que habla o comparte mesa; hasta que finalmente llega el 10 de julio y escribe: «Asombro. El ayuntamiento de Madrid me propone para el Nobel».

Cuando uno está tan pendiente de las reseñas que sobre sus novelas saca la gaceta de Torremolinos o El Progreso de Navalcarnero, lo del premio Nobel se atiende poco, como es natural. Son muchas las cosas que tiene en la cabeza un gran escritor, todas de vigorosa encarnadura humanística, como si le ponen o no su nombre a esa Escuela en Mafra, caray. ¡Vaya sorpresa que le dieron en Suecia a José Saramago, que estaba en ese momento mirando justo hacia donde no se dan premios Nobeles!

A mí José Saramago me parece un buen escritor, aclaremos eso; incluso un muy buen escritor. Pero da como pena ver a un hombre cercano a los setenta preocuparse por cosas que a los cuarenta ya deberían darte igual, a nada que la vida te haya iluminado sobre sus verdades y sus tragedias. Hay mucha derrota en un escritor de éxito fingiendo a los sesenta y seis años que ser candidato al Nobel le produce «asombro». Es la derrota de la literatura, de la ética y de Portugal entero. Si Portugal le hubiera apoyado para ganar el premio Literario Europeo, a lo mejor le habría propuesto en 1998 para el Nobel y no tendríamos que asistir a este bochorno en 2018, veinte años después.

Me gustan más, en este mismo sentido napoleónico, las palabras de Camilo José Cela, que confesó que él pagaría por recibir el Nobel exactamente la misma cantidad que te dan al obtenerlo. Obviamente uno quiere ganar el Nobel y obviamente uno solo gana el Nobel cuando quiere ganarlo y maniobra en consecuencia; no cuando no sabe ni qué día lo dan. Saramago anota el 8 de octubre: «Premio Nobel», sin más. Ya ven que la reseña del Sunday Times al lado de unos frigoríficos de oferta ocho meses antes supuso un «feliz suceso», muy «estimulante» y que le daba «bríos de autor», pero el premio Nobel de Literatura no pasa de ser consignado en el mismo cuaderno como calderilla. La contención que consigue Saramago en estas páginas es sin duda admirable, muy calculada. Si pone una palabra de más, se le nota todo, y por eso se esconde en los

esqueletos del decir: «Madrid. Rueda de prensa» (9 de octubre).

Lo que yo esperaría de Saramago, que manifiesta en este mismo cuaderno su lucha personal contra «el poder económico y financiero transnacional que hace de nosotros lo que quiere», es que rechazara, no el Nobel, sino incluso ser candidato. Bastaría para ello recordar que Alfred Nobel se hizo rico vendiendo dinamita y que, después de contribuir a que la gente volara en pedazos por todo el mundo, puso su fortuna al servicio de un proceso de blanqueamiento histórico en el que, finalmente, José Saramago mismo es ya partícipe. Cuando decimos que José Saramago es premio Nobel de Literatura decimos que José Saramago hace sitio en sus novelas a los cartuchos de dinamita Alfred Nobel, para que no se vean.

Como, por fortuna, este año no ha habido premio Nobel de Literatura, merece la pena recordar no solo su infame origen, sino también que este galardón no lo da Dios, sino dieciocho suecos. También en León dan un premio literario, llamado Leteo, y también lo dan cuatro o cinco leoneses reunidos en un cuarto. No tiene más. Un escritor o intelectual que no entienda y proclame la evidente intrascendencia del premio Nobel de Literatura, y que no sepa de los cabildeos e intereses que concurren en su concesión, no debería poder mirarse al espejo por las mañanas, ya fuera por estupidez, ya por hipocresía.

Pero es tanta la vanidad de los escritores que puedes llenar un cuaderno entero con ella, en Lanzarote.

¿Cuánto podemos aguantarle a Michel Houellebecq?

No es casualidad que fuera Bret Easton Ellis, autor de la obra maestra menos recomendable de todos los tiempos (American Psycho), el que estableciera que Houellebecq es «de largo» el mejor escritor europeo. Tampoco es extraño que a Javier Marías el éxito prestigiado de Houellebecq le resulte incomprensible. Anagrama elige para la contra de Serotonina un elogio ambiguo de Karl Ove Knausgård que merece la pena leerse dos veces: «Lo que me impide leer los libros de Houellebecq es una suerte de envidia. No es que le envidie el éxito, pero leer esos libros sería un recordatorio de lo excelsa que puede ser una obra y lo muy inferior que es mi trabajo». Cuantas más veces leo estas palabras de Knausgård, más irónicas me parecen.

En resumen, Houellebecq irrumpió como un ataque al corazón en el panorama de las letras mundiales con Ampliación del campo de batalla y Las partículas elementales; tocó techo con Plataforma, uno de los textos fundamentales de la literatura del siglo XXI, para después amenazar con el declive total en La posibilidad de una isla; pero en El mapa y el territorio remontó y en Sumisión nos dio su novela más divertida, para acabar ahora en el que quizá es su libro más decepcionante, Serotonina, que yo creo que ha escrito para ver cuánto podemos aguantarle. Y me da que a Houellebecq podemos aguantarle todo.

Lo fascinante de Houellebecq es que sus libros se esperan, son siempre un acontecimiento. Aunque sepamos lo que vamos a encontrarnos en ellos, muchos lectores sentimos un cosquilleo navideño cada vez que se anuncia una nueva novela del amargado occidental por excelencia. El auténtico éxito de un escritor consiste en eso: en su capacidad para abrir conversaciones. ¿De qué quiere Houllebecq que hablemos? ¿En qué asuntos debemos pararnos a pensar un poco?

Con Serotonina Houellebecq quiere que hablemos de

antidepresivos, agricultura y climaterio. El protagonista es un cuarentón, etcétera. Etcétera quiere decir que le repugna la Europa socialdemócrata, le obsesionan las mujeres, no juzga la pedofilia ni la prostitución ni las drogas (actitud amoral que veíamos en American Psycho) y no cree que exista nada parecido a la felicidad, salvo brevemente y haciéndole daño a alguien. O sea, lo de siempre.

Pero aquí Houellebecq presenta dos flaquezas. Una es la condición deshuesada de su novela, como dice Vargas Llosa de las de Henry Miller. No hay, en fin, hilo o itinerario dramático: Serotonina casi puede leerse abriéndola por cualquier sitio y saltando al azar de una secuencia a otra. De esta falta de una idea-fuerza (como la que armaba tan diligentemente Sumisión) deriva la segunda debilidad del libro: que está hecho de trozos, parcheada, sin tacto alguno para las transiciones y con enorme autocomplacencia a la hora de incluir informaciones irrelevantes y excursos turísticos (en el libro se viaja mucho).

Así las cosas, el único acierto narrativo de Serotonina tiene que ver con una huelga de agricultores que acaba sofocada violentamente por la policía. Ahí vemos al Houellebecq anticipatorio (los chalecos amarillos) que tanta admiración provoca al estar escribiendo siempre sobre lo que va a pasar (recordemos que un libro tarda años en ser escrito y publicado, y es milagroso que, cuando aparece, nos hable del presente).

Por lo demás, Setoronina ilustra perfectamente todas las derivaciones de esa frase que dice: «Si quieres guardar un secreto, cuéntalo en un libro». Es decir: si quieres ser machista, racista, cuñado, categórico, injusto e infantil, escribe un libro. A nadie le importará, sobre todo si eres francés. Dense cuenta de que Anagrama está dirigido por una mujer y que son mujeres sus autores más afamados hoy en día (Sara Mesa, Marta Sanz; el premio Herralde para el holocausto feminista de Cristina Morales), y que el único motivo para que en su catálogo tenga sitio este libro de muy averiada testosterona es, simplemente, que lo firma Michel Houellebecq. Si esto lo escribe un español, no se lo publicaría nadie.

No les engaño ni echo mal las cuentas si les digo que de la casi decena de mujeres que aparecen en el libro se dice siempre que son buenas practicando sexo oral; ah, y que son guapas. La palabra

mamada, el acto de la mamada y el sueño de la mamada aparecen como 200 veces en Serotonina. No media otra cosa entre su protagonista y las mujeres del mundo que la mamada (sic). Tapen los ojos de los niños: «Lo mejor, si me ponía a pensarlo, era su culo, la permanente disponibilidad de su culo en apariencia estrecho, pero en realidad tan tratable, te encontrabas continuamente en la situación de elegir entre los tres orificios, ¿cuántas mujeres pueden decir lo mismo? Y, al mismo tiempo, ¿cómo considerar mujeres a las que no pueden decir los mismo?». O: «La idea de follar me parecía ya disparatada, inaplicable, y ni siquiera lo arreglarían dos putillas tailandesas de dieciséis años». O: «Le puse la mano en el culo, en principio estos métodos simplistas no funcionan, pero esa vez funcionó». El feminismo a Michel Houellebecq, como vemos, le ha calado hondo.

A todo ello hay que sumar un gusto estupendo por las aseveraciones categóricas. Franco inventó el turismo de masas, dice nuestro autor; «los holandeses eran unos cabrones, se sentaban en cualquier parte, nunca se insistirá lo suficiente en que son una raza de comerciantes políglotas y oportunistas»; «no les iba a soltar mi pasta a unos rumanos, ¿no?». Y un vídeo pedófilo descrito minuciosamente que, siendo yo ya padre, no me ha hecho mucha gracia.

En fin.

Con todo, asoma aquí y allá el Houellebecq más conmovedor y lírico, y con él, y una larga cita, acabamos:

Si te paras a pensarlo, es alucinante el número de coños que hay, te da mareo pensarlo, creo que todos los hombres han podido experimentar ese vértigo, por otra parte los coños tenían necesidad de pollas, bueno, al menos es lo que los coños se habían imaginado (feliz desprecio sobre el que descansa el placer del hombre, la perpetuación de la especie y quizá incluso de la socialdemocracia), en principio la cuestión es solucionable pero en la práctica ya no lo es, y es así como muere una civilización, sin trastornos, sin peligros y sin dramas y con muy escasa carnicería, una civilización muere simplemente por hastío, por asco de sí misma, qué podía proponerme la socialdemocracia, es evidente que nada, solo una

perpetuación de la carencia, una invitación al olvido.

¿Por qué Tom Wolfe destroza en su último libro a Noam Chomsky?

En principio, todo aquel que lleva la contraria me tiene de su parte. Es tan fácil sumarse al coro de lo común, al aplauso o el látigo mayoritarios, que la voz impar y cojonera merece siempre un reconocimiento inusitado: la valentía. Hay que ser, sobre todo, valiente para decir lo contrario de lo que dice todo el mundo. Pensar distinto no tiene mayor mérito —de hecho, muchísima gente tiene ideas diferentes o locas o estrafalarias—; lo que tiene mérito es ese gesto casi siempre condenatorio de hacerlo público.

Y ahí tenemos que Tom Wolfe dedica 160 páginas a reírse de Noam Chomsky, del que no se debe de haber burlado nadie en los últimos cincuenta años. Buscando un símil, solo se me ocurrió este: es como si Camilo José Cela hubiera escrito un libro para desacreditar a José Ortega y Gasset. O, más en nuestros días, como si Javier Marías completara todo un volumen destrozando los pecios de Rafael Sánchez Ferlosio.

Ya J. M. Coetzee reseñó muy negativamente una novela de Philip Roth, y sería fácil encontrar dentro de la cultura anglosajona ejemplos de pesos pesados de las letras que se dan cita en un Celebrity Deathmatch, espacio televisivo que subía al ring a actores famosos modelados con plastilina para que se cortaran las piernas y se arrancaran la cabeza. Pero esto es España, amigos, aquí nadie va a decir nada interesante si por ello le dejan de invitar a un cóctel. Primero, en España, el cóctel; luego, si acaso, la cultura.

Merece cierto análisis el hecho de que un tipo de ochenta y seis años (Tom Wolfe) decida escribir un libro a las puertas de la muerte para decir lo cantamañanas que le parece otro tipo de ochenta y ocho años (Noam Chomsky). Este análisis no resulta demasiado difícil: ¡qué manía le debía de tener Wolfe a Chomsky! Dense cuenta de que El reino del lenguaje ha aparecido en España póstumamente (Wolfe murió en mayo de 2018; en Estados Unidos el libro apareció en 2016) y de que, en todo caso, es ya por siempre la última obra

del autor de La hoguera de las vanidades. Lo último que quiso decir Tom Wolfe es que Noam Chomsky no ha salido de su despacho ni para comprar tabaco, y que sus aportaciones al estudio del lenguaje humano se reducen a: nada.

¿Qué hay detrás de esta animadversión lapidaria? ¿Qué conflicto arde del lado secreto de la página? Tengo mi teoría, y se la cuento más abajo.

Porque El reino del lenguaje no parece otra cosa que un debate intelectual en el que Wolfe se pone de parte de un tal Daniel Everett, que concluyó que el lenguaje humano no atiende a la gramática universal enunciada por Chomsky, al «órgano del lenguaje», tesis predominante en la lingüística desde que Chomsky la enunciara hace más de medio siglo. Everett convivió durante treinta años con una tribu tontísima llamada piraha y contó su experiencia en No duermas, hay serpientes, libro que descabalaba la pintona teoría de ese mito intelectual de nuestro tiempo.

La tribu digo que es tontísima porque sus características singulares parecen sacadas de un cuento de Borges, de tan increíbles y conmovedoras: «Carecían de dirigentes […]. No tenían religión […]. No observaban rituales ni ceremonias. Desconocían la música y la danza en cualquiera de sus formas. No tenían palabras para los colores. Si querían señalar que algo era rojo, recurrían a la sangre o a alguna baya. No fabricaban joyas ni adornos corporales…».

Noam Chomsky se lo puso en bandeja a Wolfe cuando en 2014, junto a otros expertos, publicó El misterio de la evolución del lenguaje, un artículo donde venía a decir que no sabíamos nada del origen del lenguaje humano. «¡Palabras del propio Chomsky a los ochenta y cinco años después de pasarse la vida estudiando el lenguaje!», ironiza a mansalva Wolfe. Pues sigue: «Durante siglo y medio, si consideramos a Darwin como punto de partida, seis generaciones de sabios —o de titulares de diplomas de doctorado, en cualquier caso— han dedicado sus respectivas carreras a explicar qué es exactamente el lenguaje. Al cabo de ese tiempo y de toda esa actividad cerebral, han llegado a una conclusión: el lenguaje es… ¿un enigma?». Puede uno oír las risas de Tom Wolfe resonando por todos los rincones de este libro. Puede uno, de hecho, reírse muchísimo con este libro.

En el otro lado del ring está, va dicho, Daniel Everett, un donnadie que, a diferencia de Chomsky, creía en el trabajo de campo. Según Wolfe, Chomsky no ha estado nunca en un lugar donde no haya aire acondicionado. Nuestro autor muestra una endiablada facilidad para hacernos empatizar con Everett, pues describe su pugna con Chomsky con todas las características de un David contra Goliat. Everett traía un ejemplo pequeño, pero muy puñetero, de evolución del lenguaje o, mejor dicho, de nula evolución del lenguaje, al punto de que Wolfe se atreve a afirmar que el lenguaje humano no es innato sino una «herramienta cultural». Es decir, los humanos inventaron el lenguaje «exactamente igual que [inventaron] una bombilla o un Buick».

¿«Órgano del lenguaje» o «herramienta cultural»? Ese parece ser el debate que plantea Tom Wolfe en este libro… Pero, no, amigos, el debate de fondo es muy distinto: ¿intelectual acomodado y coñazo o americano leal a las creencias de su país y dispuesto a mancharse las manos? ¿Hombres encerrados en despachos con ideas que, vaya, siempre son marxistas y una perenne necesidad de criticar nuestro país o tipos a la manera de John Wayne, toscos, duros, directos, familiares, aventureros? ¿Chomsky o Everett? ¿Bernie Sanders o Donald Trump?

Como padre del Nuevo Periodismo, el propio Wolfe parece responder a ese mismo perfil callejero y vagabundo, frente al enclaustramiento intelectualoide de Noam Chomsky.

Así que todo se reduce a esto: ¿Noam Chomsky o Tom Wolfe?

Bruja o maruja

Uno puede ser cualquier cosa en este mundo nuestro salvo ama de casa. Quizá llevo veinte años sin leer esa expresión, «ama de casa», en un periódico. ¿Qué piensan las amas de casa? ¿Cuántas hay? ¿Qué quejas tienen? ¿Dónde se manifiestan y bajo qué pabellón y tonalidad? ¿Son las amas de casa feministas?

Todo el mundo es algo y feminista salvo las amas de casa, que no son nada en concreto, un silencio social sostenido por las cuatro puntas. Una feminista no va a defender nunca a un ama de casa, que representa en su modo de callar todo lo que desprecia, sumisión y fregonas y máquinas tragaperras. Tampoco un empresario o un ministro de Economía tiene nada bueno que decir sobre toda esa gente que no produce valor añadido, que ni compite ni emprende. Y luego está la ciudadanía (léase: «todos ustedes», a diferencia del pueblo: «todos nosotros») que, si de algo se queja realmente, es de tener que dedicar unas horas del día a ser ama de casa. Lo mires por donde lo mires, el ama de casa es el símbolo común de todo lo que odiamos en la vida.

Recuerdo un programa de televisión de los años noventa en el que apareció una señora y dijo: «Yo soy maruja, y estoy muy orgullosa de ser una maruja», y recuerdo a mi madre dando un paso al frente que me asustó por su ímpetu revolucionario: «Bien dicho. ¡Y yo también!». El orgullo maruja duró poco y ya ni se habla de si tienen que cobrar o no del Estado las amas de casa, como se oía en los noventa, pero sí de que todos cobremos una renta mínima aunque no sepamos ni hacernos la cama. Que aún queden amas de casa llegará a extrañarnos tanto algún día como que queden bueyes. ¡Las amas de casa y los bueyes no tienen ningún futuro en esta sociedad!

Lo que necesitan las amas de casa es un nuevo referente, y aquí se lo presento: Shirley Jackson.

Shirley Jackson es una autora de terror estadounidense que conocí el año pasado gracias a su libro Siempre hemos vivido en el castillo,

que me salió al paso en la biblioteca. Luego descubrí que mucha gente ya la había leído y que su relato La lotería ocupaba un lugar preeminente dentro del canon de la literatura de su país. Fue simpático comprobar qué tipo de persona se ufanaba de conocer mucho antes que yo a esta escritora, dando a entender, además, que leer va de llegar antes a un sitio para no dejar entrar luego a los demás. Bobos: ese era el tipo de persona.

El caso es que fui siguiendo el legado de Shirley Jackson en las diversas aproximaciones que se han hecho a su obra, y que incluyen, aparte de Siempre hemos vivido en el castillo, sus Cuentos escogidos y Deja que te cuente, de este mismo año.

Todo lo cual ha coincidido con una eclosión de su figura que solo podemos tildar de impresionante: Netflix estrenó hace nada la serie La maldición de Hill House, basada en la novela del mismo título que Shirley Jackson escribió hace nada menos que sesenta años; y Elisabeth Moss interpretará a la propia escritora en Shirley, un biopic dirigido por Josephine Decker.

Este éxito unánime da para titulares como: «La vida gótica de Shirley Jackson» (El País). ¿Qué vida gótica? ¡Que era ama de casa, amigos!

Es en Deja que te cuente donde descubrimos al ama de casa que hizo posible todo ese mundo que ahora se podrá adjudicar a una Shirley Jackson estrafalaria e inverosímil, que vivía en mansiones sucesivas y que era una bruja, incluso. No nos confundamos de escoba. En este volumen de cuentos inéditos y conferencias hay una titulada «Aquí estoy, lavando los platos otra vez», donde leemos: «Cuando estoy lejos de casa lo que más echo de menos, después de los niños, es la imagen de mi querida pila». En otra charla lo deja todo más claro: «Soy una escritora que, por una serie de errores de juicio propios de la ingenuidad y la ignorancia, se ve sumida en una familia con cuatro hijos y un marido, en una casa de dieciocho habitaciones, sin tener ninguna ayuda, con dos gran daneses y cuatro gatos, y —si ha sobrevivido hasta hoy— un hámster. También puede que haya un pez de colores en algún sitio».

Y sigue: «… como mucho, dispongo de unas pocas horas al día para sentarme a escribir…». «Es un milagro que consiga dormir cuatro

horas, de verdad».

Fíjense cómo ha cambiado el mundo que ahora los jóvenes creen que para escribir necesitan de la concesión de una beca en un palacio en Roma o en un convento en Córdoba, o en la Residencia de Estudiantes de Madrid, y 1.000 euros al mes: si no, es mucho sacrificio eso de escribir.

Me gustaría —sigue Shirley Jackson— transmitirles algunas cosas que he aprendido de esos momentos hostiles, tensos, bienvenidos en que al final me siento a escribir. […] Mientras estoy haciendo las camas y lavando los platos y yendo a la ciudad a comprar zapatos de baile, me cuento historias a mí misma. Historias sobre cualquier cosa, cualquiera. Simplemente historias. Al fin y al cabo, ¿quién puede aspirar una habitación y concentrarse en ello? Me cuento historias. Tengo una historia sobre el cesto de la ropa sucia que no puedo contar ahora…

Y que nunca contó. Es una pena, porque «el cesto de la ropa sucia» es quizá el concepto que viene uno echando en falta desde hace años para oponer o medir al menos el embalsamado Una habitación propia, de Virginia Woolf. Cesto de la ropa sucia/habitación propia: ahí hay una dialéctica que nos hemos perdido.

Raymond Carver ha resucitado y tiene una pistola

Hace años que detecté en las novelas un espacio estrictamente dedicado a hacer el ridículo. Se trata de la solapa. Fue Gerald Genette el que puso nombre a todos esos textos menores que acompañan la publicación de un libro y que, en principio, deberían pasar desapercibidos: paratexto. Sin embargo, la solapa sigue tentando a autores y editores en la creencia de que, si haces un chiste en ella, alguien te seguirá guardando respeto. Y no.

La escritora Almudena Sánchez me abasteció el otro día, como tiene costumbre, con varios libros escritos por mujeres. Uno de ellos era Alexsandr Solzhnitisyn, de Lolita Copacabana. En la biografía de la autora encontramos esta frase: «Lolita Copacabana tiene vídeos en YouTube haciendo playback y bailando». Vale. ¿Y?

El otro libro era La piel caduca, de Lucía Marín. Solapa: «Calza un 37 y es huérfana de padre. Le falta también una muela y ha vivido en colectivo en un pueblo extremeño. Le gusta tocar el pandero cuadrado…» ¿Esto qué es, First Dates? ¿1º de BUP? ¿Una fiesta de pijamas?

Después de darle muchas vueltas, he concluido que la solapa biográfica es como la composición de un medicamento o la nota sobre ingredientes de un producto. Imaginen que quieren comprar un paquete de chicles a sus hijos y desean saber antes qué llevan esos chicles. Imaginen que se acercan el pequeño paquete a los ojos y se ponen a leer sus «ingredientes», y que leen algo así: «Este chicle está hecho… ¡con amor! Vale, tiene edulcorantes y química por un tubo, pero ¿ha visto qué bonito nos ha quedado el envoltorio? Cumple alguna normativa europea de cuyo nombre no nos acordamos. ¡Son muy raros los nombres de las normativas europeas!». ¿Le darían ese chicle a sus hijos porque el fabricante ha sido muy gracioso en la descripción de sus ingredientes?

Si ya hace años que no leo los prólogos de los libros, creo que ha

llegado el momento de dejar de leer las solapas. Resulta que llevaba 200 páginas de un libro realmente excepcional, y de pronto me dio por leer la solapa. Olviden todo lo visto hasta ahora: llega Marcelo Lillo.

Su excepcional libro es De vez en cuando, como todo el mundo, sus cuentos reunidos después de reunirlos ya en Cazadores y de reunirlos todavía antes en El fumador. Marcelo Lillo tiene más libros publicados que libros escritos, un poco como Los Beatles con sus discos. Este decantamiento infinito de unos cuentos no sabe uno cómo tomárselo, pero baste decir que De vez en cuando, como todo el mundo es uno de los volúmenes de relatos más perdurables que he leído en lengua española. Además, la edición es preciosa.

Pero dispone de solapa, y en la solapa se dice esto: «Marcelo Lillo tiene un trago favorito y se llama pisco sour, que prepara él mismo y a ojos cerrados». Eso, para empezar. ¿Año y lugar de nacimiento de Marcelo Lillo (Chile, 1957)? Nada, ¿a quién le importa eso comparado con lo del trago?

Sigue: «Con frecuencia escucha a Pink Floyd, Johnny Cash, Satie y Chopin, aunque cree que no hay nada mejor que una buena y fría película europea entre las dos y las tres de la madrugada, mientras en el profundo sur chileno llueve de manera torrencial». Dejando aparte el hecho de que Lillo solo ve una hora de cada película europea que diga haber visto, es importante saber en qué lugares de Chile llueve más, de cara a las vacaciones.

Y: «Le gustan los moteles de carretera». Y: «Le gustan las fotos en blanco y negro». Y su perra se llama China. Quizá eso explica que se pase la vida reciclando cuentos: su perra se llama China.

El volumen lo cierra un epílogo desacostumbradamente recomendable de Ignacio Echevarría, su autoproclamado descubridor. En él vamos comprendiendo que Lillo es de los autores más extravagantes que publican hoy en español, algo que no tendría valor alguno si su obra no fuera tan adictiva. Echevarría no tiene reparos en contarnos que Lillo se compró una pistola hace años y que se prometió pegarse un tiro si no triunfaba como escritor. Que publicar libros sea triunfar como escritor es algo que no deberíamos discutirle a Lillo, por si acaso.

Esta frivolidad suicida del autor sigue latente, pues Echevarría nos revela cómo Lillo le ha confesado que la pistola aún le puede ser útil, viendo que la vida se empeña con los años en ser, sobre todo, vejez.

Todo este impudor y exhibicionismo no acaba aquí, pues, a instancias del poeta leonés Yago Ferreiro, visité la entrada en la Wikipedia de Marcelo Lillo, y ahí ya sí que se me atragantaron todos los chicles de más arriba. Después de confirmarnos que su intención antigua fue «vivir de la literatura o matarse», y de confirmarnos también que «la pistola la voy a usar igual», se nos cuenta esto sobre su mujer: «La conoció cuando él tenía treinta y ella quince […]. Se la llevó a vivir a su propia casa y hasta ahí fue el padre a buscarla, con carabineros, y luego demandó a Lillo por secuestro». La Wikipedia convertida en el ¡Hola! y yo aquí, dándole circulación.

Luego de la obra de Lillo es fácil hacer reseña. Busquen el cuento La felicidad, 2.400 palabras que están colgadas en diversos blogs. Léanlo. Es difícil creerse que un tío que imita a Carver pueda ser tan bueno —o mejor— que Carver.

Si ese cuento no les parece extraordinario, no vuelvan a dirigirme la palabra.

Ferlosio, entre agua clara y légamo profundo

Ferlosio empezó escribiendo bonito y acabó escribiendo enrevesado, pasó de una prosa a flor de agua a una sintaxis disciplinante, se deslumbró a sí mismo antes de los treinta años con la facilidad de sus ficciones y, tras varias décadas de calistenia gramatical, se empeñó en hacer más complicado lo complicado, llevando el idioma a una extenuación rigurosa.

Ambos Ferlosios cuentan con valedores y son para siempre. Yo prefiero El Jarama (1955) para siempre que los Pecios eternos. Es relevante que Ferlosio mismo hablara mal de El Jarama, desde su apreciación de que lo mejor del libro era la cita geográfica que lo porticaba a su desdén por la única acción que sale en la novela: el ahogamiento de una chica. En Las semanas del jardín escribió: «La primera pincelada sería totalmente del pintor, la última totalmente del cuadro». El Jarama y Alfanhuí llevan medio siglo escribiéndose a sí mismos, mejorando a Ferlosio. Con veintiocho años nuestro autor supo que ya podía dejar de escribir; pasados los cincuenta supo que no podía, y se metió de cabeza en el légamo de la lengua, a ver si había algo más. Y lo que había ya no era río, era hipotaxis.

«¿Me dejas que descorra la cortina?», así empieza El Jarama, simple y símbolo, como La colmena de Cela, aplicando el oído a la superficie de la vida, pues lo más profundo (Valéry) ya era la piel. Si el Quijote es nuestro gran libro y su autor no reconocía otra intención que poner en solfa las novelas de caballerías, El Jarama no escondía, según su autor, ambiciones mayores: «El solo propósito de reflejar el habla de sus personajes». Página a página, El Jarama va salvando a gente muerta en su decir más directo: «Toma del frasco, Carrasco. Tiran con bala, niño. Menuda. Esa es de las que pican»; «Allá películas»; «El que no te conozca que te compre»; «Así que mutis por el foro»; «¡Vaya saque que tiene el sujeto!»; «Estás en orsay, tú»; «Aquí lo que hay es mucho mar de fondo»; «Podía ser yo tu padre un par de veces»; «Me tiré la tarde al libro de las cuarenta

hojas»…

Leer El Jarama es ver vivir. Por eso el libro no morirá. Está escrito como a punta de navaja en la corteza de un árbol. De hecho: «Los troncos estaban atormentados de incisiones, y las letras más viejas ya subían cicatrizando, connaturándose en las cortezas; emes, erres, jotas, iban pasando lentamente a formar parte de los árboles mismos; tomaban el aspecto de signos naturales y se sumían en la vida vegetal».

Así Ferlosio se suma y se sume en la vida general, con un libro siempre al día, como en esos versos de Ángel González que Gonzalo Sobejano aplica con acierto a esta novela: «Dejadme que os hable / de ayer, una vez más / de ayer: el día / incomparable que ya nadie nunca / volverá a ver jamás sobre la tierra».

Hipotaxis suena a río revuelto, y (con mala leche) les traigo un ejemplo: «El carácter de no-acontecimiento es el modo de vigencia en que la vez en cuanto tal, el escueto hic et nunc, es puesta entre paréntesis y se atiende tan solo a la identidad-diversidad cualitativa, de manera que los individuos de acción funcionan como muestras o especímenes…». El extracto lo encontré a pie de página en un libro de José Luis Pardo, Esto no es música. La obra ensayística de Ferlosio se presta a ser espigada y recompuesta, y todos encuentran su trocito mejor, como una condecoración autoimpuesta después de la sufrida lectura.

El crítico Ignacio Echevarría reunió hace dos años su propio paso por todo este Ferlosio hipercúbico en Páginas escogidas, donde leemos:

Desconfíen siempre de un autor de pecios. Aun sin quererlo, les es fácil estafar, porque los textos de una sola frase son los que más se prestan a ese fraude de la «profundidad», fetiche de los necios, siempre ávidos de asentir con reverencia a cualquier sentenciosa lapidariedad vacía de sentido, pero habilidosamente elaborada con palabras de charol. Lo profundo lo inventa la necesidad de refugiarse en algo indiscutible, y nada hay tan indiscutible como el dicho enigmático, que se autoexime de tener que dar razón de sí. La

indiscutibilidad es como un carisma que sacraliza la palabra, canjeando por la magia de la literalidad toda posible capacidad significante.

Hay citas más amables y usuales, aplicables de inmediato a la actualidad: «El fascismo consiste sobre todo en no limitarse a hacer política y pretender hacer historia»; o: «Suelo decir que no sé lo que es la libertad, pero como en muchas otras cosas el argumento más sólido que tengo no es más que una alegoría: la de las cuerdas de la marioneta: cuantas más, más libertad».

Sin embargo, Ferlosio para mí será siempre el creador —o registrador— de la expresión más simpática y española del siglo XX, una interjección contradictoria, dramática y recuperable. Anoten y repitan: «¡Olé lo moderno!».

Jamás saldrás vivo de este libro

Cuando aún no se le daba bien ser Vila-Matas, Vila-Matas concibió un libro que matara a quien lo leyera. Se tituló La asesina ilustrada (1977) y, aprensiones aparte, no consta que ningún lector falleciera a media lectura o inmediatamente después de acabarlo.

Matar a tus lectores, qué duda cabe, es algo con lo que sueña cualquier autor decente. Matarlos de gusto, de belleza, de admiración; dejarlos muertitos después de leer un libro que les ha parecido mejor que sus vidas. Pero los lectores siguen viviendo después de leerte y luego se mueren de cualquier otra cosa, incluso de viejos, cansados ya de leerse a sí mismos.

Sin embargo, hay libros mortales, todo un género literario necesariamente asesino, donde se muere mucho. Son los diarios.

La primera vez que me sobrecogí con un diario homicida fue con el de César González-Ruano. Como todos los perversos, Ruano tardó mucho en morirse; en concreto 1.162 páginas. Fue leyéndolas cuando comprendí que un diario como Dios manda se lleva hasta que te mueres; que es morirte también en sus páginas —callar dos veces— lo que hace de un diario una gran obra. Escribir un diario para contar tu vida no tiene ningún interés; los diarios se escriben para contar tu muerte.

Ruano se moría en su diario escribiendo menos, escribiendo mal —y cuánta muerte hay en escribir mal, amigos— y mentando mucho sus dolencias y los hospitales a los que iba. Solo los diarios nos cuentan cómo calla un hombre, qué silencio es ese de morirse.

Iñaki Uriarte lo ha detectado en el último de los suyos (2007-2010) asustado de pronto, pero con mucho humor: «Al escribir un diario ya es una hazaña salir vivo de él».

Aunque no lo dicen, pienso que llega un momento para todo diarista persistente en el que se pregunta si lo dejará antes de que las posibilidades de morir dentro de su diario se vuelvan muy

elevadas. Mi diarista predilecto, Andrés Trapiello, me tiene muy preocupado por estas razones. Aunque le deseo la inmortalidad o los cien años, también defiendo mi derecho, como apasionado lector de su «novela en marcha», a que no me revienten el final.

Todo esto se me ha ocurrido porque, finalmente, pude leer la tercera y última entrega de los diarios de Ricardo Piglia, titulada Los diarios de Emilio Renzi. Un día en la vida. Qué cosa más grande, más triste y más Piglia, amigos.

Ricardo Piglia falleció en enero del año pasado y el último tramo de sus diarios se publicó en septiembre. Entonces uno lee la vida de alguien que ya ha muerto, y el hecho de que las páginas de su diario se vayan acercando poco a poco a un tiempo en el que no hay escritura posible acaba por dar bastante miedo. El mundo se va volviendo apocalíptico y antiliterario en el último cuarto de esta obra: «Por primera vez en la historia hay más escritores que lectores de literatura», «la crítica es la más afectada por la situación actual de la literatura, ha desaparecido del mapa», «vendo mi biblioteca, necesito espacio, conservo solo 500 libros»…

«La mano derecha está pesada e indócil, pero puedo escribir. Cuando ya no pueda…», leemos en la penúltima página. Y en la última: «Siempre quise ser solo el hombre que escribe».

Cerrar este libro es como decir adiós. Es un funeral literario. Creo que pocos funerales de verdad te dejan más arrasado que la última página de estos diarios, última página que no es la muerte, sino ese instante épico donde aún había vida.

Me leí el libro de Piglia casi de una sentada —hasta he empezado a trabajar en la teoría de que los diarios hay que leerlos de una sentada, pues eso me pasa con los de Trapiello, Uriarte y muchos otros: es como si tuviera que alcanzar al autor en el tiempo—, y luego, sin dejar pasar ni cinco minutos —no se lo van a creer—, me leí también de un tirón otro diario, el de Eduardo Laporte (2015-2016).

Disfruté muchísimo de las entradas breves de Laporte («Febrero se hace largo porque es corto»), un autor cercano a la cuarentena, con problemas y preocupaciones de cuarentón normal y corriente: que

si Hacienda, que si las chicas, que si nieva. En su diario todavía no tiene sitio morirse.

Porque su lectura fue eso: volver a la vida. A veces es lo mejor que tenemos.

3. La cuestión política

Las mujeres y el coronavirus: tontas, víctimas y bikinis

La secuencia podría iniciarse con una fotografía tomada el 13 de enero de 2020 en el Ministerio de Sanidad. Una mujer, María Luisa Carcedo, abandona la escena. Es menuda, discreta, incluso vestida de rojo nadie repara en ella. La imagen registra el momento exacto en que su nombre, que apenas tuvo tiempo de cuajar en los viveros periodísticos, se funde para siempre en el muro de carga de la Historia. Mientras, en primer plano, vemos a tres hombres. Exhiben ante el fotógrafo sus carteras ministeriales, recién acuñadas. Se muestran orgullosos, ufanos, casi desafiantes. Entre los tres van a hacer prácticamente el mismo trabajo que antes hacía solo una mujer. Es el Gobierno del progreso.

Dos meses después, todo cambia. El coronavirus empieza a extenderse por España. Sucede entonces algo sensacional, una bifurcación. Newtral publica enseguida una información según la cual las mujeres corren más riesgo de contraer el virus. Es falso: contagia casi por igual, requieren hospitalización bastantes más hombres que mujeres y ellos mueren por coronavirus en mucha mayor cantidad. Está siendo así en todo el planeta. Da lo mismo: la senda lacrimosa, victimista, es innegociable. Las mujeres tienen que sufrir más. Las mujeres nunca pueden aportar.

Isabel Díaz Ayuso ordena el cierre de colegios en Madrid y, ya en estado de alarma, se las ve y se las desea para importar material sanitario por vía aérea. Ayuso anuncia aviones, pero estos no llegan. El tertuliano Antonio Maestre se ríe en Twitter de los aviones «perdidos» de Ayuso. ¡Qué tonta es! Decenas de noticias y miles de tuits y memes abundarán en la idea de que Ayuso, como en su día Esperanza Aguirre, es, sobre todo, tonta. «Astucia e inteligencia» es lo que le falta a Ayuso, deslizará Elvira Lindo.

«Es que es tonta, la pobre», escribirá luego el propio Maestre sobre Almudena Negro (PP).

La ministra de Trabajo, Yolanda Díaz, presenta las medidas de urgencia para paliar la paralización de la economía. Es el plan de ayudas públicas más complejo, amplio y vertiginoso que se ha visto en la historia de nuestra democracia. Yolanda Díaz está nerviosa (ríe) en la rueda de prensa y se hace un lío explicando los ERTE. Yolanda Díaz es diagnosticada de inmediato como tonta, según opinadores fulminantes.

También va quedando claro durante las primeras semanas de pandemia que Nadia Calviño no tiene ni puta idea de economía. Y de María Jesús Montero no hace falta decir nada: ¡qué acento andaluz tan deplorable!

Teresa Ribera, ministra de Transición Ecológica, se une a la fiesta: dice una tontería y, por la implacable ley de Forrest Gump, pasa a ser tonta.

En Vox, empieza a tomar protagonismo la diputada por Granada Macarena Olona. Es la encargada de transmitir en TVE las consignas de su organización. Lleva una mascarilla verde militar con una banderita de España cosida en una esquina. También es tonta, obviamente.

Bea Fanjul (PP) actualiza cada mañana en su cuenta de Twitter los días que dos operarios del vertedero de Zaldibar llevan enterrados bajo basura. Tonta del bote.

La interpretación del papel de las mujeres durante la pandemia no ofrece dudas: si mandan, son tontas. Pierden aviones, pierden la cabeza, pierden Portugal. ¿Y si no mandan?

Irene Montero, ministra de Igualdad, desaparece durante semanas, contagiada. Cuando vuelve, ninguna mujer con nombre y apellidos, y en un cargo público, recibe su apoyo o su reconocimiento. De hecho, en varias entrevistas, Montero explica cómo las mujeres están siendo víctimas directas de la pandemia, y cómo serán víctimas destacadas de la crisis económica que se avecina (aunque los datos de desempleo del primer trimestre del año muestran muchos más despidos de hombres que de mujeres); además, abundará en la obviedad —como muchos otros— de que el 70% de los sanitarios contagiados son mujeres (también lo son, como

mínimo, el total de sanitarios en activo).

La violencia de género puede aumentar en periodo de confinamiento, se nos recuerda en numerosas ocasiones. Desde fuentes oficiales se lamentan dos casos de mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas en estos días. Ya van diecinueve este año, asientan. Veinticuatro horas después de sendas condenas implacables, los dos presuntos asesinos son puestos en libertad sin cargos.

El 1 de mayo, el ministerio de Igualdad felicita a las mujeres trabajadoras. Se arma algún revuelo por la exclusión de hombres en los parabienes. El ministerio felicita en concreto a «cajeras, limpiadoras, enfermeras, médicas, cuidadoras, costureras…». No felicita a empresarias, ministras, presidentas, ejecutivas, directoras, académicas, científicas… Ni a policías o militares.

Si las mujeres que mandan son tontas, comprobamos que las mujeres que no mandan o no lideran o no ganan mucho dinero son siempre, a todas horas y sin remedio, víctimas.

Mientras, se suceden las escenas y los datos donde las mujeres que mandan demuestran mandar muy bien o consiguen algo, o no parecen tan tontas o dignifican al menos la política. Según interpreta Forbes, muchos de los gobiernos de países donde la pandemia ha sido mal gestionada están liderados por hombres (Italia, España o Estados Unidos) y muchos de los gobiernos liderados por mujeres (Nueva Zelanda o Alemania) han salido relativamente airosos de la desgracia. A este asunto se le da la importancia justa; o sea, mínima. Se señala sin descanso lo mal que lo hace Ayuso, pero no para decir lo bien que lo hace la presidenta de Nueva Zelanda, sino para sugerir lo mucho que van a sufrir las mujeres porque las gobiernan mujeres tontas.

Margarita Robles protagoniza dos intervenciones ejemplares. Una, en el hospital de IFEMA, sirve para mostrar que hay líderes políticos a los que decenas de miles de muertos no les parecen simplemente horas extra de trabajo sobre una mesa: les parecen dolor. Robles se emociona, contiene el llanto, dice: «No les hemos dejado solos». Y dirá, en la otra comparecencia: «Todo lo positivo es de ellos [los militares] y todo lo negativo que haya podido haber es mío». He ahí

la clave: los militares. Margarita Robles no es un modelo asumible de mujer eficiente porque dirige el ministerio de Defensa. «No me gusta ver militares en la calle», dirá otra tertuliana, Marta Nebot. Los prejuicios se imponen, no ya a la ética, sino a la misma cordura.

Rita Maestre dedica estas palabras al alcalde de Madrid: «Nos consta que está haciendo todo lo que puede». Su discurso de respaldo parece antipolítica. No hay nada menos político que halagar al rival. Sin embargo, al tiempo que construye un Madrid mejor en tiempos trágicos, Rita Maestre se eleva electoralmente: dan ganas de votarla.

Sin embargo, su intervención, muy propagada, no sirve de ejemplo a nadie, se olvida en veinticuatro horas. Vox y Pablo Iglesias contienden días después en el Congreso con tal impiedad que parece que el hemiciclo está vacío no por la pandemia, sino porque da miedo ir.

Ayuso llora y una consejera de Castilla y León, Verónica Casado, llora. Los mismos que en aquellos tiempos que tampoco eran como para llorar a todas horas defendían las lágrimas por cualquier cosa callan o critican estas lágrimas. Sospechan de ellas, después de 25.000 muertos.

Al cabo, el asunto de la pandemia y las mujeres lo van delineando polémicas gramaticales insignificantes (¿la COVID-19 o el COVID-19?), perfiles falsos de chicas muy guapas en el Facebook del ministerio de Sanidad (¿pago por seguidores o pago por hacer creer que el Gobierno compra seguidores?), anuncios del PNV donde las vascas salen planchando ikurriñas y, destacadamente, el caso de una joven que aparece en bikini durante dos segundos detrás de un tertuliano mientras este participa por videoconferencia en un programa que se emite a través de YouTube.

¿Qué mujer saldrá reforzada de la pandemia en España? Obviamente, la chica del bikini. Dos semanas hablando de ella. Mención en el programa de Whoopi Goldberg en Estados Unidos. Mil horas de televisión por dos segundos en bragas. Superad eso, Ayuso, Robles, Maestre. Superad eso.

Diría uno que la pandemia ha probado la incontestable valía de

muchas mujeres hasta tal punto que no podrá ignorarse nunca más. Error. Tontas y víctimas y bikinis: eso es lo que quedará. Y el baile de una tal Ester Expósito. La bifurcación. Construir desde fruslerías y agravios más o menos ficticios el futuro, y no desde la solidez de aquello que, como viene sucediendo desde hace muchos años, salta a la vista.

Mi vida en los bares de los fachas

Uno entra en un bar facha con más naturalidad de la que ustedes creen. Yo he entrado en varios, he repetido, he contado las banderas, he localizado las botellas con la cara de Franco, he pagado religiosamente —ni siquiera más religiosamente que en otros establecimientos—, he salido y luego he votado hasta a Podemos. Esta es la historia de por qué en Usera, uno de los barrios más desfavorecidos de Madrid, tanta gente ha votado a Vox, visto desde sus bares.

Al chino facha que acaparó los focos durante la exhumación de Franco yo no lo conocía, pero había estado en su bar, el Oliva, varias veces. Me di cuenta luego, cuando se hizo famoso y algunos periodistas dijeron que era un bar de camioneros. ¿Y los camiones? El bar se encuentra junto a Madrid Río, en la glorieta de Cádiz, pegadito al puente que lleva a Legazpi. Ningún camionero puede aparcar allí su camión. No es un bar para camioneros; ni siquiera es un bar para fachas. Es un bar de barrio. Los domingos, en esa zona, no hay bares abiertos. Si uno sale a pasear y luego quiere tomarse algo, no quedan muchas opciones. Por eso yo había entrado allí dos o tres veces. Por eso entré también muchísimas veces en A'Barca, en el interior de Usera, cuando vivía, de hecho, a 30 segundos de su puerta. Porque no había otros bares a los que ir.

Si el Oliva es franquista a lo loco, el mesón A'Barca era franquista subliminal. Digo era porque su primer establecimiento cerró hace algunos meses. Uno entraba en él por lo atractivo de su fachada y lo promisorio de sus viandas, esparcidas muy gallega y abundantemente por toda la barra. Después de pedir un café o una cerveza, la vista se te perdía por la abigarrada decoración. Y de pronto una botella de vino con la cara de Franco asomaba por una esquina, un cartel con un chiste profranquista se destacaba sobre una pared, una foto del caudillo emergía entre frascas de orujo. Había, si mal no recuerdo, cinco caras de Franco en aquel bar, y yo llevaba allí a los amigos que me visitaban (todos de izquierdas) y, una vez sentados, les proponía un juego malévolo: a ver si

encuentras las cinco caras de Franco. Lo pasábamos en grande.

En medio del terror que produce Vox y de la precaución extrema que ponemos ya todos en no ser catalogados de fascistas, seguramente les llama la atención la normalidad con la que les cuento todo esto. Es la normalidad de un barrio obrero, de la vida entre basuras, de gente que tiene preocupaciones infinitamente más importantes que mosquearse porque el único bar decente para tomar un café en todo el barrio tenga o no junto a la caja una foto de un dictador muerto hace cuarenta años. El franquismo es bien poca cosa comparado con no tener un bar al que ir.

Viví en Usera casi dos décadas, en el barrio de Almendrales, uno de esos trozos de Madrid a los que no llegan los barrenderos, las reformas, las farolas bonitas. Creo que no llegaron ni esos poemitas de mierda que estarció Más Madrid en los pasos de peatones. Todo está ahora como cuando yo me instalé allí a finales de los noventa. Quiero decir que está exactamente el mismo banco, la misma acera, la misma fuente sucia y el mismo bolardo doblado.

Lo mejor del barrio lo representa la biblioteca José Hierro, cerca del parque Olof Palme, muy concurrida siempre de gentes de todo tipo. Y el Prado Longo, un parque descomunal prácticamente abandonado. Aun así, es hermoso. Los latinoamericanos juegan al fútbol allí todos los domingos. La calle principal de la zona es Marcelo Usera, un triste callejón si lo comparamos con Bravo Murillo o General Ricardos, y no digamos con Gran Vía, Castellana u otras vías principales en sus respectivos distritos.

Por ello, lo más valioso de Usera es lo que han traído los chinos. La auténtica calle comercial del barrio es Dolores Barranco, donde se han abierto en los últimos años una decena larga de bares y restaurantes asiáticos, amén de supermercados y tiendas de todo tipo (no sé cómo se llama a un negocio que te organiza bodas, pero hay uno de esos también). Y peluquerías. Y agencias inmobiliarias.

Los chinos empezaron (años noventa) con talleres en los garajes, amén de los colmados, y han acabado colonizando el barrio con negocios vistosos, bonitos, modernos y ya imprescindibles. Si quitáramos todo lo realizado por los chinos en los últimos tiempos, Usera (o al menos Almendrales: hablo de lo que conozco) sería

exactamente igual que Kosovo en la inmediata posguerra. No exagero más que lo que me apetece.

Que un chino entre miles sea facha debería darnos mucha tranquilidad: para eso ha quedado el franquismo, para un folclore de adopción. Yo este radicalismo puntual de un ciudadano nacido en China lo entiendo perfectamente, pues solo es el desarrollo torcido de una natural inclinación a integrarse en una sociedad nueva. Recuerdo que el chino que llevaba el colmado de la esquina de mi casa me advirtió hace muchos años de lo siguiente: «El barrio se está llenando de extranjeros». A sus hijos los había bautizado como Eduardo y Javier.

En las elecciones de 2016, en Usera votaron a Vox 193 personas; en las del pasado abril fueron 6.351. Siete meses después, han votado a Vox 8.562. No hay 8.562 fascistas en el distrito de Usera. A lo mejor 193 sí que hay; pero 8.562, no.

Lo que pueden tener claro es que hay muchas más de 8.000 personas abandonas allí a su suerte.

La idea que les presento ahora está ya muy machacada, es conocida, no digo nada nuevo. Sin embargo, no me cansaré de repetirla. Nadie ha hecho nunca nada por Usera, por las gentes de los 957 euros al mes y el piso de 50 metros cuadrados sin ascensor y los veinte minutos esperando el autobús número 6 que va al centro y ningún lugar donde entrar los domingos salvo el bar con banderas de España y cuadros de Franco. Como ya les dije (sin que la mayoría me entendiera), en España no existen los pobres, su voto no interesa y sus vidas nos traen sin cuidado. Es obvio que la izquierda se ha movido y ya no significa lo que significaba hace veinte años. Votar cualquier formación de izquierdas es votar valores bonitos, pero ya no exactamente votar igualdad. La izquierda es esa cafetería moderna que no ha abierto franquicia en Usera porque no le compensa. Una cafetería ecológica, con baños neutros, carteles de Rosalía y microteatro los domingos. Vox es ese bar tosco y aseado con muchas banderas de España que se ha quedado sin competencia en todo el barrio. Para mucha gente es difícil no acabar entrando en ese bar a tomarse un café.

Si no lo entienden ustedes con esta parábola de bares, yo me rindo.

Vamos a firmar un manifiesto a la plaza del pueblo

Alguna vez había que explicarlo, y qué mejor que ahora, cuando un manifiesto titulado «Tú decides» se pone en circulación para animarle a hacer algo que usted ya ha decidido hacer o no hacer: votar el domingo. Había que explicar esto de los manifiestos.

De primeras, manifiesto suena a valentía y hartazgo, a paso al frente, a dignidad sobrepasada y a épica única en su tiempo histórico. Goza este gesto de cierta leyenda declinante, la que va de Zola o Sartre, y de tantos otros franceses, pasando por el Manifiesto comunista o el dadaísta, a ese sujeto colectivo y habitualmente redondo (cien, en este caso) llamado en España «la gente de la Cultura». De vez en cuando «la gente de la Cultura» saca un manifiesto, y durante veinticuatro horas nos enteramos de quiénes son las gentes de la Cultura.

Para el joven, el primerizo o simplemente el ciudadano con cosas que hacer un manifiesto de la gente de la cultura es verosímil en todos sus presupuestos: se dice algo que acoge ruptura y denuncia y lo firman personas con crédito intelectual. Esto puede ser así toda la vida, es decir, puede uno creerse el mandoble moral, aunque no le haga mucho caso, y verlos venir a lo largo de su tiempo en el mundo y parecerle siempre una cosa muy digna y respetable. Pero también puede descubrir usted el ridículo del asunto si alguna vez le toca en suerte un grato suceso: que le inviten a firmar uno.

Es ahí, en el momento en que a uno le invitan a firmar un manifiesto, cuando se activa en usted la sospecha de que este texto público «inmerso en el aquí y el ahora» (Wikipedia) no busca destinatarios ni receptores ni mucho menos respuesta pública, no tiene como sustancia una reconvención de la actualidad por sus extremos, no significa, en suma, que algo-esté-pasando. Porque, invitado a firmar un manifiesto, usted notará que se le tiene en cuenta, y pensará en quiénes son esos que le tienen a usted en cuenta y, también, por qué no le tuvieron en cuenta en otras

ocasiones y por qué no se tiene en cuenta a tantos y tantas otras gentes de la cultura, escritores, músicos, cineastas, fotógrafos.

¿A ustedes les han invitado a firmar muchos manifiestos?

No, a ustedes no les han invitado a firmar ningún manifiesto. Esto quiere decir que, al contrario de lo que se piensa o puede pensar, sobre todo siendo joven, no existe, frente a un manifiesto, la noción de no firmar. Si ustedes no ven un nombre en un manifiesto, no significa que haya rehusado sumarse a él, sino que no ha sido invitado. Por ensanchar la paradoja, dense cuenta de que se invita a firmar un manifiesto a toda la gente que ya se sabe que va a aceptar firmarlo, porque ser invitado a firmar es ya ser señalado entre los justos, los buenos, los nobles; los decorativos. Un manifiesto es un anuncio por palabras de un grupo, una secta, una mafia, una familia, una capilla o un cabildo cultural. Anuncian dos cosas: que ellos son la Cultura y que la sociedad les debe algo. Ningún manifiesto deja fuera de su sentido el matiz de que estos-que-aquí-somos somos en cuanto víctimas. Nos han echado a un columnista (mi primer manifiesto se debió a la salida de Rafael Reig de Eldiario.es), nos han quitado un ministerio o una beca o un programa, nos han quitado el poder o amenazan con quitárnoslo; o, más humildemente —pero no menos frecuente—, nadie nos hace el más mínimo caso: toma manifiesto.

Como es lógico, las tres, cuatro veces que me han invitado a firmar un manifiesto lo he firmado sin pensármelo un segundo, pues no firmaba otra cosa que mi propia importancia social. Firmar un manifiesto es fácil, además, porque nunca pide otra cosa que defender libertades, igualdades o cosas del más basto sentido común. Que Arcadi Espada pueda decir lo que quiera, por ejemplo, fue mi último manifiesto. En este caso, mi nombre figuraba un poco más abajo que el de Joaquín Sabina o Steven Pinker. Fui invitado a ser, realmente, a dejarme ver en el saloncito de la vida, de donde se deduce que uno no debe ser juzgado por los manifiestos que firma, sino por todos aquellos que no le invitan a firmar.

Este de Tú decides me parece, obviamente, una tontería, pero solo porque Luis García Montero no me ha invitado a firmarlo. Ha invitado a firmar a sus amigos. Todos sabemos que Joaquín Sabina y Benjamín Prado son grandes amigos de García Montero, y

Almudena Grandes su mujer, y Elvira Sastre su protegida. Etcétera. Luego habrá hasta cien nombres para rellenar el folio, porque los anteriores, y El Gran Wyoming, son los únicos que van a encontrar ustedes en los titulares. La gente de la Cultura.

¿Es necesaria esa violencia, esa usurpación? ¿No son Fernando Aramburu o Belén Gopegui o Alberto Rodríguez o Rosalía gente de la Cultura? ¿Que no les hayan invitado a firmar —eventualmente— de quién habla mal en realidad? ¿No deberían estar estos manifiestos abiertos a todo aquel que desee firmarlos en primera instancia, sin necesidad de que sus promotores se reserven las plazas de salida en los medios y la estimación de si uno es o no es gente de la Cultura?

¿Por qué somos tan ridículos, gente de la Cultura?

¿Fuiste una pringada del 15M?

Yo revoluciones he hecho pocas, pero siempre he estado muy cerca de los revolucionarios, quizá buscando la manera de ser convencido. El 15M fue la revolución más convincente de todas: casi me la creí hasta yo.

Durante aquellas jornadas, sin embargo, viendo la abnegación y desprendimiento de algunas personas cercanas, que entregaban a fondo perdido su tiempo y su esfuerzo en una plaza con pancartas, me preocupé un poco. ¿Y tu vida? ¿Y tu trabajo? Como siempre hay alguna posibilidad de que una revolución no triunfe, sopesé si mis conocidas no estarían siendo las pringadas del 15M, es decir, aquellas que, al creerse de verdad que iban a tumbar el sistema, soltaban cándidamente amarras y, al cabo, entorpecían su futuro inmediato.

La diferencia entre estas pringadas y otros revolucionarios se me hizo evidente cuando una amiga de mi pringada favorita (mi novia), que vivía en el extranjero, le escribió un mensaje diciéndole que venía a España «a hacer un poco la revolución». La frivolidad de aquel mensaje me enervó, pues dejaba claro que para algunos el activismo era en rigor un espectáculo social que no había que perderse, por eso de enseñar ya mayores una foto pintona a los nietos, pero que en ningún caso debía trastocar los propios planes de futuro, en los que la prosperidad y la seguridad no eran negociables.

Todas estas impresiones descreídas y alarmantes han vuelto a mi cabeza al encontrarme con una entrevista a Carolina León, que acaba de publicar Trincheras permanentes, su ensayo sobre cómo el 15M le cambió la vida.

Sin tener aún el libro, enseguida alisté a Carolina León en el bando de las pringadas. Mi intuición partía de una sola palabra, que junto a otra componía el título de su ensayo. Trincheras permanentes parecía proponer que la lucha es interminable, que siempre será

necesario el espíritu del 15M para enfrentarse a los desmanes del sistema y de sus dirigentes. Sin embargo, la palabra «permanente» se empeñaba en desplazar en mi cabeza el sentido del título del que formaba parte, y tuve la sensación de que lo que Carolina León en verdad decía era: siempre seré precaria. Eso era lo único permanente: la propia precariedad.

La autora ha declarado que se siente estafada por Manuela Carmena: «Entonces eran la vivienda, la salud, la educación y qué estamos cambiando ahora… los nombres de las calles». Su desencanto me ha llevado a recordar esta otra afirmación: «Nadie esperaba que Carmena cambiara Madrid, que hiciera una revolución». Son palabras de Guillermo Zapata, concejal de Ahora Madrid, en una charla hace dos años, como si estuviera diciendo: ¿quién es tan idiota de creerse las revoluciones?

Hay un documental sobre John Lennon en el que asistimos al allanamiento de mansión que sufrió el antiguo Beatle. Lennon habla con un mendigo que trata por todos los medios de entender la incompatibilidad entre las letras de sus canciones y lo que ve: el cantante en su mansión. «Son solo canciones», le dice Lennon, enternecido.

Así que podemos decir que en el activismo están los John Lennon y están los mendigos; están los hijos de vicerrectores, de diputados, de millonarios, y están los pringados —amén de un número incierto de arribistas con talento—. No deja de resultar devastador que el 15M pusiera a cada uno en su sitio: al hijo del diputado, de diputado, y al hijo del pobre, de pobre.

«Hacer espacio para que la política no fuese solo de quienes se la podían permitir, ¿no era esto a lo que habíamos venido?», leemos en Trincheras permanentes.

Unas páginas más atrás la autora cita a Juventud sin Futuro; «ni sabía de su existencia», reconoce (por 2011). Ahora todos sabemos que entre los fundadores de Juventud sin Futuro había algunos jóvenes que seis años después parecen haberse solucionado la vida: Ramón Espinar o Rita Maestre. ¿Realmente pensaron estos aún jóvenes que siendo hijos de exconsejeros o del alto funcionariado no les esperaba un futuro, de hecho, espléndido?

JSF se considera hoy «semilla del 15M», pero Carolina León no llegó de las primeras a las asambleas: «No puedo decir que participé ni puedo vanagloriarme de haber entendido las asambleas en el minuto cero». ¿Quién iba a saber, por otra parte, que el activismo político sería considerado curricular en nuestro siglo, es decir, que, bien administrado y exhibido, podría canjearse por un puesto en la Administración?

Trincheras permanentes, como pueden imaginar, no se centra en esta división entre una mayoría de pringados que lucha cándidamente por reparar a los desfavorecidos y acaba ella misma formando parte del precariado y una minoría de hijos de «la casta» que, dando un rodeo militante, terminan heredando el sillón del padre, sino en los cuidados. ¿Por qué son siempre las mujeres las que se ocupan de los otros? ¿A qué se debe la invisibilidad de esta labor? ¿Qué relación guardan los cuidados con la política? Estas son las preguntas que plantea.

Y creo que, también en el fondo, lo quiera la autora o no, lo que su libro viene a decirnos es que debemos cuidarnos entre nosotros, porque desde el Gobierno, lo ocupe quien lo ocupe, no lo van a hacer.

Lujo, casoplón, anticapi: diccionario de autodestrucción de la izquierda

Hace no mucho alguien en Loewe tuvo la idea de afearle a la Real Academia de la Lengua la definición que daba de «lujo» en su diccionario. Concretamente no le parecía bien a la firma que el lujo fuera aireado como la «abundancia de cosas no necesarias». Por desgracia, la gente de Loewe no aportaba una definición alternativa. Admitamos que esta definición mejorada es difícil de lograr, pues el lujo no puede en modo alguno ser necesario ni cotidiano, tampoco común. Los «caprichitos», tan tiernos, se tienen porque alguien —una mayoría— nos los tiene, y porque tú mismo no te los das cada fin de semana. A lo mejor querían solo eso, los de Loewe, que el DRAE, en su entrada Lujo, dijera sin más: «caprichito».

Precisamente en los diarios de Leon Bloy se establece que la pobreza es la falta de lo necesario, mientras que la miseria es la falta de lo imprescindible. Hoy es necesario un teléfono móvil para cada miembro de la familia, y a mí me sorprende que nadie se dé cuenta de que, si no vivimos mejor que hace treinta años, al menos sale mucho más caro no ser pobre. Valga entonces que todo es necesario, el móvil, las vacaciones, Netflix, tantas cosas que en los años noventa sonaban burguesas. La pregunta es: ¿a qué precio son necesarias?

O, dicho de otra manera, ¿qué es ser de izquierdas?

Les confieso que si hay algo que ha vertebrado mi rudimentaria condición política es el odio al progre. Cada uno tiene sus fobias más o menos recreativas. Últimamente va ganando terreno otro apócope sonrojante: anticapi. Calculen la frivolidad que hace falta reunir para ser capaz de definirse a sí mismo como «anticapi» mientras hay gente que va a trabajar todos los días para dar de comer a sus hijos. Cuando oigo «comunista» tengo sensaciones más sobrias, algo rancias también, pero más acechantes. Un progre o un anticapi no son nunca un peligro para nadie, pues constituyen la escayola de la política.

El progre, como el anticapi, suele ser rico, si entendemos como rico no saber lo que es tener miedo. El dinero es lo único que nos quita todos los miedos, como el miedo a que te multen por aparcar mal, el pavor a ir a juicio o el terror a hacer de verdad una revolución. Por eso las revoluciones solo triunfan cuando las hace la gente que tiene miedo.

Ser rico y de izquierdas es difícil, ya lo sé; pero ser pijo y de izquierdas es imposible. El pijo es un rico que quiere que lo sepas, que quiere apartarte de su lado mediante la ofensa de su ostentación. Solo el lujo delata quién tiene dinero, y a ello se debe que haya tanto impostor a lo largo de la historia vendiendo una falsa prosperidad, porque esa apariencia adinerada abre muchas puertas.

Siempre ha habido derechas e izquierdas, y a la hora que es (cuarenta y tres años me contemplan), entiendo legítima cualquiera de las dos posiciones. Pero solo en la izquierda se ha dado regularmente la travesura, el intrusismo en los cuadros de mando, diríamos. Durante un tiempo se la llamó «izquierda caviar» o gauche divine. Ahora pueden llamarla «izquierda Nueva Zelanda». Es esa gente que no está a la altura del dolor del que hablan.

Es normal, por tanto, que la noticia de la casa que se han comprado Iglesias y Montero haya gustado mucho a la derecha. Simplemente viene a darles la razón. Puedes hacer lo que quieras con tu tiempo en la tierra si es legal, incluido vivir mil veces mejor que aquel que vive peor que nadie. No es asunto tuyo que una persona no sepa montárselo. Esta autoindulgencia al calor de la libertad es, en esencia, la derecha.

Sin embargo, para la buena gente de izquierdas, lo del «casoplón» ha sido devastador. Creo que esa es la palabra justa: devastador.

La pareja de líderes de Podemos no se ha comprado una casa: se ha dado un capricho. Es decir, ha claudicado ante el lujo Loewe sin el cual todos seríamos menos pobres. El lujo es la práctica activa de la distancia social, y un líder de izquierdas —por Dios santo— no puede ser quien exponga con sus bienes cuán sangrante es esa distancia.

Es curioso que tanto pensador, tanto catedrático en Podemos y tanto rojillo de tertulia no haya comprendido aún de qué va esto del capitalismo. No va, desde luego, de empresarios explotando a los trabajadores. Si se tratara de eso, habrían presenciado ustedes alguna vez en su vida una revolución con sangre. ¿Han presenciado alguna vez en su vida una revolución con sangre? De lo que va el capitalismo, amigos, es de sueños.

La mayoría de la gente quiere tener lo que la mayoría de la gente no puede tener: ese es el sueño. Por eso a todos nos gusta de vez en cuando el capitalismo, porque hasta el más bondadoso se olvida alguna vez de los demás y se deja ir. Ay, una buena casa. Ay, Loewe.

El común de los mortales no puede tener un chalet en La Navata o un iPhone siquiera, y es esencial que no puedan tenerlo, porque si todos tuviéramos un iPhone, ¿cómo sabríamos que vivimos bien? En el capitalismo no existe el «vivir bien», solo existe el «vivir mejor».

Por eso, cuando un político de «auténtica izquierda» o un periodista «de clase obrera» no solo compran, sino que además se vanaglorian de sus chalets o sus teléfonos, validan instantáneamente el sistema onírico del capital. Me parece respetable conducirse por la vida con eslóganes como «Porque yo lo valgo» o «Me lo he ganado», pero quizá ser de izquierdas tiene más que ver con preguntarse: «¿Quién se queda atrás?». Si realmente te importa que alguien se quede atrás, no puedes contribuir a que se quede aún más atrás; no puedes interpelarle desde dentro de sus propios sueños imposibles.

«Cuando gané mi primer millón de pesetas, dejé de decir que era comunista», afirmó Paco de Lucía. Comparen esta actitud con la de un Ramón Espinar que es capaz de decir «somos los hijos de los obreros» sin pudor alguno, porque no tiene ni idea de cuánto lucha la gente por dejar de serlo. Nadie sin nada que ocultar va por ahí diciendo: «Soy clase obrera».

La gente —ay— no quiere ser gente; el pueblo no quiere ser pueblo: he ahí la paradoja. La izquierda es un desastre porque no entiende que nadie quiere votar al partido de los pobres, todos quieren votar al partido de los ricos; o sea, serlo. El rico que vota a Podemos abre

su corazón, y de pronto vota para que otro no sea pobre. Por eso hay tanta profesión liberal en el electorado de Podemos —como antes en el de IU—, porque a veces, cuando nos va bien, pensamos en los demás.

Sin embargo, es más difícil que un pobre vote para que otro no sea pobre si no se le dan certezas de que no hay pobres —obreros, mileuristas, vallecanos, como quieran— mejores que otros. El capitalismo ofrece oportunidades que solo pueden aprovecharse individualmente. Puedes prosperar en la vida, puede tocarte la lotería, puedes robar: esas son las oportunidades. Iglesias y Montero han prosperado en la vida, eran al cabo pobres mejores que otros pobres; eran la gente, pero solo mientras no les saliera otra cosa.

Les salió otra cosa. Y su adhesión al lujo constituye un mensaje muy sencillo, singularmente letal para que una mayoría siga pensando en el bien de la mayoría: «Sálvate tú, no existe ningún nosotros».

¿Es la baja por paternidad la nueva mili?

Pablo Iglesias ha vuelto y, si uno no presta suficiente atención, quizá confunda el lugar de donde ha vuelto. Dice el líder de Podemos que, después de la etapa superada, se siente más preparado para ser presidente del Gobierno; también dice que ha cumplido con su obligación; y reitera sobre ese trance dejado atrás: «Estoy orgulloso de haber cumplido mis tres meses». Se le ve más curtido, además, más adulto, con las trágicas experiencias marcadas en el rostro («limpiar culos») y muy dispuesto a canjear en poder todas las humillaciones recibidas.

¿Ha hecho la mili Pablo Iglesias? Mientras le escuchaba narrar el servicio prestado obligatoriamente me acordaba de todas esas frases dedicadas a la mili que uno oía en los años noventa. Que te hace un hombre, que no es para tanto, que es un orgullo y que pasa pronto. La paternidad también pasa pronto y los amigos de la mili son para siempre. Un poco como los hijos.

He asistido a su relato con estupor. Que vuelva la mili no me parece una buena noticia. Que tus hijos sean el nuevo servicio militar obligatorio me llena de tristeza. Resumir la crianza en «limpiar culos y cambiar pañales» me encabrona. Hubo un tiempo en que me cayó bien Pablo Iglesias. Nunca un chalet le sentó tan mal a un hombre.

Yo creo que Pablo Iglesias ha perdido una gran oportunidad en su regreso. Lo que tenía que haber dicho es que se le han quitado las ganas de ser presidente del Gobierno después de pasar tres meses viendo crecer a sus hijos. Eso es lo que tenía que haber dicho. Un hombre que afirme que, después de tener hijos, ser presidente del Gobierno le trae sin cuidado, tiene mucho más fácil ser presidente del Gobierno. Lo merece. Porque ser padre no es «limpiar culos»; ser padre es no querer dejar de ser padre nunca. Como escribió hace poco Ricardo F. Colmenero, de la paternidad no se vuelve. La paternidad es ese momento en que la vida te dice qué cosas son importantes. Ser presidente del Gobierno no lo es.

Si Pablo Iglesias no entiende esto, es que no ha entendido nada. Me inclino a pensar que le han aconsejado mal, que algún asesor obviamente sin hijos le ha dicho que la imagen de «limpiar culos» generará mucha empatía en el votante, le hará a él más humano y le pondrá a la altura del pueblo. Qué cosa tan grosera, tan miserable, es esa de considerar a los hijos como culos que limpiar.

También podría haber dicho Pablo Iglesias que se ha pasado tres meses oyendo crecer a sus hijos, como escribió Francisco Umbral. Hay más verdad y más realidad en ese «escuchar crecer a los hijos» que en limpiarles el culo, por mucho que esta expresión sea completamente exacta. De eso va la paternidad, de volverse poeta en los hijos, de no ver el culo que limpias.

El otro día hablaba con un amigo sobre esta nueva mili para los hombres de España: tres meses de obligatorio cumplimiento. A él le parecía bien. A mí me es indiferente, no lo puedo ni considerar. Que a un padre haya que obligarle a cuidar de sus hijos no me parece un avance. Si el padre no quiere cuidar de sus hijos, bien podrá emplear esos tres meses en ver partidos de fútbol, fundar una empresa o darle más trabajo a su mujer. A lo mejor la baja por paternidad sube la tasa de divorcios. Nadie dijo nunca que querer a los demás pudiera resolverse por decreto.

Sé que mi posición es solitaria, marginal. Soy de esos pocos hombres —pero no tan pocos— que cuidan de sus hijos desde que la madre se reincorporó al trabajo. No necesito que me digan qué tres meses debo dedicar a mis hijos, pues tres meses me parecen —después de tres años con la primera— una vergüenza. Además, me repugna la imagen que, desde la izquierda, la derecha, el feminismo y el capitalismo, se transmite de los niños. Como una desgracia que te cae encima; como un baldón para tus ambiciones personales; como un coñazo.

Así, se entiende que las mujeres están esclavizadas por sus hijos y que la sociedad fomenta esta esclavitud. Ya no van a poder ser consejeras delegadas, jefazas ni presidentas del Gobierno. Aparte de que hay miles de mujeres eminentes que tuvieron hijos, soy incapaz de entender esta propaganda desmesurada del éxito. La mayoría de la gente no quiere ser jefe de nada, llevar una vida de tensiones y responsabilidad descomunal, llegar a casa exhausto del trabajo y no

poder ver ni un minuto a sus hijos. Yo no creo que no ver a tus hijos en todo el día sea un éxito de nadie.

En uno de los documentales que vi mientras me mentalizaba para ser padre salía un hombre diciendo que dejó su trabajo para dedicarse durante los tres primeros años a su hijo. Esta es exactamente mi idea de héroe. Así, no sé por qué resulta tan difícil de entender que una mujer que ha gestado un bebé, que lo ha traído al mundo y que le ha dado de mamar durante varios meses no quiera separarse de él; que prefiera, de hecho, verlo crecer milímetro a milímetro y escuchar cada nuevo sonido que salga de su boca antes que regresar al trabajo a pegarse por ser jefa de subsección. La maternidad no es la mili de las mujeres, es la batalla que dan por sus hijos.

Un respeto.

Pero el mundo que nos proponen (repito: todos, derecha, izquierda, capitalismo, feminismo) es el de que veas a tus hijos lo menos posible y te pongas a trabajar cuanto antes, y además con el objetivo de mandar mucho y, en fin, producir como un loco hasta triunfar. Leí hace nada que el Gobierno estaba alarmado por la cantidad de niños menores de tres años «sin escolarizar» que había en España. O sea, el Gobierno estaba escandalizado por la cantidad de padres y madres que cuidaban de sus hijos. Se entendía que esa palabra, «escolarización», representaba el bien, y que la «no escolarización» era retrógrada. A mí esto me parece muy fuerte.

Mis hijos no están «sin escolarizar», mis hijos están conmigo.

No podemos depender de un señor de Teruel

Nos habíamos creído lo de la España vacía/vaciada, la Iberia sin semáforos, la tierra exenta, desportillada y sin sombras sobre el suelo, y resultó que esa solana estaba llena —llenísima, en realidad — de partidos políticos. Puede que acabe habiendo más partidos políticos saltando por los montes de este país que en toda Europa continental. Teruel Existe es solo el principio de la revolución aldeana, del caballero sin espada agromontano. La comarca es la identidad definitiva, y va a tomar el poder.

Yo estoy flipado, triste, me río a veces. Ya da todo un poco igual. El caso es que tenemos a un señor que viene de Teruel a defender lo suyo y no lo tenemos en el Toni2, lo más alto que habían llegado hasta ahora en Madrid los señores de Teruel, sino en el Congreso de los Diputados y Diputadas del Reino de España. ¿En serio este señor se cree que me importa algo lo que tenga que decir?

Como soy, no ya de Segovia, sino de un pueblo de Segovia cuyo censo en estas generales fue de 650 personas, tengo todo el derecho del mundo a rebelarme contra, en suma, la llegada de mi padre a Madrid. No, amigos, no quiero que mi padre venga a Madrid a darme tormento. Porque mi padre, que conoce a 14.000 segovianos tirando por lo bajo, a nada que se invente un Segovia Sueña o un Segovia Supreme se me planta en el Congreso de los Diputados a bailar jotas y contar intimidades. Es simple. Imitable. De cajón. Si Teruel tiene su partido de juguete, ¿por qué no Segovia, por qué no Palencia, por qué no la comarca del Bierzo o Tierra de Campos? Creíamos que España era una entelequia y un problema, y no, resultaba que España era la mejor forma de no ser de Teruel. De no ser segoviano.

Cuando Teruel presuma de unas infraestructuras comparables a las de Dubái (o simplemente les pongan asfalto de más), todas las provincias campesinas querrán ser como Teruel. Entonces harán su partidito de macramé humano y conseguirán un escaño y nos

contarán qué puente no hay, qué vía falta, qué jota no se baila y qué escritor local merece el premio Cervantes cinco veces seguidas. Por matemáticas, es posible. Bastan exactamente 14.500 votos en Segovia para acabar de diputado en Madrid. Es cuestión de pegar carteles y de tocar la fibra terruña para sumar esos sufragios castañuelos; y lo mismo en Palencia y hasta en Móstoles, si todo Móstoles vota a su candidato diminuto. Sale.

Que esta microbiosis política sea mala para la democracia es lo de menos, a mí lo que me revienta es cómo arruina el espectáculo. No lo nieguen: cuando acaba de hablar Rufián en el debate sobre el estado de la nación todos apagamos la tele, ya hemos visto lo bueno y la impresora, no nos interesan los canarios con sus canarieces, los navarros con sus navarradas o los cántabros con sus anchoas. Es, de hecho, imposible entender qué hace ese tipo ahí hablándonos de la farola fundida de la plaza de su pueblo y de la curva tan mala que lleva hasta Bilbao. El Congreso está para otras cosas, para otras épicas. Estas intervenciones numismáticas lo empequeñecen hasta el tamaño justo de nuestra indiferencia.

Hasta aquí pensarán ustedes que adolezco de centralismo y que odio a los canarios y que reniego de mi origen segoviano y detesto la provincia. Todavía voy y les digo que sí. La incorrección política es tan tentadora, amigos. Pero es justamente al contrario: como segoviano de pueblo yo soy también de un pueblo de Teruel, y me importa lo que pasa en ese pueblo, y exactamente así de concernido me muevo por el mapita de España en Google Maps, sabiéndome en los vacíos. Por ello, nada más ridículo, prepaleto y miserable que ser de Segovia y venir a Madrid a defender Segovia en exclusiva, a decir que Segovia existe. ¡Segovia no existe, idiota!

Como es obvio, la culpa de este modelo de política dependiente de los señores la tiene el PNV, un partido enervante en su pequeñez y en sus seis señores. Que la vida de un país dependiera de seis vascos era malo, pero que dependa ahora de un señor de Teruel es ya una broma macabra fruto de tantas elecciones consecutivas. Qué ganas tengo de que pase esta moda de la democracia.

Porque en algún lugar nos tenemos que plantar. ¿Cuál es el límite? ¿350 partidos? A nada que surja un avispado y cree el Partido de los Autónomos ahí tienes ya unos tres millones de votantes de lo

suyo. O el Partido de las Amas de Casa. O el Partido Machirulo. ¿Cuántas Marías hay en España? ¿María Existe? ¿Gómez Existe?

Repito: ¿a mí qué cojones me importa lo que tenga que pedir un señor de Teruel? ¿Se cree que no hay señores y problemas idénticos a los suyos en Segovia, Cáceres o Ciudad Real? ¿Para qué se inventaron el Senado y las diputaciones y, sobre todo, las Cartas al director? ¿Tenemos que ponernos todos pueriles e insolidarios y crear partidos estratégicamente reconcentrados para llenar el Congreso de reclamaciones de oficina de objetos perdidos de estación de autobús?

Cuando se habla de Cataluña y de diálogo se habla mucho de cariño, de querer a los catalanes, de darles comprensión y, en fin, de no sé cuántas ternezas más. Obviamente es al revés. A los catalanes hay que dejar de prestarles atención y tratarlos como a palentinos; o sea, como a adultos. Nadie ha dado cariño nunca a Palencia y no veo que lo esté pidiendo. Palencia es mayor de edad, Cataluña debe ser mayor de edad: no estamos aquí para darnos cariño como a niños de cinco años que no han hecho aún amigos en la escuela; estamos aquí para darnos igualdad y progreso.

¿Qué igualdad, qué progreso puede haber en un país donde cada cual va a lo suyo, a su farola, a su mezquina autopista con anchoas? Entre las periferias lastimeras y estos brotes llorones de la España de en medio, parece que no quedara en la península gente abierta y generosa, gente noble, gente capaz de hacer todas las cosas para todas las personas. ¿No valemos ya ni para hacer un país?

Esta izquierda, ¿qué izquierda es?

Pasé algunos ratos en Navidad buscando un concepto que pudiera servirme de metáfora. A lo mejor ustedes lo conocen. Se trataría de una palabra que defina a esas personas que, por los vaivenes de la historia, se encuentran súbitamente viviendo a frontera pasada. Por ejemplo, Sándor Márai nació en Kassa cuando esta ciudad pertenecía a Hungría, y hoy es Checoslovaquia. O esa población que aparece en Los hundidos, de Daniel Mendelsohn, Bolechow, que fue Polonia y hoy es Ucrania. Cuando un territorio pasaba a integrar otro país solía haber migraciones o expulsiones masivas, pero seguro que alguien se quedaba a vivir en su propia casa. Entonces seguía sintiéndose polaco, aunque le hicieran vivir en Ucrania. En realidad, era Polonia la que se había movido, no él.

Expatriado, repatriado, apátrida… No encontré (y seguro que existe y ustedes me iluminan) el concepto que definiría a estas personas. Así que me lo inventé: hipopatriado. El hipopatriado es ese ciudadano que, por culpa de un tratado o de una invasión, ve sumergida su nacionalidad. Es polaco, digamos, y todo a su alrededor es Polonia, la Polonia en que nació y donde ha vivido largos años, pero administrativamente eso es ahora otro país, y él no puede entender por qué es otro país.

Si me aceptan lo de hipopatriado, podrán seguirme en lo que viene, pues no es otra cosa que el lamento del hipopatriado político. Al igual que esos polacos que dejaron de estar en Polonia porque el país retocó una frontera, yo siento que he dejado de estar en la izquierda porque la izquierda ha abandonado un territorio. Aunque cambiar de ideas me parecería perfectamente legítimo, y es común volverse más conservador con la edad, lo cierto es que yo mantengo unas inclinaciones ideológicas prácticamente idénticas a las que tenía con dieciocho años. La igualdad siempre un poco por encima de la libertad, respeto y comprensión hacia el otro, cierta aversión al consumo desaforado y una caprichosa manía al progre, entendido como esa gente que lo tiene todo y además quiere acaparar la dignidad del que no tiene nada, en forma de superioridad moral.

Por ahí me muevo. Otro símil que se me ha ocurrido para ilustrar esta situación de desamparo en la que a buen seguro no debo de estar yo solo es la de los cubiertos y platos de una mesa que se quedan en su sitio —apenas tiemblan— cuando alguien corre el mantel de un tirón. Esa cucharilla sin mantel de la esquina soy yo.

Que la izquierda es otra nos obliga a reconocer de una vez por todas que el capitalismo ha triunfado. Ya apunté en un artículo anterior que la izquierda de ahora prefiere que la voten pijos y veganos a que la voten pobres, porque pobres quedan muy pocos. Estrictamente hablando no hay gente suficiente en España que no tenga nada como para que su voto importe; estrictamente hablando no hay nadie en España que no quiera tenerlo todo. Por si alguien no se ha enterado aún, el capitalismo no consiste en explotar a gente en fábricas en Bangladesh; el capitalismo consiste en smartphones, Netflix y vuelos baratos. Es un sueño inalcanzable de casas más grandes, ropa más cara y viajes más largos. Y en eso está todo el mundo.

En los noventa había aún alguna resistencia a considerar el consumo ilimitado como única manera de entender la vida, y hasta se nos hacía leer Tener o ser, de Erich Fromm, en el bachillerato. Hoy nadie piensa que consumir alocadamente tenga nada de malo y, de hecho, se identifica poder consumir constantemente con la quintaesencia del progreso. Así, cuando nos referimos a la falta de democracia en un país, íntimamente no pensamos que en ese país no puedan votar, sino que no pueden consumir tanto como nosotros. Nos hemos quedado solos los que pensamos que un Anguita o, ahora, un Garzón no pueden comer en el restaurante más caro del país, utilizar coches de lujo o vivir en mansiones. Resulta ya inútil explicar que el lujo siempre es minoritario, el boato, restrictivo, y que, por tanto, sabotean todo anhelo de igualdad. En su momento oí a un tertuliano de izquierdas defender la casa de Iglesias y Montero diciendo que «todos deberíamos vivir en un chalet», sin sentir la necesidad de explicar cómo haría él para que cupieran en España dieciocho millones de chalets con piscina y casa de invitados. (Aparte de no indicar tampoco quiénes iban a trabajar de criados en todas esas viviendas. ¿Gente que también viviría en un chalet?).

El triunfo absoluto del capitalismo, esto es, el convencimiento generalizado de que la vida va de comprar todas las cosas nuevas en el mismo instante en que las anuncian, hizo peligrar la utilidad misma de un gran partido de izquierdas. Vender igualdad en un mundo en el que la distinción y la singularidad son los productos más solicitados tenía poco futuro. Así surgió la izquierda que hoy conocemos: dejó de lado la igualdad y empezó a promocionar su propia línea de artículos exclusivos, conformada por un abanico de identidades irredentas cuyos problemas se achacarían siempre al capitalismo. Votar a la izquierda consistiría ahora en sentirse mejor persona y un tanto rebelde, partiendo de la base de que nada iba a impedir que mantuvieras tu privilegiado tren de vida.

El electorado de izquierdas —al que, por cierto, conozco extraordinariamente mejor que al de derechas— compró historias bonitas, irreprochables, salvo por el hecho de que había otras historias menos bonitas, pero igualmente irreprochables, que estaban ignorando. Así, los refugiados les enternecen; los mendigos, no; las mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas (70) les conmueven; los suicidios (3.000; 700 de mujeres), no; los inmigrantes cuentan con su solidaridad; los obreros, los pobres, los barrios marginales de su propia ciudad, no; los transexuales les importan; los muertos en accidente laboral (400), no; creen en el cambio climático y luchan verbalmente contra él, pero no contra su propia adicción al consumo que, a fin de cuentas, lo causa; respetan escrupulosamente a las mujeres, salvo que sean de derechas, sesgo que vuelve una simple chiquillada llamar puta a Arrimadas o imbécil a Díaz Ayuso; PP, Ciudadanos y Vox son fachas; PNV y JxCat, no; defienden la corrección política mientras tildan de «carapolla» a Martínez Almeida; creen en la libertad de expresión, salvo que alguien diga algo distinto a lo que ellos piensan, momento en el que se convierte en un facha… Honestamente, a mí se me hace muy difícil reconocer aquí lo que yo siempre he creído que era la izquierda.

Además, vuelta esta ideología un instrumento de exculpación masiva (disfruta del capitalismo mientras lo combates: ese es el increíble equilibrio alcanzado), muchas cosas quedan sin explicación, se tornan surrealistas y la teoría más peregrina hace su agosto. Hoy en día está implantada con total éxito la idea de que la

hija de un cajero de supermercado tiene más que ver con la hija de Amancio Ortega —por ser ambas mujeres— que con el hijo de un fontanero, aunque el fontanero y el cajero vivan en la misma calle de Carabanchel. Así, hemos de creer que las hijas de los millonarios están en el mismo barco que las hijas de los trabajadores, mientras los hijos varones de esos mismos trabajadores están en un barco diferente. Orillada la desigualdad económica como teoría troncal, los contrarios se juntan y los iguales se repelen. Tú, con tu alquiler extenuante y tu coche de hace diez años, eres exactamente igual de responsable del deterioro del planeta que Alejandro Sanz, con sus quince piscinas en sus ocho mansiones y su moto de agua.

Hay muchos más votantes de izquierdas a favor de que Cataluña obtenga la independencia que a favor de que Extremadura obtenga un tren, simplemente porque es más emocionante apoyar una cosa que la otra. Cataluña es la comunidad más rica de España y Extremadura, de las más pobres, pero son las reivindicaciones de los ricos las que ahora esponjan el corazón de la izquierda. Quemar el centro de una ciudad no nos parece mal si lo hacen los hijos de la burguesía, pero es intolerable que los pobres vengan desde el extrarradio al centro en su propio coche, porque nos contaminan.

La igualdad como agregador político se ha desvanecido y ahora tenemos un presidente que, in ovo, ya sabe que su mandato depende precisamente de que trate a unos (los territorios de partidos que le han apoyado) mucho mejor que a otros (los territorios que votan a partidos de alcance nacional), lo cual quiere decir que habrá que perjudicar abiertamente a estos últimos para saciar a los primeros, amén de castigar a aquellos que no se avinieron a ser mejores que los demás; y todo, queridos amigos, desde la izquierda.

Desde esta izquierda.

4. La cuestión social

En busca de la verdad sobre el machismo en la literatura (I)

Llevo bastante tiempo dándole vueltas a las acusaciones de machismo que pesan sobre la literatura, y sumando ideas y datos y casos concretos para tratar de entender la verdad que hay en ellas. Hace nada salió otro manifiesto contra un evento donde había muchos más escritores que escritoras, tanto entre los panelistas, entre los jurados del premio que constituye su acto central (hablamos de la III Bienal Vargas Llosa), como entre los nominados a dicho premio.

La materia prima sobre la que se trabaja a la hora de hablar de machismo en la literatura es estrictamente matemática. Hay muchos más premios Nobel hombres que premios Nobel mujer, mayoría absoluta de premios Nacionales varones, y de premios Planeta o premios Herralde, y de Libro del Año para tal suplemento y de libros de hombres reseñados por el mismo suplemento y de hombres publicados por casi todas las editoriales. Una vez puestos estos datos sobre la mesa, se afirma que el mundo editorial es machista.

Llama la atención —o no, en realidad— la simpleza con la que enfrentamos esta situación. Lo cierto es que no he leído ni una sola idea añadida a la cruda afirmación, vía estadísticas, de que el mundo editorial es machista. Esto me desconcierta porque los escritores y escritoras, a fin de cuentas, somos mucho de pensar las cosas, indagar verdades y calibrar la complejidad de lo real. Pero en el machismo literario todo es muy simple: dado que hay muchos más escritores famosos que escritoras famosas, hay discriminación.

Por un lado, quienes esto opinan son, como digo, escritores, de modo que deben de conocer, como yo, a muchos editores. Me gustaría por tanto que dieran el nombre de algún editor que tenga por costumbre, al recibir manuscritos o propuestas, rechazar de plano aquellos que vienen firmados por mujeres. ¿Herralde discriminaba a las autoras? ¿Claudio López de Lamadrid? ¿Juan Cerezo?

De hecho, desde hace años, el mundo editorial tiene un buen número de mujeres en ese puesto clave que es el de editor, mujeres que, sin duda, se declararían feministas, como Elena Ramírez, Ofelia Grande o Silvia Sesé. Si repasamos sus catálogos, hay muchos años en los que ellas mismas publican muchos más escritores españoles que escritoras españolas. ¿Lo hacen a posta? ¿Acallan estas mujeres la voz literaria de las mujeres?

A partir de aquí, hay algo que también me genera dudas. Si se discrimina a las mujeres que escriben, ¿por qué no se discrimina a todas? Es decir, ¿por qué se permite que —por empezar nada menos que desde los años cuarenta— Rosa Chacel, Carmen Laforet, Mercè Rodoreda, Carmen Martín Gaite, Ana María Matute, Almudena Grandes, Belén Gopegui, Marta Sanz o Sara Mesa tengan una larga, fructífera y premiada trayectoria creativa? ¿Las publican y publicaron para disimular un poco? Si fuera así, ¿no es mucha casualidad que decidieran publicar para disimular un poco precisamente a buenas escritoras?

Otro aspecto que me llama la atención de estas polémicas es que hay un tipo de escritora que nunca se queja, que no firma manifiestos —obviamente no se la invita— y que no opta siquiera a ningún premio. Son las autoras que venden.

¿No es llamativo que entre los autores españoles que escriben lo que se conoce como bestseller —con mayor o menor vecindad con eso que los puristas llamaríamos literatura de verdad— haya, de hecho, algo muy parecido a la paridad? ¿Que Dolores Redondo, Clara Sánchez, Julia Navarro o Matilde Asensi no tengan problema alguno para publicar, vender, ser traducidas y disfrutar de la fama? ¿No es irónico que, cuanto más comercial es una propuesta, menos machismo puede detectarse? Si hiciéramos un festival literario invitando por orden a los autores más vendidos, sería impresionantemente paritario. Y de una justicia absoluta.

Así las cosas, en lo que podemos llamar campo literario, la única moneda de cambio es eso tan voluble que se llama prestigio. La elección de autores, su consagración o la atención que se les presta depende de innumerables factores perfectamente manipulables y discutibles, lo que facilita todo tipo de desmanes y ridículos, como podrán comprobar en el siguiente párrafo.

Imaginen que les cae a ustedes encima la dirección del Festival Eñe en Madrid. Es un festival literario, por cierto. El director, que cambia anualmente, tiene como misión elegir a varias decenas de autores para que den una charla. También —creo— los reúne en una u otra mesa y se inventa un tema a partir del cual deben debatir. Vale, usted es el director o directora, responda: ¿No llevaría a sus cuatro o cinco mejores amigos, sean hombres o mujeres? ¿No llevaría a ese autor o autora con el que se acuesta o con el que quiere acostarse? ¿No llevaría a ese otro autor que les ha dicho, al enterarse de que usted dirige el festival, que anda muy mal de dinero, para ayudarle un poco? ¿No llamaría a los cuatro o cinco autores de moda ese año? Y más: ¿no dejaría de invitar a ese autor que le cae fatal, a esa otra que le reseñó negativamente una vez y a ese otro de más allá que le dijo no sé qué no sé qué día de abril de 2009?

Pero, espere, aún hay más. Resulta que uno de los autores no puede venir, otra no quiere venir, otro no contesta y otra más no acepta porque usted le parece un gilipollas. Sumado a otro que se pone malo y otra que no se acordaba de que tenía una charla en Perú por las mismas fechas, de pronto tiene usted que encontrar varios autores más deprisa y corriendo y juntarlos en mesas para que charlen de algo en común. Invita usted literalmente a cualquiera, al primero que sale.

Cuando todo parece cerrado, vaya, dos o tres o cuatro se han dado cuenta de con quién les va a sentar usted a hablar, y resulta que son gente con la que no se llevan bien. De modo que hay que cambiarlo todo otra vez.

¿De verdad se cree alguien que, en medio de todos estos intereses, filias y fobias y casualidades y jaleos organizativos (viajes, vuelos, hoteles, facturas) hay tiempo siquiera para discriminar conscientemente a las escritoras? Yo creo que la mayoría de los directores de festival no saben cuántos hombres y cuántas mujeres han invitado hasta que no se lo dicen en un manifiesto.

Además, en estos tiempos, la realidad es muy comúnmente la contraria: el director o directora de un festival, si algo tiene en mente, es la obligación de invitar mujeres. Del mismo modo, yo he conocido a varios editores y editoras desesperados por encontrar

manuscritos firmados por mujeres. Sucedía en Lengua de Trapo, por ejemplo. Lejos de querer publicar hombres, estaban hartos de publicarnos, y buscaban entre los manuscritos aquellos firmados por una mujer. Pero había muy pocos y, como tantos otros firmados por hombres, eran muy malos.

Este dato me llevó hace tiempo a hacerme una pregunta. Si las mujeres escritoras han estado discriminadas hasta hoy mismo, pero ahora mismo se publican muchísimas escritoras jóvenes (di una lista, no exhaustiva, en un artículo), ¿por qué no se publican escritoras inéditas de cincuenta, sesenta o setenta años? Es decir, aquellas que fueron discriminadas en los años ochenta y en los años noventa. ¿No sería lógico que una mujer que sintió en los años noventa que no la publicaban por ser mujer, viendo que ahora hay una permeabilidad enorme a la autoría femenina, cogiera su manuscrito y lo enviara a varios sellos y que estos se lo publicaran encantados y con una faja además que dijera: «La gran autora que fue discriminada por el mundo editorial en los años noventa» y vendiera un millón de libros?

Sin embargo, esto no sucede, pues lo que sucede es que se están publicando autoras nacidas en los años ochenta y noventa en proporción de diez a una, frente a autores nacidos en los años ochenta o noventa. Por cierto, ¿han visto a los autores jóvenes quejarse sobre esta desproporción?

Así las cosas, sin necesidad de manifiestos, en diez años los festivales presentarán un número mayor de escritoras que de escritores, los premios serán mayoritariamente para ellas, y todo agasajo y regalía y portada en prensa y puesto en el Cervantes. Simplemente porque habrá más escritoras publicadas en sellos literarios que escritores.

La literatura, amigos, no es un juego de equipo. El amor por los libros y la pasión por escribir pueden entenderse como responsabilidad de todos, pero la condición de autor es sumamente egoísta. Todos nos creemos geniales y estimamos que nos putean constantemente. Siempre ha sido habitual que un autor mire a quién premian y se queje en su casa de que no le premian a él; que mire luego a quién invitan a un festival y se queje en su casa de que no le inviten a él; y siga así con todos los logros propios de la

carrera literaria y vaya amargándose por los pocos que consigue él y los muchos que consiguen autores, obviamente a su juicio, mucho peores.

Esta delirante deriva del ego es perfectamente natural en un artista. Lo que resulta fascinante es ver cómo esa ambición personal, hoy en día, se disfraza de militancia feminista y, por tanto, se hace pública. Así, cuando no te invitan a un festival, es que no invitan a las mujeres, y cuando no te premian a ti, es que no premian a las mujeres, etcétera. En realidad, sí se invitan y se premian mujeres, pero no a ti.

En busca de la verdad sobre el machismo en la literatura (II)

Les hablaba de algunas dudas que me despertaba la acusación ya usual de que la literatura es aún hoy un entorno machista. No tenía entonces el menor interés en recamar moralmente el mundo de los libros ni en llevarle la contraria a los firmantes de manifiestos ni de generar polémica para justificar mi condición de opinador. Buscaba algo tan simple como desaconsejable en nuestro tiempo: la verdad.

En 1998 apareció en España el libro El amo del corral, de Tristan Egolf. El reclamo comercial de esta novela apuntaba a que, siendo una obra maestra, había sido rechazada por setenta y seis editoriales. Todos los periódicos decidieron entrevistar al autor encandilados por la sucesión de sus fracasos. En alguna de estas entrevistas, Tristan Egolf comentaba que su propósito de ser escritor se había visto muy pronto contrariado. Le dijeron que era imposible que un hombre blanco americano heterosexual publicara una novela, porque había miles de hombres blancos americanos heterosexuales contando exactamente el mismo mundo que él. Tristan Egolf no tenía nada con lo que diferenciarse, de ahí que, como le habían advertido, hasta setenta y seis editoriales rechazaran su libro.

Esto casa mal con la idea, que aún se considera indiscutible, de que los hombres lo tenemos más fácil en literatura.

Hay pocos datos sobre cuántos hombres y cuántas mujeres desean ser escritores, que es en realidad el meollo de todo este asunto. El único que conozco procede del prestigioso premio Ribera del Duero de Narrativa Breve: en la primera edición hubo 514 participantes (412 hombres y 102 mujeres); en la segunda, 660 (514/146); en la tercera, 863 (648/209); en la cuarta, 856 (684/172). Durante ocho años el porcentaje por sexos apenas varía, correspondiendo casi siempre a un 80% de hombres que aspiran a ganar el premio mejor dotado de la narrativa breve en español frente a un bajísimo 20% de mujeres. No me digan que no son datos curiosos.

Parece lógico pensar que si en este premio muy codiciado y concurrido hay una proporción 80/20 de hombres y mujeres con firmes ambiciones literarias, una proporción similar habrá en cuanto a hombres y mujeres que den el primer paso para convertirse en escritor: enviar manuscritos a editoriales, agentes y concursos. Deberíamos conseguir esos datos porque, así las cosas, lo cierto es que habría un porcentaje mucho mayor de mujeres que acaban siendo escritoras, respecto al total de las que deseaban serlo, que de hombres. De modo que quizá (ojo) es más difícil publicar en España siendo hombre que siendo mujer. Como sucedía con Tristan Egolf, un hombre compite por distinguirse del 80% de los aspirantes a escritor, mientras que una mujer lo hace frente al 20% de esos mismos aspirantes. En el propio premio Ribera del Duero (cinco ediciones) ha ganado un hombre el 60% de las veces y una mujer el 40%.

Pregunto: ¿es posible que sea a esto a lo que estamos llamando machismo?

No me resisto a ponerlo más claro: resulta sensato pensar que si muchísimos más hombres que mujeres quieren ser escritores, habrá bastantes más hombres que lo logren, es decir, que puedan tener algún talento, lo cual no obsta para que una sola mujer tenga más talento que todas las demás mujeres y que todos los demás hombres (como pasa a menudo: mi adorada Mercè Rodoreda, por ejemplo; o Rosa Chacel), pero sí hace muy difícil que afloren más mujeres con talento literario que hombres, simplemente por una cuestión de probabilidad.

Repito: ¿esto es a lo que llamamos machismo?

Hablando de porcentajes, me fascina en este punto la obsesión con el 50%. Así, no entiendo el sentido exacto de que entre las diez mejores novelas del año tuviera que haber siempre cinco escritas por hombres y cinco escritas por mujeres. Ese es, sin embargo, el sueño, el ideal incluso de algunas personas. Y lo mismo para el premio Nacional o el premio Nobel.

A raíz de la polémica del premio Vargas Llosa (cuatro nominados hombres, una sola mujer), se llegó a decir que la solución pasaba por que el jurado del premio fuera en un 50% femenino, de este

modo entre los nominados habría más mujeres. Si pones muchos hombres a juzgar, eligen solo hombres; si pones 50/50, se elegirán 50/50. Es bastante impresionante este argumento.

Viene a decirnos que los hombres no podemos reconocer el talento de las mujeres y que las mujeres no son capaces de votar otra cosa que mujeres, de modo que se calcula anticipadamente, se pone aquí a este y allí a aquella, y listo: paridad luminosa.

La verdad es que yo prefiero una Mercè Rodoreda cada década a 200 escritoras del montón cada año. Escribir mal nunca ha salvado a nadie. Por no hablar de los 200 escritores varones del montón necesarios para equilibrar la balanza. Sería como poner a desfilar en el patio del colegio a veinte niños vestidos de azul y a veinte niñas vestidas de rosa solo para hacer bonito.

Para lograrlo, además, habría que considerar, desde la ingeniería social, si queremos que más mujeres aspiren a ser escritoras y, por tanto, para aumentar el número de aspirantes, destinaríamos dinero a las escuelas y al coaching, y regalaríamos talleres de escritura creativa a mujeres y descontaríamos impuestos a los sellos que las publicaran. Todo si antes no se le ocurre a algún iluminado que lo que las mujeres tienen que hacer con su vida es aspirar a ser youtubers, porque lo de ser youtuber mola mucho más que lo de ser escritor, y en el entorno youtuber tampoco hay paridad.

No sé, por tanto, si tengo que forzar a mi hija a que sea escritora solo porque alguien necesita equilibrar una gráfica en un ministerio, o directora de cine por culpa de otra gráfica, o ejecutiva agresiva por el bien de una estadística. ¿Estamos todos locos?

Es evidente, además, que la obsesión 50/50 no acabará ahí. Cuando un 50% de mujeres sean las mejores novelistas del año, se tendrá mucho cuidado en quiénes incluiremos en ese 50%. No vamos a poner a una novelista que escriba libros misóginos, por muy buenos que sean. Es decir, no vamos a poner a Patricia Highsmith. No puede consentirse que una mujer escriba un libro indistinguible del que puede escribir un hombre, pues ¿para qué si no hemos montado este pollo? Tiene que notarse que es mujer. Adiós, Virginie Despentes; adiós, Shirley Jackson.

«Es un gran misterio querer reprimir a las mujeres. Y es otro misterio aún mayor cuando las mujeres quieren reprimir a las mujeres», escribe Deborah Levy.

Por ser mujer (fíjense la obviedad que me veo necesitado de enunciar) no tienes que escribir obligatoriamente sobre ser mujer ni citar como tus autores favoritos a mujeres ni votar en un premio a la novela que ha escrito otra mujer. No, amigas.

Cuando se habla de escritores hombres no se habla de escritores hombres, sino de ese mínimo porcentaje de escritores hombres a los que les va muy bien. Esa es la trampa de este debate. La inmensa mayoría de los hombres que quieren ser escritores no lo consigue. La inmensa mayoría de los que sí lo consigue desaparece después de uno o dos títulos publicados. Y la mayoría de los que vamos quedando no recibimos nunca becas ni grandes premios ni tenemos, de hecho, ninguna posibilidad de recibirlos. Hay escritores a los que no convocan ni a la Feria del Libro de su propio pueblo y muchos otros que nunca han salido entrevistados ni reseñados en Babelia o El Cultural. También hay quien, a sus más de cincuenta años, se permite sonreírse cuando una mujer de apenas veinticinco publica su primera novela en el mismo sello importante al que él llegó después de escribir siete, y con 48. Esos son los «escritores hombres».

Así las cosas, para la mayoría de los hombres que escribimos es bastante difícil sentirse amenazado o siquiera concernido por una eventual subida paritaria de autoras en todos esos premios que nunca nos van a dar, en todos esos festivales a los que no nos invitan y en todas esas becas preparadas para que las ganen los mismos de siempre. No es ocioso señalar que justamente los escritores que más prisa se han dado en volverse feministas (y, sobre todo, en que lo sepas) son muchos de aquellos que están en ese mínimo porcentaje de autores varones de éxito. Si han tenido éxito no ha sido por ser tontos.

Entiendo, por tanto, que la idea aquí es tan simple como que entre los 30 o 50 autores literarios que se reparten todas las becas y subvenciones y viajes al Cervantes y premios y atenciones se incluyan 15 (o 25) mujeres, y que a eso —exactamente a eso— lo vamos a llamar igualdad. ¿A ustedes les quita todos los días el

sueño si son hombres o mujeres los trepas de España? A mí la verdad es que no.

¿José Saramago ganó el premio Nobel por ser hombre o por no vivir para otra cosa que para ganar el premio Nobel?

¿Alguien piensa que cuando un hombre gana el premio Nobel todos los hombres escritores brindamos con champán porque compartimos aseos con el galardonado? ¿O que se nos abren las carnes cuando la reconocida es una mujer? Uno preferiría el premio Nobel para Amélie Nothomb mucho antes que para Karl Ove Knausgård; y para Rachel Cusk mucho antes que para, no sé, Paul Auster; pero, sobre todo, uno preferiría que no existiera el premio Nobel.

Por ello, me admira la complacencia con la que, desde un feminismo vociferante, se validan todos estos premios y reconocimientos prácticamente enemigos de la Cultura y enormemente corruptos mediante la obsesión de que también los ganen las mujeres.

Les diría incluso que no me parece mal del todo, metidos ya en el barro de las ambiciones patológicas, que algunas autoras invoquen el feminismo y recurran a esa victimización que a día de hoy se ha confirmado como una forma efectiva de ascenso profesional (véase Leticia Dolera), ampliando de paso el catálogo de estrategias exentas de escrúpulos disponibles para alcanzar la gloria. Estoy, por tanto, a favor de la igualdad de golpes bajos y juego sucio entre hombres y mujeres, sí. Pero no nos vendáis que lo hacéis por todos nosotros y por todas nosotras, queridos amigos y queridas amigas.

La igualdad explicada a la ministra de Igualdad

Ustedes no me han visto con mi hijo de once meses en ese momento en que lo lanzo por los aires y le digo: «¡Violador, violador mío!». Y también: «¡Terrorista!». Y luego, cuando llora: «¡Machote, que los hombres de verdad no lloramos!». Mi novia tampoco lo ha visto. Lo hago por las mañanas. El niño se ríe y yo me río. Los hombres de la casa nos reímos. Es bastante bonito de ver.

Desde hace algunos años, la presión por no ser machista me lleva a ser machista en modo postureo, solo por descongestionar y darme un respiro. Habrá pocos hombres tan buenos como yo. Por eso, he decidido titular este artículo desde el más descarado mansplaining, simplemente porque me hace gracia. A mí las cosas que me hacen gracia no me las prohíbe ni Dios.

El otro día, mientras ponía una lavadora, y porque llevaba una semana dándole vueltas a la figura de Irene Montero, se me ocurrió algo que la ministra de Igualdad podría hacer por Navidades. Sería un gesto similar al del presidente del Gobierno saludando a las tropas destacadas en el extranjero en misiones humanitarias, pero los destinatarios serían ahora todos los jóvenes españoles que se marcharon de nuestro país por falta de oportunidades a pesar de tener tres carreras y hablar cinco idiomas. Irene Montero miraría fijamente a la cámara de su portátil durante veinte segundos y se señalaría a sí misma con el dedo, y entonces diría: «Ministra». Ya está. Solo eso.

Me vino este vídeo imaginario a la cabeza por otro vídeo, real y más locuaz, que protagonizó Montero hace algunos meses. En él, la ahora gobernanta afeaba a una señora que pusiera su piso en alquiler a 1.500 euros en lugar de a 1.000, que era el precio que debía poner esa señora a su propio piso según Montero. En el vídeo se daba el nombre y los apellidos de la propietaria, por lo que la vida de esta mujer empeoró bastante desde que una persona tan poderosa como la portavoz de Podemos la reprendió en público y

dictaminó tanto su culpa como su castigo: ser linchada.

De ahí —asuman que sigo con mis labores domésticas y ahora estoy tendiendo la ropa— me llevó mi mente a otro asunto llamativo. Irene Montero disfrutaba de una escolta privada que, una vez despedida, decidió denunciarla por tropelías y humillaciones varias, como eran las de encargarle labores propias de una mucama o recadera, labores de esas de cuando había mucamas y recaderas, más o menos por la página 264 de Fortuna y Jacinta. La denuncia contra Montero no prosperó porque, un día después de ser nombrada ministra de Igualdad, se llegó a un acuerdo entre las partes, siendo así que la escolta retiraba la denuncia a cambio de una cantidad de dinero, entendemos que no pequeña.

Lo que pensé después debió de ser efecto de la inhalación involuntaria de los efluvios del detergente, porque me sorprendió incluso a mí mismo. Pensé que Irene Montero había ejercido más violencia expresa contra las mujeres en un solo mes que yo en toda mi vida. Eso es lo que pensé. El vídeo contra la arrendataria se me antojaba escalofriante. El trato a la escolta, conocido poco después, de ser cierto o medio verdad, me hubiera parecido estupendo referido a una señora del PP, porque eso es exactamente lo que uno espera de las señoras del PP. Si eres de Podemos, tienes que dimitir.

De modo que el marcador quedaba así: Ultrajes a mujeres que llegaron a juicio o están pendientes de él: Irene Montero, 2; su humilde servidor, 0. Después de cuarenta y cinco años desplegando —al parecer— mi tóxica masculinidad, y con un maltratador instalado dentro, no he sido denunciado por ninguna mujer. Irene Montero, ministra de Igualdad, ya ha sido denunciada por dos.

Y, de pronto, el nombre de Celia Villalobos apareció en mi articulado mental, mientras le daba al niño un potito Nestlé de plátano, naranja y galleta (antes le daba un potito Hero con manzana, pera y zanahoria que ha desaparecido del Día: ¿alguien sabe qué ha pasado con este potito? Estoy desesperado. Me hacía el apaño totalmente, porque estaba muy bueno y era de 120 gramos, no como el de Nestlé, que es de 250 y lo dejamos a la mitad y al final tengo que tirarlo sin acabar, cosa que me molesta mucho). Celia Villalobos, decía, la señorona del PP que trataba como a perros a los chóferes porque perdía el AVE y que nunca tuvo una

palabra amable con nadie, ni hizo nunca autocrítica ni pidió perdón ni esperó de los votantes el menor respeto y que era —muchos lo supimos hacia el final— la mujer del ideólogo del partido. Ahora, cuando pienso en Irene Montero, me acuerdo mucho de Celia Villalobos.

Irene Montero es la pareja del número 1 de Podemos. Mientras ordenaba los juguetes en el salón, le di algunas vueltas al tema «la mujer de».

Y me acordé de Martin Amis. Amis logró grandes éxitos con sus novelas en los años noventa. Todos en España lo leíamos. Vagamente me sonaba entonces que era hijo de un escritor llamado Kingsley. Luego aprendí que Kingsley Amis fue un gran intelectual en su tiempo. Martin, en su extraordinario libro Experiencia (donde recoge una de las conversaciones políticas más emocionantes que yo he leído nunca entre padre e hijo: «Papá, ¿de qué clase social somos?». «De ninguna. Nosotros no creemos en eso»), afirma con total naturalidad que le fue fácil publicar su primer libro simplemente porque su padre era Kingsley Amis. Y ya está.

Quiero decir que los padres ayudan a sus hijos, los maridos a sus mujeres, las esposas a sus maridos y las hermanas a sus hermanos, según el caso y según se pueda o no. Todos hemos visto negocios pasar de padres a hijos y pequeñas empresas donde el dueño empieza a salir con una trabajadora y esa trabajadora acaba de jefa. Se da por hecho que el vínculo amoroso o familiar ha sido determinante para el ascenso o el medro, pero el rumor y la maledicencia (que no por incómodos dejan de ser legítimos; a fin de cuentas, hablamos de igualdad, y lo que subyace aquí no es otra cosa que desesperación competitiva: no tienes ninguna posibilidad de disputar un puesto de trabajo al hijo del jefe o a la novia del dueño) duran lo que tarda uno en demostrar que vale para jefa, jefe, directora o escritor. Nadie duda de que Irene Montero valga para ese oficio cada vez más inescrupuloso llamado político. Eso no obsta para reconocer y hacer saber que es la novia del líder de la formación.

Lo que hicieron desde Podemos aún hoy me fascina. No solo no era machista un mundo donde la desigualdad entre las mujeres la determina con quién están casadas, sino que además lo que sí debía

considerarse machista era denunciar ese ventajismo conyugal cada vez más antiguo y sumamente dañino para la imagen que las mujeres podían tener de sí mismas respecto a sus aspiraciones laborales. El mundo al revés. Además, se adujo triunfalmente que las mujeres obtenían más visibilidad en el Congreso con Irene Montero de portavoz. Por eso, queridos amigos, convertida en ministra la señora Montero, Podemos ha decidido seguir dando visibilidad a las mujeres en el Congreso poniendo de portavoz a Pablo Echenique.

Irene Montero, apenas entrada en la treintena, gana como 90.000 euros al año. ¿Ustedes creen que puede haber alguna mujer en España más oprimida que ella? Cada vez que la veo o leo, Montero da la impresión de que le debemos algo, de que vive penosamente y de que todo se confabula para recluirla en la cocina de su casa. He visto mujeres infinitamente más preparadas que Irene Montero enfrentar situaciones infinitamente más complicadas que las que ella enfrenta con infinitamente menos victimismo del que ella acostumbra. Y por 1.000 euros al mes. A lo mejor lo que debería hacer Irene Montero es mostrar un poco de agradecimiento a la vida, a todos nosotros incluso, que le pagamos el Ministerio de sus caprichos.

Sobre el ministerio de Igualdad, déjenme darles un apunte. Es, sin lugar a dudas, un ministerio incoloro, de mampostería, aparte de fatídicamente orwelliano. Pero, ya que lo tenemos, ¿qué tal no hacer de él una extensión del vídeo coercitivo de la ahora ministra contra la humilde dueña de un piso, sino convertirlo en algo que nos dé a todos un poco de alegría? ¿Qué tal un ministerio de Igualdad que no sea el ministerio de Defensa de Irene Montero, siempre encañonando gente y bombardeando a inocentes? ¿Qué tal un poco de buen rollo, de amor a las mujeres, a los hombres, a los católicos, a los ateos, a los niños, a los pobres? ¿Qué tal un poco de celebración de la igualdad en el ministerio de Igualdad?

¿Es mucho pedir?

(Nota bene: He acabado de escribir este artículo a las 3:11 de la mañana después de constantes interrupciones de mi hija —«¡Tengo mocos!»— mientras mi novia cuidaba del pequeño, también constipado. Comprendan que las lecciones de igualdad que pueda

darme alguien con tres criadas desde su disparatado ministerio me hagan, con suerte, gracia).

Greta Thunberg: una historia de terror

Exagero poco si digo que no hay grandes diferencias entre los padres de Greta Thunberg y los padres de Nadia, salvo una, y es a favor de Nadia: al menos sus padres ya están en la cárcel. Los padres de Greta Thunberg han convertido a su hija en uno de los seres más confundidos e infelices del planeta Tierra. Los padres de Nadia aprovecharon su enfermedad, supuesta o verdadera, para recaudar dinero destinado a curas y tratamientos totalmente falsos. Ambas parejas de padres creyeron que sus hijas eran un negocio, ya monetario, ya moral, y las pusieron en el mundo como una mercancía. Comparado con la minúscula, irrelevante, imprescindible vida de estas dos niñas, a mí el calentamiento global y la posible extinción del planeta Tierra me traen sin cuidado.

Porque algo ha aprendido uno, padre a su vez, viendo a estos padres demenciados. Y es que tu hijo es más importante que el planeta. Sí, tu hijo, tu hija, ese humano entre 7.000 millones, es lo que había que cuidar. Si no eres capaz de proteger a tu hija, ¿vas a ser capaz de proteger todo un planeta? Los padres de Greta proponen una lógica aplastante: que sin Tierra no hay Greta. Es como pensar que sin escenario no hay teatro o que sin tiesto no hay planta: parece verdad. Pero es justamente al revés: sin cuidar de Greta, no hay nada.

Dejó escrito Peter Sloterdijk en su libro contra el capitalismo (En el mundo interior del capital) que la conquista colonial se basaba en que el conquistador «conoce a los conquistados mejor de lo que ellos se conocen a sí mismos». Esta ventaja, en realidad, es la que propicia todos los abusos sobre niños y adolescentes. El niño no sabe dónde acaba el camino, solo se deja llevar hacia adelante de la mano de sus padres, de la mano de un adulto. Así, el niño tarda mucho en saber lo que sus padres hicieron con él, y quizá solo teniendo hijos eres plenamente consciente de lo que tus padres hicieron contigo. Porque tus padres pueden hacer contigo lo que quieran. Sin ir más lejos, pueden hacerte famoso.

La historia de Greta tampoco queda muy lejos de la historia de Parchís, el grupo musical compuesto por niños que ni sabían cantar ni interesaban a nadie. Según parece, sus voces en los discos estaban prácticamente tapadas por voces de cantantes profesionales, y su presencia en los medios se consiguió desembolsando un millón de pesetas sobre cada presentador de un programa televisivo o radiofónico de variedades. A Greta, supuestamente, se le ocurrió dejar de ir al colegio para plantarse con un cartel en plena calle y pedir medidas urgentes y efectivas contra el cambio climático. Supuestamente también, los medios de comunicación se enteraron por sí solos de la sentada y le dieron un generoso espacio en sus páginas y parrillas, al punto de que Greta empezó a dar discursos y a liderar algo así como unas nuevas generaciones muy cabreadas debido al globo terráqueo tan averiado que los viejos les estaban dejando. Ese es el cuento. El producto.

Sobre la realidad, cabría preguntarse: ¿quién escribe los discursos de Greta Thunberg? ¿Quién vela por que la estrategia comunicativa —consistente en que una niña de dieciséis años se proclame víctima directa de la gran maquinaria del mundo— no abandone nunca ese carril? ¿A quién se le ocurren todas esas ideas para que Greta, a la manera de Rosalía, esté siempre en el candelero? («¿Qué os parece Fridays For Future? ¿Y si va en barco a Nueva York? ¿Y si es el barco del príncipe de Mónaco?»). ¿Quién es el profesor de dicción y oratoria junto al que la niña prepara sus invectivas planetarias? ¿Cuántas horas repite y ensaya?

En una de sus soflamas, el terrorífico teleñeco en que han convertido a Greta enunciaba la siguiente frase: «Si unos pocos niños pueden conseguir titulares en toda la prensa mundial tan solo por no ir al colegio, entonces imagínense qué podríamos hacer todos juntos si realmente quisiéramos». Les invito a pensar detenidamente en este concepto. Primero, notemos cómo el texto que lee Greta Thunberg es mucho más consciente de lo que se buscaba conseguir (titulares) que la propia Greta Thunberg, que es posible que se crea que está salvando ella sola el tercer planeta de nuestra galaxia. La distancia entre lo que dice y lo que está protagonizando ya nos indica que la autoría del discurso es completamente ajena a la mente de esta muchacha. Después, centrémonos en efecto en lo conseguido: titulares en toda la prensa

mundial. Noten ahí la hybris paterna, la estrepitosa exhibición de una vanidad. Hemos salido en todos los periódicos y televisiones del mundo diciendo exactamente lo mismo que lleva diciéndose (Al Gore et alia) desde hace una década como poco. Finalmente, sigamos la propia lógica del argumento: si unos niños suecos no van a la escuela y acaparan titulares, todos los niños del mundo ausentados de la escuela durante un año entero conseguirían titulares todavía más grandes durante mucho más tiempo. Ante lo cual merece la pena preguntarse: ¿y?

Es admirable, a la par que agotador, que aún hoy siga alimentándose esa abstracción sedante que desde los años noventa se nos propone como fundamental: la necesidad de concienciarnos. No en vano, la infame publicación a cinco columnas de la foto de un niño muerto en una playa se nos vendió como imprescindible justamente porque ayudaba a concienciar. Pues bien, ¿ha cambiado en algo el drama de los migrantes y refugiados porque toda la prensa mundial publicara la foto del cadáver de un niño? No, amigos, no ha cambiado en nada. Lo que llamamos concienciación no es otra cosa que el avivamiento efímero de una información resabiada: que las personas mueren en el Mediterráneo tratando de llegar a Europa o que la acción del hombre contamina y agrava las derivas climáticas del planeta. No hay nadie que no sepa esto. La concienciación solo subraya un saber, hasta que satura su significado. Por eso les digo que la concienciación es un sedante: ayuda, sobre todo, a no hacer nada.

Sin embargo, con un cinismo muy propio de su cargo, presidentes y primeros ministros y grandes mandatarios que, entre todos, suman guerras, países arruinados, acoso sexual, corrupción sabida o por saber y cientos de medidas discutibles que provocaron daño o dolor o quebranto en sus propios pueblos y que tomaron sin que les temblara el pulso, todos ellos, digo, fingen que el discurso de dos minutos de una niña de dieciséis años va a tener algún peso en sus decisiones; fingen que esa niña tiene voz. Por dentro, sin embargo, piensan lo mismo que tú y que yo: pobre, pobre niña.

Su última intervención, en la Cumbre del Clima de hace diez días, es de particular importancia para la historia futura de Greta Thunberg. En este discurso, al menos, dejó una frase completamente

cierta: «Me han robado los sueños y la niñez». Solo habría que afinar con el destinatario de este lamento, con el sujeto real del latrocinio imperdonable. Sus padres. Son sus padres los que no solo le han robado los sueños y la infancia y la primera adolescencia, sino también los que, sabiéndolo, empiezan ahora a deslizar en la torturada mente de su hija la idea de que ella misma supo en su momento que su vida estaba siendo malbaratada, y que ella misma, sin embargo, acusó al mundo, al clima, a las fallidas políticas medioambientales de ser los responsables. Ahí estará el vídeo para que la Greta de mañana vea a la Greta de hoy exculpar a sus propios padres de lo que le han hecho.

Prefiero un mundo en el que la gente trate de besarte

Un día que no me daba la cabeza para leer a Proust, me metí en internet y acabé visitando el perfil de Instagram de la entrenadora de Paz Padilla. Internet te pone en esos bretes.

Debo decir que aprendí mucho en el perfil de Instagram de la entrenadora privada de Paz Padilla. Una palabra que se empleaba mucho allí era «sacrificio». Había que sacrificarse para lucir un cuerpo estupendo. Todos podíamos conseguirlo. El culo, aprendí, era la parte del cuerpo que demandaba más sacrificios. Para conseguir ese culo perfecto la entrenadora había subido dos o tres videotutoriales.

En general, damos poco mérito a estar bueno. Vemos a una chica guapa, a un chico mono, y nos parecen ganadores de una lotería para la que a nosotros no nos ofrecieron números. Recuerdo a algunos muchachos de Segovia decir que Alejandro Sanz iba a durar lo que le durara la cara. Recuerdo a algunas chicas de Madrid maliciar que Britney Spears solo era una zorra que se había acostado con quien convenía. Si eres guapo, no trabajas, solo cobras la renta vitalicia de la belleza.

Déjenme decirles algo: veo igual de respetable pasarse miles de horas estudiando la prosa de los maestros que visionando partidos de fútbol para dominar el 4-4-2 que haciendo ejercicio para conseguir un cuerpazo. Cada cual se fanatiza en lo que quiere.

Viene todo esto a que han echado de la Fórmula 1 a las chicas que sujetaban en minifalda las sombrillas y a que han retirado un cuadro de ninfas desnudas de un museo y a que Lolita de pronto nos parece intolerable y a que Aquellos maravillosos años fue cancelada porque su protagonista se propasó con una diseñadora de vestuario. Viene todo esto a que en Hollywood empezó a denunciarse el acoso sistemático a las actrices y decenas de hombres han sido señalados y se decidió además vestir de negro en una gala y se decidió

también que solo mujeres dieran premios en otra y en España se está haciendo lo mismo. Y viene todo esto a que cinco hombres están acusados de violación grupal en Pamplona, dos militares en Málaga, tres futbolistas en Burgos y un hombre de hacerlo en los baños de un centro comercial.

Javier Marías me dijo que «estamos viviendo una de las épocas más hipócritas de la historia, ríete tú del siglo XIX»; Mayim Bialik comentó que a ella no le pasaban esas cosas porque no vivía exclusivamente para ser una mujer diez; Catherine Deneuve y otras noventa y nueve mujeres de la cultura francesa publicaron un manifiesto donde reivindicaban el derecho de importunarnos los unos a los otros; Elvira Navarro escribió por aquí que «nosotras también hemos tocado alguna rodilla que no nos correspondía».

Quizá todo este embrollo o galimatías o caos moral de titulares que ya está afectando a nuestras relaciones privadas apunte secretamente a un lugar del que no queremos revelar nada: ¿qué es el sexo para ti?

Fue leyendo las actas judiciales del caso de La Manada cuando me di cuenta de que había un elemento distorsionador en mi apreciación de los delitos que ocupaban durante los últimos meses las portadas y las redes sociales. Recibí la noticia de que estos cinco hombres habían violado en Pamplona, durante los Sanfermines, a una chica de dieciocho años con verdadera desolación. Inmediatamente los consideré culpables, inhumanos; deseé mil años de cárcel para ellos.

Pero en las actas judiciales me llamó la atención que estos cinco hombres hablaran de tener sexo en grupo como la cosa más normal del mundo. ¿Cinco hombres con una sola mujer a la que acaban de conocer manteniendo una orgía en un portal?: lo hemos hecho otras veces, venían a decir. Incluso adjudicaban a la joven esta frase: «Puedo con todos».

De pronto, tuve dudas. Me acordé del documental «Paradise Lost», de la serie Making a Murderer. Yo considero sólidamente culpables a estos cinco tipos, pero dentro de veinte años a lo mejor acabamos sabiendo que no lo eran. ¿Por qué me parece increíble que no sean culpables? La respuesta me dejó muy confuso: simplemente porque

yo no he tenido sexo en un portal junto a otros cuatro hombres con una chica de dieciocho años a la que acabo de conocer. Si es la palabra de una contra la palabra de los otros, me inclino fácilmente a pensar que ella dice la verdad. (Gracias a Dios, lo que a mí o a ti nos parezca sigue siendo irrelevante de cara a un proceso penal).

La historia de un hombre y una mujer que se conocen por internet y quedan en un centro comercial y se besan gustosamente y deciden ir al baño a tener sexo, después de lo cual se marchan cada uno a su casa —pero luego ella le denuncia a él por violación—, me confirmó mi sospecha. Aquí el hombre no me pareció tan claramente culpable.

Deduzco que cualquier delito sexual donde solo se dispone del testimonio de las partes es juzgado socialmente en la medida en que cada uno de nosotros esté familiarizado o no con la situación erótica en la que se produjo. He leído cientos de comentarios en varios medios a la revelación de una famosa actriz argentina según la cual fue violada por un periodista, y casi todos ponían en cuestión a la actriz, acusándola de frivolizar la violación. Esto es así porque todos hemos tenido alguna vez sexo tonto con un conocido para arrepentirnos después, y desde esa experiencia juzgamos a la baja el relato de la actriz.

Cuando algunos vemos debajo de las noticias y de las buenas intenciones de nuestro tiempo un resurgir del puritanismo, lo que vemos —siendo, obviamente, mucho menos grave que los presuntos delitos de los que se deriva— es una estigmatización de toda práctica sexual que se salga de la norma. Y eso solo para empezar. El otro día oí en Canal 13 a una periodista de la COPE afirmar que los locales de intercambio de parejas estaban muy de moda, y que de ahí venía todo.

Porque en el listado de agresiones y vejámenes a los que el productor Harvey Weinstein —abrumadoramente culpable, sin duda — sometió a numerosas actrices, se colaban acciones como estas: «trató de besarme», «me invitó a hacer un trío»… Y yo las leí escandalizado: «¡Trató de besarla, el hijo de puta!; ¡la invitó a hacer un trío, el muy cerdo!». Hasta que una pequeña alarma se encendió en mi cabeza: ¿tratar de besar?, ¿invitar a un trío? ¿Es eso intrínsecamente malo?

De pronto me di cuenta de que estaba viendo delito en la pura intencionalidad sexual, mayoritariamente recreativa en cualquier entorno. Es decir, las noticias me estaban puritanizando. A fin de cuentas, ¿cuánto menos nos hubiéramos besado todos si nadie hubiera intentado nunca besarnos? ¿Y qué tríos ibas a haber hecho tú si nadie los propusiera nunca?

Parece que el chaval protagonista de Aquellos maravillosos años fue denunciado por acoso debido a que «le tocó la mano, le pidió salir y le hizo comentarios obscenos» a una encargada de vestuario. ¿Realmente podemos entender que tocar la mano, pedir salir o soltar alguna salacidad sean delitos?

La verdad es que yo prefiero un mundo donde la gente trate de besarte. Prefiero un mundo donde la gente se proponga tríos. Prefiero un mundo donde puedas decir que Inés Arrimadas tiene bonitas piernas o Pedro Sánchez, un buen culo —siempre que no sea esa tu forma de analizar su gestión política o se lo sueltes por la calle nada más verlos; pero para refrenarnos está el pudor, amigos, no nos olvidemos ni del pudor y ni del civismo: existen—. Prefiero, en suma, la alegría latina de los cuerpos.

Porque no puedes maniatar el sexo, no puedes evitar que la gente se arrebate. Dense cuenta de que la sociedad más reprimida del mundo avanzado es Japón, y que visitar Tokio —ya lo dije— es enfrentarse a una deliberada esterilización de las pasiones. Hace falta una comitiva diplomática en esa ciudad para que una chica y un chico queden a tomar un café. Es en Tokio, y no en Madrid, donde las mujeres tienen que viajar en vagones exclusivos. Es allí donde se puede encontrar todo el porno pseudoinfantil del mundo, incluidas máquinas expendedoras de bragas usadas de niñas. No oirán ni un piropo por sus calles, de acuerdo; pero deténganse un momento en su tasa de prostitución infantil y en la de violencia de género.

El puritanismo es represión y la represión deriva en morbidez. Pero el puritanismo también es hipocresía. ¿Aplaudimos la retirada de mujeres vistosas de la Fórmula 1, pero dedicamos un mes entero a hablar del escote y las transparencias de Cristina Pedroche? ¿Y qué hacemos con todos esos vídeos musicales donde aparecen treinta o cuarenta mujeres, también decorativas («Cake by the ocean», de DNCE, v. g.): los prohibimos? ¿Y por qué todas las presentadoras de

nuestra cadena de televisión favorita son mujeres atractivas? ¿Qué hace mal una grid girl que una modelo de lencería o de perfumes hace bien? Al final habría que prohibir la belleza misma, el David de Miguel Ángel y pasar demasiadas horas en el gimnasio.

Un comentario cuñado que leí decía que había una guerra de feas contra guapas. Sin embargo, quizá sí hay una guerra o revancha de los puritanos contra los sensuales, hombres y mujeres guapos o feos contra otros hombres y mujeres guapos o feos que, sin embargo, saborean los sofocos de la vida. Lo curioso es que el único que está ganando esta guerra es el reguetón.

¿Hacia un feminismo de tetas y culos?

Me gustaría que todo el mundo hiciera un pequeño hueco en su agenda para visionar sin mayores preámbulos los veintidós minutos iniciales de la película Revenge (2017). No es un título muy conocido y no participan en él actores sobre los que pese fama o prestigio alguno. El nombre de su director tampoco le dirá nada a nadie. Desde que tuve ocasión de ver este filme lo he recomendado mucho, sobre todo a mujeres. Me intriga qué puede pensar una mujer de una película que, quizá por primera vez en la historia del cine, está protagonizada por un culo, el de la actriz Matilda Anna Ingrid Lutz.

Esta película podría visionarse en los institutos, así sin más. Solo darle al play y luego preguntarle a los alumnos y alumnas qué les ha parecido. La sesión estaría completa si, después de Revenge, los chavales vieran Apoyad a las chicas (2018), otra película desubicada, sin promoción, que uno puede ver exento de todo prejuicio.

Lo predecible sería encontrar en estas audiencias experimentales reacciones muy consensuadas. Que Revenge es basura machista que cosifica a la mujer y que Apoyad a las chicas es, además de una deliciosa muestra de cine social, una obra de aquilatado feminismo.

Revenge está dirigida por una mujer, Coralie Fargeat; Apoyad a las chicas, por un hombre, Andrew Bujalski. Esto no es lo importante. Lo importante es que Coralie Fargeat afirma que su película es feminista.

El feminismo de tetas y culos es un poco lo que nos quedaba ya por ver. De toda la vida de Dios, las películas comerciales han apostado por las chicas guapas ligeras de ropa, los hombres bruscos, las armas, los coches y las escenas de acción. Es un combinado ganador de cara a la taquilla. A mí me parece muy bien que cada cual haga la película que le dé la gana, vaya por delante. Ya dije una vez que si todo el cine de hoy lo dirigieran solo mujeres sería exactamente igual al que estamos viendo.

Sobre lo que tengo más dudas es sobre que una película rodada hoy con los mismos ingredientes e intenciones con los que se rodaba James Bond hace cuarenta años, donde la actriz posa en lugar de actuar y la coreografía de la cámara satisface puntualmente los sueños masculinos, pueda ser tildada de feminista. De hecho, alguien llegó a decir que esta es «la película que hubiera filmado Quentin Tarantino si fuera feminista», matización imaginaria similar a afirmar que a una la puede violar un hombre de forma feminista, o sea, que hay una manera feminista de agredir a las mujeres. Me parece a mí que no hay una manera feminista de agredir a las mujeres. Pero este artículo trata, sobre todo, del oxímoron.

Así, dudo mucho que nadie, viendo Revenge sin saber que su directora cree que ha hecho una película feminista, vea feminismo por ninguna parte, mientras que ante Apoyad a las chicas el feminismo a lo mejor no lo ve, pero seguro que le llega. Algo similar sucedía con Mad Max, furia en la carretera (2015), que cuatro o cinco iluminados se empeñaron en calificar de feminista cuando era otra película de acción más con tías buenas y hombres muy brutos.

Como no conseguí convencer a mi novia para que viera Revenge (aunque sí Apoyad a las chicas, cuyo cartel al principio la disuadió bastante: véanla si pueden, de verdad) y me quedé con las ganas de una de esas discusiones sobre feminismo que le dan vidilla a cualquier hogar contemporáneo, eché un vistazo a los conflictos sobre el asunto que corrían por la red. Y me encontré con que Barbijaputa, la reina del cachopo, había dicho que María Sánchez, defensora del mundo rural y de la mujer del pueblo, no era feminista. ¡Admirable oxímoron! Son estas las cosas que te da Twitter de vez en cuando: la estupidez en su estado quizá más puro.

O sea, una columnista que ha hecho del dolor de los demás un negocio enmascarado arremete contra una mujer que, a cara descubierta y casi en solitario se pone a defender la España vacía/vaciada y muy especialmente a las señoras y muchachas del agro, de las que no se acordaba nadie. Y que lo hace, además, con aperos intelectuales y morales sobradamente acreditados. ¿Cómo no va a ser feminista María Sánchez? Anoten mi nombre exactamente en

ese no feminismo, por favor.

Y no era feminista, María Sánchez, porque comía carne. No porque salga en El Intermedio y empiece a ocupar un puesto visible a la cabeza del feminismo y peligre el negocio de la reina del cachopo, no: porque no es vegetariana, o, más aún, vegana. Ahora para ser feminista lo importante es qué comes o dejas de comer, luego será si eres amiga nuestra, y finalmente si tienes habilidades mafiosas suficientes para cerrar filas.

La reina del cachopo hizo columna luego diciendo que la sororidad que ella misma predica tiene sus excepciones: por ejemplo, si otra mujer es más inteligente que tú. Entonces tienes que ir a por ella. Bueno es saberlo.

Un colegio o instituto había retirado Caperucita roja de su biblioteca por machista, junto a otros cuentos tradicionales. La verdad es que da una pereza tremenda comentar estas alucinaciones.

Anagrama publicará este año los 50 mejores títulos de su catálogo en una versión de lujo dentro de su popular edición de bolsillo Compactos, todo para celebrar medio siglo de vida. De los 50 libros, solo 8 están escritos por mujeres. Busqué a ver si alguien se había indignado ya, pero no encontré rastro alguno de indignación.

Como ven, estaba yo con ganas de incendio, y todo porque Revenge era (o no) una película feminista.

La vida al final te da lo que pides, y una amiga escritora, después de decir yo aquí que su generación (nacidos en los ochenta) no había hecho obras perdurables, me acusó de machista en Twitter, porque no sé cuántas autoras que a ella le gustaban acababan de publicar libros buenísimos que obviamente nadie recordará dentro de cinco años. Pensaba yo eso de su generación porque había muchas mujeres y porque me faltaban lecturas. Esto de estar todo el día leyendo literatura contemporánea y que aún haya quien pueda acusarte de no leer resulta gracioso, qué duda cabe.

Por lo demás, parece que no hay unos parámetros claros sobre qué es un hombre machista, pues uno puede serlo simplemente no

dándole la razón en todo a una chica que tiene un emoticono morado en su perfil de Twitter. Retocando el oxímoron de Churchill, yo ya estoy seguro de que en el futuro serán machistas los hombres que cuiden de sus hijos y pongan la lavadora. Ya lo verán.

Carmen Laforet, todo un discurso adelantado a su tiempo

En 1944 cinco hombres concedieron un importante reconocimiento literario a una mujer de veintitrés años que aspiraba a él con su primera novela. Arriesgaban por partida triple: premiando a una mujer en aquellos años, apostando por alguien joven y desconocido y dando categoría de obra importante a una ópera prima. La novela se titulaba Nada y su autora era Carmen Laforet. El premio Nadal marcaba en su primera edición las líneas maestras que lo llevarían a ser el galardón literario más prestigioso de España: nueva voces, experimentación formal y compromiso con el presente.

En Carmen Laforet. La chica rara, el documental que estrenó la semana pasada RTVE dentro de su espacio Imprescindibles, entienden que aquello fue en verdad el inicio de una trayectoria artística constantemente entorpecida por el machismo.

El hecho de que sea más machista no premiar a Carmen Laforet que premiarla no parece contar para las realizadoras de la película, que tienen tan claro lo que quieren contar con su insostenible hagiografía que apenas dan importancia al loable progresismo del fallo de aquel jurado.

Lo curioso es que Carmen Laforet. La chica rara exhibe muchos más prejuicios de los que denuncia y acaba por convertir a Carmen Laforet en una marioneta al servicio de una causa.

La causa es la denuncia de las condiciones en que las mujeres de los años cuarenta y cincuenta vivían a la hora de acometer sus ambiciones artísticas. Ana Pérez de la Fuente y Marta Arribas reúnen en su documental a cinco o seis mujeres para glosar la trayectoria de Laforet, lo que ya señala con pasmosa crudeza el reduccionismo intelectual de La chica rara: solo las mujeres pueden estar interesadas en defender a Carmen Laforet.

La película juega enseguida su carta ganadora. La voz en off nos

informa de que Carmen Laforet tuvo cinco hijos poco después de ganar el premio Nadal, y casi de forma consecutiva. Con la aparición de sus siguientes libros, los periodistas le preguntan cómo concilia la crianza de la prole y la escritura. ¿Acaso le preguntaban eso mismo a los escritores varones?, clama la voz en off, visiblemente entusiasmada con su oportuna agudeza.

Es obvio que si acudimos a los años cincuenta con varas de medir forjadas en los avances en igualdad de hoy todo lo vamos a encontrar mucho más pequeño. También es obvio que las autoras de este documental no han sondeado a fondo las entrevistas que en aquellos años le hicieron a Miguel Delibes, padre de siete hijos. Seguramente, se llevarían alguna sorpresa.

Lo deprimente es que La chica rara me ha parecido mucho más machista para este 2016 que todo lo que cuenta de Carmen Laforet durante el franquismo. Al hecho de reunir a varias mujeres, y solo mujeres, para validar la obra de la autora —algo ya de por sí ridículo— hay que añadir el modo que tiene de dirigirse a ella, y la manera tan intransitiva con la que se analiza su obra.

Carmen. Así llama la voz en off a Carmen Laforet, provocando una cercanía que, en rigor, solo consigue restar distancia de respeto a esta escritora. Usando sus mismas estrategias argumentales: ¿alguien se imagina un documental sobre Joseph Conrad en el que a Joseph Conrad se le llame Joseph, o uno sobre William Faulkner en que se le llame William, u otro sobre Julio Cortázar que le apele con la familiaridad de un «Julio»? ¿Hay algún momento en el programa emitido hace algunos meses sobre Antonio Muñoz Molina en que la voz en off nombre a Muñoz Molina por su nombre de pila?

Si Antonio Muñoz Molina es nada menos que Antonio Muñoz Molina, y Carmen Laforet es solo Carmen, ¿qué mensaje estamos enviando sobre igualdad de género en el arte literario?

El documental agrava la demolición de la figura de Carmen Laforet cuando, cada vez que aparece una obra suya, dice cosas como «estaba intentando hacer algo nuevo». ¿Nuevo, respecto a qué?, ¿según qué corriente literaria, inspirado en qué obras anteriores o contemporáneas, aplicando qué recursos o estéticas? La chica rara no lo dice, como no dice nada sobre las lecturas tutelares de Laforet

o sobre su concepción de la novela o sus ideas, así sean las menos gravosas televisivamente, acerca de la sociedad o de la mujer.

Eso sí, durante todo el documental sufrimos la tortura de saber cómo se «sentía» Carmen en uno u otro momento de su vida. ¿Se imaginan un trato similar dado a Roberto Bolaño?

He repasado las notas que tomé tras la lectura, hace años, de Carmen Laforet, una mujer en fuga (2009), de Anna Caballé e Israel Rolón. Seguramente Anna Caballé, después de confeccionar esta espléndida biografía, tiene mucho más que decir sobre Laforet que todas las mujeres a las que convocaron desde el documental La chica rara, pero parece que no se acordaron de ella.

Pues bien, no hay ni una sola de mis anotaciones que no chirríe al enfrentarse con el documental de Ana Pérez y Marta Arribas. La impresión que me llevé de Carmen Laforet leyendo la biografía de Caballé y Rolón no fue que sufriera las abnegaciones de la ama de casa, sino que vivió siempre los caprichos de la alta burguesía. Hay criados y sirvientas por todas partes, mansiones junto al mar, regalías literarias que seguramente no disfrutaron muchos otros escritores —hombres o mujeres— de su tiempo.

Para escribir La isla y los demonios (1952), por ejemplo, se trasladó a Palma «con todos los gastos pagados y un chófer a su disposición» a cuenta del Cabildo. Con La mujer nueva ganó el premio ciudad de Menorca, el mejor dotado de España: 200.000 pesetas de 1955. La editorial Destino le dio 50.000 pesetas en 1965 para que «acabara» Al volver la esquina, que no se publicaría hasta 2004.

Al margen, traten de digerir desde cualquier visión de la igualdad de género esta larga —pero fascinante— cita:

Creo que no has entendido mi grandiosa idea del feminismo femenino. No es que yo quiera que las mujeres sean las cuatro letras al estilo que hoy se usa. Mi idea es esta: toda mujer por el hecho de serlo tendría desde que nace una renta asegurada para vivir, renta que le entregaría el Estado sacándosela a todos los hombres. Cuando tuviera niños, mientras fueran pequeños las rentas se le

multiplicarían muchísimo. A la mujer le estarían prohibidas toda clase de trabajos pesados. Los hombres guisarían, lavarían, serían ingenieros, negociantes, artistas, obreros de fábrica… Los hombres podrían ser pobres o ricos, según lo que hicieran en la vida, a pesar de los enormes impuestos que tendrían todos para atender a las mujeres y a los niños. A las mujeres se les exigiría que se cuidasen, y las que fueran más bonitas tendrían más dinero, también las más inteligentes porque la crítica de lo que hicieran los hombres estaría encomendada a la mujer.

Laforet: todo un modelo de discurso adelantado a su tiempo, vamos.

Por qué soy fan de Cambridge Analytica

Cambridge Analytica utilizó los datos de millones de votantes para conseguir que Trump saliera elegido presidente de Estados Unidos y para que el brexit triunfara en Reino Unido. También utilizó sus herramientas de «cambio de comportamiento» en otros comicios por todo el mundo. Esto sabotea la democracia y abre el debate sobre los «derechos de los datos», que deberían ser reconocidos como nuevos derechos humanos. Corre peligro nuestra civilización.

Este es mi resumen del documental El gran hackeo, recientemente estrenado por Netflix. También he visto una foto. En ella aparecen los «futuros líderes mundiales» como si estuvieran en una fiesta de pijamas. Finalmente, sigo con atención la odisea de una chica de dieciséis años para llegar a Nueva York. No queriendo volar a dicha ciudad, porque los aviones contaminan mucho, la adolescente, y también líder mundial, va a ir a América en el barco del príncipe de Mónaco. No sé si se le puede pedir más al verano.

No hay que reírse de los líderes mundiales, presentes o futuros, aunque nos lo pongan muy difícil, sobre todo los del mañana. Pero hay algo cómico en El gran hackeo, como es ver a sus heroicos protagonistas moverse por ambientes sofisticados (hoteles prohibitivos, cochazos con chófer, aviones y aeropuertos) mientras tratan de salvarnos a todos de los auténticos peligros que nos acechan. Aunque hay gente que tiene que dar de comer a sus hijos, eso es lo de menos. ¡Los datos! ¡Que me roban los datos!

El gran hackeo nos presenta a un tipo, David Carroll, que le reclama a Cambridge Analytica los datos que tiene de él. Se supone que esto es la hostia, como lo de ponerse delante del tanque. Cambridge Analytica pasa olímpicamente de David, pero nuestro hombre consigue al menos protagonizar este documental contra los atentados que a diario se ceban en nuestra intimidad. Y lo primero que hace en el documental es mostrarnos su casa, su coche (un Audi), su lugar de trabajo, el colegio donde estudian sus hijos y la cara de la primogénita, de ocho años de edad. Un tipo listo, David.

Enseguida contacta con Brittany Kaiser, extrabajadora de Cambridge Analytica. Mantienen varias conversaciones, la primera de las cuales se escenifica en una piscina de un hotel de lujo en Tailandia. Ella luce gafas de sol y se ve un mar apacible al fondo. Desde este escalofriante escenario Brittany trata de contribuir a la imagen de un mundo al borde del colapso y la tiranía.

David le pregunta a Brittany si lo que hizo su antigua empresa atenta contra los derechos humanos, y ella le dice que no. Da igual. Durante las dos horas siguientes, el documental tratará de hacernos pensar lo contrario. También sabremos por trabajadores de Cambridge Analytica que su objetivo no era todo el censo de Estados Unidos o de Reino Unido, sino solo aquellos votantes que pudieran estar indecisos, lo que en inglés llaman persuadable. Sin embargo, durante todo el documental, después de aclararnos esto, se nos insiste en que Cambridge Analytica puede hacerte cambiar tu voto, aunque lleves votando al mismo partido cuarenta años y no tengas Facebook.

Se entrevista a una reportera de The Guardian, que también cree que el fin del mundo conocido tiene forma de datos y likes. Enseguida entendemos que para ella la democracia es que ganen Hillary Clinton y el no al brexit. Todo lo demás es Cambridge Analytica.

Así las cosas, me vienen muchas dudas. Si la democracia es votar A o B, sí o no, pero no puede salir ni A ni sí, ¿qué democracia es esa? El documental parece decirnos que no es democracia que ganen los partidos de derechas o las posturas reaccionarias, porque además ganan haciendo memes. Es fascinante. La democracia es que haya dos opciones y gane siempre la que nos gusta. Nadie en el documental se pregunta por qué llamamos democracia a tener solo dos opciones, pues en rigor hay más democracia en un menú del día de un bar de carretera. De hecho, hasta la llegada de Cambridge Analytica, la democracia era perfecta, cristalina, nadie empleaba trucos promocionales o desvelaba secretos del oponente o ideaba eslóganes increíblemente efectivos. Hemos pasado de Grecia a Mordor en un clic.

También es curioso que ni David ni Brittany cuestionen el hecho mismo de abrirse un perfil en Facebook y de exponer en él nuestra

vida privada. Yo, que no tengo Facebook, creo que Zuckerberg tiene todo el derecho del mundo a vender vuestros datos si sois tan idiotas como para dárselos. Es como cuando entráis en un bar y os lo pasáis en grande y luego os pasan la factura y ponéis cara de incredulidad: ¿tantos gin-tonics hemos pedido? ¿Tantas fotos he puesto de mis hijos? ¿Tantos likes le he dado a Toni Cantó?

En El gran hackeo se pretende plantear un problema gravísimo, pero sus denunciantes parecen adolescentes jugando al Fortnite. Aúllan, gritan, tienen ambiciones banales y les encanta hablar con la boca llena. Brittany ve su nombre en la portada del Financial Times y exclama: «¡Mi nombre está en la portada!». Esta es la gente que nos está dando serios avisos sobre lo que se nos viene encima.

No en vano, la chica de dieciséis años que va a ir a Nueva York en el barco de un príncipe porque los aviones contaminan (los príncipes no contaminan) es también una líder mundial y se pasa el día diciéndonos cómo hacer las cosas. En serio, una persona de dieciséis años que no sabe ni quién paga la luz de los hospitales lidera el destino del planeta Tierra. Su idea en este sentido es que los aviones contaminan innecesariamente, habiendo como hay tantos príncipes con barco. ¿Por qué la gente tomará aviones en lugar de barcos? ¿Acaso no comprendemos la función social de los principados?

Greta Thunberg, se llama. Y «generación Greta Thunberg» es como alguien ha etiquetado a los de la fiesta de pijamas. Nuestra civilización va camino de llegar a su cima, amigos, que no es otra cosa que una fiesta de pijamas. La Unión Europea ha nombrado a quince jóvenes «líderes mundiales del futuro» y ellos han dejado clara su valía y su coraje: se han tomado una foto haciendo el tonto, cada cual según sus posibilidades. No hay uno solo de estos sedicentes líderes mundiales que no tenga claro de qué va el rollo: llamar la atención, ser simpático y ser muy rebelde, pero siempre al cobijo de las instituciones.

Luego El Rubius subió una foto junto a un chico también de dieciséis años que ha ganado, remarca El Rubius, 900.000 dólares en el Fortnite. O sea: otro líder. Otro héroe. Imitadle, niños del mundo.

Así las cosas, de todos estos los únicos que te pueden caer bien son los de Cambridge Analytica a nada que te quede un poco de sensatez.

Hagamos una fiesta cada vez que alguien se suicida

Carmen Calvo propuso hace algunos meses que la cuenta de mujeres asesinadas a manos de sus parejas o exparejas se llevara a partir de ahora en grandes totales. Se pasaría de informar de que 34 mujeres han sido asesinadas este año a informar de que 958 mujeres han sido asesinadas. Entiendo que esta medida busca subrayar un problema, revitalizar la percepción que tenemos del drama, si acaso se ha ido adormeciendo; gritar, en fin, el horror desde las matemáticas.

A mí se me ha ocurrido una cosa, también. Yo creo que hay que hacer una fiesta cada vez que alguien se suicide. Una fiesta, no sé, de diez o quince minutos. Cuando nos enteremos de un suicidio, nos ponemos todos a bailar, se abre alguna botella y se dan palmas, todo durante un rato. Echémonos unas risas por cada muerte a mano propia. Celebration!

La idea se me ha ocurrido viendo un monólogo de Anthony Jeselnik, no soy tan brillante. Jeselnik tenía un programa en la tele en el que cada vez que alguien moría atacado por un tiburón celebraba la «shark party». Solo lo hizo una vez porque le cancelaron el programa.

Mientras me cancelan esta columna, déjenme que les haga una pregunta: ¿cuántas personas se suicidan en España cada año? Como el dato ha salido en prensa hace poco, quizá algunos de ustedes se lo sepan. Yo se lo voy a recordar: 3.500 de media. Esto quiere decir que deberíamos hacer diez fiestas de quince minutos cada día del año. No daríamos abasto. Quizá por eso no hacemos absolutamente nada.

3.500 muertes al año a causa del suicidio dan para mucha piedad, mucho lamento, mucha concienciación y mucha Carmen Calvo. Sin embargo, Carmen Calvo no está preocupada por estas 3.500 muertes, como no lo ha estado ningún ministro o presidente del

Gobierno antes que ella. En España, en los últimos años, hemos vivido campañas masivas que nos hacían mirar de pronto hacia los desahuciados, hacia los niños que no podían alimentarse en verano, hacia las mujeres asesinadas y maltratadas, hacia la situación de los manteros en las grandes ciudades, hacia los taxistas y sus cuitas, hacia la discriminación de los transexuales… Pero que la gente se suicide por millares nunca ha sido una «lacra», una epidemia, un problema gordo, una cosa, al menos. No me digan que no es curioso.

Mayormente porque en el suicidio coinciden todas las causas, y la gente se suicida porque es pobre, porque la echan de su casa, porque le niegan su verdad sexual, porque no puede dar de comer a sus hijos. La gente no se suicida para matarse ellos, sino para matarnos a todos los demás, que somos los que les hacemos daño.

El poco rato que se dedica en España a los suicidas llega después del verano, con los datos. Este año han pasado dos cosas raras. Primero, se ha dejado de anunciar la cifra de suicidas con el desglose por sexos. Yo sé desde hace tiempo que se suicidan muchos más hombres que mujeres, a razón de 75/25%, pero, por lo que sea, este año ese dato se ha ocultado o relegado. Al igual que con la propuesta de Calvo sobre los grandes totales de mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas, aquí puede percibirse una paradoja morrocotuda: que alguien cree que desinformar es beneficioso para la sociedad. Calvo cree que no saber cuántas mujeres han muerto en lo que va de año y sí saber cuántas han muerto en total es más llamativo y, por tanto, más efectivo para concienciar y paliar. Error. A fin de cuentas, pasados cuatro o cinco años, la cifra volverá a resultarnos tan consabida como la que manejábamos anualmente, con el añadido de la desinformación: no saber si la tendencia sube o baja, o se mantiene, o guarda relación con años boyantes o miserables.

Lo de no decirnos este año que mueren más hombres que mujeres a causa del suicidio me ha dejado pálido. Yo quiero saberlo todo del suicidio, el desglose por sexos, por nacionalidad, por edad y por estatus económico. Y hasta por método. No me vale un 3.500 incoloro y de brocha gorda, la fosa común de nuestra indiferencia.

Por si este desinformarnos por nuestro bien no fuera suficiente, vi

además en televisión una sucesión de testimonios de suicidas frustrados, mayormente mujeres todos ellos. El tema de la violencia de género se colaba en uno de los testimonios, dando la imagen general de que las mujeres se suicidaban más y por culpa de estas violencias. Era como si suicidarse no tuviera la menor importancia, no debiera ni preocuparnos si no lo relacionábamos de alguna manera con un asunto más candente y de primera línea, la violencia de género en este caso.

La segunda cosa rara que ha pasado es que los testimonios de los casi suicidas venían rotulados con un nombre y una indicación del número de veces que se habían intentado quitar la vida. Pero no usaban estas palabras, usaban estas: «Fulanita. Ha sobrevivido a dos intentos de suicidio»; «Menganito. Ha sobrevivido a tres intentos de suicidio».

Llamar «sobrevivir» a no morir en un intento de suicidio, como si este fuera un accidente de avión o un cáncer de pulmón, es lo que nos quedaba por ver en términos de blanqueo de capitales morales. ¿Suicidarse es intentar sobrevivir? Mucha poesía me traen. ¿Los 3.500 suicidas son personas que no consiguieron sobrevivir a su propio deseo de matarse? A lo mejor es que querían matarse y no sobrevivir, fíjense lo que les digo. A lo mejor estaban hartos de sobrevivir y por eso se mataron. Un poco de respeto.

No me cabe duda de que este «sobrevivir» viene de Estados Unidos, y que fue inventado para amortiguar el estigma que se deriva de intentar matarse sucesivamente. Dentro del proceso global de victimización generalizada, el suicida ya no es sujeto de su drama, sino víctima. Es decir, no tiene voluntad, no sabe lo que hace y la culpa no es ni suya ni —sobre todo— nuestra: es atmosférica.

Pero el suicida consumado intentó suicidarse para morir, y al final lo consiguió. Es crudo y está bien que sea crudo y es pura decencia conservarle esa crudeza.

¿Y si tiramos a Woody Allen desde un campanario?

Afirma Eugenio Fuentes que descubrió el término «ordalía» en un libro de Michel Foucault, aunque siempre hay maneras menos exigentes de aprender derecho medieval psicótico. Por ejemplo, leyendo El juicio de Dios, de Heinrich von Kleist. Incluso viendo el capítulo octavo de la cuarta temporada de Juego de Tronos.

Hoy es fácil definir ordalía o juicio de Dios: imaginen que arrojamos a Woody Allen desde lo alto de un campanario, inmejorablemente en Oviedo. Si Woody Allen muere, es que era culpable del delito del que se le acusaba. Si sobrevive, significa que Dios no pudo dejar morir a un inocente.

Lo mismo podría valernos para James Franco o Kevin Spacey. Dadle a Franco un hierro candente, sumergid a Spacey en agua hirviendo durante veinte minutos. Si salen vivos o intactos de estas pruebas, nunca hicieron daño a nadie.

A lo mejor a alguno de ellos no le importa ya apostarlo todo a una ordalía.

Dudo mucho que Eugenio Fuentes haya querido que la lectura de su fantástico ensayo La hoguera de los inocentes sirva para repensar desde la piedad la lacra de los acosadores sexuales destapada en nuestros días. También albergo dudas de que determinados lectores vayan a entender correctamente las intenciones de este artículo. Aquí venimos a enfrentar la complejidad del mundo, a cuestionarnos sobre todo a nosotros mismos.

Porque resulta cuando menos equívoco encontrar tantas similitudes entre aquellos ritos medievales y el linchamiento mediático y social que se está desatando a partir de movimientos tan necesarios como #MeToo. Escribe Norman Cohn, citado por Fuentes: «Decidieron que cualquier persona que fuese acusada de brujería por más de dos individuos debía ser arrestada, torturada […] y quemada según la

gravedad de la confesión obtenida». Y añade nuestro autor: «Resulta espeluznante: una vez tildada de bruja, no es necesario demostrar que es culpable, es culpable por el hecho de ser denunciada. Bastan dos acusaciones sin pruebas».

El encarnizamiento con el que tantas personas se manifiestan en las redes sociales contra aquel que ha sido de pronto acusado de abusos suele entenderse como una militancia singularmente apasionada en defensa de las víctimas. Sin duda es así en muchos casos. Sin embargo, a menudo me enfrento a estos discursos desaforados con la sospecha de que su emisor, refugiado en una causa noble, da rienda suelta a una sevicia verbal que, en cualquier otra circunstancia, reflejaría su mala índole y su vileza. O dicho en palabras de Brian P. Levack: «Permitía expresar sentimientos hostiles que no podía manifestar por ningún otro medio socialmente aprobado».

La carga de oprobio que la opinión pública echa a cuestas de los acusados de abusos o acoso es tan apabullante hoy que, siguiendo el libro de Fuentes, «funge como prueba, aunque ningún código legal le conceda esa atribución preceptiva». Es decir, un James Franco o un David Copperfield son más claramente culpables en la medida en la que todos hablamos de que lo son. Determinada la culpa, llega la condena.

Eugenio Fuentes cita con pertinencia el famoso tratado de Beccaria De los delitos y las penas (1764), donde por primera vez se enunció esta obviedad: «Solo las leyes pueden decretar las penas de los delitos», pues «el fin de las penas no es atormentar […], sino impedir al reo causar nuevos daños».

Sin embargo, los actores y directores acusados de acoso o abuso han sido condenados por nosotros a dejar el cine, a no participar nunca en otra película, incluso a no salir en la película que ya habían rodado y que aún no se había estrenado. ¿Por qué alguien acusado de un delito, y sobre el que no pesa ni siquiera un proceso judicial, debe perder su trabajo? ¿Qué lógica vincula —poniéndonos en lo peor— que Woody Allen abusara de su hija adoptiva con que no vuelva a dirigir jamás? Es más, ¿bajo qué criterio mágico o inmanente se puede condenar a alguien porque creamos que hizo algo? Yo mismo tiendo a pensar que Cassey Affleck o cualquier otro

es culpable en cuanto leo acusaciones en su contra. Pero ¿por qué va a importar lo que yo piense, lo que pienses tú?

Parece inevitable volver a Beccaria y afirmar que el fin de estas penas impuestas por la sociedad no es otro que, efectivamente, atormentar, como si colectivamente nos hubiéramos dado permiso para hacer daño.

«Aniquilado por aquellos ocho meses de torturas comenzaba a pensar que era culpable, si no del crimen, por lo menos de su propia incapacidad para hacer ver la verdad», extracta Fuentes de El lugar de un hombre, de Ramón J. Sender.

En La hoguera de los inocentes se reitera la perversión judicial que late detrás de toda ordalía, linchamiento o caza de brujas: que uno deba demostrar su propia inocencia.

«No hay que demostrar la inocencia, sino la culpabilidad», escribió Zygmunt Miłoszewski en La mitad de la verdad, «no hace falta estudiar Derecho para saberlo, es…, yo qué sé, el abecé de la humanidad».

Quizá estamos jugando con fuego. Como escribió a su vez Joseph Roth en Tarabas —citado nuevamente por Eugenio Fuentes en su inagotable ensayo—: «Al principio denunciaba a gente de quien sabía algo; pero luego a otra gente de la que solo tenía sospechas, y al final a todos los que no me gustaban».

Es fácil ser un hombre (si sabes cómo)

Hay una escena en The Wire que ha venido a mi memoria después de leer un ensayo sobre nuevas masculinidades. Seguro que muchos la recuerdan. El protagonista de esta serie ambientada en Baltimore era un policía llamado McNulty que tenía un lío con una fiscal del distrito. Después de romper, ella se empareja con uno de los superiores de McNulty, un teniente que no deja de apelar a la «cadena de mando» y con el que nuestro protagonista nunca se ha llevado bien. Quizá por eso nadie le dice que ahora su examante y su superior están juntos. Cuando al fin se entera, McNulty se pone de muy mal humor. Los espectadores entendemos que quiere arrancarle la cabeza de cuajo a su sargento. Este hombre, acostumbrado a mandar, tampoco parece muy razonable ni dialogante. Los dos machos se citan —cómo no— en un bar. Por si fuera poco, llevan pistola.

¿Qué pasa en ese bar? Bueno, pues que llega uno y luego llega el otro y sus miradas se enfrentan y, de pronto, ambos suspiran con complicidad inconfundiblemente masculina y se dan la mano. No dicen ni una sola palabra sobre el asunto, pero lo consideran resuelto.

Esta escena es fantástica y parece que estaba ahí guardada en mi memoria para cuando me llegara el momento de redimir la masculinidad, que es un poco a lo que vengo hoy con este artículo.

Grayson Perry es un reputado ceramista inglés que, no se sabe por qué, además escribe bastante bien. Su libro se titula La caída del hombre y tiene una gran virtud ya en sus primeras páginas: que el autor dice estar escribiéndolo «de buena fe».

Este «de buena fe», muy verosímil en tiempos en que lo normal es tirarse el género a la cabeza, me ha enternecido, y, aunque ahora me dispongo a destrozar su libro, considero a Perry un gran tipo.

La tesis de nuestro autor es muy simple, quizá hasta archisabida: los

hombres son violentos y privilegiados; las mujeres son sensibles y viven oprimidas. Los hombres deben dejar de ser violentos y adaptarse a los tiempos nuevos, donde la masculinidad de toda la vida no solo no encaja, sino que además es dañina.

«En todo el mundo hay hombres que cometen crímenes, declaran la guerra, reprimen a mujeres y desbaratan economías, todo debido a su anticuada versión de la masculinidad»: podría ser otro resumen de su postura.

Sin embargo, si nos detenemos justamente en esta frase, encontraremos un insalvable abismo cuantitativo entre el sujeto y los distintos verbos del predicado. A fin de cuentas, ¿cuántos hombres en todo el mundo declaran una guerra? Como mucho, uno por país —salvo en Inglaterra en 1982, donde fue Margaret Thatcher la que declaró la guerra a Argentina—. Y ¿cuántos hombres realmente desbaratan economías enteras? También uno solo por país u organización —salvo en el FMI desde el año 2011, pues fue su directora, Christine Lagarde, la que pidió bajar las pensiones ante «el riesgo de que la gente viva más de lo esperado»; por no hablar de Angela Merkel y sus decisiones sobre Grecia—.

Hasta aquí cabe preguntarse si no serán los poderosos —y no los hombres per se— los que realizan todas esas acciones lesivas y caóticas. Muy al contrario de lo que piensa el autor, cabe preguntarse también si una Hillary Clinton o una Soraya Sáenz de Santamaría, llegadas a la presidencia de sus respectivos países, harían políticas menos guerreras o más empáticas solo por el hecho de ser mujeres, como se sugiere a menudo con una simpleza de lo más increíble.

Sobre el asunto de los crímenes, el autor añade más adelante: «El 90% de los delitos de violencia los cometen hombres». Con esto Perry da por descontado que ser hombre y ser violento es indistinguible. Su fe en los porcentajes me ha recordado unas palabras de Alfonso Guerra pronunciadas en televisión hace muchos años. Le comentaban a Guerra que, según algunos políticos conservadores, la prueba de los males de la inmigración era que en las cárceles había un porcentaje muy elevado de extranjeros. Guerra dijo algo como esto: «No sé si la mayoría de los presos de España son extranjeros, lo que sí que sé es que la mayoría son pobres».

Nuevamente, Perry pasa de puntillas por la fatalidad de la extracción social y adjudica privilegios a todos los hombres por igual. Hasta ir a la guerra le parece a Perry que nos gusta mucho. «Casi todos los hombres consideran que el tiempo que sirvieron en el Ejército fue abrumadoramente beneficioso». Es una pena no poder preguntarles cuán beneficioso fue ir a la guerra a todos esos muchachos de diecisiete, dieciocho o veinte años que perdieron la vida en ella, normalmente después de contemplar todo el abanico de atrocidades imaginable.

Me llama la atención que se afirme a diario que los hombres, así a bulto, estamos confusos con la nueva masculinidad, cuando con lo que yo estoy verdaderamente confuso es con la vieja masculinidad. De pronto, esa masculinidad tradicional está siendo definida en dos frases y con enorme contundencia, y uno tiene la sensación de que nunca fue un hombre como Dios manda, de modo que le va a resultar bastante difícil ser el hombre nuevo, como manda Grayson Perry.

También es posible que la supuesta nueva masculinidad haya estado siempre ahí, pero que nunca os diera la gana de hacerle caso.

Esta misma sensación de hombría sesgada tuve al asistir hace años a una charla de Pamela Palenciano. Solo habla del matón del colegio, le dije a mi novia cuando salimos de la librería Traficantes de Sueños, donde tuvo lugar la conferencia; solo habla de los malotes que se ponían en las últimas filas en el instituto.

Entre la primera fila (digamos, los ejecutivos descarnados a la manera de American Psycho) y la última (quizá los rednecks que, de hecho, tan bien describe y defiende Jim Goad en su Manifiesto) hay en verdad muchas más filas, más tipos, más versiones del hombre, que además son mayoría. Reducir la masculinidad —con enorme clasismo, debo decir— a los ultras que se pelean a las puertas de un estadio de fútbol no me parece singularmente perspicaz.

Otra escena que me ha venido a la cabeza a la hora de buscar una imagen cultural que resuma mi visión favorable de la masculinidad ha sido un pasaje de La Ilíada. Pueden leerlo después de buscar en Google el cuadro Knight carrying a child, de Eleanor Fortescue-Brickdale, que también pongo de mi parte. Dice así (Canto VI,

versos 465-480): «los brazos le tendió el ilustre Héctor / pero el niño, inclinándose, volvióse, / en medio de chillidos, al regazo / de su nodriza de fina cintura, / asustado a la vista de su padre, / aterrado ante el bronce y el penacho/ de crines de caballo, / que tremendo veía / pender de lo más alto de su yelmo. / Echáronse a reír / su padre y también su augusta madre. / Y al punto se quitó de la cabeza / el glorioso Héctor / su yelmo y, reluciente, / en el suelo lo puso; / y él, entonces, a su hijo querido, / besó y meció en sus brazos».

O, dicho de otro modo, después de la batalla, también se es hombre.

¿Quién es machista?

Ahora que ya sabemos que Ignacio Escolar, Alberto Garzón o Antonio Maestre son machistas, y que Eduardo Inda, Francisco Marhuenda y Alfonso Rojo no lo son, quizá sea el momento de meterse en otro jardín: qué es ser machista.

En efecto, Ignacio Escolar, Alberto Garzón y Antonio Maestre son machistas. Ellos mismos lo han afirmado. Vivimos bajo la tiranía de la literalidad, presos del simple significado de las palabras, que ya no valen dadas la vuelta, ni hiperbólicas ni sarcásticas, y hasta hay gente con penas de cárcel por culpa de unas palabras tomadas en carne viva. Así que estos señores son machistas porque han dicho: «Soy machista». Ya está.

Sin embargo, Eduardo Inda, Francisco Marhuenda y Alfonso Rojo no son machistas porque: a) no han dicho que lo sean, y b) han expresado en televisión o en artículos firmados su respaldo incondicional a la causa de la igualdad de la mujer. Trigo limpio.

Podríamos empecinarnos en que si uno dice que es machista es machista y si uno no dice que es machista, no lo es, pero lo cierto es que a casi todo el mundo le parece más machista Alfonso Rojo que Ignacio Escolar. Es decir, aquellos que se han declarado machistas no serían tan machistas y aquellos que no han confesado su machismo serían muy machistas. Cuidado ahí.

Ser machista no es fácil, amigas. Ser machista es mucho más difícil que ser feminista; quiero decir, una mujer feminista. Ser un hombre machista es lo que quiere ser Ignacio Escolar al afirmar que lo es, pero resulta que no lo es, no le sale y no se lo aceptamos. Alfonso Rojo, por otro lado, no quiere ser machista, pero si pregunto a cualquiera —hombre o mujer— me dirá que sí, que Alfonso Rojo le parece muy machista. Si basta entonces con declararse machista para no serlo, ¿cómo va a ser nadie machista cuando los que sí lo son jurarán y perjurarán que no lo son?

El caso es que los hombres tienen miedo. Que se jodan. Pero los hombres tienen miedo, y yo estoy aquí tratando de darles mi cariño.

Este miedo del hombre yo ya lo había visto, de otra manera y —no me líen— con mucha más inocencia. Resulta que en los años noventa hubo un curioso momento sociológico en el que todo el mundo detectaba homosexuales. Sí, se «acusaba» mucho a alguien que estaba allí lejos de ser homosexual. Era muy común que un amigo o una amiga te dijera —con evidente mala fe— que ese o aquel o aquella eran gais. Fulano es gay. Menganita es lesbiana. Este juicio sobre la orientación sexual de un completo desconocido se emitía —lo recordarán, incluso: se recordarán— con certeza implacable. ¡Había gente muy lista en los años noventa que pillaba enseguida si eras gay, nada más verte, y a la que le importaba muchísimo que todos supieran que eras gay! Bastaba con mover las manos de cierta manera —ellos sabían de qué manera—, decir esto o lo otro, o, como sucedió con un futbolista de la liga inglesa («acusado» por sus compañeros de ser gay), con beber vino y leer libros.

La gente que catalogaba de gay a otra gente sin saber nada de su vida privada no tenía que justificarse, probar su «acusación» o desdecirse según pasaban los años y todos esos supuestos gais seguían sin acostarse con nadie de su mismo sexo, tan emperrados estaban esos desconocidos en creer que se conocían mejor de lo que tú les conocías.

Yo he sido gay un montón de veces, muchas más veces que machista. Fíjense que nunca le dije a nadie que no fuera gay. Quizá de aquello aprendí a no decir nunca que no soy machista. La madurez no consiste en decir lo que eres, sino en saber lo que eres. Algo así afirmaba Peter Sellers en El guateque: «De donde yo vengo la gente no se cree lo que es, sabe lo que es».

Les aseguro que en los noventa muchos hombres encontraban aterradoramente ofensivo ser considerados homosexuales por alguien; más o menos igual que ahora muchos hombres viven con miedo de ser tildados de machistas. Digo yo que algo habremos avanzado si los hombres han dejado de temer que les consideren gais y han empezado a temer que les consideren machistas.

Me da que soy la única persona en toda España que ha sentido un escalofrío al contemplar los autos de fe protagonizados por Ignacio Escolar y otros varones en las últimas semanas. Esta soledad me ha movido a refugiarme en Las brujas de Salem, de Arthur Miller, que he leído como quien busca razón a su locura. En esta obra unas mujeres son acusadas de brujería y solo su confesión las librará de la pena de muerte. Dense cuenta de lo que es tener que confesar que vuelas con una escoba por las noches. Obviamente muchas de ellas acaban confesando. «¿Cómo no van a confesar, si saben que las colgarán si lo niegan? ¡Jurarían cualquier cosa con tal de librarse de la horca!», leemos.

Declararse machista en estos días nuestros es la única forma de librarse del tormento de que crean que lo eres. La fórmula de decir que eres feminista no ha colado, porque hay muchas mujeres que a partir de la tercera vez que lo dices en una sola tarde saben que eres, sobre todo, un gilipollas.

Pero declararse machista tiene una zona de sombra, un retorno de ambivalencias que acabará desactivando sus buenas intenciones. A saber: que a lo mejor eres machista a pesar de decir que lo eres. Es lo que en Breaking Bad se cifraba en la frase: «I hide in plain sight» (o «me escondo a la vista de todos»). ¡Ay, no pongo lavadoras! Siempre ha habido mafiosos que se declaraban culpables de sus delitos de tráfico para no pagar por sus delitos de sangre.

La perenne posibilidad de que te caiga el apelativo de machista siendo hombre me recuerda cierta metonimia racial: cuando llamamos chinos a todos los asiáticos. Efectivamente, algo de chino hay en un japonés o en un tailandés, como si los japoneses o los tailandeses no pudieran evitar parecer chinos y nos legitimaran para proponer identidades de brocha gorda. Mi estancia de varios años en Japón me hizo ver que nada molestaba tanto a un japonés como ser confundido con un chino. Racismo nipón al margen, llamar machista a un hombre constituye una generalización similar: es verosímil, es inexacta y es vencedora; depende exclusivamente del que mira. Molesta mucho porque siempre parece que tiene todo el sentido.

Así, los hombres —de izquierdas, mayormente— viven en el pavor de ser llamados machistas, y están sufriendo mucho.

Bien, pues he aquí mi mensaje para todos los hombres de buena voluntad, de derechas, de izquierdas y de Japón: nunca digas que eres machista y, sobre todo, nunca digas que no lo eres. No digas nada. Aguántate si crees que te están juzgando erróneamente. Deja de defenderte. Deja de necesitar defenderte. Sé bueno.

Sé Peter Sellers.

¿Y si no existe el punto de vista femenino?

Desde que ver películas ya no obliga a trasnochar ni a hacer cola en la filmoteca, ni a desplazarse al centro para comprar un DVD, me pasa que veo muchas más películas, pero ya no memorizo quién las dirige. Muchas veces no me quedo ni con el título de la película que acabo de ver en Nexflix o HBO ni aunque me haya gustado mucho.

El otro día vi En realidad, nunca estuviste aquí, por ejemplo, una película muy violenta que había dirigido un fulano. A los que llevamos sin pegarnos desde una tarde de 1989 lo que más nos gusta en esta vida es ver películas violentas. Sabiendo que iba a serme imposible recordarlo, copié el nombre de su director en IMDB para averiguar si había visto alguna otra película suya. El nombre del director era Lynne Ramsay. Era una directora. Lo supe por la foto que acompañaba a su perfil. Me entró un subidón importante en ese mismo momento.

Llevo todo este año dándole vueltas a la queja feminista de que el cine es machista, de que no hay directoras y de que, por ello, escasean los papeles importantes para las actrices. Las vueltas que le doy a esta filípica —por lo demás, bastante traída por los pelos— tienen que ver con eso que se desliza a veces sobre un «punto de vista femenino» o una «mirada femenina», que se echa de menos. Yo creo, la verdad, que esa mirada femenina no existe.

Quiere decirse que no hay ni una visión del mundo ni una necesidad de contar historias que se bifurquen y tengan como resultado obras de creación antagónicas y complementarias. Quiere decirse que esa «mitad de la imaginación» que Leticia Dolera adjudica a las mujeres forma parte de una suma que no sale. No hay dos mitades de la imaginación como no hay dos mitades del talento. Toda la imaginación y todo el talento son de unos pocos, como el dinero, la belleza y la suerte. Que esos pocos sean hombres o mujeres resulta irrelevante a efectos artísticos, que son los efectos que aquí trato de acotar.

Un test interesante sería proponer a un puñado de jóvenes el visionado de dos películas muy similares, La noche más oscura y Sicario, y decirles que solo una de ellas fue dirigida por una mujer. Los jóvenes tendrían que averiguar cuál, y dar argumentos. No hay química narrativa capaz de descomponer estos dos largometrajes en un puñado de planos, diálogos o trucos de montaje que lleven a averiguar fundamentadamente que La noche más oscura fue dirigida por una mujer y Sicario por un hombre, como así sucedió. Igualmente, es imposible defender como evidente que Drive fue dirigida por un varón y En realidad, tú nunca estuviste aquí —de pathos idéntico— por una mujer. Ni Kathryn Bigelow ni Lynne Ramsay proponen una «mirada femenina», o no más femenina que la que proponen Denis Villeneuve o Nicolas Winding Refn.

De hecho, siempre habrá más diferencias entre el cine de Quentin Tarantino y el de Lasse Hallström que entre el cine de una directora y el cine de un director, tomados así en general. Hay directores que cuentan historias de mujeres (Woody Allen, Pedro Almodóvar) y hay directoras que cuentan historias singularmente viriles (la misma Kathryn Bigelow). Lo que no hay, hasta nueva orden, son directores o directoras que se olviden de su vocación estrictamente personal y se pongan a hacer el cine que no se sabe quién (Leticia Dolera) cree que deben hacer. A lo mejor una mujer quiso ser directora porque le obsesionaba la figura del padre, y a analizar la figura del padre dedica todas sus películas, relegando a las mujeres a papeles secundarios. Eso es arte: una obsesión, no una estadística.

Mi apuesta o creencia es perfectamente linchable, pero ahí va: no falta nada en el cine, en la literatura, en el arte. Falta, sí, autoría femenina, pero no personajes femeninos complejos, historias de mujeres, relaciones de madres con hijas. El primer bestseller de la industria editorial tal y como la conocemos fue Pamela (1740), de Samuel Richardson, donde una criada contaba en forma epistolar su resistencia al acoso del señor de la casa donde trabajaba. Todo lo ha explorado ya la literatura o el cine, todo lo está explorando, nuestro día a día y el día a día de los que vengan. Estoy seguro por ello de que, si decretáramos que solo las mujeres podrán dirigir películas desde el año 2019, para el año 2025 —después de unos primeros años de abusiva inclinación— el cine sería exactamente igual al que vemos hoy, con sus Tom Cruise, con sus James Bond, con sus

Jennifer Lawrence y con sus Catwoman. Con sus Drive y sus Lilya Forever.

Todo esto se me ha hecho evidente, y ya digno de que ustedes me lo lean, después de leer a mi vez Honrarás a tu padre y a tu madre, de Cristina Fallarás. Sus primeras cien páginas son exactamente lo que yo considero buena literatura, buenísima prosa española.

Vale que Fallarás es un personaje difícil de tragar a nada que uno descrea del histrionismo como virtud periodística, pero su libro —qué le vamos a hacer— es espléndido.

Pero su calidad, su timbre, sus recursos retóricos son indistinguibles de los que utilizaba Umbral, de los que encontramos en Ordesa, de otro aragonés, Manuel Vilas, y hasta de algunas páginas de Camilo José Cela. Es la prosa madre de la literatura española, que viene de Quevedo; es ese gusto por la aliteración («cadáveres grises bañados en miedo movidos como peleles por los vaivenes del vehículo»), por la enumeración dispar («vida familiar decorada con geranios y pan caliente») o la greguería («cuántas cuantísimas botas caben en las botas militares»).

«Las letras de la palabra casa dibujaron en el aire un hueco donde existir». ¿Quién podría asegurar que esta memorable frase ha sido escrita indudablemente por una mujer y no por un hombre? ¿Qué mirada femenina hay, en suma, en la metáfora feliz?

Sin embargo, el libro de Fallarás, ocultando el nombre de su autora, podría ser acusado perfectamente de cipotudo (adjetivo cada vez más calamitoso, por cierto), de patriarcal (en la narración se apela a las mujeres como «su hembra» varias veces, mientras que el varón es «su hombre»); en fin, de lo que ustedes quieran. De modo que la feminista Fallarás habría publicado un libro estéticamente machista si no fuera porque lo firma ella.

¿Crisis de la masculinidad?

El otro día fui al fútbol, Madrid-Sevilla, y había muchos hombres con sus hijos, muchos hombres en general. En el Wanda, el estadio del Atlético de Madrid, hay más mujeres, incluso padres que llevan a sus hijas pequeñas a ver un partido. Seguramente guarda relación con que el Atlético disponga de escuadra femenina. En todo caso, un padre llevando de la mano a su hijo o hija al estadio es una estampa histórica. Yo creo que muchos madridistas tienen hijos solo para irse a la tumba con el recuerdo de ese primer día en que los cogieron de la mano y cruzaron con ellos la puerta 46 del Bernabéu.

Por lo demás, todo resultó muy masculino: el árbitro era un gilipollas, el VAR, una puta mierda, los rivales, unos payasos; y el Barça, bueno, no nos habléis del Barça, que perdemos la educación.

Ya en el Metro asistí a una charla entre tres varones. Iban a mis espaldas y solo después les eché unos treinta años y, digamos, una identidad hegemónica: clase media, blancos, españoles, heteros. Hablaban de pibas. Decían mucho «la piba», «esa piba» y «tu piba». Comentaban un día de copas en el que uno estuvo a punto de perder a su piba porque iba mucho al baño —iba él, no la chica—. Un fulano estaba por levantársela, aclaraban. Pasaron a otra noche narrativa y ahora era una piba la que querían levantarse los tres. Al final se la llevó Juan, dijo uno, qué hijo de puta. Y añadió, muy digno: «Yo nunca en la puta vida me meto entre un amigo y la piba con la que está hablando». Era todo así, entre caballeros.

Fue al dejarlos atrás con sus historias de pibas cuando me di cuenta de que los hombres estaban sufriendo una crisis de masculinidad, en concreto, la que consiste en no darse cuenta de que hay una crisis de masculinidad, según todos los informes. Ahora se oye mucho lo de la crisis de masculinidad, como se oía hace años hablar de la muerte del macho ibérico y de la llegada del metrosexual. Lo del metrosexual duró cuatro años y cinco revistas, pero el macho ibérico perdura. Lo pueden ver ustedes en los bares de Alcorcón si, como yo, van a uno de vez en cuando.

El que yo frecuento me gusta mucho porque, en medio de la crisis de masculinidad, cumple las funciones de reserva natural del macho ibérico. El otro día estaba el dueño con sus amigotes sacando de YouTube combates de Mike Tyson para ponerlos en la tele del bar. Uno de sus colegas dijo: «Este sí que los ponía a dormir bien». Me pareció que muchos hombres no solo no sabían qué cojones era eso de la crisis de masculinidad, sino que además seguían manteniendo el listón de la misma muy alto. También debo reconocer que, quizá por oposición o contraste, o porque del varón intelectual también te cansas, a mí estos hombres simples y sanos y predecibles me caen bastante bien.

La caricatura de la masculinidad, esa que pinta al hombre como un bruto que ve fútbol, compra teles grandes y coches ruidosos, distingue entre mujeres y tías buenas y no lee libros nunca es bastante certera en relación con muchos millones de hombres españoles, millones de hombres españoles que —les aseguro— no tienen nada claro que su modo de vida y su carácter colectivo esté en decadencia. Si eso se pasan ustedes por Alcorcón y se lo dicen.

A todo esto, tengo por aquí unos libros más o menos críticos en sus diagnósticos sobre masculinidad. Una idea que he tenido hace nada, y que les regalo con mi habitual inconsciencia —entre otras cosas, por el placer que les dará no secundármela— es que los hombres que leemos cosas como Violación, de Mithu M. Sanyal, no lo hacemos para mejorar o reeducarnos a nosotros mismos, ni por obligación ni por moda. Lo hacemos por interés. Esto quiere decir que estos libros no nos van a aportar nada, no nos van a mejorar, porque —aquí es cuando pueden disentir— nosotros ya somos de los mejores.

Quiero decir que el hecho de leer motu proprio un libro feminista o una novela escrita por una mujer o un ensayo sobre la masculinidad, antes de cumplir siquiera con su primera página, ya está diciendo que tú ni siquiera lo necesitas, que son otros los que lo necesitarían y que, en fin, todo sigue más o menos igual.

Cómo hacerles leer, díganme, a esos tres tipos del metro, o a los púgiles frustrados del bar de Alcorcón un libro titulado Violación donde, a las primeras de cambio, caes en este pasaje: «Las identidades de género como queer, transexual, cis, poli, no-binario,

neutrois, hijra, dos espíritus y muchas más…». En serio, la gente —estos hombres— tienen cosas que hacer, no pueden dedicar su vida entera a las vanguardias del pensamiento ni a desbrozar la tontería de la lucidez en las categorizaciones identitarias de los tiempos que nos ha tocado vivir.

Incluso aliado es una palabra que no reconocerán la mayor parte de los hombres, pues al leerla pensarán en tanques y nazis, y en cómo mola reventar cabezas con un bazuca. Los aliados.

Violación no tiene argumento simpático, pero es un libro excepcional. Su autora no elude ningún tema ni tabú, habla de cosas que aquí parece que no pueden ni comentarse (denuncias falsas, violaciones a hombres, piedad para el violador), y todo con un rigor y un sentido común que me han encandilado. Creo que la brusquedad del título no hará justicia comercial a su contenido y que, entre todos los miles de millones de libros feministas o similar que estamos leyendo desde hace año y medio, este es sin duda el mejor.

«¿Sabéis qué tienen de gracioso las agresiones sexuales?»

Las 5.400 butacas del Royal Albert Hall de Londres se llenaron hace unos meses para reírse de las agresiones sexuales. También se rieron de las feministas y de Michelle Obama, y hasta de una de las propias personas que había ido allí a reírse, un señor que gritó: «¡Pide consentimiento!». El maestro de ceremonias de este aquelarre fue Bill Burr, que presentaba su monólogo Paper Tiger. Lo pueden ver en Netflix.

Un cómico de stand up me confesó hace un tiempo que solo había una cosa de la que no podía reírse sobre un escenario: de las feministas. Esta afirmación fue anterior al día en que nos enteramos de que en realidad eran dos las cosas de las que no podías reírte en España sobre un escenario. Gracias a Rober Bodegas supimos cuál era la segunda. El propio Bill Burr anticipa su final en un momento del monólogo: «Por cierto, este será mi último show en cuanto me pongan esto en Netflix». Salvo algunos chistes sueltos de Dave Chappelle, muy ocupado riéndose de los transexuales, nadie había osado reírse de las feministas. Paper tiger, por tanto, hace historia al ser el primer monólogo donde se propone la risa a partir de la desigualdad de género, la lucha feminista, las agresiones sexuales y los abusos a menores. A lo mejor lo divertido está en contemplar a un tipo arruinar su carrera.

«¿Sabéis qué tienen de gracioso las agresiones sexuales?», pregunta al público Bill Burr al cuarto de hora de empezar su espectáculo. Y agarra un vaso de agua y, con toda la parsimonia del mundo, bebe un par de sorbos. La pregunta ha quedado en el aire, macerándose en el silencio atónito de estas 5.400 personas reunidas en el muy refitolero Royal Albert Hall, personas que nunca antes habían visto el adjetivo «gracioso» tan cerca del tipo penal «agresión sexual». ¿Cómo va a ser gracioso un delito sexual, hijo de la gran puta?, mastican unos y otros; y mastica (ahora) usted.

El bloque que el monologuista dedica al asunto desalaría el riego

sanguíneo de Carmen Calvo, pues Burr afirma que «creer a las mujeres» está bien, salvo si descontamos al «12% de psicópatas» que hay entre ellas («¿y esas que te rayan el coche y le prenden fuego a tus cosas, a esas también hay que creerlas?»), que el «no es no» es una falsedad porque a veces estamos lejos de reconocer lo que queremos en lugar de lo que nos conviene, o que no puede haber tantos hombres feministas de dos años para acá salvo porque esos hombres tengan mucho que ocultar. También afirma nuestro suicida que las primeras denuncias del #MeToo le dejaban impresionado, pero que la cosa se ha ido desinflando de tal modo que ya se considera agresión sexual una simple cita que sale mal («bad date»).

Vi este monólogo hace un mes y me he acordado de él después de conocer la noticia de que Pablo Soto había cesado como concejal en el ayuntamiento de Madrid debido al acoso sexual al que sometió a una militante. A mí me parece bien su cese.

Lo que haría un Chappelle o un Burr con Pablo Soto nunca lo sabremos. Yo podría tratar de imitarlos, pero simplemente sería asesinado en Twitter. Sin embargo, les sugiero detenerse en la potencial hilaridad que puede desprenderse de que un acosador sexual vaya en silla de ruedas y pese 45 kilos. Realmente tiene uno otra imagen de los depredadores sexuales. Incluso tiene uno otra imagen de las mujeres. A ninguna amiga mía la acosa en un cuarto de baño un tipo de menos de dos metros de altura y 90 kilos de peso como mínimo. ¿De qué están hechas las militantes de Más Madrid, de papel maché?… ¿Ven? Empiezan a venirme chistes a la cabeza y mi vida corre peligro. Que los haga Rober Bodegas, que su vida ya no vale nada.

Creo que Pablo Soto está bien cesado por ese reverso moral y procesal en el que nos hemos acomodado hoy en día. Del mismo modo que un hombre es culpable a ojos de la sociedad ya solo con ser acusado por una o varias mujeres, con nombre y apellidos o de forma anónima, y sin que se derive denuncia efectiva en un juzgado, Pablo Soto está bien expulsado, simplemente, por dejarse expulsar. No siento pena alguna por él. Si era inocente, como dice, debería haberse quedado con el acta y en el grupo mixto y repitiendo su versión las veces que fuera necesario mientras esperaba un juicio por acoso sexual o ponía, al cabo, él uno en

marcha por difamación. ¿Qué es esto de que me acusa una mujer que «no conozco» de algo que «no recuerdo» e inmediatamente tiro mi carrera política por la borda? ¿Estamos locos? El chiste de Bill Burr sobre estas situaciones reza así: «Con las mujeres gobernando el mundo no habría guerras, pero tampoco habría juicios imparciales».

A la hora de escribir esta pieza no se sabe nada en absoluto de lo que pasó en el baño de aquel bar donde entró Pablo Soto, al parecer auxiliado por una militante, sin sospechar que allí iba a echar a perder su reputación. Pero imaginémonos los peor: Soto tocó donde no debía, enseñó lo que no quería ser visto o dijo la burrada intercrural más repugnante del mundo. Vale. La militante se lo contó a la dirección de Más Madrid. Más Madrid comprobó —no se sabe muy bien cómo, si había acaso otros testimonios aparte del de Soto y el de la mujer— que eso había sucedido y procedió a expulsar a su hombre del partido. No hacía falta que lo que hubiera hecho Soto fuera, en rigor, delito; bastaba con que estuviera mal. Reírse de un gordo no es delito y está mal y ojalá expulsen de todas partes a los que se ríen de los gordos y de las gordas, del físico ajeno. Hasta aquí todo tiene algún sentido —salvo que Pablo Soto se deje expulsar si él cree que es inocente—.

Pero ¿por qué lo sabemos tú y yo y toda España? ¿Por qué la dimensión de lo hecho (si lo hizo) por Pablo Soto alcanza estas desmesuras mediáticas que ni Jack el Destripador? La impiedad de Más Madrid con su, hasta ahora, amigo o compañero es singular, y solo un deseo enfebrecido de «dar ejemplo» puede justificar la ausencia total de discreción: le decimos a Soto que dimita sin que nadie se entere de por qué y listo. Eso hubiera sido más ecuánime, más civilizado, si acaso lo hecho por Soto se circunscribe a ese bar esa noche y con esa mujer, y no se desborda en mujeres y noches y bares incontables. Quién lo sabe. Además, hay evidentemente en esta publicidad tan lesiva para el ciudadano Soto un deseo de posicionarse y acreditarse de cara a las futuras elecciones (ustedes pueden determinar con qué proporcionalidad); y, por debajo (intuición), hay un propósito de no parecerse a los primeros años de Podemos, cuyos azares sexual-orgiástico-cancaneadores quizá alguien nos revele dentro de muchos años en un libro, para nuestro pasmo.

Sin embargo, volviendo al humor que aquí no nos podemos permitir, a Chappelle y Burr, lo de que una persona que sufre minusvalía grave sea lapidada como acosador sexual de WC sin que nadie encuentre incongruencia entre la inmovilizadora «silla de ruedas» y el laborioso «acoso sexual» y donde, por primera vez, la condición de minoría frágil a la que siempre ha pertenecido Soto quede completamente desactivada como atenuante o prueba de descrédito de la acusación me parece curioso, qué quieren que les diga. Yo creo que mucha gente que no conoce a Pablo Soto y que tampoco tiene tanto interés en este caso ha transitado la noticia sin enterarse siquiera de que este hombre vive postrado en una silla de ruedas. Es decir, sin otorgarle incluso más beneficio de la duda que a alguien que no está impedido. Así las gastamos hoy.

5. La cuestión familiar

Memoria y refutación de El Rastro

Algunos años antes de vivir en Madrid, siempre que mis padres nos traían a la capital, y después de pasear por Argüelles con nuestra tía peluquera, íbamos al Rastro a que nos robaran. Mi padre lo dejaba bien claro justo antes de meternos en el jaleo: «Ojo, que aquí roban». Entonces se llevaba la mano al bolsillo del pantalón donde guardaba la billetera y la sujetaba con fuerza. Ese gesto era toda una lección de vida, y sus hijos la aplicábamos de inmediato. Recorríamos el Rastro con la mano pegada al dinero, palpándonos sin cesar las monedas y los Sugus, no fuera a faltarnos el morado. También mirábamos mucho por encima del hombro, pues nunca habíamos visto un ladrón de cerca y no era cosa de perdérselo.

Uno de mis hermanos, pasados los años, vino de nuevo a Madrid, un domingo, cuando yo era ya muy madrileño, y me enseñó en una terraza de Lavapiés una billetera flaca que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. «Voy al Rastro», me dijo. Abrió la billetera y no estaba tan vacía. Un papel cuadriculado, y doblado en dos, ocupaba el sitio de las monedas, en ese compartimento tan cuco que forma el cuero. En el papel mi hermano había pintado con bolígrafo una peineta, esto es, un puño cerrado con el dedo corazón enhiesto, la venganza de toda la prole. Mi hermano no ha podido quitarse nunca las ganas de que le roben en el Rastro, y va provocando.

Yo ahora vivo a tres minutos de la plaza del Campillo del Mundo Nuevo, donde arranca el Rastro, con los libros, además, y algunas plantas. No voy nunca. Después de que nadie me robara en la adolescencia y de que, más adelante, fuera a ver si allí se saldaban mis libros, que, al contrario de lo que se piensa, es la prueba más evidente de su éxito (no estaban), me hice esnob y decidí que el Rastro era una mierda. Cuando vienen mis padres les dejo ir solos hacia el peligro. No les han robado nunca, y eso es algo que mi padre no puede permitirse. «Aquí roban», dijo, decía, sigue pensando; y por eso no deja de venir.

Andrés Trapiello ha hecho por fin su libro sobre el Rastro y, como

supondrán, no podría interesarme menos si lo hubiera escrito otro. Pero Trapiello es devoción en Puerta de Toledo, así que he abierto el libro para recuperar tanto tiempo perdido entre ladrones (descuideros, entonaríamos) y tenderetes, y multitudes y turistas, y trastos viejos completamente apartados de la vida. El libro se titula El Rastro. Historia, teoría y práctica, y lo más bonito será verlo saldado en el propio Rastro.

Trapiello afirma que ha ido allí unas dos mil veces, y que acude siempre muy de mañana, cuando hay poca gente y pueden encontrarse los tesoros. Trapiello no dice tesoros, pero es lo que una novia japonesa que tuve pensaba que íbamos a encontrar allí, cuando me obligó a llevarla en el 2005. Lo decía la guía japonesa que se trajo del Japón, que en el Rastro no se exhibía el sedimento de todo un país, sino cuadros de sus mejores pintores (de Velázquez mismo), y a 100 euros. Este mito de los cuadros lo he leído también en Off side, la excelente novela de Torrente Ballester donde el lienzo locatis tiene tanto peso, y sale siempre del Rastro.

«Se levanta pronto para estar más tiempo de más», dirían en mi pueblo de Trapiello, sabiendo además que es escritor. Esta frase había que colarla porque le da mucha profundidad al artículo.

Seguramente El Rastro me gustaría más si fuera televisión y no un libro de Andrés Trapiello. Hace años que veo en Mega un programa que se llama ¿Quién da más?, que es la cumbre absoluta de la historia entera de la televisión. Va de basura. En Estados Unidos funcionan muy bien las empresas de trasteros, esos cubículos donde la gente deposita el sobrante de su vida, por si algún día les falla la nostalgia. Los trasteros que dejan de pagarse pasan a ser propiedad de la empresa de trasteros, que los subasta entre comerciantes del ramo de la segunda mano. Al igual que en el Rastro, en un trastero puede uno encontrar cualquier cosa, incluidos los tesoros que dicen las guías japonesas. Pero normalmente no hay nada, bicicletas, nada de valor, camas cojas, nada que no sean colecciones de sellos, balones sin aire, cuchillos del banco o 7.000 discos compactos sin abrir. Es el resumen más preciso de la vida que llevamos. Consumir y soltar lastre. Dejar, sí, rastro.

«Al Rastro va la gente, aunque no lo sepa, a buscar su pasado», escribe Trapiello, que seguro que no ve Mega. Mucho pasado tienes

que tener para ir a buscarlo dos mil veces. También es verdad que del presente nuestro autor ha sacado 10.000 (sus diarios), como si fuera el mariscal de campo Erwin Rommel y le pasaran cosas.

Lo cierto es que la mayoría de la gente no va al Rastro a buscar su pasado, sino un bar. O la foto de su guía de Madrid donde dice que hay que ir al Rastro. O (mi padre) que le roben, que es lo mejor que te puede pasar si sales de tu pueblo: volver con una afrenta.

Pero la frase de Trapiello es bonita, qué duda cabe.

El Rastro, no lo sé. Leído, mejora. En foto antigua, mejora. Cuerpo a cuerpo, prefiero Ikea, que es el Rastro de la posmodernidad, donde la gente busca futuros impronunciables, Västanby, Grönlid, Ingolf; pasados, en fin, que no se puedan recordar.

El silencio de los padres

No dejan de aparecer artículos y libros que vienen a engrosar la queja continuada de las llamadas «malas madres», curiosas emisoras de un interesante discurso contra la militarización de la crianza que cada día gana más adeptos. A veces comento el avance del odio a los niños con otros padres y, uno de ellos, me dijo algo que me pareció de inmediato crucial: «No tengo ninguna necesidad de explicar lo feliz que me hace mi hija».

Eso es, pensé, a esto se reduce todo: al silencio de los padres.

Dense cuenta de que ahora mismo acaba de publicarse en España Contra los hijos, de Lina Meruane, un ensayo cuyo título no parece difícil de interpretar. Más o menos cada media hora alguien cree fundamental decir que odia a los niños.

Sin embargo, ¿han leído ustedes muchos artículos, entrevistas o libros A FAVOR de tener hijos? ¿Saben de alguna autora o autor con hijos que haya dejado su novela en marcha o haya torcido la línea temática de su columna o haya utilizado una entrevista para decir: «Oigan, por cierto, hay que tener hijos»? Yo no recuerdo nada semejante.

De hecho, un amigo me escribió hace poco un mail preguntándome si le recomendaba tener hijos, pues estaban él y su novia dándole vueltas al asunto, y mi respuesta fue: no puedo recomendarte tener hijos.

Diría incluso que este silencio tiene bastante mérito. Se pasa uno el día cambiando pañales y sofocando lloros, sin poder ir de copas o meterse en un cine, y al llegar a casa y acostar a los niños, y tener un ratito para sí mismo, entra en internet y siempre hay alguien dando el coñazo con que los niños son peores que la peste. Sin embargo, los padres callamos y seguimos cuidando de nuestros hijos.

Lina Meruane —estupenda escritora, por lo demás— da vueltas en

su libro a dos conceptos que me parecen delirantes. El primero es la presión social que sufren las mujeres —y en menor medida, supongo, los hombres— por tener hijos. Esa es una presión que yo no he visto ni vivido. Cuando mi novia y yo no teníamos hijos, nadie nos presionaba. Que una madre o una suegra, o una tía o un tío, o un cuñado medio bebido, soltara alguna vez la pregunta, o hiciera un comentario, no lo calificaría yo como presión aplastante. El asunto de la prole es delicado, y me parece mendaz afirmar que la gente te lo echa en cara alegremente y sin pedir permiso, todo el tiempo y en toda ocasión. Meruane afirma que la presión continúa, además, para tener el segundo. Yo no siento ninguna presión para tener el segundo; mi novia, tampoco. Nosotros mismos no presionamos a nuestros amigos sin hijos para tener uno ni a nuestros amigos con un hijo para tener el segundo. Esa presión es un espejismo; poniéndome freudiano, diría incluso que es un reflejo al que se le niega el origen: tú mismo.

Porque la autora de Contra los hijos nunca admite la más mínima duda sobre si quiere o no tener hijos, cuando son esas dudas —que todos gestionamos alguna vez— las que resultan agotadoras y vertiginosas. No es poca cosa decidir no tener hijos y no es poca cosa decidir tenerlos. La vida es otra después de tomar esa decisión.

Por otro lado, ¿acaso somos menores de edad, con treinta o treinta y cinco años? «Ten hijos», te dice alguien. «Mira, pues no», dices tú. Y a otra cosa.

Déjenme que les cuente un secreto: además, a la gente no le importamos tanto. Tu vecino no deja de dormir porque no tengas hijos, por mucho que te anime a concebir cada vez que subís juntos en el ascensor. Quizá es exactamente lo contrario de lo que piensa Lina Meruane: a nadie, al cabo, le importa que tengas hijos o no.

La segunda queja o verdad revelada que trabaja Meruane en su ensayo, y que he encontrado a menudo en artículos y entrevistas, dice así: no es como te dijeron. Yo, amigos, flipo.

¿En serio alguien en 2018 puede afirmar que no lo sabe, de hecho, TODO sobre tener hijos? ¿Los lloros, los pañales rebosantes, las rabietas, la disminución de la vida sexual y del ocio, el terror interminable a que les suceda algo? Lo saben hasta en el patio del

colegio, por Dios santo.

Diría incluso que eso es lo único de lo que se habla todo el tiempo en todas partes; vemos en Facebook muchos más estados del tipo: «La niña me tuvo toda la noche sin dormir» que del tipo: «La felicidad que me da mi hija no la puedo ni explicar». Leerán veinticinco estados quejumbrosos por cada vez que lean uno solo abiertamente epifánico.

Ah, por cierto, amigos, ¡vais a morir! Sí, al final morimos. ¿No os lo habían dicho? Pues morimos, y además de pronto y para siempre, sin tiempo para tuitear ni para nada.

Qué vida tan perra, ¿eh? Jugar con tus hijos y morirte. Ese es un poco el plan.

Que los padres callemos casi siempre, que hayamos dejado que el discurso contrario ocupe los titulares y las redes, o que ninguna escritora o escritor haya dado el paso de explicar y defender la maternidad o la paternidad solo significa una cosa: que sabemos algo que no puede ser comunicado sin ensuciarse. Entre otras cosas, porque los padres nos resistimos a poner a nuestros hijos en la misma balanza que tus diez horas seguidas viendo series en Netflix, qué quieres que te diga.

Una persona que no tiene hijos no sabe nada en realidad sobre no tener hijos. Solo quien tiene hijos sabe lo que es no tenerlos. Por eso, cuesta mucho ponerse a discutir o argumentar. Nuestros hijos son más importantes que el hecho mismo de defenderlos en público. No solo no merece la pena, sino que —al menos en mi caso— nada me acongoja tanto como un niño al que sus padres no quieren. No voy a convencerte de que tengas hijos porque luego no podré convencerte de lo más importante: que los quieras y los cuides. No tengáis hijos por obligación o debilidad, nadie os lo está pidiendo.

Tener hijos es horrible: quedaos con eso.

La secta silenciosa de padres y madres seguiremos cuidando de nuestros hijos, aunque yo hace tiempo que sé que es mi hija la que cuida de mí.

No tengo ninguna necesidad de explicarlo.

Tokio ya no nos quiere: turismofobia a la japonesa

Volví a Tokio después de casi una década y pude comprobar que ya no me quiere. Yo he estado en Tokio muchas veces, y siempre me dejaron fumar. Ahora no, y eso es para mí no querer: que no te dejen matarte.

En Tokio no se puede morir, no se puede fumar y no se pude sudar. Dense cuenta de que vamos hacia la ciudad eugenésica y orwelliana, casi hacia la Ciudad de Cristal de Ray Loriga en Rendición, que además es el tipo al que le hemos robado el título para este artículo.

De Shibuya a Harajuku, de Shinjuku a Ueno, de Asakusa a Ebisu, de Marunouchi al Palacio Imperial, vayan donde vayan en Tokio no verán a nadie mayor de sesenta años y sí muchas mujeres jóvenes de tacón y colorete, y mucho hombre de mediana edad con camisa blanca y pantalón oscuro, el maletín del trabajo bien aferrado por su mano pulimentada. Hace un calor de todos los demonios en Tokio, pero nadie segrega ni una gota de sudor entre oasis de aire acondicionado y oasis de aire acondicionado. Las mujeres parecen todas preparadas para cualquier eventualidad que incluya recoger un premio Óscar o un Grammy; los hombres están ganando un millón de yenes al mes y solo esperan que los trenes sean puntuales y la comida no se salga de la caja. Hay niños en Tokio como en todas partes, y solo por los niños se le ven a la ciudad las costuras de la vida, que no han conseguido plastificar del todo.

Para fumar en Tokio tienes que mirar al suelo y buscar una colilla, el paso previo de un desalmado con arrestos, y solo entonces puedes sumarte a su causa y mancillar la ciudad más limpia sobre la faz de la tierra. Es posible caminar descalzo desde Tokio Estation a Ueno Park y mancharse menos las plantas de los pies que recorriendo el pasillo de tu propia casa. Está todo tan limpio que los suelos parecen techos, superficies intocadas, de modo que uno se marea de tanta higiene, no sabe dónde poner el pie, el sacrilegio, dónde dejar

la botella de agua, dónde, por Dios, fumar tranquilamente.

Fumar en Tokio es como meterse un pico de heroína, lo cual no deja de ser toda una experiencia para los que no nos metemos picos de heroína. Es el peligro, la rebeldía, el mal en volutas blancas. Cuando por fin se encuentra una Smoking area en esta ciudad, después de una hora de ignorar templos y tecnologías, ya no hay ni ganas de fumar, solo de drogarse. Así, cada calada al cigarrillo se ha convertido en un chute, y uno se chuta junto a otros desgraciados que parecen todos Bubbles en The Wire, solo que con trabajo.

Los grandes misterios de Tokio son: 1) ¿Por qué no sudáis?, 2) ¿Por qué no habláis?, 3) ¿Dónde están los ancianos?, y 4) ¿Dónde están los libros?

No hay libros en Tokio y eso incluye los cómics manga. Antes viajar en tren suponía recibir como obsequio del azar un grueso cómic manga, pues la mitad del pasaje leía estos volúmenes de dibujitos y los abandonaba sobre el asiento al llegar a su estación. La limpieza de Tokio empezó por los libros y ha acabado en el tabaco. Debe de haber un gran contenedor lleno de colillas y libros en alguna parte de la metrópoli, ardiendo.

Al único al que vi leer —si me lo inventara, sería cursi; como es verdad, asuman que es siniestro— fue a un mendigo en la estación de Shinjuku. Ese es el lector del futuro, me dije; y le hice una foto para que los antropólogos puedan mañana atinar en sus disquisiciones.

Tokio da que pensar y lo que más da que pensar son las papeleras. Que no las hay. El dilema de la papelera es el dilema del ser-en-sí. Los españoles ponemos papeleras por todas partes y nos creemos civilizados. Nuestras ciudades están sucias, pero tienen muchas papeleras. En Tokio no hay una puta papelera en ningún lado, y la ciudad reluce. ¿Cómo puede ser que quitando las papeleras quites también la basura? ¿Si quitas los semáforos, desaparecerán los atascos?

Hay carteles recurrentes en Tokio que ordenan sin pudor: «Llévese su basura a casa». Cada domicilio tokiota es una diminuta central de procesamiento de basuras, y los japoneses lavan las latas y otros

envases antes de clasificarlos impecablemente. Están todos como locos por acabar su jornada laboral de doce horas para llegar a casa y ordenar la basura, amigos.

El turista en Tokio es un salvaje. Llega de su tercer mundo latino a dar voces, sudar, fumar donde no debe y mezclarnos plásticos con papel. Es difícil visitar Tokio y no sentirse australopithecus. De hecho, en los trenes se anuncian empresas simiófobas que ofrecen a los varones acabar con el vello de los brazos, con las barbas excesivamente cerradas y con otras vergüenzas pilosas. Los turistas somos monos entre maniquíes, animalillos husmeando los bajos de los robots.

La dueña del piso de Airbnb que mi familia y yo ocupamos en Tokio solo nos dio dos indicaciones draconianas: 1) Reciclar bien la basura, y 2) «No habléis con los vecinos».

La turismofobia en Tokio es como cualquier cosa en esa ciudad: silenciosa, efectiva, avanzada. Poner al turista a clasificar basura es mucho más disuasorio que —pongamos— prenderle fuego a su taxi. En Barcelona no lo pillan y van a convertir el odio al turista en el principal reclamo para ir allí de vacaciones. En Kenia ya hay safaris menos emocionantes que subirse a un autobús turístico en plaza de Catalunya.

España no puede romperse porque no somos una nación, sino una tribu.

¿Qué es lo cutre y dónde se encuentra?

Hace tiempo que vengo echando en falta en el mercado editorial español un ensayo sobre lo cutre. Como yo no voy a escribirlo, aquí dejo la idea. Se podría titular simplemente Lo cutre y, aprovechando nociones, ser impreso en papel barato y mal encolado, con tinta insidiosa, de esa que el dedo mueve por el papel.

Estos días he estado justamente de vacaciones en lo cutre, he vivido en una casa cutre y he hecho bastantes cosas cutres. He disfrutado mucho porque lo cutre es la infancia. Para los nacidos en provincias en los años setenta, la infancia será por siempre los platos duralex, el gotelé y esas persianas que al subirlas te obligan a ir remetiendo la correa por la ranura con la otra mano; esos cuadros de ciervos, esos relojes parados en las paredes; y las bombonas de butano, las puertas huecas y muchos grifos de los que el agua sale llorando. Lo cutre es que de todo en una casa quede siempre solo un poco, y que la llave de la puerta no abra a la primera. Lo cutre es tener la misma cama que hace treinta años, las mismas sábanas y cortinas, el mismo lavabo. Es por eso que lo cutre es la infancia, porque la infancia también se nos quedó coja en alguna parte.

Fui a Lo Pagán (Murcia) por el motivo más cutre de todos: que nos dejaban una casa. Yo he estado en muchos sitios (Tokio, Nueva York, Buenos Aires), pero ninguno me ha impresionado tanto como Lo Pagán. Si en Tokio hay tokiotas, y en Buenos Aires, petulancia, lo que hay en Lo Pagán hace tiempo que ustedes no lo ven. Lo que hay en Lo Pagán es gente.

Contaba Martin Amis en sus memorias que su hijo le preguntó una vez de qué clase social eran. Y Amis le contestó: «De ninguna, nosotros no creemos en eso». Cuando mi hija me pregunte lo mismo, yo le diré que somos la gente.

La gente está de retirada en nuestra sociedad, nadie es gente y nadie cita siquiera a la gente, y por eso ha sido divertido y también

brutal ir enfrentando las noticias destacadas de la primera mitad del año con la gente que vi en Lo Pagán. Nada había tenido que ver con ellos, ninguna información, ninguna moda, ningún movimiento. La gente no solo es cutre, sino que además vive en un agujero negro político, pues ni la derecha ni la izquierda recalan ahí, en ese rincón de realidad, que es un rincón sin épica, despreciado por todos. Resulta por tanto muy difícil determinar quién siente más asco por la gente, si Salvador Sostres o Bob Pop.

Ya Muñoz Molina tendía cordones sanitarios en su ensayo Todo lo que era sólido entre gente y ciudadanía, prefiriendo, claro está, al ciudadano sobre la gente. Ahora todos los políticos nos apelan como ciudadanía, como si nos concedieran un escalón de más en la escala social; como si nos llamaran de usted. Es decir: como si no nos conocieran.

Que los políticos no conocen a la gente es —a estas horas del verano— una obviedad.

En Lo Pagán aprendí que lo cutre es lo que queda de Europa si le quitas de encima medio millón de normativas. Mirado con lupa, con la lupa de un eurodiputado en su despacho, Lo Pagán debería ser borrado de la faz de la tierra, pues todo allí es incorrecto, ilegal, dañino o peligroso. Ya saben ustedes que realmente hay un tipo en Europa cobrando 20.000 euros al mes por prohibir las aceiteras y los granizados, que es básicamente la esencia de Lo Pagán. Quieren convertir a toda esa gente en ciudadanía, hacerlos más delgados, alejarlos de las bacterias. En definitiva, quieren matar el recuerdo de nuestras madres.

La mayor concentración de ilegalidades posible hoy en día en Occidente es una feria de pueblo como la que yo vi en este municipio murciano. Esas ferias de pueblo son la última trinchera de lo cutre, la reserva protegida de la gente. Decenas de atracciones ruidosas y enceguecedoras se concentran en muy poco espacio y, dando una vuelta por ellas, todo lo que ves es ilegal, gracias a Dios.

Es ilegal el uso sin licencia en todas las atracciones de imágenes de Disney y de la Warner Bros, y de canciones de Sony Music, y ese Bob Esponja, y la cara de Casillas en la caseta de tirar penaltis. Es ilegal que ese muchacho ande trabajando con sus padres en la

churrería, y esa chica haciendo gofres, con catorce años ambos. Es denunciable el modo tan precario con el que están calzadas las atracciones, y también la manipulación de alimentos y el colesterolazo, y seguramente podría haber más extintores y algo como un plan de evacuación en caso de que una cosa empiece a arder. Algún gilipollas debe de estar trabajando ya en Bruselas para acabar con estas ferias.

Lo cutre viene de la posguerra, de nuestra madre merendando pan con cebolla, y sigue hasta hoy porque la Guerra Civil se olvida, pero la posguerra no.

Me gustó meter a mi hija en la cutrez, que es como ponerla a vivir un rato en la posguerra, pues los niños tienen que conocer su origen. Creo que un buen padre es el que deja que su hija abra un grifo en el patio de una casa durante diez minutos para meter debajo la cabeza y luego la lleva a la feria a ver si se rompe una pierna.

Resultó que la única atracción en la que podía subirse era en las camas elásticas. Un señor daba paso a los niños para que pudieran disfrutar de sus siete minutos de saltos («aproximadamente», decía un cartel) por 3 euros. Los críos esperaban en una cola a que se cumplieran los siete minutos de los que ya estaban brincando sobre las camas, plazo que el hombre controlaba mirando su teléfono móvil. La segunda vez que llevamos a nuestra hija a las camas elásticas solo había dos niños en ellas, y no tuvimos que esperar. «Vamos, guapa», le dijo el hombre a nuestra hija de dos años. Luego llegó otro niño y también lo dejó subir enseguida. «Vamos, campeón», le dijo. Es importante que el gilipollas de Bruselas se escandalice por este micromachismo.

Entendí que, cuando las camas no estaban llenas, el tipo dejaba subir a los niños para darle animación al negocio y que otros niños pidieran a sus padres subirse en ellas. El hombre boicoteaba sus propias normas y dejaba a varios niños saltar durante diez o quince minutos, aunque solo hubieran pagado por siete.

Eso me pareció Lo Pagán, gente burlando las normas, gente relajada a la que le dan igual la ciudadanía, el colesterolazo y los derechos de propiedad intelectual; «gentuza de clase mucho más baja que la

nuestra», pero que sabe que, cuando los niños se ríen, todos ganamos.

Violar y matar niños: la culpa de los padres

Al poco de ser padre empiezas a darte cuenta de que en casi todas las películas y series de televisión se violan, secuestran y matan niños. Agredir a un niño es el comodín del thriller, lo que se le ocurre a cualquier guionista al que ya no se le ocurre nada. Unos niños son asesinados/secuestrados en True Detective 3, un niño es crucificado en el primer capítulo de la actual temporada de Juego de Tronos; niños desaparecen en Protegidos, en Adiós, pequeña, adiós; se dispara sobre niños en The Wire y Breaking Bad.

A menudo bromeo con que alguien haga una película o una serie sobre la desaparición, no de un niño o de una jovencita encantadora, sino de un anciano, pongamos, de ochenta años. Se trata de todo un reto: hacer que a alguien, entre la audiencia, le importe lo más mínimo que un señor de ochenta años haya desaparecido, quién sabe si asesinado o secuestrado. Por supuesto, se daña a los niños en las películas porque esto genera la máxima empatía entre el público, o sea, da más dinero. Sin embargo, yo he dejado de ver últimamente varias series y películas (Dark, por ejemplo) porque no podía tolerar esa violencia fingida sobre niños imaginarios. No sé muy bien en qué momento deja de hacerles gracia a los padres que se torture a los menores en la tele.

Con todo, nos animamos en casa a ver el documental Leaving Neverland, donde dos hombres ya maduros detallan los abusos a los que les sometió Michael Jackson durante varios años. Poco después nos animamos también a ver El caso de Madeleine McCann, serie que alcanza cotas de horror psicológico prácticamente insoportables. De ambos documentales sacamos algo que debatir: la culpa de los padres.

Así, nos desesperábamos en casa pensando que los McCann eran tan insensatos como para dejar a sus hijos pequeños durmiendo solos mientras ellos se iban a cenar, y que de hecho lo hicieron durante todas las vacaciones. Por su parte, los padres de Wade y James

habían aceptado con toda naturalidad que sus hijos de apenas diez años pasaran la noche con Michael Jackson, se fueran de gira con él y —en definitiva— quedaran en manos de un completo extraño.

Culpar a la víctima está muy mal visto hoy en día, pero es justamente lo más razonable en muchos casos. Y además se hace todo el tiempo. Culpamos al tonto que se despeña por hacerse un selfi peligroso, al idiota que circula a 200 kilómetros por hora y lógicamente se estrella, al fumador que sigue fumando cuando le han dicho que si persevera, morirá. Culpar a la víctima no significa validar su desgracia, sino expresar la facilidad con la que esta desgracia no existiría si la gente tuviera un poco más de sentido común. No hay muchos dolores más terribles que los que nos provocan aquellos que no saben cuidar de sí mismos. Porque un poquito de cuidado nos habría ahorrado a los demás un enorme sufrimiento.

Siempre hay alguien que cree que inventa la pólvora cuando, una vez que eres padre, te dice: «Ahora ya sabes lo que es el miedo». Lo he oído decenas de veces. Y es verdad. Los padres tenemos más miedos dentro que todo un Pasaje del Terror en hora punta. Una amiga me contó que está obsesionada con los pederastas, que ve pederastas por todas partes. Tiene dos niños. Al elegir guardería, desestimó una en concreto solamente porque entre su personal vio a un hombre. Esto me llevó a pensar en que, por mucho que avancemos y cuidemos los hombres de los niños, nunca será posible una guardería donde solo trabajen hombres: nadie llevaría allí a sus hijos.

James Rodhes afirmó que, si hay treinta niños en una clase, uno de ellos con total seguridad está sufriendo abusos. Dense cuenta de lo que alarma una verdad así.

Lo que apenas se cuenta es que, aparejado al miedo, a uno le sobreviene una brutalidad cavernaria descomunal al convertirse en padre o en madre. Casi cualquier padre que conozco te arrancaría la cabeza si tocas a su hijo. Es fuerte esto, verse, literalmente, dispuesto a arrancarle la cabeza a alguien si les hace daño a tus hijos. Yo debo de llevar treinta años sin pegarme con nadie, pero desde que soy padre me reconozco inclinaciones extraordinariamente violentas. Ya digo que es una sensación muy

extraña y vertiginosa, aunque en principio únicamente preventiva.

Y yo creo que hasta legítima. Es en relación con los propios hijos donde yo entiendo toda la violencia, el odio y la falta de piedad. Un padre y una madre tienen, a mi juicio, bastante licencia para perder la razón y acabar con un hombre que le haya hecho daño a su hijo, como veíamos en aquella película de Sissy Spacey, En la habitación (2001), donde mataban al asesino de su primogénito. Obviamente, si les pillan, deben ir a la cárcel o a la silla eléctrica. Lo que quiero decir es que me parece lo más natural que los padres se pongan por encima del bien y del mal y apliquen el ojo por ojo y el diente por diente. Yo soy capaz de entenderlos. Estamos hablando de que un hombre ha violado a tu hijo de tres, cuatro, ocho años; estamos hablando de que un hombre le ha quitado la vida a tu hija de cinco, seis, nueve años. No puedes pedirles a esos padres que sean clementes.

Sin embargo —y por eso la sociedad es justa y civilizada—, solo dos personas son los padres de un niño víctima de abusos o de asesinato. Todos los demás, aunque seamos padres también, no lo somos. Y es ahí donde debemos hacer el esfuerzo de velar por la justicia y la proporción, porque no sentimos, salvo de forma refleja, la comisión de la carne que sí sienten esos padres. Nuestra policía, paradójicamente, también está para evitar que un padre mate al hombre que ha violado a su hija.

Así, el caso de Woody Allen resulta paradigmático. Según la ley, la policía, un juez, los hechos probados, el director de cine no es culpable de nada. Sin embargo, mucha gente que no es padre ni madre de la presunta víctima ha decidido arruinarle la vida, empezando por sus películas (que ya no se producen) y por sus memorias (que nadie se atreve a publicar). Supongo que alguno que otro además le insultará a diario cuando lo vea por la calle o coincida con él en un restaurante.

En este caso de ajusticiamiento popular, donde no hay pena alguna especificada en un código (y que por lo tanto pueda quedar alguna vez satisfecha) ni presunción de inocencia ni reinserción posible, sino que todo es una condena masiva ilimitada y feroz justo hasta el día en que Woody Allen muera, encontramos lo que las dictaduras encuentran en los torturadores: personas perversas moralmente

amparadas por un sistema. También es curioso que justamente aquellos que se oponen a la prisión permanente revisable practiquen el linchamiento permanente sin remisión por algo que un hombre hizo —o no hizo— hace treinta años.

Pero ¿qué tenéis todos contra las amas de casa?

Kristen Ghodsee nació en 1970 en Estados Unidos y puede decirnos cómo era la vida sexual de las mujeres rumanas, búlgaras, polacas, albanas, húngaras, yugoslavas, checoslovacas y germanorientales entre aproximadamente el final de la Segunda Guerra Mundial y distintos momentos catastróficos de los años ochenta. Era una vida sexual fantástica. Todas vivían bajo dictaduras de inspiración soviética. Su vida sexual era dinamita. Hasta que llegó la catástrofe, ya decimos, la anorgasmia, ese jarro de agua fría para la libido llamado democracia. Entonces fue: un voto, un orgasmo menos. Es la idea madre, la ocurrencia retractilar de su libro Por qué las mujeres disfrutan más del sexo bajo el socialismo.

Yo creo que tiene que írsete mucho la mano con la quinoa para decir que la gente (da igual el género) disfrutaba más del sexo a) en la posguerra, b) bajo dictadura, c) hace unos sesenta años y d) sin anticonceptivos, que cuando se dejaron atrás a, b y c y llegó d. Michel Houellebecq no es un estudioso, pero cuando dice en alguna de sus novelas que la liberación sexual de la mujer llegó con la píldora está dando una pista bastante sensata. Ghodsee quiere hacernos creer que había más marcha en Varsovia en los años sesenta que en San Francisco, Londres o París; que Ceaucescu era sexy; que «telón de acero» quizá signifique una cosa muy picante. Solo un cuñado podría llevarle la contraria a una experta en Europa del Este con varias publicaciones premiadas sobre su historia y sus gentes. ¿A quién vas a creer, a una etnógrafa con años de estudio o a tus poquísimas ganas de follar en Rumanía en 1954?

La tesis de Ghodsee, dejado atrás el chiste del título, es conocida: el capitalismo es muy malo. Y especialmente malo para la mujer. Lo bueno es —concluye Ghodsse— el socialismo, pero ese socialismo que aún no hemos visto. Básicamente con esto puedes pasarte toda la vida dándotelas de intelectual. Para disfrutar de este posicionamiento, como es lógico, tienes que vivir en alguno de los

países más ricos del mundo y no conocer en persona a nadie con problemas reales. Por ejemplo, es necesario no conocer a una sola ama de casa.

Porque cuando se habla de capitalismo y mujeres, las amas de casa quedan siempre en medio y les caen palos por los dos lados. ¿Saben cuántas veces ha hecho un periódico un reportaje sobre amas de casa en el que un redactor se haya acercado a un parque infantil a preguntar a las ocho mujeres que hay allí y a los dos hombres (yo, por ejemplo) qué piensan de su vida como «personas inactivas por labores del hogar» (INE)? Nunca. Lo habitual es preguntarle a una ingeniera, una arquitecta y una bióloga sobre cómo sus hijos les han jodido la vida, y concluir que sí, que los hijos te arruinan la vida y que ser ama de casa es la nueva esclavitud. Ghodsee añade, además, que si eres ama de casa no tienes ni vida sexual.

Si Greta Thunberg puede hablar en nombre de la justicia climática, yo me voy a permitir hablar en nombre de las amas de casa. Lo primero que hay que entender es que la vida de una mujer en el capitalismo no es un dilema entre ser ama de casa y ser ejecutiva en Telefónica, pues hay un bonito espectro de posibilidades intermedias. Por ejemplo, ser cajera del Día; por ejemplo, ser reponedora en el Simply. También: trabajar de camarera, de tendera o dependienta, en una lavandería, en una fábrica, de taquillera en el cine, de barrendera, de telefonista y, bueno, otros cien empleos más, obviamente vocacionales. 930 euros al mes. Parece ser que hay gente con vocación de cajera de supermercado, sí.

Por ello, es habitual ver en el parque a madres dedicando miradas letales a sus hijos de dos años, y oírlas bisbisear: «Por ti dejé un maravilloso puesto de cajera en el que iba a ser muy feliz durante treinta y siete años seguidos, ¡maldito!». Y luego lloran. Porque, ojo, también lloraron el día que decidieron dejar el Día y dedicar su vida a ese cáncer que son los hijos. Se llevaron una bolsa de plástico de recuerdo. Y la enmarcaron. «Nunca seré auxiliar de carnicería, mi sueño desde pequeña».

Obviamente, también hay madres que dejaron atrás una oficina, una jefatura de sección o un puesto de comercial donde no se ganaba mal dinero. Y esa decisión fue durísima. ¿Cómo no echar de

menos las largas jornadas laborales hermosísimas en una oficina de almacén en Móstoles? ¿Cómo no lamentar toda la vida el día que dijiste adiós a Pollerías Sánchez SL o a Rodamientos Luismi, también SL? Esa silla chirriante, esa puerta todavía más chirriante, esos albaranes como pétalos de rosa. Y justo te iban a poner ordenador nuevo.

Les repito la avispada tesis de Arnold Bennett en Cómo vivir con 24 horas al día: «La mayoría de la gente no desea triunfar, por eso el número de fracasados es sorprendentemente bajo». Esto quiere decir que hay un momento en la vida en el que te das cuenta de que el éxito no es exactamente triunfar. Querer a tus hijos no es triunfar, pero no tengo tan claro que haya otras formas de éxito.

Yo no sé de dónde salen los intelectuales de izquierdas (o sí lo sé), los pensadores y columnistas que se dicen de tal sesgo, pero piensan todos como si trabajaran para Carrefour. Es decir, tienes a unas mujeres que se bajan del carro del capital, que apuestan por una vida acompetitiva, que obviamente consumen menos que nadie porque no tienen salario y que viven sin jefes, kick offs o trepas de filo fácil y en lugar de decir: «Este camino es interesante», crees que están siendo explotadas precisamente por el sistema del que se han desmarcado. Crees, sí, que son imbéciles. ¿No será que a lo mejor han acertado? Han tenido que elegir entre 1.000 euros al mes (sueldo, por cierto —y como parecen olvidar sistemáticamente los opinadores de izquierdas— de más o menos la mitad de todos los trabajadores del país); han tenido que elegir, digo, entre 1.000 euros al mes o estar en casa con sus hijos. Y viendo enseguida que casi les costaría 1.000 euros al mes que les cuidaran a sus propios hijos otras personas. Por tanto, irían a trabajar ocho horas al día por 300 o 400 euros al mes que casi no llegarían para pagar el transporte al trabajo, la ropa variada exigible en cualquier faena, el menú de la cafetería y el café de media mañana. ¿A que es increíble que haya mujeres (y hombres) que prefieran quedarse con sus hijos a ganar 200 euros al mes por no verlos en todo el día?

Entonces una idea —por ejemplo— de Podemos y del PSOE es que hay que obligar a esta gente a volver a sus horribles trabajos al parecer vocacionales poniendo guarderías gratis. ¿Eso es la izquierda, sacar a las amas de casa de la esclavitud de su propio

hogar y llevarlas al paraíso de un polígono industrial? ¿Hay algo más procapitalista que obligar a la gente a aceptar trabajos que detestan con toda su alma por 978 euros al mes?

Por otro lado, cuando uno tiene hijos y se encarga de cuidarlos, mágicamente todos sus amigos y conocidos desaparecen de la faz de la tierra. Comprendí que no me pasaba esto a mí solo por un tuit de la escritora Aloma Rodríguez, donde daba fe de esta fabulosa desmaterialización de la amistad. A mí en concreto solo me escriben los amigos o conocidos del mundo editorial para decirme exactamente esto: «Hola, Alberto. Blablablabla. Tengo nuevo libro. ¿Te lo mando?». Y adiós muy buenas.

Nadie quiere quedar con una persona que va a llevar consigo un bebé o un niño de dos años, porque —sí— es un coñazo. No se puede conversar tranquilamente. Sin embargo, ¿no les parece curioso que los mismos que dejan de verte porque cuidas niños denuncien en los medios y en las redes que la sociedad no ayuda a los que cuidan niños? Siempre es la sociedad la que no hace lo que, en realidad, no haces tú.

Hay una cosa que me encanta de las amas de casa, y es lo mal que visten. A mí me da muchísimo placer levantarme cada día y ponerme cualquier trapo y salir a la calle sin la menor preocupación por lo que la gente piense de cómo voy vestido. Con niños, no merece la pena ni la más mínima coquetería. Así, hay cerca de cuatro millones de personas que salen por la mañana a la calle con atuendos prácticamente indistinguibles, sin jefes, sin sueldo, sin competencia, sin maquillaje, sin organigrama; sin nada que producir; y que se juntan en un parque y comparten los juguetes de sus hijos con los hijos de otros desheredados.

Porque eso son las amas de casa, amigos: una comuna.

Qué una comuna: ¡el auténtico comunismo!

Los pobres, ese invento del Gobierno

Hace semanas que el diablillo de las ideas me viene minando la sensatez con una tesis que no me resisto a compartir con ustedes: no hay pobres. Es una tesis perfectamente disparatada, pero que no consigo desacreditar, todo me sugiere la inexistencia de los pobres, al punto de que sospecho a veces que es el Gobierno el que se los inventa.

La última vez que la idea de que no hay pobres se me ha instalado en la cabeza ha sido mirando pisos de alquiler. En Madrid hay tantos ricos que no caben todos en el centro y ya Carabanchel y Usera están llenándose de gente próspera, gente que puede pagar más de 1.000 euros por una casa. Todo lo que se va a construir en la capital, desde el Nuevo Norte a la fábrica de Mahou o el Calderón, es para millonarios. Los famosos 600.000 euros de Iglesias y Montero en Galapagar apenas dan para hacerse con uno de los pisos más pequeños de estos desarrollos. Si hubiera pobres, esto es, un buen montón de pobres, no habría un único montón de casas para ricos y no habría barrios enteros de la ciudad (Cascorro, por ejemplo) tradicionalmente deprimidos y lóbregos que compitieran entre sí por ser la nueva Malasaña. Todo en Madrid es ya la Nueva Malasaña y el Nuevo Lavapiés y uno debe preguntarse qué es entonces Malasaña ahora mismo, y cómo hay tanto malasañero para llenar tantas Malasañas.

En mi barrio, Imperial, abren comercios nuevos cada semana y todos tienen que ver o con tu perro (peluquería y guardería caninas) o con aquello que interesa al que no tiene perro: estar tan en forma como un perro. No he asistido a la apertura de una sola tienda en mi calle que tenga que ver con alguna necesidad estricta y real, como comer o comprar bombillas. El negocio está ahora en las guarderías de perros y en el perreo propio, llámalo pilates, lo que significa que a la gente comer ya no le preocupa, y hasta que no sabe por qué debería preocuparle.

En los años noventa era de ricos el Canal + y el psicólogo y el

gimnasio y la cocaína. Ahora tengo amigos que se quejan de su situación financiera mientras pagan 60 euros a la semana a un terapeuta, 60 euros a un camello, 60 euros a Netflix et alia y 60 euros a un centro deportivo. Y la declaración de la renta se la hace un gestor y la casa se la limpia una señora. Ese es el pobre de hoy, un rico que se queja.

Obviamente no se me escapa que algún pobre de verdad queda en nuestro país, pero vamos acabando con ellos a base de carne mechada y el atún del Día. Es admirable esta estrategia. Nadie se pregunta por qué nunca un alimento caro mata a la gente. El caviar nunca ha matado a nadie, ni el champán. Desde lo del aceite de colza estamos eliminando pobres de puta madre, mediante habilidosas intoxicaciones estacionales.

La prueba definitiva de que no hay pobres es la necesidad que tenemos de importarlos y el gran valor que se les da, habida cuenta de su escasez. Si hubiera muchos españoles pobres, seguiría habiendo partidos de izquierdas. Pero la izquierda, a nivel mundial, ha descubierto que habiendo más pijos sensibles y yonquis de la superioridad moral que pobres, es mejor que te voten pijos y veganos a que te voten pobres. Es un cálculo inapelable. El Gobierno se gana cuando te votan los ricos, porque los pobres, reunidos todos en una circunscripción electoral (pongamos Segovia), apenas serían bastantes para enviar a Madrid un diputado al que nadie haría caso, porque no hablaría en nombre del pueblo, sino en nombre de los pobres.

Hay que ser, ahora mismo en España, completamente imbécil para ser pobre. Conozco autores, y también autoras, que han llegado muy cómodamente a los treinta y pico sin saber lo que es trabajar ocho horas en una oficina (y no digamos en un taller o en un almacén o en una tienda) y tener que volver al tajo mañana, y así hasta el viernes y así veinte días al mes durante un año o catorce. Todo ello sin vender un solo libro. Hay dos sitios donde es imposible encontrarse a un escritor español: en la biblioteca pública y en el Metro. Lógicamente nadie escribe sobre ser pobre si no coge nunca el Metro. Y nadie se molesta en escribir nada en España si no le dan antes una beca; o un premio, también antes.

Los pobres que se ven por ahí a mí no me engañan. Los pobres son

gente que normalmente no es pobre. Llevo toda la vida creyéndome la miseria de jóvenes de halo inope que, al llegar a los treinta, resultan ser todos hijos de millonarios, pues, en cuanto engendran ellos mismos, les cae del cielo una casa comprada a tocateja. O una herencia. O una dirección empresarial. La de cosas que caen del cielo en este mundo de ricos. Así, cada vez que veo a un pobre por la calle, no me lo creo, sobre todo si es joven. Pienso, ante un muchacho trigueño y foráneo que pide en Sol o que avanza zarrapastrosamente con su mochila al hombro por la calle de Toledo, pienso, digo: «qué pasta no tendrá tu padre en Dinamarca, en Alemania, en Tobago, qué pasta no tendrá». No me fío de los pobres si lo parecen demasiado.

Creo que el Gobierno se ha inventado a los pobres para poder seguir siendo de izquierdas. Los saca a pasear de vez en cuando, aunque nadie haya visto un pobre nunca. No conocemos a la gente que no tiene dinero. No existe. ¿En qué canal de la tele salen los pobres? ¿Cuál es su grupo en Facebook? ¿Qué manifestación han hecho los pobres en la última década? Hay algo que le pregunto a mi novia a menudo; en serio, le digo: «¿conoces a alguien que sea pobre de verdad?». Nosotros mismos somos de lo más pobre que se ve en nuestro barrio. Y ella reconoce que no, que todo el mundo tiene algo, alguien, un patrimonio latente, una lotería venidera atronada por los niños de San Ildefonso de la muerte. Patrimonio viene de padre. La pobreza confesa no es más que tacañería anticipada, la del pobre que aún no se convirtió en heredero.

Les recuerdo, volviendo a Bloy, que la pobreza es la falta de lo superfluo, y la miseria, la falta de lo imprescindible. Ahora mismo todo es prescindible, hay una producción masiva de productos y servicios superfluos. Lo superfluo es tan vasto que lógicamente la gente se siente pobre la mayor parte del día. Uno es pobre hasta que compra por fin lo que no necesitaba. El problema de los pobres es la poca pena que nos dan ya. Han perdido calidad moral, adjetivos. Si no concurre raza, Mediterráneo o género, el pobre nos da cero coma cero pena. Y por eso no existen los pobres en España, porque ahora no tienen siquiera el derecho de darnos pena.

¡En esta casa no se lucha más contra el cambio climático!

El otro día mi novia se volvió loca. Eran como las diez de la noche. Empezó a hablarme de bolsas de plástico. Yo no le hacía mucho caso. ¿Quién puede hacer caso a alguien que habla sobre bolsas de plástico? Que por qué no llevaba yo al súper la bolsa de plástico, que estaba harta de encontrarse bolsas de plástico por toda la casa. Vi que la cosa iba en serio. Madre mía, dije: «¿qué cojones te pasa con las bolsas de plástico?». «¡Está todo lleno de putas bolsas de plástico, coge una cuando vayas al Mercadona y no compres más bolsas de plástico!». «¿Por qué?». «¡Porque no nos hacen ninguna falta, joder!». «¿Es por el cambio climático, cariño?». «¡Sí, cariño!».

Lo que pensé a continuación les sorprenderá: ¿cuándo hemos pasado en esta casa de luchar contra el heteropatriarcado a luchar contra el cambio climático? Es lo que pensé, para qué se lo voy a negar a estas alturas. Y pensé más: ¿eso quiere decir que hemos derrotado ya al heteropatriarcado?, ¿cómo no avisan? ¿El heteropatriarcado está old fashioned? ¿Aquella lucha mundial y titánica ya no mola porque ahora solo mola la lucha titánica y mundial contra el cambio climático? ¿No hay ni un momento de descanso? Y así se lo dije a mi novia: «Oye, en esta casa hemos derrotado al heteropatriarcado, ¿y ni se celebra?».

La verdad es que la escena no fue exactamente así. En mi casa no nos llamamos cariño. Todo lo demás fue exactamente así.

De modo que me puse a luchar contra mi novia luchando contra el cambio climático. Primero le recordé algunos datos fundamentales sobre nuestro batallar nada militante, pero muy eficaz, contra el cambio climático. 1) No tenemos piscina. 2) No tenemos coche. 3) No tenemos casa propia. 4) Yo no tengo smartphone. 5) Llevamos cuatro años sin subirnos a un avión. 6) Nadie podría demostrar que no hayamos reciclado correctamente la basura hasta ahora. 7) Apenas compramos ropa. 8) El 90% de toda la ropa de nuestros hijos es prestada. 9) Solo utilizamos el transporte público. Y 10)

¡Nuestra lavadora tiene una A con tres crucecitas! ¿Qué más se nos puede pedir, por el amor de Dios?

Dicho lo cual, me vi obligado a preguntarle: «¿Realmente nos toca a nosotros luchar contra el cambio climático? ¿Realmente somos nosotros los que necesitamos una tensión añadida a nuestro extenuante hogar (dos hijos pequeños) que derive en microconflictos como este de las puñeteras bolsas de plástico? ¡No estoy dispuesto!», me planté. «¡En esta casa no se lucha más contra el cambio climático!», ha dicho padre. Aquí solo luchamos por llegar a fin de mes. Estaré en primera línea contra el cambio climático cuando tengamos piscina, Range Rover, iPhones para todos, cuatro billetes de avión a Berlín y Scalpers entero (otoño/invierno) en mi armario. Hasta entonces, y como dice la canción, count me out!

Mi novia sigue luchando contra el cambio climático. Yo no. Hay días en los que, de hecho, estoy a favor del cambio climático. Quiero decir, a favor de la extinción del planeta. Es una idea que me relaja. La extinción del planeta Tierra. Una cosa menos de la que preocuparse, amigos.

Me he acordado de esta discusión familiar supernumeraria ahora que tenemos la COP25 en Madrid. Lo primero que ha hecho la COP25 en Madrid ha sido esclavizar a 400 personas en apenas veinticuatro horas, trata contemporánea que desde Barcelona 92 se conoce como «voluntariado». A lo mejor otro día les hago el artículo de cómo hay gilipollas que trabajan sin cobrar porque les parece bonito ser voluntario. 87 millones de euros se ha gastado el Gobierno de España en la COP25, y no tenía 160.000 euros para darles a 400 chavales, pongamos, 400 eurillos. Madre de Dios.

A la COP25 vienen todos y Greta Thunberg. Es curioso que la activista más conocida del mundo contra el cambio climático no sea, de hecho, voluntaria. Uno es voluntario cuando se deja explotar, pero solo es activista cuando cobra. No sé si se han dado cuenta. Yo sí.

El caso es que el cambio climático está de moda. Yo, que he vivido la moda del agujero en la capa de ozono (¿alguien sabe qué pasó con el agujero y, mayormente, con el ozono?), debo reconocer que

duermo muy tranquilo por las noches mientras el planeta se dirige hacia su destrucción total. Lo siento: duermo por las noches arrullado por mil problemas personales y ninguno es el cambio climático. En cierta medida, les envidio. Envidio que ustedes tengan tiempo de salvar un planeta mientras yo apenas puedo salvar —como habrán visto— mi matrimonio.

Lo que más me emociona de toda esta lucha que ustedes, mi novia y el teleñeco diabólico Greta están cargando sobre sus espaldas es lo de los jóvenes, los adolescentes. Lo digo en serio: me conmueve hasta las lágrimas ver a chicos de quince años concienciados sobre el apocalipsis termómetro que se nos viene encima y comprometiéndose de corazón para hacerle frente.

Lo que no acabo de entender es por qué estos chicos tienen todos teléfono móvil. De hecho, no entiendo cómo, entre las propuestas y campañas que sin duda han protagonizado estos adolescentes, no hay una, y muy firme, sobre dejar de usar teléfono móvil antes de los dieciocho años. Ya saben que yo no sé ni de lo que hablo, pero que varios millones de personas en el mundo occidental renunciaran al teléfono móvil tendría sin duda un impacto serio en cuanto a consumo eléctrico, generación de basura plástica o ahorro de materiales. Por no hablar de las dificultades sobrevenidas para arruinarle la vida a los demás chavales vía bullying o para ser acosado por un adulto que supondría que nadie menor de dieciocho años tuviera móvil.

¿Estarían dispuestos los chavales españoles de entre doce/catorce y dieciocho años a entregar a sus padres su teléfono móvil y a no volver a usar uno hasta que tuvieran diecinueve? Seguro que sí: están superconcienciados. ¿O creen ustedes que estos muchachos se iban a aferrar a sus teléfonos móviles con uñas y dientes y los ojos ensangrentados en lugar de contribuir a un planeta mucho más limpio, solo que sin Instagram? Qué va, hombre, qué va. Seguro que se lo tomaban muy bien.

Epílogo: qué es escribir bien

1. La sorpresa

Escribir sobre escribir bien es ya un exceso, porque lo único que deberías hacer para pontificar sobre la buena escritura es demostrarla. Quizá por eso se cuenta con tan pocas incursiones en este terreno, más allá de los manuales de gramática, los libros sobre claridad expositiva y los cuadernillos de caligrafía. La noción «escribir bien», en efecto, puede llevarnos a pensar en tildes y concordancias, en sencillez y comunicabilidad, en letra manuscrita impecable. Un bando municipal puede estar bien escrito, al igual que el prospecto de un medicamento o las primeras palabras de tu hijo de seis años sobre la pizarra. Sin embargo, cuando un escritor escribe bien no importan tanto la ortografía (pues pueden habérsela corregido), la claridad (muchas veces se dice de alguien que escribe bien en la medida en la que no se le entiende) o la buena letra. Es entonces cuando escribir bien significa otra cosa: significa gracia.

Con todo, algo hay en escribir bien de los otros sentidos de este elogio. Pocos escritores tienen la desvergüenza de esperar a que los correctores de una editorial les aseen la sintaxis, y casi todos empezamos en esto memorizando que no se dice sentarse en una mesa, sino a una mesa, amén de mil pormenores lingüísticos más. El anhelo de buena prosa sugiere la importancia de conocer el idioma con el que vas a trabajar. Por supuesto, nunca se termina de aprender, y por eso los correctores profesionales siguen teniendo mucho trabajo.

Ellos son devotos de la norma lingüística, que establece el terreno de juego del escritor, lleno de límites, prohibiciones y usos recomendados. La norma es la automatización del idioma, la fijación de un universo previsible. «El gato maúlla»; «la ciudad era grande, sucia y ruidosa»; «la policía se incautó de cuatro kilos de hachís». Eso es escribir bien, pero ningún escritor escribe bien escribiendo así de bien.

El motivo se encuentra en que la corrección no tiene gracia. Acudimos a la décima acepción del diccionario para empezar a intuir qué es la gracia literaria: «Dicho o hecho divertido o

sorprendente». El formalismo ruso estableció que la desautomatización del texto es una de las características fundamentales de la literariedad. Es decir, un texto es literatura porque contiene una revolución, no dice lo que dice, no lo dice como tú lo dirías y nunca acaba de decir nada verdaderamente útil.

Escribir bien es conjurar la sorpresa, introducir desvíos en la norma. Escribir bien es lograr la expresividad a pesar de las propias palabras, que saben muy bien qué significan y con qué otras palabras pueden juntarse.

En la escuela nos enseñan que tres o más adjetivos se separan por comas y llevan la conjunción «y» entre el penúltimo y el último; por eso hemos escrito antes «la ciudad era grande, sucia y ruidosa». Es una frase que podemos oír en el Metro, leer en un mail o encontrar en un artículo de prensa. Solo informa. Si escribimos: «La ciudad era grande y sucia, ruidosa», ¿estamos diciendo exactamente lo mismo?

Lo cierto es que no oiremos esta frase en el Metro ni la leeremos en un mail o en un periódico: solo los escritores producen una frase así. Ha sido suficiente con adelantar un poco la i griega para modular un significado y que diga algo más, como desde un doble fondo. La ciudad de la frase no normativa parece de hecho más ruidosa que la otra, que es más o menos igual de grande que de sucia, e igual de ruidosa que de grande. Hasta da la impresión, en la segunda frase, de que «grande» y «sucia» se proponen como sinónimos.

También suceden cosas con el significado de una frase tan simple si escribimos: «La ciudad era grande y sucia y ruidosa». Ahora parece que odiamos esa ciudad, algo que no habíamos descubierto con: «La ciudad era grande y sucia, ruidosa». Pero hay más: «La ciudad era grande, sucia, ruidosa». Aquí el narrador es un señor muy tranquilo que tiene perfectamente asumidas las características de la ciudad de la que habla. Su sosiego vital solo ha necesitado eliminar una conjunción para sernos revelado.

Cuando un autor que mima su prosa comenta que anda estancado, improductivo o desesperado se refiere exactamente a esto: ¿la ciudad era grande, sucia y ruidosa o era grande y sucia, ruidosa; o

era grande y sucia y ruidosa; o era grande, sucia, ruidosa? Se trata de una frase de siete palabras, quizá seis. Una novela estándar tiene 60.000. Dense cuenta de lo difícil que es controlar el doble fondo de 60.000 cajones.

La primera vez que vi este uso de la conjunción «y» fue en un poema de César Vallejo: «Son testigos / los días jueves y los huesos húmeros / la soledad, la lluvia, los caminos». Desde entonces he utilizado este recurso en muchas ocasiones. Simplemente copio.

A lo mejor César Vallejo también copiaba, pues no resulta fácil saber cuándo aprendió uno a leer bien, y quizá leí antes algo similar en Cervantes o en Quevedo, sin apreciarlo.

¿Qué relación hay entre escribir bien y leer bien? Salvo genialidad absoluta, nadie escribe bien sin leer bien, es decir, sin copiar giros, atrevimientos y recursos de otro autor. Inventar un desvío a la norma que tenga fuerza expresiva no es tan fácil como parece: casi todos son heredados.

Tampoco leer bien resulta común, y puede decirse que la mayoría de los lectores no sabe leer. Esto casa perfectamente con la evidencia contraria: que la mayoría de los escritores no sabe escribir.

Si añadimos además que escribir bien siempre será discutible, pues lo que para unos es un gran prosista para otros es un cantamañanas, nos encontramos de pronto ante el mayor reto por escrito de todos los tiempos: resolver qué es escribir bien.

2. Tropos contra clichés

Es posible que ninguna definición nos ponga tan cerca del sentido literario de «escribir bien» como la que corresponde a «tropo»: «Empleo de una palabra en sentido distinto del que propiamente le corresponde, pero que tiene con este alguna conexión, correspondencia o semejanza. La metáfora, la metonimia y la sinécdoque son tipos de tropos» (DRAE).

Propusimos anteriormente «el gato maúlla» como frase correcta, incluso perfecta, con la que sin embargo no se llega muy lejos en esto de escribir. Si los gatos maúllan y los perros ladran, lógicamente llueve y alguien se puso rojo como un tomate y el asesino era el mayordomo. También es entonces irremediable que el sujeto preceda al verbo y el verbo al predicado, y nunca necesitaremos un subjuntivo o un punto y coma, pero sí un marco incomparable. Adiós, prosa; hola, cliché.

Que los gatos maúllen en una novela no es intrínsecamente antiliterario. El problema es que no dejen de maullar durante todo el libro. Maullar es malo. Maullar prosa es evidente. Además, nadie oye maullar a un gato en la frase «los gatos maullaban».

Sin embargo, imagino una escena nocturna escrita con sencillez y donde en un momento dado el narrador nos diga: «Sonaban gatos». Todo se reduce a entender que «sonaban gatos» es muchísimo más expresivo que «los gatos maullaban».

Creo que todo autor que comienza renuncia enseguida a «rojo como un tomate» y a «pobre como una rata» si su pretensión es hacer literatura. La mayoría de los escritores literarios eluden estas fórmulas consabidas, lo que no siempre les lleva a escribir bien, sino, de hecho, a hacerlo peor aún muchas veces. ¿«Los gatos rugían»? ¿«Los gatos en conciábulo emitían sus discursos felinos»? En ocasiones es mejor dejar que los puñeteros gatos solo maúllen.

La guerra contra el cliché de la que hablaba Martin Amis es, muy exactamente, la gran guerra de la literatura. Pero tengo una sorpresa para ustedes: es una guerra fratricida.

Porque el desdén con el que a menudo tratamos a los clichés ignora una verdad fascinante: los clichés fueron un día literatura, y de la mejor especie.

Si pensamos detenidamente en una expresión como «ojos como platos», o en otra como «rojo como un tomate», nos daremos cuenta de que son símiles insuperables. Sencillos, ajustados, vivos. El cliché no es, por tanto, una locución barata y vacía, sino un tropo que el tiempo ha desecado. Ha muerto de éxito. Ya no es literatura porque ha perdido el gas del texto: la sorpresa.

Echo a menudo en cara a Roberto Bolaño utilizar en su relato Sensini el tópico «era pobre como una rata». Este autor tan cotizado abusaba como nadie de los lugares comunes en su prosa: «duerme como ángel», leí en otro texto suyo. Un buen escritor debe dejarse cortar una mano antes de escribir «pobre como una rata». Su batalla es transmitir esa pobreza colosal con otras palabras.

Veamos cómo soluciona este dilema Sabina Urraca en Las niñas prodigio: «Todo su equipaje era una mochila con un par de pantalones y un paquete de galletas Príncipe». La autora ha conseguido para las galletas Príncipe lo que no se sabe quién (¿por qué los clichés no tienen autor?) consiguió para la rata: que representara la pobreza. La frase de Sabina Urraca es, además, muy sencilla. La sorpresa sencilla es mi ideal de escribir bien.

Fue Pascal quien dijo: «Te pido perdón por escribirte una carta tan larga, pero no he tenido tiempo para escribírtela corta». Algo parecido puede decir todo escritor literario: perdóname, lector, por esta frase tan alambicada, pero me costaba mucho más esfuerzo escribirla sencilla.

Tengo claro que todo lo que yo haya escrito lleno de palabras llamativas e imágenes rebuscadas nació de una de estas dos situaciones: o falta de inspiración, o falta de confianza en disponer de algo interesante que contar. Lo mismo noto cuando escribo un artículo: si tengo una buena idea, la prosa se vuelve humilde; si no

tengo nada que decir, escribo pomposamente.

El tropo más brillante de todos sería aquel que acabara convertido en un cliché. Un cliché no se nota, casi nadie se para un segundo a pensar qué quiere decir verdaderamente «ojos como platos», del mismo modo que decimos «por favor» sin entender que decimos: «te pido esto como un favor que me hagas tú a mí». Son solo sonidos protocolarios.

Porque un tropo o símil o locución literaria verdaderamente bueno se nos propone camuflado en el texto. Tomemos esto de Juan Rulfo: «Aquí todo va de mal en peor. La semana pasada se murió mi tía Jacinta, y el sábado, cuando ya la habíamos enterrado y comenzaba a bajársenos la tristeza, comenzó a llover como nunca».

Hay una palabra en este extracto que me genera auténtico éxtasis. Quizá a ustedes también: «bajársenos». «Comenzaba a bajársenos la tristeza». Qué cosa tan extraordinaria.

Estoy seguro de que muchos lectores —malos, regulares y hasta buenos— leen de corrido el cuento Es que somos muy pobres y, gustándoles, no reparan en que «bajársenos la tristeza» no es un decir usual. Parece de hecho lo más normal del mundo, como «me ha bajado la regla» o «me puse colorado».

Sucede con los autores latinoamericanos que uno no sabe si determinadas expresiones deliciosas son creación suya o simple traslación del habla real de sus pueblos. Sea como fuera, me doy la razón: o «bajársenos la tristeza» es un tropo genial de Rulfo o es un cliché mexicano que empezó como tropo genial de alguien.

Escribe Ray Loriga en Trífero: «Lotte se acercaba entonces a la baranda para recibir su premio y Saúl, generoso, la obsequiaba con un beso en los labios. La pequeña Lotte estaba radiante. Enamorada como un caballo».

«Enamorada como un caballo». Parece un cliché. Por tanto, es bueno.

Por supuesto, también hay tropos e imágenes estupendas algo más enrevesadas y delatoras: «Salieron a la calle y tomaron un tranvía

frente al bronce de la estatua de Goya, con su maja desnuda de piedra, ya con un verdín de lluvia en las caderas» (Agustín de Foxá).

«Estábamos a mitad de primavera, desconcertados por un un sol furtivo y sin violencia, por noches frescas, por lluvias inútiles» (Juan Carlos Onetti).

Pienso en definitiva que si uno no puede hacerlo así de bien lo mejor es el decir desnudo. O sea: «Era muy pobre».

Y listo.

3. Contra el diccionario

El aspirante a escritor, el joven escritor, muchos lectores, muchos críticos y hasta no pocos escritores maduros creen que la buena literatura tiene algo que ver con el vocabulario. Bien, he aquí la mala noticia: la buena literatura no tiene nada que ver con el vocabulario. La mala literatura tiene que ver con el vocabulario, cierta pésima escritura también. La relación entre un amplio vocabulario y la peor de las prosas se asemeja a esa fatalidad del nuevo rico que se convierte en un hortera. Tengo tanto dinero que no puede no notárseme; me sé tantas palabras que no me resisto a emplearlas todas.

Es lógico pensar que un escritor conoce más palabras que ninguna otra persona con la que comparta idioma, pues su oficio es nombrar, representar desde el lenguaje y explorar significados. Cuantas más palabras conozca, más ancha será su creatividad. De pronto puede echar mano de «nefelibata», de pronto «refitolero» resuelve y enriquece la frase que tenía medio atascada. El lector seguramente no sabe qué significa «nefelibata» o «refitolero», y a lo mejor acude al diccionario. Si ese lector quiere ser escritor, además, hasta apuntará esas palabras en un cuaderno.

Es lo que hacía yo con diecinueve años mientras leía a Pío Baroja. Apuntaba decenas de palabras nuevas para mí, casi todas referidas a objetos o enseres que ni siquiera seguían en uso. ¿Leontina? Ahora mismo no sé decir si me sirve de algo o no saber lo que es la leontina del reloj.

En todo caso, lo primero que pensamos cuando queremos escribir bien es que una pieza literaria viene muy enjoyada. Hay que vestirse en el texto para ir a la fiesta de la literatura. Incluso muchas cartas al director transparentan esa creencia común de que escribir públicamente requiere lucimiento léxico. Las cartas al director, las novelas posmodernas y el ensayo derivado de la Teoría Francesa son las tres manifestaciones más abrasivas de la mala

escritura. Hay que dejar de leer todo eso.

También hay que dejar de abrir el diccionario. El objetivo de un escritor es dejar de abrir el diccionario. Yo compré el de la RAE en los años noventa, en dos tomos, y lo tengo por ahí hecho trizas, de tanto abrirlo. Ya no lo abro. Hay un momento en la vida de un escritor en el que descubres que el diccionario no tiene nada que ver con tu trabajo.

Por la época en la que apuntaba palabras de Baroja en un cuaderno conocí a otro estudiante que abría el diccionario y, al dar con una palabra que no conociera, escribía una frase con ella. Luego buscaba otra palabra rara, de uso infrecuente, y escribía la segunda frase. Me daba a leer sus textos y me acongojaba. ¡Cómo escribe este tipo! Luego me contó su truco y de ahí saqué una de las lecciones fundamentales de mi vida como escritor: que no había que escribir así. Entremeter, empotrar, engastar o emplastar una palabra que en realidad no dominas en un texto que ya tienes escrito es exactamente lo contrario de escribir bien. Cuando uno escribe verdaderamente bien no tiene tiempo material de abrir el diccionario porque le posee la fiebre de su labor, la prosa llega en volandas, automatizada por su propia felicidad.

Cuando uno escribe bien, y emplea una palabra que muchos lectores no conocen, lo cierto es que estos tampoco dejarán luego de leer para abrir el diccionario. Casi diría que un lector cándido deja de leer para mirar qué significa una palabra justo con aquella que un autor engañabobos tuvo a su vez que sonsacar del diccionario. Escribir mal lleva indefectiblemente a leer mal: si el escritor hace trampas, el lector se sabotea. Podemos preguntarnos cuántos lectores dejaron a la mitad el poema de Machado cuando leyeron: «Grises alcores, cárdenas roquedas, / por donde traza el Duero su curva de ballesta» para mirar qué es exactamente una «roqueda». Nadie. Un lexicógrafo. Un aspirante a escritor. Nadie, en suma.

Nos fiamos de Machado, nos acompasamos en Machado. Sea lo que sea «roqueda», nos gusta incluso sin saber qué es. Y, cuando hemos terminado el poema, no sentimos ninguna necesidad de saber qué es, porque lo que nos interesa es el sentimiento poético, no la geología.

Parece que uno de los méritos del Ulises de Joyce es tener más palabras distintas que ningún otro libro de la historia de la literatura inglesa. En concreto, hay 29.899 palabras distintas en el Ulises. Imaginen tener que leer un libro abriendo 29.889 veces el diccionario. O 7.000. Nadie escribe un libro con el deseo de que dejes de leerlo 700 veces por culpa del propio texto; el deseo del autor es, justamente, que no apartes los ojos de sus páginas ni por un segundo.

Leyendo Huracán en Jamaica, de Richard Hughes, llegamos a este pasaje: «Cuando subirse a las vergas empezó a aburrirlos, la mayor diversión estuvo sin duda en esa red de marchapiés y cadenas y estays que se extiende por debajo y sobre cada costado del bauprés». ¿Entienden algo? No. ¿Importa? No. Uno sigue leyendo porque esa sucesión de palabras técnicas marineras simplemente busca que nos creamos el barco, perfectamente verosímil en la medida en que el autor se acredita nombrándolo. Una descripción no nos hace ver, nos hace creer. Al contrario de lo que se suele decir, un pasaje descriptivo no nos lleva a imaginarnos una realidad; solo nos lleva a fiarnos de una mirada.

¿Acaso podría leerse con gusto Huracán en Jamaica si abrimos por cuatro sitios el diccionario debido a una sola frase?

Este entorpecimiento de la lectura es el que se promueve en determinada mala prosa, aquella que apedrea de vocablos infrecuentes, tecnicismos, anglicismos o exhumaciones léxicas cada frase. El autor es un charlatán, embauca sin seducir, arroja bombas de humo y muchos lectores creen que no entender nada de su libro significa que se hallan ante Gran Literatura, Gran Pensamiento. Normalmente estamos ante Escayolas, Chorradas.

Creo que escribir bien, hacer buena prosa, depende en grado sumo de cierta honestidad intelectual, a saber: con esto cuento. Empiezo a escribir y con esto cuento, con estas palabras, las que me sé, las que domino, las que acudirán a mi cabeza mientras esté tecleando, traídas muchas veces por su significado exacto, pero otras por asociaciones inconscientes y hasta indefendibles, por su música, por capricho, incluso erróneamente.

Escribir bien es dejarse ir hacia un único misterio: lo que conoces.

4. La claridad

No es raro que, mientras leo un libro, una frase vulgar llame mi atención. Entonces la reviso, casi sílaba a sílaba, tratando de entender por qué ha interrumpido mi lectura. Cuando digo vulgar, no digo que sea mala, que contenga errores o que rechine en el conjunto. Cuando digo vulgar quiero decir que nadie subrayaría esa frase, ni la citaría en Twitter ni la recortaría para sumarla a un cuaderno de citas brillantes. Pocas veces un escritor es alabado por sus frases vulgares.

Este año leí por fin Corre, Rocker, de Sabino Méndez, por ejemplo, y me quedé atrapado en este pasaje tan gris: «El Ayuntamiento de la ciudad y la televisión pública habían decidido ofrecer un festival gratuito en el Palacio de los Deportes de Madrid, que duraría veinticuatro horas, y por el que desfilarían todos los grupos más conocidos en aquel momento de la música joven nacional».

¿Qué hay de interesante en esta frase? ¿A qué se debe que detuviera en ella mi lectura de Corre, Rocker, libro lleno por otra parte de frases mucho más resultonas y jugosas? En este extracto no hay metáforas ni adjetivaciones originales, el vocabulario es común y no se alcanza la frase larga con apabullantes subordinadas o rompedoras cláusulas parentéticas. Solo se dicen cosas, una detrás de otra. Solo se da información. Pero la da, Sabino Méndez, con exquisita claridad.

Escribir bien guarda relación principalmente con la capacidad de un autor para distribuir información de forma equilibrada. La frase de Méndez podría trocearse o mutilarse: podríamos decir lo mismo con cuatro frases muy cortas o, sin más, dejar fuera tanto el dato de que el festival era de entrada libre como el apunte de que solo se convocaba a bandas jóvenes. Sin embargo, si intentamos dar toda la información que encontramos en esta frase (el ayuntamiento y la televisión pública, un festival gratuito, en el Palacio de los Deportes de Madrid, duración: veinticuatro horas, todos los grupos

conocidos, de la música joven nacional) en otra única frase, entenderemos la dificultad de su escritura. Lo fácil es hacerse un lío, escribir mal.

También hace nada releí Los cuadernos de Luis Vives, de Francisco Umbral, donde vi algo similar en esta frase: «Mi primera visita a Guillén, concertada por teléfono, fue un domingo de invierno y lluvia por la tarde». Salvo el giro final, meritorio y talentoso, se trata también de una frase depuradamente informativa: primera visita a Guillén, cerrada por teléfono, un domingo, en invierno, por la tarde, llovía. Traten de poner todos esos datos por su cuenta en una sola frase escrita de nueva planta y verán que lo más difícil de la escritura no es el brillo, sino la claridad.

Así, autores literarios con léxico llamativo, frase larga, metáforas bizarras, retóricas, en fin, sobreactuadas, hay muchos. Autores literarios que escriban bien, a pesar de todo ese empeño por ser «literarios», no tantos.

Cuando uno no puede con determinados libros por su prosa, no es porque a esta le falte ambición o maneras literarias, sino por la notable negación del autor para ser claro. Así comienza un conocido premio Nadal: «Sabía lo que estaba pensando mi hija mientras me miraba hacer la maleta con sus penetrantes ojos negros y un poco asustados». Es una frase sin fluidez, enmarañada (parece decir que el narrador mete los ojos de su hija en la maleta), ambigua (¿quién lo sabía?, ¿transmiten susto los ojos de la hija siempre o solo en ese momento de mudanza?). Lo deprimente de este tipo de novela comercial es que da igual que lo dicho no se entienda, porque siempre es un cliché o un lugar común, o una cosa muy obvia. Lo que se dice está tan trillado que permite escribir mal sin miedo a no ser comprendido. Veamos un extracto singularmente atroz de otra novela muy vendida:

Se vestía mientras tomaba un café con leche y dejaba una nota a su marido, para meterse después en el coche y conducir absorta en pensamientos hueros, ruido blanco que siempre ocupaba su mente cuando despertaba antes del amanecer y que la acompañaban como restos de una vigilia inconclusa, a pesar de conducir durante más de

una hora desde Pamplona hasta el escenario donde una víctima esperaba.

El nulo placer que uno recibe al leer esta frase no deriva de un hipotético desprecio por la novela policial ni de que en el texto se proceda a abrir todo el abanico de clichés del género, ni siquiera de la pésima música que producen todas estas palabras juntas; sino de su casi increíble falta de precisión. ¿Se puede uno vestir mientras toma un café? ¿Las víctimas esperan? ¿Siempre se producen crímenes a una hora exacta en coche desde Pamplona? Pongamos aquí un piadoso: etcétera.

Sin salirnos de los libros más vendidos, hay ejemplos de ficciones con ánimo comercial que podemos apreciar mucho mejor escritas. Por ejemplo, El tiempo entre costuras, de María Dueñas: «Se trataba tan solo de aspiraciones cercanas, casi domésticas, coherentes con las coordenadas del sitio y el tiempo que me correspondió vivir; planes de futuro asequibles a poco que estirara las puntas de los dedos». O Julia Navarro en Dime quién soy: «Mi tía levantó la vista del folio que tenía en las manos. Lo había estado leyendo como si el contenido del escrito fuera una novedad para ella. Pero no lo era. En aquel currículo estaba resumida mi breve y desastrosa vida profesional».

Dueñas y Navarro distribuyen mejor la información, sobre todo porque ponen un punto de vez en cuando, obligado retén de la escritura cuando no se es Virginia Woolf o Javier Marías.

La claridad es la característica fundamental de la buena prosa, un paisaje de fondo, quizá el lienzo en blanco a partir del cual se pueden proponer otras virguerías, frases más o menos largas, vocabulario más o menos exigente, imaginerías y derroches. Pero sin claridad, no hay buena escritura, por mucho que se haga pasar tantas veces lo complejo y enrevesado por alta literatura, cuando solo es pretenciosidad, humo y frustración.

Se me ocurre ahora que, establecida la claridad, siendo el autor absolutamente consciente de la premisa de claridad que debe imperar en cada una de sus frases, todo lo demás es estilo. Quizá el

estilo no es otra cosa que responder a la pregunta: ¿cómo hacerlo más bonito sin dejar de ser claro, cómo recargar sin que la claridad se enturbie?

Y quizá el talento literario consista simplemente en esa reinvención de la claridad.

5. Los enemigos

En esta última entrega de la serie sobre escribir bien que llevo varios meses publicando en Zenda —entrega final que significa cualquier cosa menos que no haya mucho aún que decir sobre el particular; simplemente, yo no me veo capaz de presentar más certezas—, quería hacer un listado o apunte sobre los curiosos enemigos con que cuenta la buena escritura, por llamarlos de alguna manera. En realidad, no hay nada que te impida escribir bien —aparte de que, como dijo con perdonable soberbia Caballero Bonald, llegue un momento de pelea con la lengua en la que te resulta imposible «no escribir bien», esto es, no ponerle todo el empeño y toda la exigencia, para luego juzgarte sin miramientos—. Pero sí hay algo que, de pronto, encuentra uno enfrente, pétreo y firme en su oposición o sabotaje, y que te hace considerar la inutilidad de tus esfuerzos, de tus metáforas, de tus exploraciones. Es la incomprensión.

Pensando en cómo cerrar esta serie, esto es, en este mismo artículo, llegué vía Amazon —cuyo servicio de vista previa utilizo mucho— a una novela con visos comerciales. Les ahorro citas extraídas de la misma. Solo diré que, tras leer las tres o cuatro páginas que ofrece esa vista previa, concluí que no había entendido nada. Realmente no entendí ni el quién ni el dónde ni el qué de esta novela publicada en un sello de primer orden y destinada a ser leída, seguramente, por decenas de miles de personas.

Como en tantos otros libros de los que se consideran bestsellers, el texto de esta novela iba a bulto, caía como una manta sobre lo que pretendía nombrar, ese quién, dónde, ese qué, y el lector entiende al cabo lo que se le cuenta porque asoma un pie por ese extremo y aquello de ahí parece una cabeza. «Ah», entendemos, gracias a la impronta del cliché; pero no vemos nada.

El caso es que lee uno todo el tiempo, en libros, artículos y tuits, malas palabras, frases sin sentido, textos enteros donde la palabra se

tropieza, y que esos textos, en fin, constituyen la oficialidad de la palabra escrita. No son redacciones suspensas en el instituto, tuits de futbolistas o manuscritos rechazados. No. La mala escritura circula plenamente satisfecha de sí misma, validada por los lectores, sin penalización o afeamiento alguno, por los canales más acreditados para la difusión del texto profesional. Visto así, ¿qué sentido tiene preocuparse de escribir bien?

A esto habría que añadir el desprecio que se deriva de leer también todo el tiempo frases con faltas de ortografía, sin interrogante de apertura, sin comas que acoten vocativos, sin tildes, y obviamente muchas veces sin el menor gusto por las palabras, que comparecen ahí, en ese tuit de un político electo, en esa carta pública del partido que sea, como pedradas de comunicación. De hecho, si atendemos a las aptitudes alfabéticas —si me permiten la aliteración gratuita— de cantantes de OT, futbolistas, presentadores de televisión o actores (es decir, de aquellos que representan el triunfo social para la mayoría de la población), el hecho de no saber decir, de ignorar normas básicas (EGB) o de meter la pata tuit a tuit no conlleva asombro alguno, y así queda claro que escribir bien (incluso, escribir con una mínima corrección) no tiene ningún valor en nuestra sociedad. (Cosa que comprendí hace años cuando una red de blogs muy afamada ofreció a sus colaboradores 1 euro por post; 1 euro por saber escribir un texto de 500 palabras).

Otro desánimo para este empeño nuestro de preservar la belleza en la escritura procede de la crítica literaria. Leer reseñas es leer resúmenes y «me gustas» o «no me gustas». Así, es verdaderamente difícil encontrar una reseña donde el crítico se detenga apenas durante cuatro frases a comentar cómo está escrito aquello que ha leído. Parece que no importa. Que es lo mismo una historia de amor contada a la manera de Megan Maxwell que a la manera de Jenny Offill. ¿Frase larga o corta, adjetivaciones, diálogos, tono, vocabulario, recursos retóricos? Da igual. Va de amor y me gusta. Va de la Guerra Civil y me gusta. Pero las novelas no van de algo salvo en la sinopsis que figura en la cuarta de cubierta. Las novelas son una forma de nombrar. ¿Cuál es la forma de nombrar de Megan Maxwell? ¿Cuál, la de Jenny Offill? Ni siquiera esto es objeto de atención por parte de la crítica —atentos— literaria.

Por otro lado, soy incapaz de entender por qué lo que está mal escrito tiene más éxito que lo que está bien escrito. Los vinos malos se beben más que los buenos porque son más baratos, pero las novelas cuestan todas lo mismo. Quizá el argumento es la graduación de la novela, su componente alcohólico. La mayoría bebe para emborracharse y lo mismo le da un vino de 3 euros que uno de 300. Entonces es posible que la novela mal escrita —no digo la novela comercial, digo realmente la novela mal escrita— suba más, entre mejor, su sintaxis descuidada confunda más placenteramente las neuronas, y ni siquiera se lea, esta novela, sino que solo se trague.

Finalmente, siempre me han llamado la atención ciertos postulados políticos que, destinados a la literatura, acaban concluyendo que lo que está bien escrito es, encima, burgués. O sea, que uno puede pasarse horas puliendo un texto, y dejándolo reluciente y bello y claro para, a fin de cuentas, ser de derechas, prosistema, conservador y capitalista. Esta idea da para muchas reflexiones. Dejo aquí apenas tres o cuatro.

Primero, cabe preguntarse cómo puede ser burgués un texto que, desde su concepción, está destinado a una minoría (pongamos, mil personas). Sería más bien un texto aristocrático. También es notable que la novela que sostiene la industria editorial capitalista no sea la que está bien escrita, es decir, la que valida el discurso dominante según estos dictados, sino la que está mal escrita. ¿Qué ideología o doctrina política hay detrás de la mala escritura, si acaso hay alguna y si acaso es siempre la misma en todos los casos?

A esto habría que añadir el evidente clasismo que se desprende de considerar que el pueblo, la masa, el hijo del obrero o la hija del taxista no podrán nunca disfrutar de una metáfora o de una frase de más de quince palabras, o que esa metáfora o esa frase están escritas en su contra. Si tomáramos 20 o 30 extractos de otros tantos autores, y preguntáramos cuáles de ellos son burgueses y cuáles no, cuáles integran el —así llamado— discurso dominante y cuáles, vaya, quieren dinamitar este discurso, dudo mucho que los mismos que consideran burguesa la novela de determinado autor acertaran a considerar burgués un extracto anónimo de esa misma novela. Desvinculados de sus autores, esto es, de la ideología

declarada o vislumbrada que todo autor conocido ha dejado aparejada a su nombre, sería simplemente imposible verles a esos textos —seleccionados con suficiente intención, claro— adscripción política alguna. Tratar como idiolectos los estilos literarios inaugura casi una frenología cultural: vaya, este tipo escribe como si viviera en un chalet en Pozuelo.

Sin embargo, se puede escribir como Chateaubriand sin ser caballero de la Orden del Santo Sepulcro y se puede escribir como Bukowski sin ser un borracho. Pero este menosprecio político por el trabajo de escritura —que llevaría a no poder distinguir lo que está mal escrito de lo que, estando mal escrito, se salva porque, ojo ahí, es revolucionario— viene a sumarse al desdén generalizado por la escritura correcta, buena o excelente, pericia que ni en los lugares donde sería propio exigirla encuentra defensa o espacio siquiera, pues, como bien dice Antonio Orejudo, el escritor es hoy una suerte de filatélico, y ya nadie manda cartas.

Nota del autor

Todos los textos aquí reunidos fueron publicados en el diario El confidencial en algún momento entre finales de 2015 y principios de 2020, normalmente los miércoles. Agradezco a Daniel Arjona, jefe de Cultura, la libertad que me ha brindado todos estos años para dar fundamento al nombre de mi columna, que enseguida intuí que debía ser «Mala Fama». He dicho todos, pero hay una excepción: ¿Qué es escribir bien?, que apareció en cinco entregas en Zenda Libros, revista digital donde Arturo Pérez-Reverte y Leandro Pérez Miguel me acogen todavía con magnanimidad poco común. Podría dar las gracias también a todos esos tuiteros que suelen mover mis textos reiteradamente por la red, pero en general han elegido nombres poco vistosos para figurar en un libro, a excepción de Andrés Herzog, que se llama Andrés Herzog. Gracias a todos ellos por la fidelidad.

Finalmente, traslado aquí un extracto de mis diarios, a los que denomino Raudos, siguiendo la sugerencia de la editora de este volumen, la voluntariosa y heroica Eva Serrano, que vio en este raudo #2157, con enorme deportividad, una verdad acaso menos inconfesable de lo que yo mismo creía al ponerla por escrito. Quede así:

De vez en cuando me acuerdo de que dos libros míos deberían aparecer este año y, lejos de alegrarme, animarme o provocarme la más mínima ilusión, me resulta incómodo, como la boda de un primo lejano o algún papeleo obligatorio que debe uno hacer al otro lado de la ciudad, tal día a tal hora, algo que no me sorprende, simplemente, porque ya un amigo, hace años, que publicaba con mucha menos frecuencia que yo, al preguntarle si no lo echaba de menos, me advirtió de que uno se acostumbra, pues se te viene encima —ahora hablo yo— una paz mansa y aclaratoria, donde

publicar no es el centro de tu vida, y todo el vaivén emocional de dar algo al mundo y salir a defenderlo vanamente —pues casi nunca pasa nada realmente espectacular con un libro— no te da, en perspectiva, más que pereza, molestias, desazón, y son cuatro años ya desde mi último libro, que fue víctima primera de mi propio desinterés por su suerte, pues acababa de ser padre y lo desamparé desde el comienzo, de modo que ahora, con dos hijos, mucha casa en el corazón, mucha asociabilidad acumulada y cada vez más identitaria —soy en la medida en la que no me dejo ver—, esto de los libros me viene mal, más que nada, supongo, porque cuando salgan la gente creerá que quiero para ellos lo mismo que ellos quieren para sus libros, cuando lo cierto es que quiero exactamente lo contrario a lo que los demás escritores quieren para sus libros, quiero que no molesten.

Índice onomástico

A

Achy Obejas 127

Adolf Müllner 54

Agatha Christie 54, 55

Agustín de Foxá 109, 354

Alain Badiou 102, 103, 104

Alan Sillitoe 153

Albert Einstein 74

Alberto Fuguet 68

Alberto Garzón 289

Alberto Rodríguez 205

Alejandro Sanz 227, 255

Alexander Lernet-Holenia 118

Alfonso Guerra 286

Alfonso Rojo 289, 290

Alfred Nobel 163

Al Gore 253

Almudena Grandes 204, 233

Almudena Sánchez 177

Aloma Rodríguez 335

Álvaro Colomer 62

Amancio Ortega 227

Amélie Nothomb 242

Anaïs Nin 80

Ana María Matute 114, 232

Ana Pérez de la Fuente 267

Andrea Levy 77, 78

Andrés Trapiello 27, 109, 137, 186, 187, 310, 311

Andreu Martín 54, 56

Andrew Bujalski 262

Angela Merkel 286

Ángel González 182

Anna Caballé 90, 269

Anne Radcliffe 54

Anthony Burgess 152, 153

Anthony Jeselnik 276

Antoine de Saint-Exupéry 79

Antonio Ferres 107, 108

Antonio Gala 112

Antonio Gamoneda 27

Antonio Machado 356, 357

Antonio Maestre 192, 289

Antonio Mingote 114

Antonio Muñoz Molina 57, 137, 138, 268, 322

Antonio Orejudo 52, 108, 139, 367

Arcadi Espada 62, 204

Armando López Salinas 107

Arnold Bennett 97, 334

Arthur Conan Doyle 54

Arthur Miller 291

Arturo Pérez-Reverte 33, 77, 369

B

Banana Yoshimoto 128

Barbijaputa 263

Bart Layton 158

Bea Fanjul 193

Belén Gopegui 52, 90, 205, 233

Benjamín Prado 204

Ben Lerner 24

Bernad Malamud 143

Bernie Sanders 172

Berta Vías Mahou 51

Bill Burr 302, 303, 305, 306

Bill Clinton 94

Bill Murray 28, 29

Blaise Pascal 352

Blas de Otero 108

Bob Pop 322

Bret Easton Ellis 164

Brian P. Levack 281

Brittany Kaiser 272

C

Caballero Bonald 363

Camino José Cela 56, 114, 162, 169, 182, 297

Carlo Alberto Brioschi 96

Carlos Vermuth 143

Carlos Zanón 57

Carmen Calvo 276, 277, 303

Carmen Laforet 232, 266, 267, 268, 269

Carmen Martín Gaite 138, 232

Carolina León 207, 208

Cassey Affleck 282

Catherine Deneuve 256

Celia Villalobos 78, 246

César Aira 68, 72, 73, 74, 82, 127, 141

Cesare Beccaria 282

César González-Ruano 110, 111, 112, 113, 114, 185

César Vallejo 350

Charles Bukowski 80, 366

Charles Darwin 171

Chavi Azpeitia 49

Chester Himes 55

Christine Lagarde 286

Christoph Ransmayr 118

Chuck Palahniuk 127

Clara Sánchez 233

Clarice Lispector 118

Claudio López de Lamadrid 232

Constantino Bértolo 49, 50, 141

Coralie Fargeat 262

Cristina Fallarás 297

Cristina Fernández Cubas 90, 146

Cristina Morales 166

Cristina Pedroche 260

D

Dan Brown 56, 70

Daniel Everett 170, 171, 172

Daniel Mendelsohn 223

Daniel Pennac 98

Dante 80

Darío Fernández Flórez 85, 86

Dashiell Hammet 54, 142

Dave Chappelle 302, 304, 306

David Becerra Mayor 106, 107, 108

David Carroll 272

David Cronenberg 158

David Jiménez 95, 96

David Lynch 66

David Pérez Vega 27

David Viñas 149

Deborah Levy 241

Dolores Redondo 37, 55, 57, 233

Domingo Villar 56

Donald Ray Pollock 80

Donald Trump 172, 271

Don Winslow 56

E

Edgar Allan Poe 54

Eduardo Inda 289

Eduardo Laporte 187

Eduardo Mendoza 57, 137

Eduardo Zamacois 113

Eleanor Fortescue-Brickdale 288

Elena Ramírez 232

El Gran Wyoming 205

Elia Kazan 87

Elisabeth Moss 175

Eloy Tizón 117, 118, 119

El Rubius 33, 275

Elvira Lindo 192

Elvira Navarro 108, 256

Elvira Sastre 204

Émile Zola 55, 202

Emmanuel Bove 134

Emmanuel Carrère 61, 121

Enrique Vila-Matas 28, 29, 144, 145, 146, 147, 185

Ernest Hemingway 158

Ernesto Che Guevara 151

Ernesto Escapa 85

Esperanza Aguirre 78, 192

Espido Freire 51

Esquilo 73

Eugenio Fuentes 280, 281, 282, 283

F

Federico García Lorca 78, 79

Felisberto Hernández 118, 140

Fernando Aramburu 205

Fernando del Paso 153

Fernando León de Aranoa 116

Fernando Sánchez Dragó 109

Fernando Savater 112

Fernando Vizcaíno Casas 42

Fiódor Dostoievski 149

Francisco de Quevedo 297

Francisco Franco 85, 167, 197, 198, 200

Francisco Marhuenda 289

Francisco Umbral 111, 113, 216, 297, 360

Franz Kafka 98, 99, 100, 101

Friedrich Schiller 54

Fritz Zorn 134

G

Gabriel García Márquez 65, 69, 80

Gabriel Rufián 220

Gavin Edwards 28

George Lucas 123

George Orwell 154

Georges Perec 66

Gerald Genette 177

Gonzalo Sobejano 182

Gonzalo Torrente Ballester 52, 110, 152, 311

Grayson Perry 285, 286, 287

Greta Thunberg 250, 252, 254, 274, 333, 344, 345

Guillermo Zapata 207

Gustave Flaubert 60

H

Haroldo Conti 149

Haruki Murakami 128, 129, 131

Harvey Weinstein 258

Héctor Abad Faciolince 107

Heinrich von Kleist 157, 280

Henry Miller 94, 165

Hillary Clinton 273, 286

Honoré de Balzac 157

I

Ida Vitale 89

Ignacio Echevarría 51, 141, 179, 183

Ignacio Escolar 289, 290, 291

Ignacio Martínez de Pisón 146

Inés Arrimadas 226, 259

Iñaki Uriarte 186, 187

Irene Montero 193, 212, 225, 245, 246, 247, 248, 249, 337

Isabel Díaz Ayuso 192, 194, 226

Israel Rolón 269

J

Jaime Bayly 66

Jaime Gil de Biedma 80

James Ellroy 57

James Franco 280, 282

James Joyce 154, 357

James MacPherson 126

James M. Cain 54

Janet Lewis 157

Javier Alfaya 125

Javier Calvo 124, 125, 127

Javier Cercas 61, 62, 64, 138

Javier Marías 57, 66, 86, 130, 136, 137, 138, 157, 158, 164, 169, 256, 362

Javier Pérez Andújar 108

J. D. Vance 80

Jean Baudrillard 95

Jean-François Ducis 126

Jean-Jacques Rousseau 153

Jean-Paul Sartre 144, 202

Jenny Offill 365

Jesús Carrasco 138

Jim Thompson 55

J. M. Coetzee 169

Joaquín Grau 73

Joaquín Sabina 204

John Fante 80

John Keats 154

John Lennon 208

John Wayne 172

Jorge Carrión 29, 141

Jorge Herralde 51, 66, 67, 232

Jorge Luis Borges 65, 69, 81, 107, 126, 143, 149, 171

José Ángel Mañas 49, 50, 51

José Luis Coll 114

José Luis Garci 112

José Luis Martínez Almeida 227

José Luis Pardo 183

José Machado 51

José Ortega y Gasset 169

Joseph Conrad 124, 125, 268

Josephine Decker 175

Joseph Roth 283

José Saramago 80, 160, 161, 162, 163, 242

Joy Williams 91, 92

Juana Salavert 49

Juan Benet 56

Juan Bonilla 51, 52

Juan Carlos Monedero 34

Juan Carlos Onetti 119, 140, 354

Juan Cerezo 232

Juan Goytisolo 56

Juan Iturralde 110

Juan José Millás 137

Juan José Saer 142

Juan Luis Vives 31

Juan Madrid 56, 58

Juan Manuel de Prada 49, 51, 52, 137

Juan Marsé 138

Juan Rulfo 353, 354

Juan Van-Halen 114

Julia Navarro 33, 233, 361

Julián Ayesta 110

Julián Marías 85

Julio Cortázar 69, 72, 73, 81, 149, 268

Julio Rodríguez Puértolas 106, 108, 109

Junot Díaz 127

K

Karl Ove Knausgård 92, 132, 133, 134, 164, 242

Kathryn Bigelow 295, 296

Kevin Spacey 280

Kingsley Amis 247

Kin Ki-Duk 116

Kristen Ghodsee 331

L

Lasse Hallström 296

Leila Guerriero 112

Leon Bloy 210

León Tolstói 60, 69, 73

Leticia Dolera 243, 295, 296

Lina Meruane 313, 314, 315

Lionel Messi 27, 135

Lolita Copacabana 177

Lorenzo Silva 33, 57

Lucía Etxebarria 51

Lucía Marín 177

Luis Fernando Vallejo 68, 350

Luis García Montero 204

Luis Magrinyà 49, 67

Luis Martín-Santos 56

Lynne Ramsay 294, 295

M

Macarena Olona 193

Manuela Carmena 207

Manuel Alberca 88

Manuel Puig 149

Manuel Vázquez Montalbán 161

Manuel Vilas 297

Marcelo Lillo 178, 179, 180

Marcel Proust 255

Marcos Giralt Torrente 137

Margaret Thatcher 285

Margarita Robles 194,195

María Dueñas 361

María Jesús Montero 192

María Luisa Carcedo 191

María Sánchez 263

Mario Bellatin 68

Mario Levrero 24, 140, 141, 142, 143, 148

Mario Vargas Llosa 65, 69, 165

Mark Zuckerberg 274

Marta Arribas 267, 269

Marta Sanz 90, 108, 166, 233

Marta Nebot 195

Martin Amis 105, 247, 322, 352

Martin Guerre 157, 158

Masóliver Ródenas 146

Matilda Anna Ingrid Lutz 261

Matilde Asensi 233

Max Brod 100

Mayim Bialik 256

Megan Maxwell 365

Mercedes Cebrián 141

Mercedes Milá 130

Mercè Rodoreda 232, 239, 240

Michael Jackson 327

Michel Foucault 280

Michel Houellebecq 164, 165, 166, 167, 331

Michelle Obama 302

Miguel Ángel 260

Miguel de Cervantes 80, 105, 120, 123, 350

Miguel Delibes 114, 267

Miguel Sáenz 127

Miquel Barceló 146

Mithu M. Sanyal 300

Mónica Lewinsky 94

Montero Glez 157

Montxo Armendáriz 50

N

Nadia Calviño 192

Nicolae Ceaucescu 332

Noam Chomsky 169, 170, 171, 172

Norman Cohn 281

O

Octavio Paz 27

Ofelia Grande 232

P

Pablo d'Ors 67

Pablo Echenique 248

Pablo Iglesias 48, 195, 212, 215, 216, 225, 337

Pablo Soto 304, 305, 306

Paco de Lucía 213

Pamela Palenciano 287

Pascal Quignard 30

Patricia Highsmith 241

Paulino Massip 110

Paul Valéry 182

Pedro Almodóvar 296

Pedro Maestre 49, 50, 51

Pedro Mairal 31, 82, 83

Pedro Sánchez 259

Peter Sellers 291, 293

Peter Sloterdijk 251

Philip K. Dick 121

Philip Roth 169

Pierre Bayard 98

Pío Baroja 355

Plàcid Garcia-Planas 112

Pote Huerta 49

Q

Quentin Tarantino 262, 296

R

Rachel Cusk 9, 89, 91, 92, 242

Rafael Nadal 156

Rafael Reig 107, 204

Rafael Sánchez Ferlosio 114, 138, 169, 181, 184

Rafael Sánchez Mazas 109

Ramón Buenaventura 155

Ramón Espinar 208, 213

Ramón Gómez de la Serna 111

Ramón J. Sender 283

Ramón María del Valle-Inclán 31

Ray Loriga 49, 50, 52, 317, 354

Raymond Carver 177, 180

Raymond Chandler 54, 55

Reiner Stach 98, 99, 100, 101

Ricardo F. Colmenero 216

Ricardo Piglia 54, 68, 82, 143, 148, 149, 150, 151, 186, 187

Richard Hughes 357

Rita Barberá 78

Rita Maestre 195, 208

Rober Bodegas 302, 304

Roberto Bolaño 65, 66, 67, 68, 69, 70, 141, 269, 352

Robert Stone 153

Rodolfo Walsh 149

Roland Barthes 98

Rosa Chacel 232, 239

Rosalía 205

Rosa Sala Rose 112

Rudolf Steiner 104

Ryu Murakami 128

S

Sabina Urraca 352

Sabino Méndez 359

Salvador Dalí 28, 73, 74, 145

Salvador Sostres 322

Samanta Schweblin 82

Samuel Richardson 296

Sándor Márai 223

Santiago Bernabéu 110

Sara Mesa 141, 166, 233

Selva Almada 82

Shirley Jackson 174, 175, 176, 241

Sigmund Freud 87

Silvia Sesé 232

Sissy Spacey 329

Soledad Puértolas 67

Soraya Sáenz de Santamaría 286

Stanley Kubrick 152, 154

Stendhal 80

Stephen Greenblatt 120, 121, 122, 123

Steven Pinker 204

Stig Dagerman 118

T

Teresa Ribera 193

Thomas Bernhard 127

Thorstein Veblen 42

Tino Pertierra 51

Tom Wolfe 169, 170, 171, 172

Toni Cantó 274

Tristan Egolf 237, 238

Truman Capote 73

U

Unai Elorriaga 99

V

Verónica Casado 195

Víctor del Árbol 57

Victor Klemperer 151

Víctor Lenore 106

Violeta Hernando 51

Virginia Woolf 176, 362

Virginie Despentes 241

Vladímir Lenin 144

Vladimir Nabokov 73, 118

W

W. G. Sebald 91

William Faulkner 126, 268

William Shakespeare 73, 120, 121, 122, 123, 126, 154

William Somerset Maugham 155

Winston Churchill 265

Witold Gombrowicz 64

Woody Allen 280, 282, 296, 329, 330

Y

Yago Ferreiro 179

Yolanda Díaz 192

Yuval Noah Harari 83

Z

Zygmunt Miłoszewski 283

Otros títulos

1. Anatomía poética

J. M. Caballero Bonald y J. L.Fajardo

2. Radical libre

Manuel Vicent

3. Zona de Obras

Leila Guerriero

4. Suspense

Patricia Highsmith

5. Para ser escritor

Dorothea Brande

6. El tiempo reversible

Francisco Umbral

7. Puntos suspensivos

Ángel Gabilondo

8. Toda la vida preguntando

Juan Cruz

9. Hambre de realidad

David Shields

10. La vida en cinco minutos

Virginia Galvín

11. Ensayos Bárbaros

Jordi Soler

12. Vidas de santos

Antonio Lucas

13. Lacrónica

Martín Caparrós

14. Las Encantadas

Charles Darwin y Herman Melville

15. El arte de perder

F.Scott Fitzgerald

16. Japón el paisaje del alma

Rudyard Kipling e Inazo Nitobe

17. Cosas que brillan cuando están rotas

Nuria Labari

18. Largo viaje inmóvil

Doménico Chiappe

19. Mientras haya bares

Juan Tallón

20. ¿Pero qué broma es esta?

Miguel Ángel Aguilar

21. Leer es un riesgo

Alfonso Berardinelli

22. Un abuelo rojo y otro abuelo facha

Juan Soto Ivars

23. La importancia de no entenderlo todo

Grace Paley

24. Constantinopla, eterno viaje a Itaca

Théophile Gautier y Konstantínos Kaváfis

25. América

Manuel Vilas

26. Nuevas lecturas compulsivas

Félix de Azúa

27. No somos refugiados

Agus Morales

28. El último pistolero

Raúl del Pozo

29. ¿Dónde vamos a bailar esta noche?

Javier Aznar

30. Crónicas biliares

Jorge Bustos

31. Polinesia, Paraíso encontrado

Jules Dumont D'Urville y Robert Louis Stevenson

32. Caída libre

Sue Kaufman

33. Empiezo a creer que es mentira

Carlos Mayoral

34. Palos de ciego

David Torres

35. Fuera de carta

Rodrigo Varona y Javier Márquez Vázquez

36. Contar es escuchar

Ursula K. Le Guin

37. La gran desilusión

Javi Gómez

38. Inferior

Angela Saini

39. Impón tu suerte

Enrique Vila-Matas

40. Alienación indebida

Rafa Cabeleira

41. Crónica de una paz incierta, Colombia sobrevive

Aitor Sáez

42. Una isla, tres continentes

Alexander von Humboldt y Gertrudis Gómez de Avellaneda

43. A favor o en contra de la bomba atómica

Elsa Morante

44. La vida instantánea

Sergio C. Fanjul

45. Michigan, acaso Michigan

Antón Reixa

46. Estaciones de regreso

Jacobo Bergareche

47. Gente que se fue

David Gistau

48. El día que murió Kapuscinski

Ramón Lobo

49. Literatura infiel

Ricardo F. Colmenero

50. Egipto, sueño de dioses

Gérard de Nerval y Amelia B. Edwards

51. ¿Por qué nadie publica mi novela?

Fay Weldon

52. El juicio sin final

Pablo Ordaz

53. Ella soy yo

Marta Suria

54. Crónicas barbitúricas

Karina Sainz Borgo

55. Te quiero viva, burra

Loreto Sánchez Seoane

56. Elogio de la quietud

Pedro Cuartango

57. Buenas noches

Santiago Isla

Este libro terminó de imprimirse el 1 de junio de 2020. Tal día como hoy de 1874 nace en Buenos Aires Macedonio Fernández. Escritor, abogado y filósofo argentino. En 1910 fue nombrado fiscal en el Juzgado de la ciudad de Posadas, donde ejerció también de director de la biblioteca pública. Se dice que perdió el cargo porque nunca condenó a nadie.

Su obra abarca todos los géneros literarios; novelas, relatos, ensayos y artículos periodísticos. Su literatura, tan diversa como inclasificable, fue determinante para autores tan relevantes como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar o Ricardo Piglia.

Si quieres conocer otros libros editados por

Círculo de Tiza

visítanos en

www.circulodetiza.com

y síguenos en

/circulodetiza

@CirculoDeTizaEs

@circulodetizaeditorial